

CLIFFORD ORWIN

Emoción y virtud

LOURDES LÓPEZ NIETO

¿Qué es la crispación?

JEAN PIERRE RAFFARIN

Humanismo de la diversidad

MANUEL PIZARRO

A propósito de la crisis

VALENTÍ PUIG

Mitología anticapitalista y recesión

ÁLVARO NADAL

Washington, 15-N: apoyo a las libertades económicas

RAFAEL L. BARDAJÍ • FLORENTINO PORTERO

Obama versión europea

ALBERTO ACEREDA

EE.UU.: radiografía postelectoral

RAFAEL RUBIO NÚÑEZ

Quiero ser como Obama

SALVADOR ARAGÓN

Innovación y políticas públicas

LEAH BONNÍN

Isaiah Berlin: sionismo liberal

SERAFÍN FANJUL

Islam moderado: ¿una ficción?

ÁLVARO VERMOET

Musulmanes en Europa

ESPERANZA AGUIRRE**ANTONIO CHINCHETRU****ENRIQUE COLLAZO****MARIO RAMOS****MIGUEL GIL****CUADERNOS**
de pensamiento político

12 euros

21

CUADERNOS de pensamiento político



CUADERNOS de pensamiento político

EDITA

FAES: FUNDACIÓN PARA EL ANÁLISIS Y LOS ESTUDIOS SOCIALES

PATRONATO

PRESIDENTE: JOSÉ MARÍA AZNAR

VICEPRESIDENTA: MARÍA DOLORES DE COSPEDAL

VOCALES

ÁNGEL ACEBES	JORGE MORAGAS
ESPERANZA AGUIRRE	ALEJANDRO MUÑOZ-ALONSO
FRANCISCO ÁLVAREZ-CASCOS	EUGENIO NASARRE
CARLOS ARAGONÉS	MARCELINO OREJA AGUIRRE
JAVIER ARENAS	ANA PALACIO
RAFAEL ARIAS-SALGADO	ANA PASTOR
JOSÉ ANTONIO BERMÚDEZ DE CASTRO	JOSÉ PEDRO PÉREZ-LLORCA
MIGUEL BOYER	MANUEL PIZARRO
JAIME IGNACIO DEL BURGO	MARIANO RAJOY
PÍO CABANILLAS	ALBERTO RECARTE
PILAR DEL CASTILLO	CARLOS ROBLES PIQUER
MIGUEL ÁNGEL CORTÉS	JOSÉ MANUEL ROMAY BECCARÍA
GABRIEL ELORRIAGA	LUISA FERNANDA RUDÍ
JAVIER FERNÁNDEZ-LASQUETTY	JAVIER RUPÉREZ
ANTONIO FONTÁN	SORAYA SÁENZ DE SANTAMARÍA
MANUEL FRAGA	PEDRO SCHWARTZ
GERARDO GALEOTE	DANIEL SIRERA
JAIME GARCÍA-LEGAZ	ALFREDO TÍMERMANS
LUIS DE GRANDES	ISABEL TOCINO
JUAN JOSÉ LUCAS	MAURICIO TOLEDANO
JOSÉ MARÍA MARCO	BAUDILIO TOMÉ
RODOLFO MARTÍN VILLA	FEDERICO TRILLO-FIGUEROA
JAUME MATAS	JUAN VELARDE
ANA MATO	ALEJO VIDAL-QUADRAS
ABEL MATUTES	CELIA VILLALOBOS
PEDRO ANTONIO MARTÍN	EDUARDO ZAPLANA
JAIME MAYOR OREJA	JAVIER ZARZALEJOS
MERCEDES DE LA MERCED	

SECRETARIO GENERAL: JAIME GARCÍA-LEGAZ

DIRECTOR: JAVIER ZARZALEJOS

REDACCIÓN: MIGUEL ÁNGEL QUINTANILLA NAVARRO, JOSÉ MANUEL DE TORRES

PUBLICIDAD, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPTORES

C/ María de Molina 40, 6ª planta. 28006 Madrid

Teléfono: 91 576 68 57 • Fax: 91 575 46 95

www.fundacionfaes.org • e-mail: cuadernos@fundacionfaes.org

Distribución: COMERCIAL ATHENEUM, S.A. C/ Juan de la Cierva nº 6 28820 Coslada (Madrid)

Producción, maquetación e impresión RARO S.L.

ISSN: 1696-8441 Depósito Legal: M-45040-2003

CUADERNOS de pensamiento político

no comparte necesariamente las opiniones expresadas por sus colaboradores



arce

ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA

CUADERNOS

de pensamiento político

Enero / Marzo
2009

21

Índice

- 7 Nota editorial**
- 11 JEAN PIERRE RAFFARÍN**
El humanismo de la diversidad.
- 19 VALENTÍ PUIG**
Mitología anticapitalista y recesión.
- 29 LOURDES LÓPEZ NIETO**
¿Qué es la crispación?
- 45 MANUEL PIZARRO**
La crisis económica y financiera
(a propósito de un libro de Guy Sorman).
- 57 ÁLVARO NADAL**
Washington, 15-N: en defensa de las libertades económicas.
- 69 CLIFFORD ORWIN**
Cómo una emoción se transformó en virtud (con ayuda de Rousseau y Montesquieu).
- 83 RAFAEL L. BARDAJÍ Y FLORENTINO PORTERO**
Obama versión europea.
- 97 ALBERTO ACEREDA**
EE.UU.: radiografía postelectoral.
- 123 RAFAEL RUBIO NÚÑEZ**
Quiero ser como Obama (me pido una red social).
- 155 SERAFÍN FANJUL**
El Islam moderado: ¿una literatura de ficción?
- 171 ÁLVARO VERMOET**
Los musulmanes en Europa, un desafío a las ideas liberales.
- 203 LEAH BONNÍN**
Isaiah Berlin: de la pertenencia cultural al sionismo liberal.
- 217 SALVADOR ARAGÓN**
Innovación y políticas públicas: una perspectiva desde la empresa.

RESEÑAS

- 231** ESPERANZA AGUIRRE: **Palabras de presentación de La ciudad en la cima** (Martín Alonso)
- 234** MARIO RAMOS VERA: **La identidad en democracia** (Amy Gutmann)
- 237** ANTONIO CHINCHETRU: **Cuba: La batalla de las ideas** (Carlos Alberto Montaner)
- 239** ENRIQUE COLLAZO: **China y sus libertades** (Javier Cremades)
- 243** MIGUEL GIL: **Una tentación totalitaria. Educación para la Ciudadanía** (Jesús Trillo-Figueroa)

CUADERNOS de pensamiento político

Presentación

Cuadernos de Pensamiento Político es una revista trimestral editada por la Fundación FAES que pretende contribuir al fortalecimiento de los valores de la libertad, la democracia y el humanismo occidental y promover y difundir ideas basadas en la libertad política, intelectual y económica, así como divulgar los frutos de la política y de las políticas que se fundamentan en la tradición liberal-conservadora.

Cuadernos de Pensamiento Político se dirige al público interesado en la política española e internacional.

Instrucciones para los autores

TEMAS: *Cuadernos de Pensamiento Político* publica artículos sobre Derecho Político, Ciencia Política, Economía, Sociología, Relaciones Internacionales, Cultura o cualquier otra área de conocimiento relevante para el estudio de la política española e internacional.

ENVÍO DE ORIGINALES Y NORMAS DE EDICIÓN: Los autores interesados pueden enviar sus trabajos a cuadernos@fundacionfaes.org. La extensión máxima de los originales será de 12.000 palabras en el caso de los artículos y de 2.000 en el caso de las reseñas, y estarán escritos en lengua española y en Microsoft Word. Las citas de los artículos se efectuarán según el modelo Harvard; las reseñas no incluirán notas y sí una imagen escaneada (a más de 200 ppp) de la portada de la obra reseñada, así como su referencia bibliográfica completa. En los artículos se hará constar un breve resumen del contenido y una breve lista de palabras clave. *Cuadernos de Pensamiento Político* no se obliga a sostener correspondencia acerca de los originales recibidos, que deberán ser inéditos y no estar pendientes de evaluación en ninguna otra publicación. Los autores incluirán en su envío su referencia postal y su número de contacto telefónico, así como una breve nota biográfica.

DERECHOS DE EDICIÓN: Los autores de las obras seleccionadas para su publicación cederán a *Cuadernos de Pensamiento Político* todos sus derechos sobre la obra (excepto aquellos que la ley pueda establecer como intrasmisibles), incluyendo los relativos a su publicación en la web de la Fundación FAES.

PROCESO DE SELECCIÓN: La Fundación FAES decidirá sobre la publicación de los originales recibidos según las instrucciones indicadas a la vista de dos informes de evaluación emitidos por especialistas ajenos a la organización editorial de la revista y manteniendo el anonimato de los autores.

NOTA EDITORIAL

Ninguna creación humana resiste durante mucho tiempo el mal uso intencionado. Pero no deben confundirse los efectos de un mal uso intencionado con un defecto de concepción y de confección.

La Constitución española de 1978 no es una excepción. Lo decisivo, en su caso, es que la intención con la que fue elaborada hace treinta años fue la de facilitar la concordia y la convivencia. No es sólo un conjunto de normas; es el conjunto de normas que se daba para sí un pueblo fracturado ideológicamente pero que deseaba convivir, que deseaba ocupar pacíficamente un mismo territorio.

Ninguna Constitución puede resistir el deseo de un pueblo de poner fin a su convivencia pacífica, pero ninguna minoría puede albergar la esperanza de poner fin a la convivencia pacífica de un pueblo si éste no quiere y si actúa lúcidamente. Ni siquiera si esa minoría trabaja para favorecer la desintegración del conjunto sirviéndose de los instrumentos que fueron pensados para facilitar su propia integración.

Ninguna institución puede soportar indefinidamente el empuje decidido de quienes desde las instituciones que fueron creadas para la inclusión y la convivencia actúan denodadamente para provocar exclusión y para impedir la convivencia, pero poner fin a la experiencia histórica de concordia que se inició en 1978 requiere de algo más que de ese simple empuje minoritario.

La Constitución es la herramienta de los españoles de la reconciliación y de la concordia, y en sus manos cualquier disputa puede encontrar solu-

ción y cualquier adaptación puede ser realizada sin riesgo. Pero cuando esa herramienta se gobierna para la discordia, cuando abiertamente se declara que ni la Constitución ni la Transición tienen valor porque hay valores privados que se anteponen a los públicos, entonces los razonamientos jurídicos carecen de utilidad.

Ningún juego hace explícitas todas las reglas que lo regulan, porque se parte de la idea de que los jugadores desean jugarlo y esa voluntad es la que lo hace posible. Ninguna conversación puede tener lugar si el significado de cada palabra debe ser minuciosamente precisado a cada paso. Quien eso pide no desea conversar. Una Constitución no es ni puede ser un diccionario jurídico infinito, y la nuestra no es una excepción. Para quienes deseaban tomar parte en el proceso de reconciliación nacional de la Transición, las palabras fundamentales de la Constitución de 1978 tienen un significado transparente: “Nación” es el conjunto de los españoles; “España” es el nombre de su país; “Estatuto” no significa “Constitución”; “autonomía” no quiere decir “soberanía” y “diferencia” no significa “desigualdad”.

Esto y mucho más estuvo perfectamente claro. Es más, las disidencias se explican precisamente porque estaba claro lo acordado y lo acordado no complacía al disidente. Quienes no aceptan el acuerdo constitucional no manifiestan una objeción formal, una discrepancia semántica o una preferencia conceptual, manifiestan su rechazo a la democracia de todos porque es de todos, y ninguna adaptación técnica puede solucionar eso mientras siga siendo de todos. Oscurecer el sentido de las palabras no servirá para que haya más integración sino para que ésta no tenga ningún valor moral, no comprometa a nada, no comporte ninguna renuncia ni fije ninguna obligación.

El nuestro no es un problema de técnica jurídica o de afinación de conceptos; es un problema de lealtad al compromiso de que la nuestra sea la democracia de todos.

El hecho de que el sentimiento popular hacia la Constitución desborde año tras año las previsiones oficiales debe recordarnos que el espíritu pri-

mario de las normas es que se atienda y se cumpla su letra, que para eso fue escrita, por eso fue aprobada y por eso es celebrada. No es posible proceder a una prestidigitación normativa como la que se ha pretendido mediante la construcción de Estatutos con voluntad constitucional y esperar que el público se limite a aplaudir la habilidad del fullero para dar el cambio a la vista de todos.

En el treinta aniversario de la Constitución conviene reclamar la restauración de algo sencillo pero esencial: su valor nominativo, es decir, su condición de norma jurídica que fija derechos y obligaciones claras y precisas para todos y cada uno de los españoles. Derechos y obligaciones que no pueden ser objeto de desfalco promovido por unos pocos de ellos que reclaman para sí el disfrute de un estatuto jurídico diferenciado y confortable e imputan al resto una sobrecarga de deberes. Y no es sólo el contenido competencial que se pretende estatuir, es también y principalmente la causa legal y aun histórica en la que se hace descansar el derecho a la asimetría, que incluso se exhibe como condición para evitar la ruptura.

Esa causa palidece ante la que da origen a la Constitución y confiere plena legitimidad a sus mandatos: la voluntad cristalina del pueblo español.

Homenajear a nuestra Constitución es obrar con naturalidad atendiendo a lo que ella dispone. Sencillamente, vivir como españoles. *Cuadernos de Pensamiento Político* desea sumarse a ese homenaje haciendo lo que siempre ha hecho: promover y divulgar libremente el pensamiento político que favorece el desarrollo del bien común. En esta ocasión, los estudios que presenta son los siguientes: “El humanismo de la diversidad”, de Jean Pierre Raffarin; “Mitología anticapitalista y recesión”, de Valentí Puig; “¿Qué es la crispación?”, de Lourdes López Nieto; “La crisis económica y financiera (a propósito de un libro de Guy Sorman)”, de Manuel Pizarro; “Washington, 15-N: en defensa de las libertades económicas”, de Álvaro Nadal; “Cómo una emoción se transformó en virtud (con ayuda de Rousseau y Montesquieu)”, de Clifford Orwin; “Obama versión europea”, de Rafael L. Bardají y Florentino Portero; “EE.UU.: Radiografía postelectoral”, de Alberto Acereda; “Quiero ser como Obama (me pido una red social)”, de Rafael Rubio Núñez; “El Islam moderado: ¿una literatura de ficción?”,

de Serafín Fanjul; “Los musulmanes en Europa, un desafío a las ideas liberales”, de Álvaro Vermoet; “Isaiah Berlin: de la pertenencia cultural al sionismo liberal”, de Leah Bonnín; “Innovación y políticas públicas: una perspectiva desde la empresa”, de Salvador Aragón.

Además, se incluyen las siguientes reseñas: *La ciudad en la cima*, de Martín Alonso, por Esperanza Aguirre; *La identidad en democracia*, de Amy Gutmann, por Mario Ramos Vera; *Cuba: La batalla de las ideas*, de Carlos Alberto Montaner, por Antonio Chinchetru; *China y sus libertades*, de Javier Cremades, por Enrique Collazo y *Una tentación totalitaria. Educación para la Ciudadanía*, de Jesús Trillo-Figueroa, por Miguel Gil.

EL HUMANISMO DE LA DIVERSIDAD*

A mi juicio, la cuestión principal del siglo XXI puede formularse mediante esta pregunta: ¿cómo conciliar la diversidad que es propia de la modernidad y la unidad que necesitamos como sociedad? ¿Cómo podemos emprender el análisis exhaustivo de la diversidad, que es quizá la versión moderna de la libertad? Muchos consideran que el respeto a su diversidad es la clave de su libertad. Los responsables políticos no podemos ignorar la importancia que de hecho se concede a la diversidad, porque somos los encargados de generar unidad, pues por algo somos los máximos responsables de la política de un país quienes debemos asegurar la convivencia dentro del mismo.

Las grandes ideologías del siglo XXI se han derrumbado, pero el fracaso del marxismo no ha conducido a la victoria total del liberalismo. Todo el mundo ha buscado moderar las ideas de libertad. Tras el marxismo, se han buscado soluciones a los problemas al margen de la ideología y el pensamiento. Finalmente, hemos extraído del pragmatismo, alguna vez incluso del empirismo y del egoísmo, las soluciones a los problemas de los ciudadanos. No hemos enarbolado nuestros valores de libertad como nos invitaba a hacer Raymond Aron. Hemos elaborado sistemas que respondían al egoísmo del ciudadano. Y enseguida nos hemos dado cuenta de que para los ciudadanos la identidad es una seguridad. Hemos desarrollado

Jean Pierre Raffarin, senador. Ex primer ministro de Francia.

* El texto es una versión editada de las palabras pronunciadas por Jean Pierre Raffarin en la inauguración del Campus FAES de Navacerrada, el 30 de junio de 2008.

esta necesidad y la política ha favorecido la creación de fronteras que la amparan. Constatamos la importancia mundial del poder empresarial y de su capacidad para movilizar los valores de distinción y diversidad.

Hoy día, incluso un país como China ha cedido mucho poder a sus regiones. El gran distribuidor francés Carrefour ha abierto cuarenta tiendas en China incluso antes de entablar relaciones con el poder central. Fue con el establecimiento del número cuarenta y uno cuando las autoridades chinas pidieron a los responsables de Carrefour comenzar las negociaciones con ellos. El poder económico regional chino es más importante de lo que pensamos. En la actualidad esta política de diversidad está considerada en todas partes como una política dinámica cuyo motor de desarrollo gravita en torno a las diferencias.

La globalización ha generado a su vez oposición y contribuye al crecimiento de la diversidad. El "altermundialismo" ha nacido con el G7 y el G8. Las economías se han unido pero las culturas se resisten. Tenemos una única organización mundial para la aviación civil; en electricidad existen sólo dos tipos de voltajes; el ancho de vía del ferrocarril se rige únicamente por tres normas. La técnica une a los hombres, pero en el mundo se hablan tres mil lenguas. Subyace una resistencia cultural a la globalización. Nosotros los franceses observamos de cerca a Quebec, que se adhiere al modelo económico americano pero rechaza el cultural. Asimismo, constatamos la capacidad que tiene la globalización de generar diversidad cultural. Cuando China, con la organización de los JJ.OO. llegó en cierta manera al sùmmum de su poderío, hubo de enfrentarse al resurgimiento de la cuestión del Tíbet. Desde el poder emerge la diversidad.

La diversidad es un valor que se impone en todo el mundo. Es el valor por excelencia del siglo XXI. No obstante, la diversidad tiene adversarios y está expuesta a confusiones. La diversidad requiere de un equilibrio sobre el que incidiré más adelante. El rechazo a la diversidad conduce a las dictaduras. Todas ellas niegan las diferencias. Somos conscientes de que aún están presentes en el mundo. Las elecciones en Zimbabwe demostraron que la lucha contra las dictaduras es todavía hoy un tema de primera importancia a escala mundial. En el pensamiento de los filósofos, incluso entre

los que se han considerado los más grandes filósofos franceses, la diversidad no era forzosamente un valor. Simone de Beauvoir osaba escribir: *“La verdad es una, el error es múltiple; no es azar que la derecha profese el pluralismo”*. Esta idea, según la cual no habría más que una sola utopía en el mundo, más que un único valor, más que una sola verdad, es una idea todavía vigente entre numerosos intelectuales.

Hay también enemigos de la diversidad por exceso de relativismo. Todos aquellos que confunden la necesidad de autonomía de la persona y de libertad con una realidad social hecha de átomos. Se pasa de la autonomía al “atomismo” por exceso de diversidad. Es lo que sucede en el plano geopolítico. Hemos podido constatarlo en Kosovo, Serbia..., los territorios de los Balcanes que estallan y se dividen en nombre de la autonomía. Asistimos, tanto en lo social como en lo político, a una peligrosa balcanización.

Tendremos que medir bien que este valor de diversidad, que es necesario extender en la sociedad, esté sostenido por una idea que impida el debilitamiento de la convivencia y de lo que, formando parte de nuestras reflexiones comunes, hemos de compartir especialmente: el concepto de nación. Este punto es de vital importancia, pues se corre el riesgo de que lo políticamente correcto haga de la diversidad un valor absoluto en lugar de un valor equilibrado.

Propongo reflexionar sobre la idea de diversidad, sobre “el humanismo de la diversidad” y finalmente sobre la búsqueda de la unidad que permite esta diversidad.

La idea de unidad se remonta muy atrás. Nuestros fundadores (yo mencionaré a los griegos) escogieron al diablo como adversario, como encarnación de aquello que divide, que separa.

En el humanismo de la diversidad imperan tres valores. Entre ellos, el *respeto* por la persona y por la cultura. Es la conciencia de fraternidad sin la cual no hay humanismo. Implica el reconocimiento de las distintas culturas, el arte, la lucha contra el etnocentrismo... En esta línea trabaja el

presidente Sarkozy por la laicidad, y no lo hace contra la religión sino por una laicidad positiva que acepte la religión en la sociedad con la condición de que no se convierta en proyecto político. Esta es la noción de respeto que defendemos.

Respetamos las ideas del prójimo, la religión, pero como segundo valor tras el respeto ha de situarse el *equilibrio*, es decir, la reciprocidad en el respeto: yo te respeto y tú debes hacer lo propio. Este equilibrio es muy importante en el mundo. Sin él, en el plano geopolítico con China, por ejemplo, nos enfrentaríamos a una serie de dificultades. Si no somos capaces de equilibrar nuestros intercambios económicos, está claro que un día nos encontraremos con un grave problema. Podemos reconocer al otro, pero necesitamos de la reciprocidad en el plano político internacional. Junto a lo que ha sido nuestra mayor ambición del siglo XX, es decir, el multilateralismo, las leyes de derecho internacional no bastarán por sí solas para garantizar la paz mundial o el equilibrio del planeta. Con nuestros amigos los chinos, las diferencias culturales obligan a que el multilateralismo vaya acompañado de lo bilateral, a fin de encontrar el equilibrio y construir una relación de fuerzas que nos sea más favorable. Es éste el motivo por el que Europa es tan necesaria hoy en día, la razón por la cual la diplomacia continental es indispensable para equilibrar el mundo. El respeto y el equilibrio son los mejores elementos para dialogar en el mundo: hay que dar y recibir.

Tercer valor: la *superación*. Una vez que hemos aceptado al otro, que le hemos exigido reciprocidad y logrado la convivencia, es preciso ser capaz de asumir el porvenir, de ponerse a la tarea y superarse. Lo vemos en el proyecto personal de las gentes de Quebec, cuyo lema es "engrandecer la vida". Es una bella expresión. En el fondo, contrariamente a lo que afirman Sartre y cierto número de importantes filósofos deterministas, "sí soy responsable de mis actos". Lo que me sucede depende mucho de mí mismo, es mi modo de crear mi proyecto. Esta perspectiva, más grande que yo, es la que va a poner en funcionamiento mi persona, mi familia y mis acciones. Esta dimensión espiritual, religiosa, filosófica, es la responsable del drama humano: ¿cómo afrontar su fin? ¿Cuál es la fuente de salvación? Todo esto se encuentra en el valor de superación. En el plano social, todo

lo que promueve la generosidad es lo que impulsa a la sociedad a ponerse en marcha. Como decía Juan Pablo II: “no tengáis miedo”. Las jóvenes generaciones encontrarán soluciones a los problemas que le serán planteados. Por poco que tengan esta ambición, que sepan respetar, que sepan buscar el equilibrio, sabrán encontrar por sí mismas las soluciones a los problemas que entraña la convivencia en armonía. Los jóvenes no deben tener miedo. El que generaciones anteriores no hayan sido capaces de solucionar los problemas de generaciones venideras no quiere decir que la actual no tenga capacidad para dar con las soluciones a poco que acepte los desafíos, asuma su condición humana y su deber sobre el futuro.

Es esta idea de superación la que quisiera tratar en el plano político. Es preciso que nos superemos y sepamos convivir. ¿Cómo podemos ponernos de acuerdo en países como Francia o España donde existe esa capacidad de superación?

En Francia hemos abordado este difícil problema. Hemos discutido mucho sobre las lenguas regionales. Los diputados de la Asamblea Nacional han hecho constar en la Constitución nuestras lenguas regionales. Nosotros, los senadores, hemos pedido que la Constitución no grave sobre las lenguas. Estamos a favor de las lenguas regionales, que consideramos contribuyen a la diversidad de nuestra sociedad. Promovemos que haya escuelas donde se estudien, que se practiquen en sus regiones, que existan centros de investigación sobre las mismas, que los niños puedan ser bilingües desde edad temprana, pero que dentro de un marco constitucional podamos valorar nuestra unidad y proteger lo que tenemos en común y compartimos todos los franceses: nuestro idioma. Es la Constitución y la nación por lo que el político debe velar e inyectar el máximo de unidad. Este proyecto común es lo que nos une profundamente y nos invita a participar en la vida de una nación.

Los franceses ostentamos los valores de la República: la libertad, la igualdad y la fraternidad. A estos les hemos ido añadiendo de manera progresiva la *laicidad*. Debemos buscar sin descanso el modo de adaptar a cada época este patrimonio de valores. Un filósofo francés, que fue uno de mis ministros, Luc Ferry, afirma: “buscad en la esfera privada los valores nece-

sarios para la pública”. ¿Qué moviliza mayoritariamente hoy en día a los ciudadanos? El amor por sus hijos y su cercanía. Este sentimiento siempre prevalece. Un gran humanista como Montaigne no sabía exactamente cuántos hijos tenía. Hoy no podemos imaginar una situación así. En aquella época, el padre de familia no se ocupaba de la crianza de los hijos. Sin embargo, hoy constatamos que el amor por los hijos es uno de los motores de la vida; una de las razones por las que luchar. En la esfera privada hay valores de esta naturaleza a los que es preciso recurrir para construir un proyecto común. Una parte primordial de la Constitución en la aproximación al proyecto común es combatir el odio como enemigo principal de este proyecto. No digo que el valor principal sea el amor, puesto que se ha rechazado transferir este valor de la esfera privada a la pública, pero si no se incide en la importancia del mismo puede fácilmente surgir el odio. Es el odio el que es necesario alejar de nuestra unidad, pues deriva en ocasiones en tensiones entre unos y otros. Hay que conseguir que la nación sea el lugar donde el pueblo encuentre más elementos de unidad que de diferencia. Entre los debates que se plantean entre nosotros hoy día, me reconozco –personalmente por lo que atañe a Francia– con lo que se conoce como un Girondino, ligado al poder territorial. No obstante, deseo que frente al reto de la diversidad y de todo lo que pueda desunir podamos los políticos consolidar la unidad del país como proyecto común. Es ésta la tarea que debemos poner en práctica.

Hagamos aplicable a Europa esta reflexión. El proyecto común debe ser consolidado tanto a nivel de nación como de la Unión Europea. Probablemente hemos cometido un error queriendo dotar a Europa de una Constitución, dando la impresión de que nuestro proyecto se limitaba a la acción de gobernar y olvidando cuál es el verdadero cometido de dicha Constitución. Es como si el peregrino que camina por los Pirineos olvidara Santiago. Está claro que el peregrino conoce el camino, pero no olvida jamás su destino. Nos hemos preocupado por el recorrido, por los poderes del Consejo y del Parlamento, de la Comisión, pero hemos hablado poco de su finalidad. La finalidad para nuestros padres era la paz en Europa; para nosotros es la paz mundial. Descuidando la verdadera finalidad de la Constitución hemos transmitido el sentimiento de una Europa lejana. Los irlandeses nos han recordado algunas verdades, como previa-

mente lo habían hecho los franceses y los holandeses. Lo que es preciso aportar a Europa no es un proyecto común –como debemos hacer en España y Francia– sino proyectos federalistas que nos permitan trabajar unidos y no se confundan con el proyecto nacional común.

Esto es lo que espero de la presidencia francesa de la Unión Europea. Tengo fe en el saber hacer de nuestro presidente, Nicolas Sarkozy, para llevar a cabo políticas federalistas que aúnen, como en su día hicieron los fundadores de Europa con el carbón, con el átomo o con la política agrícola. Una nación se construye sobre un proyecto común que equilibre la idea de diversidad, pero sospecho que Europa no puede erigirse si no es en torno a proyectos plurales que pacten iniciativas.

La presidencia francesa tiene bajo su responsabilidad dos proyectos claves para el futuro. Primero, el proyecto de Unión para el Mediterráneo, que se inscribe en el Proceso de Barcelona, ampliando éste para llegar a acuerdos que confirmen que el lugar de España y Francia en el mundo se encuentra dentro del marco euromediterráneo. ¿Dónde vivimos? Hoy en día habitamos en un continente “euromediterráneo”. Este lugar es a la vez una esperanza de desarrollo para Europa y una perspectiva de paz para la orilla sur del Mediterráneo. La perspectiva de paz es poder unir pueblos con fronteras “candentes”. Este proyecto puede ser el nuevo motor de la construcción europea.

El segundo cometido sería trabajar sobre la Europa de la energía. ¿Cómo podemos asegurar nuestro aprovisionamiento de energía? ¿Cómo proteger a los ciudadanos frente a ciertas tensiones económicas de la esfera internacional? Me refiero principalmente al precio del petróleo.

Cuando parece que la Unión Europea deja de lado este asunto, da la sensación de que existe un gran desinterés por las verdaderas preocupaciones de los ciudadanos. Tenemos necesidad de grandes ideas que en determinado momento de la historia demuestren que Europa se preocupa por sus ciudadanos no sólo mediante promesas de unidad política u objetivos comunes, sino a través de la idea de diversidad que se construye en torno a grandes proyectos.

Esto nos lleva a reflexionar sobre numerosas cuestiones: la necesidad de territorio, de raíces, de región, de circular libremente... Tener un sentimiento profundo de nuestras raíces no debe impedir una convivencia armónica que exija un mínimo indivisible de unidad nacional. Esta unidad nacional debe ir acompañada por el afán de superación dirigido a favorecer la solidaridad continental. Y este afán de superación no viene expresado por una Constitución sino por los intereses comunes, los intereses de los Estados, así como por los intereses de los ciudadanos.

Los valores del humanismo moderno, el respeto, el equilibrio y el afán de superación deben expresarse desde el punto de vista político a nivel local, nacional y continental.

Nuestros adversarios políticos muestran un profundo desinterés por la coherencia entre una idea y una acción. La dignidad política es la coherencia entre el pensamiento y la acción. Por consiguiente, nuestros afines políticos en Europa deben pensar, reflexionar y construir este humanismo del siglo XXI. Un humanismo que acepta la diversidad pero que rechaza negociar lo esencial de su unidad.

MITOLOGÍA ANTICAPITALISTA Y RECESIÓN

En los disonantes compases de abertura de la crisis financiera asomó una primera tentación de mitología anticapitalista, como signo de desfondamiento crepuscular. Los sectores favorables a perfiles anti-sistema preexisten a la recesión actual e incluso al proceso globalizador. Representan inercias de origen ideológico pleistocénico, considerablemente al margen de la dialéctica centro-derecha/centro-izquierda en Europa y al contacto de tangente entre republicanos y demócratas en los Estados Unidos.

En esta dialéctica, ni triunfan los postulados del anarco-capitalismo ni los mitos del anticapitalismo, pero al iniciarse la crisis pudo distinguirse una diferencia de reacciones: el centro-izquierda reinventaba a Keynes y apostaba por algo llamado refundación del capitalismo, si no refundación de la socialdemocracia; el centro-derecha cayó inicialmente en la vacilación y luego optó por la noción de imponer la norma del Estado frente al exceso del mercado, un desliz neo-intervencionista para apartarse de los estigmas del *laissez faire*. Preferentemente, la reacción no era ideológica sino política: percibir que la ciudadanía quiere que se haga algo obliga al hiperactivismo del gobernante, aunque sepa que sobreactuar en el ámbito regulatorio pudiera incluso retrasar la salida de la recesión. En España, a diferencia de tantos otros países en el ámbito de la OCDE, ha sido de carácter específico la negación permanente de la crisis por parte del presidente de Gobierno, Rodríguez Zapatero, al menos hasta conseguir estar

Valentí Puig es periodista y escritor. Articulista del diario ABC.

presente en la cumbre económica de Washington, con Obama electo y George W. Bush preparando la mudanza. Los sucesivos paquetes de medidas se han caracterizado generalmente por su anecdotismo e inanidad a partir de unos Presupuestos Generales del Estado tan irrealistas como los presentados para 2009.

Al haber penetrado ya en el túnel de la recesión económica, más allá de la debacle financiera y con tasas de paro rampante, nada impide que en las franjas socio-políticas situadas extramuros del eje tangencial centro-derecha/centro-izquierda cuaje la demagogia retórica y populista de una remozada mitología del anticapitalismo. Hay que volver a pintar cuadros elocuentes sobre la destrucción de Babilonia. De hecho, esa fue la propensión de Zapatero al atribuir las causas de la crisis a la presidencia de George W. Bush.

Sea socialdemócrata o liberal-conservador, al gobernante con sentido y responsabilidad de Estado le toca el papel poco grato de actuar sobriamente y ofrecer tan sólo sangre, sudor y lágrimas. Por experiencia y ejecutoria, en el centro-derecha están los precedentes más resolutivos ante crisis económicas de envergadura, sin desdeñar los logros de la socialdemocracia en sus mejores fases, a pesar de que habitualmente los socialistas destacan más en la gestión de las épocas de vacas gordas. Es decir, en el gasto. Presión fiscal y gasto público han sido sus rasgos más permanentes. No es menos cierta la tentación *dirigiste* de parte de la derecha europea. En Gran Bretaña, el consenso asumido por Harold MacMillan no se quiebra hasta Margaret Thatcher; en Francia, De Gaulle había querido siempre la sumisión incondicional del capitalismo al Estado; en Alemania, obtuvo sus frutos más eminentes la hoy preterida economía social de mercado; en España, a partir de la Transición la economía tuvo que afrontar hondos baches hasta lograr el tránsito de prosperidad que se identifica con los dos Gobiernos sucesivos de centro-derecha.

El hecho de que España sea peculiarmente receptiva a la nueva mitología anticapitalista no la aleja del resto de Europa. En realidad, la coincidencia es amplia. En España hay quien ha hablado del “final de una ilusión”, en plagio parcial y deliberado de *El pasado de una ilusión*, de François Furet,

sobre el final de la idea comunista. Un escritor catalán ha comparado lo que llama cataclismo con el fin del Imperio Romano en Occidente. Los viejos héroes de mayo de 1968 han salido de su sopor para lanzar un adoquín contra el capitalismo caduco. Puesto que concluyó el mito del progreso indefinido y puesto que nadie con uso de razón sostiene que el capitalismo sea perfecto, lo más apropiado para la nueva mitología anticapitalista es sentarse a jalearse el hundimiento de los mercados. Dos generaciones políticas –o anti-políticas– recuperan el sentido determinista de la Historia porque nunca se sintieron cómodos con el triunfo del indeterminismo. Lo sabían: estaba escrito que el capitalismo tenía que acabar mal. Viejos dogmas reaparecen para demonizar el sistema capitalista recurriendo a la credulidad pasiva del *homo videns* atenazado por el miedo a la inseguridad.

Sobre todo para los penúltimos intelectuales de izquierdas, en el fondo el capitalismo todavía es el culpable. Nuevos keynesianos aparecen a derecha e izquierda. Habermas dice que la política, y no el mercado, es responsable de la promoción del bien común. Concretamente, éstas serían, posiciones de matiz, pero en su expresión más álgida la retórica ideológica no reconoce matices a la hora de reinstaurar una mitología anticapitalista. Toma la palabra la izquierda que ignoró y en ocasiones justificó la capacidad de exterminio del totalitarismo. Prefiere la eficacia simbólica a la consideración racional. Desea retirar del ámbito de debate público incluso la defensa del libre mercado como algo que requiere de ajustes y controles. Volvemos al profetismo. Descabezada la utopía del *grand soir*, la izquierda parece optar por el Apocalipsis. Hay quien ha igualado la crisis financiera y bursátil a un “nuevo opio de los intelectuales”. Es la readaptación del mito de la toma de la Bastilla pero ya en la primera década del siglo XXI.

Tan sólo hace unos meses, los *think-tanks* de la izquierda posible estaban intentando formular la manera más digna de salirse del legado socialista. Habían llegado con retraso al entendimiento de la realidad de la globalización porque tardaron demasiado en asumir la economía de mercado. Por lo demás, la falta de luz al final del túnel es común a casi toda la izquierda europea, aquejada de deserciones en el electorado y en otros casos por el viejo fenómeno de las escisiones ideológicas, el clásico *glissement à gauche*. No aparecía un nuevo método de políticas redistributivas ni

de recomposición del Estado de bienestar. Sólo prosperaba la alusión apocalíptica a la ofensiva neoconservadora o neoliberal, dos espectros inventados por la propia izquierda. Se esperaba todo de una victoria de Obama, una expectativa casi mesiánica. En referencia a Europa, *Newsweek* habló de “izquierda coja”. *Le Nouvel Observateur* se refería al “año cero de la izquierda europea”: Marcel Gauchet recomendó al socialismo francés mirar el mundo tal como es en lugar de despreciar los miedos de las clases medias y de pedir a las gentes que renuncien a lo que son. Con mayor realismo, el líder del laborismo holandés, Wouter Bos, subrayaba el lado oscuro de la globalización pero al tiempo la veía como “perspectiva de prosperidad para los pobres y de libertad para los oprimidos”.

Al proclamar Blair y Schroeder el manifiesto de la “tercera vía” allá en 1999, la socialdemocracia gobernaba en casi toda Europa. Ahora tan sólo gobierna en Portugal, en Gran Bretaña –con retroceso– y en España, si es que Zapatero puede ser considerado un socialdemócrata. En estos momentos, de repente incluso el centro-derecha parece querer reencarnarse como socialdemocracia. Es indisimulable el amedrentamiento del centro-derecha europeo. La izquierda ha saltado a la cancha con la pretensión de monopolizar la inquietud provocada por la crisis financiera y los efectos de la crisis económica. En su programa para las euro-elecciones de junio, los socialistas europeos recurren a fórmulas tan vaporosas como referirse al centro-derecha diciendo: “Ellos siguen el mercado. Nosotros seguimos nuestras convicciones”. Hablar de fundamentalismo de mercado refiriéndose, por ejemplo, a la democracia-cristiana alemana es una notoria impropiedad.

Desde luego, en Alemania peor lo tiene la socialdemocracia, con el traspaso de votos al partido izquierdista de Oskar Lafontaine. Algo semejante ocurre con el socialismo francés, fracturado dramáticamente y ya con una escisión a la izquierda liderada por el senador Mélenchon. El laborismo británico pugna para remontar las encuestas desfavorables. La socialdemocracia en Europa busca la inspiración de Obama. Las peripecias del Tratado Constitucional y el nuevo “no” irlandés a su reformulación tampoco añaden atractivos para un electorado que es sustancialmente nacional porque no existe un *demos* de dimensión pan-europea. Es por la misma razón que si las medidas contra la crisis dan algún resultado serán los Go-

biernos nacionales quienes reclamen la paternidad y el protagonismo; de fallar, la culpa sería del laberinto babélico-bizantino de Bruselas. Así se juega al escondite con las opiniones públicas.

Con el *lifting* de retórica ideológica, el objetivo consistiría en marcar un final de era, poner un límite a la victoria de los mercados tras la caída del Muro de Berlín, e invertir todo el proceso. Lo que se busca es transformar los efectos de la crisis financiera y la ralentización económica en una oportunidad para una estrategia política que hace unos meses se daba por totalmente extinta. El rostro de una izquierda gradualista quedó iluminado por lo que quedaba de una nostalgia rupturista, cambió por otro perfil, recordó los viejos cantos de victoria al creer estar asistiendo a las exequias de todo lo que tuvo que asumir, ahora se ve, con desgana, porque en el fondo permanecían casi intactos los viejos mitos, como en la Atlántida sumergida. La panoplia es amplia: de las políticas redistributivas al socialismo para el siglo XXI que propugna Hugo Chávez.

En su versión más suave, la nueva mitología anticapitalista se reduce a la ilusión de un renacer socialdemócrata, después de que la globalización cuartease sus fundamentos. En su versión más salvaje, en el diagnóstico *pro domo sua* de la izquierda sobre la economía de mercado hay un manifiesto afán de administrar y gestionar el miedo que las turbulencias financieras, la crisis bancaria y los efectos de la crisis provocan en las sociedades a lo largo y ancho del mundo. Creerán llegada la hora de los populismos expansivos de izquierda radical, quizás un regreso a los dogmas más específicos de la prognosis marxista y a la política de masas. Por ejemplo: a partir de la reunión en Sao Paulo de partidos comunistas de todo el mundo, en México acaba de instituirse el Directorio Revolucionario de Estudiantes Anticapitalistas, en el Auditorio Che Guevara de la Universidad Nacional Autónoma. Tesis: la crisis del sistema no se puede resolver dentro del propio sistema capitalista; inminente desplome del capitalismo; es absurdo humanizar el capitalismo; derrota obvia del libre mercado. Ése es el lenguaje de la radicalidad rupturista.

Hubo un parón de las ideologías anticapitalistas después de la caída del Muro de Berlín; luego reaparecieron con el movimiento antiglobalización,

pero llevaban ya un tiempo más bien desarboladas. Con la crisis actual, toman nuevo impulso: lo que ocurre es que no ofrecen soluciones ni alternativas reales. Ahora mismo, ni el más catastrófico de los vendavales financieros da pie para reargumentar la naturaleza fundamentalmente totalitaria y económicamente disfuncional que fue el socialismo real. Al fin y al cabo, un socialista francés –Strauss-Kahn– dirige el FMI y un laborista británico –Peter Mandelson– pugnaba hasta hace poco en defensa del libre comercio desde la Comisión Europea. Mandelson pide más pragmatismo, no más Estado sino un Estado más estratégico, capaz de defender y preservar el dinamismo de los mercados recurriendo de ser necesario al incentivo público. No es, desde luego, otra victoria silenciosa de la socialdemocracia.

Aunque en el fondo ese debate sea tiempo perdido, la oportunidad para volver al psicodrama de mayo de 1968 y a la idea de ruptura con el sistema no ha dejado de ser una tentación, que puede ir a más al agravarse las percepciones sociales de la fase recesional. Si la confianza es clave en toda acción de gobierno que se haga en nombre del interés público, lo que pretende la nueva mitología anticapitalista es erosionar de la forma más rápida posible la confianza de tantos miles de millones en el funcionamiento cotidiano del sistema, de la bolsa de la compra al ahorro invertido en Bolsa. Súbitamente se olvida que dos décadas después de la desaparición del Muro de Berlín cientos y cientos de millones de seres humanos han accedido a niveles de vida impensables sin el efecto generador de la economía de mercado, del Báltico al Río Amarillo.

Incluso si llegásemos a la conclusión de que lo que llamamos la era Reagan-Thatcher ha terminado, no significaría más que eso: el paso de una versión animosa del capitalismo a una rectificación de derrotero, pero en la misma expedición. Un cambio de registro. Daniel Yergin, cuyo ensayo *Pioneros y líderes de la globalización*, escrito con Joseph Stanislaw en 1998, trazaba el panorama de un triunfo del mercado sobre el Estado con Hayek y otros como protagonistas, ha dicho recientemente que el péndulo entre el Estado y los mercados está oscilando de nuevo hacia el Estado ante nuestros ojos y eso está ocurriendo mucho más rápido de lo que nadie esperaba. Sí, existe un efecto pendular. Eso divide a Gobiernos y a líderes, visiblemente en Europa, donde unos países optarían por una mayor acción

—si no activismo— gubernamental y otros sugieren una intervención lo más contenida posible. Yergin opina que el proceso político ni tan siquiera ha comenzado a asumir eso. Del menos gobierno el péndulo pasa a más gobierno. Los políticos creen así atender a la percepción de incertidumbre y desconfianza de la gente. El espectáculo de *Wall Street* lleva instintivamente a una petición de más control por parte de los Gobiernos. Ése ha sido el efecto barométrico en la campaña electoral norteamericana. Su consecuencia es el volumen económico de los rescates, del sistema financiero a la industria del automóvil.

David Brooks habla de un tropismo hacia el orden y la estabilidad, pero niega que estemos ante un desplazamiento de derecha a izquierda, de anti-gobierno a pro-gobierno, sino del riesgo a la cautela, del desorden a la consolidación. Ciertamente, algunos paradigmas políticos pueden cambiar. Había un cierto elemento de ingenuidad perniciosa, propia a veces de los anarcocapitalistas y de la utopía libertaria, en pensar que de vez en cuando la globalización no iba a tener algún coste. Nada es gratis. Lo contrario hubiese representado una mutación y una ratificación de lo más anacrónico de la idea del progreso. Es que estamos en el post-progreso.

El mayor pragmatismo de la política norteamericana seguramente logre esquivar el embate retórico-ideológico que quizás arrecie en Europa. Al final va a resultar que lo que parecía el talante intelectual de una izquierda de proyección post-totalitaria realmente se nutría de hondas añoranzas colectivistas, entre el desdén absolutista por el acceso de la gente de a pie a la prosperidad y el ensueño corrupto de la planificación central. La ofensiva simbólico-estratégica de la izquierda conoce su destinatario final: sectores sociales temerosos a los que la complejidad aturde y la instantaneidad paraliza. Todavía asombra constatar que quienes conciben esa estrategia simbólica contra la economía de mercado actúan sin ningún elemento de responsabilidad intelectual y moral a semejanza *sensu contrario* de los depredadores que aliente el ecosistema de *Wall Street*.

Ése va a ser el caballo de batalla de la izquierda en el día a día mediático y parlamentario hasta llegar al estadio de las elecciones europeas en junio, una refriega con un abstencionismo en avance y una anorexia parti-

cipativa que es origen y causa del descrédito de la política demoliberal. Ya han reaccionado con celeridad los instintos tanto de la vieja como de la nueva izquierda, con prontitud reveladora de un deseo de reivindicar sus actitudes previas más que de analizar con rigor lo que está ocurriendo. En realidad, la izquierda desconoce más que nunca lo que ocurre. Tampoco puede decirse que el liberalismo lo capte con plena amplitud, seguramente porque estamos ante una nueva complejidad que por su decurso trepidante invalida los análisis estáticos. En su programa electoral aprobado en Madrid a inicios de diciembre, los socialistas europeos han apostado por un “crecimiento verde inteligente”. Mientras tanto, la industria del acero, agobiada por la hiper-regulación ambiental comunitaria, amaga con trasladarse al Vietnam. Tampoco la sociedad del conocimiento avanzará en la Unión Europea sin una menor rigidez en los mercados laborales y una movilidad más intensa. Y todavía queda trecho para consolidar el mercado único. Entre el mimetismo ecologista y el calco gestual de Barack Obama los socialistas europeos pudieran llegar a la cita electoral con las manos casi vacías.

El sistema capitalista deriva sus logros de una aplicación del método de prueba y error. Así es practicable la constatación de que el capitalismo ha ido adaptándose a la realidad y a sus mutaciones, porque es el sistema más acorde a la propia naturaleza humana, para bien y para mal. En un mundo global, corresponde urdir una red más eficiente para operar de modo multilateral y concertado. Consecuentemente, la economía social de mercado se refirió al requisito de un “sólido marco político-moral de un orden internacional”, a sabiendas de que el establecimiento de un sistema de ordenación internacional pertenece al capítulo de hechos excepcionales en la historia del mundo. Un ordenamiento jurídico consistente y un código tácito de normas mínimas de moral acatado por todos –dice Ropke– genera una atmósfera de seguridad y mutua confianza porque la integración económica sólo puede desarrollarse hasta donde se cumplan los postulados de un sistema de derecho y del correspondiente sistema moral. Eso no niega que la escasa globalización sea una fuente de carencias mucho mayores que el exceso de globalización.

Frente a la regresión utopista, lo que difícilmente puede creerse es una moratoria del conflicto y la crisis. Eso es puro y simple buenismo, provocador de espejismos populistas de izquierda. Conflicto y crisis son ele-

mentos constitutivos de la vida: su prospección y solvencia pertenece a los márgenes de la creatividad humana y al afinamiento de las instituciones. Ésta es la capacidad evolutiva de los mercados. El sistema capitalista no es ideal porque nada hay idealmente logrado en este planeta, salvo algunas piezas maestras del arte. Pero no es un sistema irrealista: opera sobre lo concreto salvo cuando, como hemos visto en estas semanas, se desplaza desorbitadamente según expectativas sin control. Luego vuelve a sus cauces, por sus modos de autorregulación o por la acción humana que razonablemente propugnen los Gobiernos. No es dogma liberal que el pragmatismo político deba inhibirse de atemperar en ocasiones las aceleraciones y los vértigos.

Más allá de esa confrontación emergente, somos sociedades cuyas instituciones fundamentales se basan en la tradición liberal, con economías inscritas en el libre mercado. Persiste la inercia hacia el paternalismo de Estado y la cultura de la dependencia. España es una sociedad insuficientemente impregnada de liberalismo y con un sistema cultural anclado entre las ruinas del colectivismo y de la tentación igualitaria, con unas universidades en las que Marx todavía pesa más que Adam Smith. Es terreno abonado para la nueva mitología anticapitalista.

Una crisis como la actual incentiva la necesidad de revisar los sistemas internacionales de supervisión porque el actual sistema regulador internacional corresponde en parte a estructuras de mercado que ya no existen, con instituciones internacionales de supervisión que carecen de legitimidad porque han perdido capacidad de representar. Recomponer las relaciones económicas entre lo doméstico y lo transnacional va a significar todo un nuevo orden y un cambio global. Este inicio de siglo exige milimetrar los modos de regulación global porque los nuevos mercados, como siempre, requieren del imperio de la ley. Quizá nunca habrá sido tan complejo legislar, como se constata día a día en la Unión Europea. La racionalidad necesaria no es regular más, sino regular mejor. Ahora, además, harán falta reservas especiales de energía para contrarrestar la logomaquia con que van a escenificarse nuevos mitos anticapitalistas.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Invierno de 2008

NÚMERO

38



...

RAFAEL L. BARDAJÍ: América: de Bush a Obama

JOSÉ CARLOS RODRÍGUEZ: George W. Bush, la búsqueda de un poder absoluto

JOSÉ MARÍA MARCO: Bush, un pionero en la Casa Blanca

CARLOS ALBERTO MONTANER: Las difíciles relaciones
entre los Estados Unidos y Cuba. Algunas sugerencias
para la nueva Administración del presidente Obama

ANA NUÑO: «Por ahora»: diez años de Chávez en el poder

CARLOS SEMPRÚN MAURA: Una infancia feliz

...

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVILES

...

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com

¿QUÉ ES LA CRISPACIÓN?

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, pocos conceptos han tenido tanta importancia en la disputa política española como el denominado “crispación”. No sólo por la insistencia de sus creadores en hacerlo presente y convencer de su importancia, sino por el sorprendente éxito que han alcanzado en ese empeño. En líneas generales, crispar es lo que el PSOE dice que hace “la derecha” cuando compite electoralmente para ganar las elecciones y para mostrar ante la opinión pública las cosas que el Gobierno hace mal. Incluso muy mal. Crispación es también la palabra mediante la cual el Gobierno y el PSOE (entre otros) sugieren, mediante un curioso proceso de transferencia de culpa, que las agresiones que sistemáticamente ha padecido el PP durante los últimos años son culpa del propio PP.

En realidad, lo que en España se denomina “crispación” y se pide que se deje de hacer, es lo que en cualquier democracia del mundo occidental se denomina confrontación de ideas y de opiniones, y lo que todo el mundo supone que es lo que se debe hacer.

Si se aplicara a la ahora tan admirada democracia norteamericana el umbral de sensibilidad ante la crítica que manifiesta el Gobierno español, habría que concluir que desde Obama hasta McCain pasando por los Clin-

Lourdes López Nieto es profesora de Ciencia Política, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

ton y los Bush, todos ellos serían acusados por nuestra izquierda de ser unos crispadores sin remedio. Por no hablar de los debates que tuvieron lugar en Francia acerca del Tratado sobre la Constitución Europea, o de la campaña electoral italiana o de los entresijos de la política británica o de la alemana, o del duelo Sarkozy-Royal.

Lo anormal del caso español no es que la oposición se oponga al Gobierno, lo anormal es que el Gobierno pretenda que la oposición permanezca en silencio y que se actúe para conseguir que efectivamente ese silencio se produzca. Lo anormal es que cuando los políticos del PP son agredidos verbal y físicamente el PSOE no se inmute, e incluso el presidente del Gobierno se permita sugerir que algo habrán hecho, porque él, sin embargo, se siente “muy cómodo y muy feliz”. Lo anormal es que Zapatero se negara a condenar los asaltos a las sedes del PP en la jornada de reflexión de las elecciones de 2004, o que después de que un autobús electoral del PP fuera atacado en Tarragona la vicepresidenta del Gobierno afirmara que “el victimismo del PP no es creíble”. Tampoco es normal que tras la agresión a varios miembros del PP en Martorell, De la Vega afirmara sin pestañear que para que cosas así no volvieran a suceder era necesario “serenar el debate” y no hacer declaraciones que contribuyan a generar “mayor crispación”. Lo anormal es que cuando los miembros de un partido –el PP– reciben amenazas de muerte, un destacado miembro de CiU sugiera que los amenazados se quejan sin motivo porque “se les está poniendo la piel muy fina”; o que Joan Saura, como presidente de ICV afirmara en relación con las agresiones padecidas por Mariano Rajoy en Granollers que a los del PP sólo les quedaba “intentar aparecer como víctimas” después de que Cataluña hubiera estado “recibiendo insultos del PP durante un año”, en alusión a la legítima discrepancia sobre un Estatuto que obtuvo la indiferencia generalizada del electorado después de que el Parlamento nacional lo encontrara inaceptable en su versión original. Es anormal que un presidente del Gobierno confiese encarar la campaña electoral con el ánimo de dramatizar (como confesó involuntariamente en televisión tras ser entrevistado poco antes de las Elecciones Generales) y que María San Gil fuera agredida en Santiago, como recientemente lo ha sido también Núñez Feijóo.

Tras el asesinato de Isaías Carrasco poco antes de las elecciones del 9 de marzo, Mariano Rajoy fue increpado al ir a presentar sus respetos a la familia de la víctima. El PP crispa, ETA sigue matando.

Por supuesto, la evidente estrategia defendida por el PSOE con el Gobierno a la cabeza destinada a sugerir que las agresiones y amenazas que permanentemente han sufrido los miembros del PP, votantes y grupos sociales que comparten con él ideas y propuestas, son el comprensible resultado de defender las opiniones que defienden (ellos se lo buscan por ser como son), no es considerada como crispación.

Lo que parece ignorarse (¿o negarse de facto?) es que el Gobierno ocupa un lugar en un sistema político que asigna un papel al Gobierno y otro a la oposición, y que el poder que se concede al Gobierno se le otorga sobre la idea de que la oposición cumplirá activamente con su propio cometido dentro del sistema, que en caso contrario quedaría peligrosamente desequilibrado.

La “estrategia de la crispación” se enuncia como la resistencia del PP a aceptar el veredicto de las urnas y se vincula con la idea de que se trata de la misma actitud que exhibió “la derecha” durante la Transición, lo que le permitió crear un sistema sesgado a su favor (sesgo que, sin embargo, no ha impedido que ese sistema sea abrumadoramente gobernado por la izquierda y por los nacionalistas). Da por supuesto, además, que el votante carece de la claridad mental suficiente como para resistirse a la crispación, y que será arrastrado por un clima de opinión creado por la derecha que nublará el juicio de la gente y la llevará a elegir la papeleta equivocada.

Todo esto es lo que justifica el *apartheid* institucionalizado contra el PP y sus votantes en diversos territorios de España, *apartheid* que se explica con la palabra mágica: “los tratamos así porque nos crispamos”. De hecho, esta exclusión (por usar un término de la izquierda) ha penetrado en la sociedad, y en ella las personas que discrepan de las decisiones gubernamentales y de lo establecido como “políticamente correcto” también sufren violencia política y social, similar a las discriminaciones que padecen las personas no nacionalistas. O te “sumas a la mayoría” o ya sabes lo que te espera.

Pero la realidad no es que la derecha ponga en cuestión la legitimidad del Gobierno para ejercer “las funciones que le son propias”, sino que el PSOE se atribuye una “hiperlegitimidad” de la que en realidad carece y de la que espera un reconocimiento de su superioridad de manera definitiva y la autodisolución de la oposición. Y eso siempre es una pretensión ilegítima, pero cuando se trata de un partido con más de diez millones de votantes es sencillamente un empeño destinado a proporcionar a sus promotores una honda frustración. Eso es concretamente lo que los crispa: la constatación de que tanta gente se resista a reconocer su superioridad intelectual y moral; que “todavía” haya tanto “tonto de los cojones” que no vea tan claro como el alcalde de Getafe lo fácil que es dar una paga extra a todos los jubilados, como hace Chaves. Y ya puestos, aplicando el alucinado criterio económico en cuya exposición se hallaba absorto Pedro Castro antes del calentón, dos o tres pagas; qué más da, si “el dinero público no es de nadie”. Es necesario llamar la atención sobre el significado del adverbio “todavía” utilizado por el alcalde, porque expresa una pretensión inquietante: el fin de la disputa política es que llegue un momento en que no haya votantes de la derecha. Todavía no han desaparecido, pero ¿cuándo se espera que eso ocurra? ¿Según el modelo mejicano durante la hegemonía del PRI; según el modelo de Cuba? ¿Acaso le afecta también la tesis gubernamental, y la “cultura autoritaria” en la que se formó el alcalde lo lleva a defender de facto el “pluralismo franquista”?

El eslogan creado por la izquierda mediante la expresión “El PP ha creado una estrategia de la crispación” no es más que un instrumento de propaganda no democrática en la España del siglo XXI, y conviene tener clara su filiación, su origen y su intención. Crispación es el nombre que expresa la dificultad del PSOE para aceptar la legitimidad del PP.

¿DE DÓNDE SALE LA IDEA DEL PP CRISPADOR?

La expresión más reciente de la campaña para fijar en la opinión pública la idea de que el PP se resiste a aceptar los resultados electorales y que por eso procede a crispar a la opinión pública e impedir el normal desarrollo de la función ejecutiva, la constituye el denominado *Informe sobre la demo-*

cracia en España 2008. Este libro es producto de la Fundación Alternativas, que realiza actividades diversas entre las que destacan las que protagoniza el denominado “Laboratorio”, servicio de estudios de la fundación, con el objetivo de cumplir un programa de estudios materializado en documentos, que recaban de esta forma “ideas de progreso” para su traslación a las políticas públicas.

Éstas gozan de un cierto prestigio por plantear propuestas concretas presentando un formato acorde con los “actuales” cánones académicos, especialmente “importados” en España a través del CEACS¹, muchos de cuyos ex alumnos colaboran con la fundación activamente. Junto a ellos participan profesionales diversos (hoy comúnmente denominados expertos), periodistas y artistas –podemos decir que próximos al PSOE, puesto que reiteradamente así lo han manifestado.

En efecto, este centro fue creado en 1997 y, como señalaron sus fundadores, fue una respuesta a la llegada al Gobierno del PP, una iniciativa “para renovar el pensamiento progresista”, pero también, como afirmó su primera presidenta, Victoria Camps, para “librar la batalla *contra* el pensamiento conservador”². Su nacimiento, por tanto, tiene un claro planteamiento partidista y de lógica democrática sustentada en la plural confrontación política e ideológica, aunque la expresión utilizada por Victoria Camps tiene un matiz poco edificante, quizá debido a que el largo periodo de hegemonía socialista sin alternancia había hecho olvidar a algunos la regla de oro de la democracia, y a que muchos pensaran que lo acontecido en las elecciones de 1996 era una anomalía del sistema que debía ser reparada y no la libre expresión de la voluntad popular, que había decidido cambiar de gobierno después de cuatro Legislaturas.

Entre los fundadores de la Fundación Alternativas se encontraban Felipe González y quien entonces ocupaba la secretaría general del PSOE, Joaquín Almunia, y otros ex altos cargos de los Gobiernos socialistas, como J. M. Maravall y algunos ex parlamentarios y ex cargos del PCE y PSUC,

¹ Fundación Juan March: Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales.

² *El País*, 1-11-1997.

como los actuales presidente y vicepresidente Pere Portabella y Nicolás Sartorius. Y algunos más, como J. M. Eguiagaray, Mercedes Cabrera y Diego López Garrido. También son miembros del Patronato Joaquín Estefanía, Antonio Franco, Gregorio Peces-Barba, Rosa Regás y Teddy Bautista, entre otros.

Es en este contexto en el que se utiliza un eslogan partidista puro y duro que pretende dañar a la oposición y al que luego se trata de dar apariencia académica y respetabilidad profesoral. Pero, realmente, el denominado “Informe” es un panfleto que al amparo de un formato falsamente “técnico y objetivo” proporciona argumentos contra el PP sobre diversos acontecimientos ocurridos en España durante el primer Gobierno de Zapatero. La de 2008 es su segunda edición.

A primera vista se trataría de un informe realizado por investigadores contratados por la dirección de un consejo asesor del Laboratorio de la Fundación Alternativas, que determina y visa la orientación, estructura, textos, metodología y documento final. Quizá ello explique que los capítulos no estén firmados y que, presentados colectivamente, se adecuen al canon igualitarista tan políticamente correcto y tan del gusto del pensamiento de la izquierda. Los once nombres aparecen bajo el rótulo “investigadores”, independientemente de sus diversos *currícula*, y se supone que han hecho el trabajo de la investigación (recogida y elaboración de datos y una primera redacción). Unos y otros son expertos que saben de todo (“*todólogos*”), ya que los capítulos carecen de firma y remiten de facto a la tesis y conclusiones, recogidas ambas en la introducción.

El objetivo real del libro, de 361 páginas, está cifrado en las 16 primeras páginas del citado capítulo introductorio, especialmente en el epígrafe tercero, denominado “Los neocons castizos” (páginas 14-15), y quinto, titulado “Los precedentes: 1993-1996” (páginas 19 y 20). Pero todo esto no es más que un nuevo y sofisticado instrumento de propaganda de los actuales dirigentes socialistas para deslegitimar al adversario de la competencia democrática. ¿A quién tienen que deslegitimar? A todo aquel que cuestionó durante la anterior Legislatura las decisiones del Gobierno, en

concreto el PP y sus numerosos y diversos amigos políticos, como ciertos medios de comunicación. Su presencia y actividad es lo que determina –al parecer– la baja calidad de nuestra democracia. ¿Cómo logran su objetivo los “investigadores”? Simplificando la justificación de su tesis, eludiendo el argumento y planteando un problema de confianza entre los buenos (los socialistas) y los malos (el PP), lo que lleva a estigmatizar al adversario. El increíble corolario es que el PP es un partido antisistema y está deslegitimado tanto para realizar las funciones de oposición política como para ser una alternativa de Gobierno. ¿Cómo “justifican y articulan” este mensaje? De una manera sencilla: consideran que todas y cada una de las iniciativas y acciones adoptadas y realizadas por el PP durante la pasada Legislatura responden a una “estrategia” pergeñada por este partido para “crispar”³, término tan peyorativo como los que sistemáticamente atribuyen a cuantos valores, acciones, personas o conceptos son propios del PP⁴. ¿Por qué necesitan hacer esto? Porque muchas de sus políticas han sido radicales, como han afirmado algunos de sus más altos responsables, por lo que con objeto de defenderlas tratan de confundir y mentir a la opinión pública.

“La estrategia de la crispación” es un argumento propagandístico y antidemocrático de sectores socialistas que pretenden la deslegitimación del PP. Lo que no es lo mismo que su derrota electoral: lo que se pretende es su inhabilitación para el juego electoral, la imputación de un vicio moral incompatible con la democracia. No es ni más ni menos que eso.

Afortunadamente, los estudios postelectorales disponibles permiten afirmar sin lugar a dudas que ese argumento no ha impedido el crecimiento del voto del PP en lo que habitualmente se considera “centro” electoral. Dicho de otra manera: sólo los radicales de izquierda se creen el cuento de

³ **crispar** (Del lat. *crispāre*). **1.** tr. Causar contracción repentina y pasajera en el tejido muscular o en cualquier otro de naturaleza contráctil. U. t. c. prnl. **2.** tr. coloq. Irritar, exasperar. U. t. c. prnl.

⁴ Ver en este mismo sentido por ejemplo la denuncia que realiza **C. Rodríguez Braun** (Libertad Digital, 1-12-2008) en su artículo sobre el uso del calificativo “ultraliberalismo” utilizado en *El País* por **J. L. G.^a Alejo** o la respuesta de **A. Landa** en el mismo medio, cuando le atribuyeron el calificativo de “fachilla”.

la crispación, porque son incapaces de entender y aceptar que el PP forma parte del sistema democrático español y que es muy posible que gane elecciones limpiamente.

La estrategia de la crispación es una estrategia socialista, no una estrategia del PP, es el nombre que se pone por parte del Gobierno y los suyos a la legítima oposición para hacer que parezca ilegítima. Y su resultado ha sido la movilización electoral de la ultraizquierda en algunos territorios de España, pero ha llevado al PSOE a la pérdida del centro electoral. Este votante centrista ha descubierto sin dificultad el juego sucio de la izquierda y la ha abandonado en las urnas. Y ello contra el gran pesar de profesores universitarios anclados en los desfasados análisis de voto basados en la pertenencia de clase, como el profesor Gil Calvo, que afirmó que “las clases medias y los restos de clase obrera (del cinturón rojo de Madrid) votan *contra natura* a la derecha”⁵.

El “Informe” se ha convertido en banderín de enganche y paraguas ideológico de sectores socialistas que cada vez con más frecuencia manifiestan comportamientos claramente antidemocráticos (Grandes, Almeida, Almodóvar, Carrillo, Torres, Castro, Blanco, etc.), pero a medio plazo es una estrategia destinada al fracaso si el PP se mantiene fiel a sus políticas.

Esta práctica tuvo precedentes en la primera Legislatura, contra la frágil unidad de la UCD; y después en las campañas electorales de 1993 (el “dóberman”) y de 1996, tratando de deslegitimar a quienes dejaban de ser una cómoda oposición para convertirse en una alternativa real. La estrategia de la crispación revela que el PSOE prefiere deteriorar el sistema político a fuerza de afirmar que el rival no debe participar en él por antidemocrático antes que perder el Gobierno.

El problema que tiene esta argumentación (quizá deberíamos denominarla “*argumentario*” en el sentido partidista y coloquial del término) es que es fácil encontrar sus “peros” en forma de contradicciones y engaños. El primer *pero* es que como estos argumentos falaces y antidemocráticos con-

⁵ *El País*, 8-12-08.

tra una fuerza política mayoritaria no se practican en ningún país democrático, en la versión inglesa de este libro, colgada en la web de la citada fundación, se utiliza el término *confrontation*⁶, término habitual para definir el necesario debate democrático de cualquier democracia occidental. Obviamente, el objetivo está en España, por lo que aquí utilizan el término “crispación”. Resulta llamativo que lo que aquí se presenta como un comportamiento inaceptable y rayano con el golpismo, sea homologado en el exterior al comportamiento ordinario de cualquier democracia.

Pero como tampoco les cuadra el argumento según el cual el comportamiento del PP estaría deslegitimado, porque el PP ganó en votos al PSOE en las municipales y autonómicas y porque obtuvo diez millones de votos, se ven en la necesidad de incluir un nuevo subtítulo: “Derrota, pero no fracaso”. En todo caso, sus autores se reafirman en la propaganda, ya que han recibido (¿de quién o por qué?) la legitimidad para “aducir y fundamentar” que el PP y compañía deben recibir el “castigo democrático” de ser imputados, condenados y deslegitimados políticamente por todo lo dicho, hecho o actuado durante esa Legislatura, ya que, aunque fueron superados en las urnas por el “partido legítimo”, han impedido la victoria por mayoría absoluta de Zapatero.

Aún hay otro *pero* más: para justificar que el Gobierno decidió modificar parte del discurso y ciertos aspectos de sus anteriores políticas radicales tras las elecciones de 2007, dado que seguía habiendo muchos votantes populares que se resistían a esfumarse, en el “Informe” casi desaparecen las referencias a los tres asuntos sobre los que a su juicio el PP habría elaborado la “estrategia de la crispación”⁷ (e incluso desaparece el capítulo sobre “Los distintos niveles de gobierno”). Es como si los atentados del 11 de marzo, la negociación con ETA y el Estatuto de Cataluña no hubieran sido asuntos relevantes durante la pasada Legislatura. Como resulta difícil

⁶ **confrontar** (Del lat. *cum*, con, y *frons*, *frontis*, la frente). **1.** tr. Carear una persona con otra. **2.** tr. Cotejar una cosa con otra, y especialmente escritos. **3.** intr. Dicho de una persona o de una cosa: Estar o ponerse frente a otra. U. t. c. prnl. **4.** intr. p. us. **confinar** (lindar). **5.** intr. desus. Dicho de una persona: Congeniar con otra. Era u. t. c. prnl. **6.** intr. ant. Dicho de una cosa: Parecerse a otra, convenir con ella. Era u. t. c. prnl.

⁷ Informe anterior colgado en la web de la citada fundación.

saber si hay que aplaudir a Zapatero cuando hace o cuando deshace se opta por ignorar que hizo y que deshizo –¿a la espera de que vuelva a hacer?–, y que la oposición del PP se fundamentó en lo que Zapatero efectivamente hizo. Hurtar al lector el contexto en el que se produce la tarea de la oposición es inadmisibile.

El “Informe” es, por tanto, todo un “prodigio” de “información fiable sobre acontecimientos y decisiones colectivas, de utilidad para el análisis, el debate social y la formación de la opinión pública”, según declara la propia Fundación Alternativas sobre él. Lo mejor para tener un “conocimiento efectivo de nuestro sistema de convivencia”, aunque ese conocimiento excluya, por supuesto, las agresiones y vejaciones de todo tipo de las que han sido objeto los militantes del PP, así como los votantes, grupos sociales e ideas no socialistas. Quizás porque las amenazas de muerte física no se han hecho “efectivas”, aunque sí en parte las de hacer creer que el PP es arcaico y heredero del franquismo.

Sin embargo, sí se puede estar de acuerdo con esta declaración del “Informe”: “Cada alternativa política supone la elección de los conflictos que se van a intentar situar en primera fila del debate público con el fin de acceder al poder. En este tipo de estrategia permanente y deliberada predomina la negación del contrario y su legitimidad para actuar. Si uno de los partidos que compiten por el Gobierno subordina cualquier consideración en torno al contenido del debate y la acción política al designio de entrar en el Ejecutivo y obtener el poder, y entiende que una atmósfera de crispación le favorece en mayor medida que a su adversario, es altamente probable que la promueva”⁸. Así ha sido efectivamente por parte del PSOE y de quienes al elaborar un informe sobre la pasada Legislatura olvidan las decisiones del Gobierno que han dado origen a la posiciones de la oposición, posiciones perfectamente homologables a cualesquiera se hayan adoptado por las diferentes oposiciones de las democracias occidentales. Es difícil, desde un punto de vista de la Ciencia Política, del Derecho Político o de la Filosofía encontrar argumentos normativos sólidos que consideren censurable el comportamiento del PP durante la pasada Legislatura.

⁸ *Ibíd.*, pág.14.

Pero si J. M. Maravall ha sido capaz de presentar la trayectoria de los responsables del Ministerio del Interior en los Gobiernos de González como dimisiones responsables y hasta heroicas de personas injustamente perseguidas por un hatajo de crispadores, nada de esto debe sorprendernos ya⁹.

En lugar de informar sobre esto, la Fundación Alternativas prefiere introducir dos nuevos capítulos¹⁰ y un singular medidor a modo de “termómetro” de la democracia sobre los que se construye el *argumentario*, al que nos referiremos a continuación. Según él, lo que se considera como “buena democracia” por los inventores de la estrategia de la crispación socialista resulta realmente inquietante.

LA “BUENA DEMOCRACIA” SEGÚN DECISIÓN DE LAS REDES “CIENTÍFICAS” DE LA IZQUIERDA

Vale la pena reproducir íntegramente la “Nota metodológica” con la que se explica cómo se ha elaborado el cuestionario sobre la calidad de la democracia en España de la Fundación Alternativas y quién ha respondido a él:

Apéndice I. Nota metodológica

El cuestionario se ha elaborado siguiendo en lo fundamental el esquema del proyecto *Democratic Audit*, desarrollado en el *Human Rights Centre* de la Universidad de Essex (<http://www.democraticaudit.com>). Su principal ámbito de aplicación ha sido hasta el momento el Reino Unido (Beetham, Ngan & Weir 2003; Klug, Starmer & Weir 1996; Weir & Beetham 1999). A diferencia de los estudios del *Democratic Audit*, que se basan sobre todo en información cualitativa, en este caso se ha diseñado el cuestionario con la intención de producir datos cuantitativos que pudieran ser analizados estadísticamente. De ahí que las respuestas se hayan medido en todos los casos mediante una escala 0-10 (frente a escalas de cuatro puntos o preguntas abiertas como las que se emplean en *Democratic Audit*). Por otro lado, las preguntas

⁹ José María Maravall: “Las estrategias de la crispación bajo Felipe González y Zapatero”, en *Claves de razón práctica*, nº 184, 2008.

¹⁰ “La inmigración y la vida política” y “Las relaciones Estado-Iglesia”.

no son las mismas que en los estudios británicos. Siguiendo el criterio del Consejo Asesor del Informe sobre la democracia en España de la Fundación Alternativas, se preparó un cuestionario especial para España distinguiendo cinco grandes esferas que se consideraron las más relevantes con vistas a analizar nuestro sistema democrático. El cuestionario se distribuyó entre expertos procedentes de los campos de la ciencia política y la sociología, y, en menor medida, de otras áreas como la economía, el derecho, la historia y el periodismo. Aunque en ningún momento se ha pretendido obtener una muestra estadísticamente representativa de la sociedad española, se ha procurado, no obstante, que hubiera variedad por lo que respecta a la ideología de los expertos, su género, su edad, o su comunidad autónoma.

Los nombres de los expertos se han obtenido del siguiente modo. Primero, el Consejo Asesor del *Informe* preparó una lista inicial, que fue luego completada mediante el examen de listas de académicos de universidades y colegios profesionales, hasta llegar a un total de 280 personas. También se pidió a los propios entrevistados que proporcionaran nombres de otros expertos. Se configuró finalmente una lista de 314 personas, de las que se consiguió la dirección de correo electrónico de 280 de ellas. La muestra final está formada por 112 expertos. Eso significa que la tasa de respuesta fue del 40 por ciento, considerablemente más elevada de lo que suele ser habitual en los estudios llevados a cabo por Internet. En la muestra final de 112 expertos, hubo un 35 por ciento de mujeres y un 65 por ciento de hombres. Teniendo en cuenta que los expertos suelen ser gente con cierta experiencia (sic), la distribución de edad está bastante sesgada: un 32 por ciento eran mayores de 57 años; otro 32 por ciento, personas entre 57 y 48 años; un 25 por ciento, personas entre 48 y 39 años; y sólo un 12 por ciento de menores de 39 años. En cuanto a comunidad de nacimiento, el 27 por ciento nacieron en Madrid, el 17 en Cataluña, el 15 por ciento en Andalucía y el 8 por ciento en el País Vasco. Si tenemos en cuenta la comunidad de residencia, los porcentajes se alteran: son el 38 en Madrid, el 12 en Cataluña, el 8 en Andalucía y el 7 por ciento en el País Vasco. En conjunto, algo más del 60 por ciento de los expertos no reside en Madrid. El trabajo de campo lo realizó el Laboratorio de Encuestas de la Universidad de Salamanca, bajo la dirección de Modesto Escobar, catedrático de Sociología en dicha Universidad.

Afortunadamente para la imagen de la Ciencia Política española, esta nota metodológica ha sido suprimida en la versión inglesa del texto, de manera que en esa versión apenas se alude vagamente a la forma en la que

se han obtenido los datos. En todo caso, el silencio puede ser mejor que la confesión de que la lista de expertos ha sido configurada mediante el procedimiento de hacerse con el correo electrónico de unos cuantos amigos de amigos de los promotores de la Fundación.

El cuestionario “cualidemocratómetro” utilizado en el “Informe” para auditar la calidad de la democracia y de paso dar un nuevo titular en el libro (“Calificación de la democracia en España: 6,2”), no se ha utilizado por los comparatistas más consagrados de reconocido prestigio, ni está asociado a las más importantes redes de centros de investigación, como a las que pertenece el CIS, ni ha sido utilizado por equipos de investigación sólidos. El centro al que pertenece este singular cuestionario es el Human Rights Centre, uno de los 35 centros de investigación de la Universidad de Essex. Uno de los miembros de este centro, la doctora Soysal, ha sido *visiting fellow* y hoy forma parte del consejo académico del CEACS. Entre las curiosidades vinculadas a este cuestionario ofrece una guía *Do it yourself guide to democratic auditing*¹¹. Sobre la aplicación de este cuestionario por los investigadores en este Informe y en su publicación vale la pena preguntar lo siguiente: ¿Por qué no hay ficha técnica y sí relación de quienes libremente han querido aparecer? ¿Por qué no se incluyó la autoubicación de éstos participantes? ¿Por qué no se incluye a cuantos no han contestado? ¿Por qué se han excluido dos bloques del cuestionario original¹²? ¿Por qué se utiliza este cuestionario y no otros? ¿Por qué no se utilizan los datos de los barómetros y estudios sistemáticos del CIS sobre actores e instituciones de la España democrática que permiten comparar y ver posibles cambios en la opinión pública o en su caso los eurobarómetros para comparar con otras democracias? ¿Por qué usar en su lugar ese excéntrico método construido artificialmente para la ocasión?

Esto quizá explique la omisión de la ficha técnica y algunas de las sorprendentes “afirmaciones científicas” con las que se argumenta tan insólito método de estudio de la democracia española, cuya calidad se juzga buena o mala en la medida en que se acerca a las preferencias de uno de los actores que participan en ella.

¹¹ www.democraticaudit.com

¹² El control civil de los militares y de policía y la descentralización.

RECAPITULACIÓN

Independientemente de la utilización que el presidente Zapatero haga de las aportaciones de esta fundación, como de la fundación Pablo Iglesias, a cuyo patronato también pertenece¹³, lo cierto es que la potencia de la red de la Fundación Alternativas ha facilitado el éxito de la tesis de la crispación. Naturalmente, el éxito definitivo que busca esta estrategia es que la “crispación” sea asumida por sus destinatarios de modo que reconozcan la culpa que se les atribuye. Y eso pese a que un año después de las elecciones Zapatero no ha ofrecido ningún pacto al PP aceptando la mano tendida varias veces por Rajoy, especialmente ante la grave crisis económica –ofrecimiento que ya se efectuó en la pasada Legislatura.

La Fundación Alternativas y su Laboratorio o servicio de estudios en el ejercicio de su libertad y de su legitimidad democrática seguirán elaborando cuantos libros y documentos crean oportuno, sin importar los objetivos de neutralidad y pluralismo que dicen perseguir¹⁴ (verbo al que, por cierto, corresponde el sustantivo “persecución”). Unas veces porque los cambios de rumbo o disimulos que realiza Zapatero sobre la agenda política desmienten lo que han pretendido justificar en los informes, y en otras ocasiones porque la propia realidad anula las imputaciones al PP y a quienes se sienten próximos a él. Por ejemplo, conviene recordar que una de las mutaciones tácticas sobre los paradigmas diseñados por el PSOE se produjo a mitad de la Legislatura, cuando tras las Elecciones Municipales Zapatero pone en marcha la campaña “Gobierno de España”, tratando de apropiarse del hasta entonces denostado nacionalismo español, aunque simultáneamente mantiene sus políticas de apoyo a los nacionalistas y continúa suprimiendo el término “nacional” de órganos públicos¹⁵.

¹³ Fundación que también construye y ampara “académicamente” temas de la agenda gubernamental (memoria histórica, alianza de civilizaciones...).

¹⁴ “Nos dirigimos a los que comparten nuestros valores y a quienes no lo hacen. Con unos y otros contamos para contribuir al debate en torno a las ideas en España”. www.falternativas.org

¹⁵ Introduce el término “estatal”, por ejemplo, en los museos, en el instituto de meteorología, ahora “agencia”.

Pese a ello, el éxito propagandístico del trabajo les mueve a continuar en la misma dirección. ¿Se extenderá esta actitud al resto del plantel de investigadores (calificado de “selecto”) y de los documentos “Ideas de progreso”?; ¿proseguirá el empeño de “justificar científicamente” cualquier política pública socialista? Es de prever que la respuesta sea afirmativa, sobre todo en lo que concierne a “la formación de la opinión pública”. En el próximo bienio, Alternativas seguirá “estudiando” a la derecha y al centro: *“La organización de la derecha política en España; Los ciudadanos que dicen ser de izquierdas. ¿Realmente lo son?; Los ciudadanos de centro político. ¿Quiénes son y qué piensan?; Valores y políticas que distinguen a los ciudadanos de la derecha de los de la izquierda”*¹⁶.

Será interesante echar un vistazo a las conclusiones de esos trabajos cuando se hagan públicas.

¹⁶ www.fundacionalternativas.org, programa de estudios para el periodo 2008-2010.



LA ECONOMÍA NO MIENTE
Guy Sorman
23 €



LIBERTAD DE ELEGIR
Milton Friedman
y Rose Friedman
26 €



PLANETA AZUL (NO VERDE)
¿Qué está en peligro:
el clima o la libertad?
Václav Klaus
20 €



ISLAMISTAS Y BUENISTAS
Escrito de acusación
Karen Jespersen y
Ralf Pittelkow
21 €



GRANDEZA
Reagan y Churchill,
dos líderes extraordinarios
Steven F. Hayward
20 €



LIBERALES DE 1808
Jorge Vilches
Prólogo de José María Marco
19 €



¡ATRÉVETE A VIVIR!
Robert Redeker
19 €



REINVENTAR EL ESTADO DEL BIENESTAR
Mauricio Rojas
20 €



EL PRESIDENTE, EL PAPA Y LA PRIMERA MINISTRA
John O'Sullivan
28 €



LA LIBERTAD TRAICIONADA
José María Marco
23 €



DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO
Carlos Rangel
25 €



ESPAÑA EN PRIMER PLANO
Ocho años de política exterior (1996-2004)
Alejandro Muñoz-Alonso
27 €



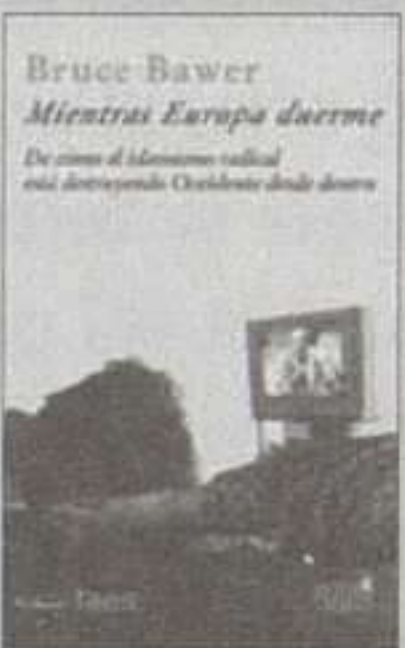
MEMORIAS
El ladrón en la casa vacía
Jean-François Revel
33 €



EL AÑO DEL GALLO, CHINOS Y REBELDES
Guy Sorman
23 €



LIBERALISMO
David Boaz
26 €



MIENTRAS EUROPA DUERME
Bruce Bawer
24 €



DOCE DE SEPTIEMBRE
Martín Alonso
21 €



LA REPÚBLICA, LAS RELIGIONES, LA ESPERANZA
Nicolas Sarkozy
21 €



LA DISCRIMINACIÓN POSITIVA EN EL MUNDO
Thomas Sowell
22 €



LA FUTURA YIHAD
Walid Phares
30 €



¿QUÉ ES OCCIDENTE?
Philippe Nemo
20 €



ALEGATO POR LA DEMOCRACIA
Natan Sharansky
22 €



EL LEGADO DE LA LOGSE
Francisco López Rupérez
22 €



LOS DICTADORES DEL PENSAMIENTO
Denis Jeambar
19 €



ENTRE LOS DOS SIGLOS
Amando de Miguel
22 €



FRANCIA EN DECLIVE
Nicolas Baverez
19 €



EL CAMINO A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA 1931 Y 1978
M. Álvarez Tardío
Prólogo de Rafael Arias-Salgado
27 €

Disponibles en librerías y en
www.gotaagota.es

LA CRISIS ECONÓMICA Y FINANCIERA EN ESPAÑA

A propósito de un libro de Guy Sorman*

La *economía no miente* es un gran libro de economía, un auténtico paseo por las ideas y los principios, por los distintos ejemplos de las economías de países que compiten y de los que no compiten; una delicia para los que creemos en la libertad y una obra de referencia que trata de las ideas, de los principios, de los fundamentos y, desde luego, del desarrollo de la economía global, de la economía de mercado.

Los principios y valores se contienen en las constituciones, se explicitan en la legislación, se actúan por los Gobiernos, se controlan por los tribunales y se reflejan en la actividad económica porque, efectivamente, “la economía no miente”. La economía es como la caja negra de los aviones donde queda reflejado absolutamente todo, y cuando surgen catástrofes como la que estamos viviendo –económicas, sociales, institucionales– se demuestra que el accidente sólo es el final de una mala atención, de un mal diseño o de una mala planificación.

Sorman afirma que la persistencia de la tendencia de crecimiento dependerá, ante todo, de la estabilidad, de la calidad de las instituciones, de la independencia del Banco Central, de la gestión monetaria previsible y no

Manuel Pizarro es diputado del Partido Popular por Madrid

* Este texto es una transcripción editada de las palabras de presentación del libro de **Guy Sorman** *La economía no miente*, Gota a Gota (2008).

inflacionista, de una justicia fiable no excesivamente onerosa, del libre cambio, de contar con una ley de quiebras para facilitar la renovación industrial —en nuestro país ahora parece que se quiere que nadie quiebre, o se quiere que unos sí quiebren y otros no—, y de tener leyes fiscales y sociales previsibles.

En realidad, todos estos principios se pueden resumir en que la economía funcione o no funcione. Guy Sorman pone el siguiente ejemplo: para crear una empresa en Estados Unidos es necesario cumplir cuatro trámites que requieren cuatro días y suponen un gasto de 166 dólares. La misma gestión en Francia requiere 15 trámites (53 días) y cuesta el equivalente a 3.693 dólares. En Italia ese gasto es de 5.000 dólares, mientras que en Grecia supone un gasto de 10.000 dólares. En España no sé cuántos años tardaríamos en montar una empresa hasta obtener la última licencia ni cuánto dinero nos costaría. Pero sólo voy a dar un ejemplo: cuando yo estaba en Endesa teníamos que hacer el *repowering* [desmontaje de instalaciones antiguas y su reemplazo por otras más modernas] de una planta en Huelva. La planta tenía que transformarse para ser alimentada con gas natural en vez de por fuel-oil. Pues bien, para un trámite que en Italia (que no es el ejemplo mejor frente a Francia o a Estados Unidos) tardaba año y medio, en España el plazo era de ocho años.

Otro ejemplo: si en Estados Unidos se quiere cobrar un cheque impagado, son necesarias cinco semanas para obtener una sentencia y dos semanas para lograr la ejecución; en Francia cada trámite tarda tres meses; en Italia hay que esperar un año para cada trámite, mientras que en España se emplearían varios años en cada uno de los trámites.

Hoy hablamos de una crisis financiera internacional que tiene relación con todo lo que Sorman expone: es una quiebra de principios y de valores que se explicita en lo que ha pasado en el mundo económico; es una quiebra de los principios y valores en los que se basa la actividad de los bancos; es una quiebra del principio que introdujo la Ley Glass-Steagall en el año 1933 después del Crac del 29. Así, los bancos han dejado de ser bancos para convertirse en vendedores de títulos; han dejado de ser calificadores de riesgo y se han convertido en vendedores de títulos que califican otros en su nombre, despreocupándose de cobrar los créditos porque llegó

a darles absolutamente lo mismo; han llegado a no valorar el riesgo porque se limitaban a venderlo. Y, con ese tipo de actuación, los principios y valores en los que se basa el crédito, que es la calificación de riesgo, desaparecen completamente.

Los bancos centrales no han cumplido bien su función. Han fomentado tipos reales negativos –lo que supone no controlar el valor de la moneda– mientras la inflación es el principal quebrantamiento de la moneda. Y al no retribuirse el dinero, la moneda se deprecia a través del tipo real negativo.

En todo caso, si la crisis actual sólo fuera un problema de inflación y de deflación de activos sería una crisis clásica con sus problemas. Pero lo que es más preocupante –y es el *quid* de la cuestión para mí–, es que además se han permitido toda una serie de productos estructurados o derivados, consentidos por los Bancos Centrales, cuya finalidad última era tener actividades fuera de balance, lo cual equivale a atentar contra el principio que regula lo que es la vida de las sociedades mercantiles, donde el balance es la expresión de lo que pasa en una compañía.

Cuando el accionista que va a comprar una acción de la compañía no sabe cómo es el balance, porque se encuentra que hay una parte de la actividad fuera del balance; cuando los clientes no saben lo que pasa en la compañía, porque hay actividades fuera de balance; cuando los Bancos Centrales permiten que una parte de la actividad esté fuera de balance, y el Core Capital, los recursos propios de la banca, no pueden pasar de unas proporciones sobre los créditos, ¿qué es lo que se está haciendo? Porque si el Core Capital tiene que ser del 6%, del 7%, del 8% o del 5%, en cuanto hay actividades fuera de balance el Core Capital se transforma en el 1%. Y el 1% significa apalancarse 100 veces, y si ganas, tienes un beneficio de 100 veces, pero cuando pierdes, pierdes 100 veces. El problema que hoy tenemos, y que ahora estamos viendo en el sistema financiero internacional, ocurre por falta de vigilancia de los bancos centrales. Pero además, tampoco han cumplido su labor los auditores, ni las sociedades de *rating*, y así se ha producido una quiebra sistémica de confianza por un fallo en el buen funcionamiento de las instituciones, que es lo que explica precisamente el libro de Sorman.

LA CRISIS EN ESPAÑA

En España tenemos, además, una crisis especial, una crisis nacional, una crisis inmobiliaria parecida a la que hay en otros países, pero con un relevante matiz: tenemos una incidencia mayor de la actividad financiera porque se han hecho más viviendas y se han dado más hipotecas –en proporciones relativas y, a veces, absolutas– que en los países de nuestro entorno. Por tanto, nosotros tendremos más impagos de hipotecas y viviendas. Sin embargo, tendremos una mejor contabilización porque el anterior gobernador del Banco de España, Jaime Caruana, advirtió de que no se podía tener nada, absolutamente nada, fuera de balance. Y, por tanto, esos productos que amplifican la quiebra, en principio no tienen por qué existir en España, porque aquí todo debe estar dentro de balance.

Luego está la quiebra financiera o la crisis financiera hipotecaria internacional clásica, que también afecta a España. Normalmente, como decía el otro día el presidente de la CECA, Juan Ramón Quintás, ante una morosidad del 7% antes se devaluaba y salíamos de la crisis creciendo con inflación y la inflación limpiaba el balance. Así, teníamos una morosidad del 5% o del 6%, pero el balance crecía al 6% o al 7% debido a la inflación, y así se limpiaba. Ahora ya no tenemos el instrumento de la devaluación y vamos a salir con una economía en depresión, un balance en contracción y con unos problemas del 5%, del 6% o del 7% de morosidad, lo cual será complicado. Aunque es cierto que, en principio, no tendríamos que sufrir la amplificación de la crisis que suponen los productos estructurados.

Pero en España tenemos un tercer problema, grave y del que no podemos echarle la culpa a otros: la falta de competitividad de la economía española. Nuestra inflación no ha dejado de crecer más que las de nuestros competidores desde que nos introdujimos en el euro; tenemos el déficit de la balanza por cuenta corriente más importante en términos relativos de toda la OCDE, y es especialmente preocupante el endeudamiento de personas y familias en un momento de falta de crédito internacional.

España es un país que no compite y no hemos tenido en cuenta que el euro no solamente es un punto de llegada, que lo era, sino un punto de sa-

lida para competir, y nos está pasando igual que les pasó a los argentinos cuando dolarizaron su economía. En el momento en que tú dolarizas la economía, tienes que competir mejor que la economía americana con la cual te estás comparando a través de la moneda. O compites más y mejor que tus competidores o a través de la inflación, a través de unos precios que suben más que tus competidores, irás ampliando tu déficit exterior. Y por la cuenta de resultados de España S.A., que es el balance por cuenta corriente, veremos que necesitamos cubrir un 10% de esta balanza por cuenta corriente con más endeudamiento y de una forma peor, debido a nuestra poca competitividad.

En *La economía no miente* falta el análisis del caso español. Está el caso indio, está el caso chino, ¿pero qué pasaría si aplicáramos el control de calidad que el libro aplica a las economías coreana, china, japonesa o americana a la economía española? En mi opinión, veríamos la falta de calidad institucional que los españoles estamos pagando en forma de crecientes problemas de nuestra economía. Esto puede parecer relativo, pero no lo es. Desde luego, si vamos al artículo 38 de la Constitución, vemos que aparece el principio de libertad de empresa, y que la libertad de empresa está garantizada por la ley. Eso significa que tiene que haber libertad. Eso significa igualdad de trato para todos los empresarios. Eso significa transparencia en todas las operaciones que se hagan. Y significa igualdad de trato para todos los que intervengan frente a las Administraciones Públicas. Por tanto, desde las Administraciones Públicas no se pueden estar promoviendo créditos privilegiados o especializados para unas compañías sí y para otras no. Porque eso como se llama es intervencionismo. Eso no es la libertad de empresa, ni la libertad que garantiza la ley.

El derecho es la garantía de la libertad, el derecho significa, en su raíz latina, el *iuris*, dar a cada uno lo suyo, y dar a cada uno lo suyo es tratar igual a los iguales y desigualmente a los desiguales. Cuando se interviene con los poderes públicos para que no haya igualdad, para que no haya libertad de funcionamiento de la economía, estamos atentando contra el principio de economía de mercado y al final lo acabamos pagando, lo acaba pagando nuestra economía.

Toda intervención administrativa tiene que ser transparente, tiene que estar en el marco de la ley y tiene que estar absolutamente controlada por la justicia. Y hay un principio de igualdad ante la ley: igualdad ante la ley a través de las licencias, a través de la concesión de créditos, a través de las operaciones económicas. Toda operación económica que no suponga igualdad ante la ley, que suponga que el Gobierno toma partido por unos en favor de otros, atenta contra la libertad de mercado, y supone una intromisión del Ejecutivo en la economía. Y supone atentar contra la seguridad jurídica que tiene que primar en un país. Y al final supone atribuir incertidumbre a ese país.

Parece que con esto no pasa absolutamente nada, pero cuando la actuación de un Ejecutivo o cuando la actuación de los poderes públicos se vuelve arbitraria, al final lo que tenemos es inflación. En un principio lo que hay es desconfianza hacia ese país, y cuando hay desconfianza hacia ese país se exige una prima de riesgo respecto a ese país. Con Aznar teníamos una prima de riesgo que era igual a la del bono alemán, y ahora ya estamos en torno al 0,60 por encima del bono alemán. Eso significa que hay mayor desconfianza sobre la economía española, porque hay incertidumbre sobre la economía española. Y, por tanto, cada vez que hay inseguridad jurídica e incertidumbre le estamos echando un fardo a la economía para no competir. Cada vez que hay actuaciones arbitrarias estamos incumpliendo el principio de igualdad ante la ley pero, al mismo tiempo, estamos metiendo a la economía en una deriva que al final acaba explotando.

El artículo 9.3 de la Constitución española habla del principio de legalidad, de seguridad jurídica, de responsabilidad. Todos estos principios están en el libro de Sorman.

En cuanto a la **libertad de empresa**, no hay libertad de empresa cuando unos son más libres que otros. No hay libertad de empresa cuando las licencias se atribuyen a unos sí y a otros no. No hay libertad de empresa cuando unas empresas tienen privilegios y otras no. No hay libertad de empresa cuando alguien hace OPAs con apoyo del Gobierno y otros no. No hay libertad de empresa cuando alguien va a los tribunales y a unos les

ampara la justicia y a otros no. Y todo eso, que parece una sucesión de casualidades, al final acaba pesando en la economía por algo muy importante: cuando no se está en el euro y el nivel de competitividad, de competencia, que al final es el nivel de inflación de un país, es del 10%, medio punto más de inflación por todas estas juergas (por decirlo de una forma coloquial) no es mucho. Pero cuando estamos en el 2%-3% de inflación, medio punto más de inflación que nuestros competidores en el euro es bastante más de lo que puede soportar la economía a lo largo de diez años.

Al final, un país que cree en la economía de mercado es un país –y lo dice Sorman en los exámenes que hace a todos los países– donde funciona la arquitectura institucional. Un país donde los órganos que tienen que supervisar lo que dice la ley –la CNMV, la Comisión Nacional de la Energía, la Comisión de las Telecomunicaciones, el Tribunal de Defensa de Competencia, el propio Banco de España– se dedican todos a que haya competencia leal, a que no haya competencia desleal, a asegurar que todo funciona adecuadamente es un país sin déficit institucional. Sin embargo, un país donde dimite un presidente de la CNMV porque hay desigualdad de trato a unos sobre otros y nadie da una explicación es un país donde la calidad institucional no funciona con los parámetros debidos.

Un país donde se sabe de antemano qué sentencia va a recaer –y me refiero a las más altas instancias– en función de los jueces que componen una sala, en función de los partidos que han propuesto a esos jueces, es un país que no tiene **calidad institucional**. Un país donde la CNMV, en función de quién aparece por allí, dicta una resolución u otra no es un país con calidad institucional.

Todas las empresas tienen que competir en la misma situación, tiene que haber efectiva **libre competencia**, y por eso el Partido Popular, cuando gobernó, hizo privatizaciones. No podía estar compitiendo Endesa, en cuyo Consejo de Administración como empresa pública estaba el secretario de Estado de Energía –que era el regulador–, el secretario de Estado de Hacienda –que era el que tenía que exigir impuestos–, el secretario de Estado de Medio Ambiente –que era el que tenía que controlar el sistema

medioambiental de la empresa— con Iberdrola o con FENOSA, que no tenían a nadie en sus consejos. No podía ser que una empresa como Endesa, a la que se le había dado una peseta por kilowatio para que comprara los activos de los demás, compitiera con las otras (que no tenían esa peseta por kilowatio de más). Entiendo que pueda haber un sector público entero eléctrico; o es entero público o es entero privado. Lo que no puede ser es que conviva un sector público con otro privado en el sector, porque el aroma no es el bueno. Así no se puede competir, y hay que asegurar la competencia.

Hoy estamos viendo una operación (que está en la mente de todos) en la que pueden venir empresas que no compitan en los mismos términos de igualdad que las españolas. Y no se compite en términos de igualdad cuando, en segmentos que requieren aplicación intensiva de capital, el *rating* no es el mismo; cuando viene una empresa que tiene el *rating* de su Estado (porque por ser pública tiene triple A), y cuando se compite con empresas que no son públicas y que tienen no el *rating* de su Estado sino el que le toca por su balance. Ahí no hay libertad de competencia, ahí no hay competencia leal.

Y no digamos nada de los países que no tienen un sistema de reciprocidad para que las empresas españolas puedan hacer allí lo mismo que quieren hacer ellos aquí. No puede haber OPAs de sociedades de empresas no opables sobre empresas que son opables. Es difícil que haya OPAs de empresas que no cotizan (que se pueden hacer), pero que estando en los mercados no estén sometidas a lo que es el control diario del mercado, porque entonces no hay **igualdad de trato** entre unas y otras. Y tiene que haber igualdad de trato para los accionistas. No puede haber OPAs parciales donde lo que se toma es el dominio de la compañía y se paga por ese paquete de acciones una cantidad muy superior a aquella que cotiza en bolsa con el único fin de tomar el dominio, porque lo que se está pagando es el dominio del paquete que se compra y devaluando los derechos políticos del resto de los accionistas, que no pueden decir absolutamente nada.

Y lo que es tremendo es que no digan nada los **órganos reguladores**. La CNMV, que es tan exquisita cuando el marido de la cuñada del primo

de alguien de la sociedad compra mil acciones, y parece que es información privilegiada, deja pasar sin embargo una operación donde se está comprando o vendiendo el 30% de la compañía y el propio dominio de la compañía, porque –se dice– que los nuevos van a dejar al equipo directivo, y resulta que el resto de los accionistas están viendo pasar la operación sin poder decir absolutamente nada. Por lo tanto, es imprescindible la buena actuación de los órganos regulatorios.

He hablado de legalidad, del cumplimiento de los contratos y de algo que es muy importante en el sistema de economía de mercado (y que también está en el libro de Sorman): en el sistema de economía de mercado, el que acierta gana y el que se equivoca pierde. Y el que pierde pone dinero. Lo decía hace poco Gordon Brown en el debate que ha habido en esta crisis mundial: el sistema de economía de mercado no consiste en comprarle su error al que se ha equivocado, comprarle sus productos tóxicos y dejarle sano su balance. No, el que se equivoca tiene que poner sus reservas, su capital y, si luego hay que poner dinero, se pone dinero, pero el que lo ha hecho mal tiene que irse de la empresa. Primero pone su dinero, y luego acude al de los demás. Pero lo que no se puede es corregir la mala actuación porque, como dice bien Sorman, la **destrucción creativa** es esencial para el buen funcionamiento del sistema de economía de mercado. El banquero que presta con pocas garantías tiene que estar supeditado a su error o a su acierto; y, por tanto, si no acierta, tiene que provisionar la pérdida. Lo que no se puede decir es que las vías de salvamento vienen a través del Banco de España: la salvación no debe venir del falseamiento del mercado. El prestatario que no atiende los pagos tiene la Ley Concursal. Y el controlador que no controla tiene que responder.

El cierre de todo esto son los artículos 24 y 117 de la Constitución. El **derecho a la tutela jurídica**. No hay cierre de un sistema, no hay garantía de un sistema si la Justicia no funciona, o si es tardía, o si es parcial, o si mira para otro lado.

Cuando llegué a la Bolsa como agente de cambio y bolsa, me di cuenta, y luego he visto por qué, que el símbolo de la Bolsa es una balanza como la de la justicia y un lema que dice *verba manent*, o sea, las palabras se cumplen, las

palabras prevalecen, los contratos se cumplen. La Justicia también es la balanza, dar a cada uno lo suyo, el *ius*. Y la Justicia es ciega, porque cuando la Justicia abre un ojo para ver quién pasa por allí, la justicia deja de ser Justicia.

Cuando no hay instituciones de calidad ni funcionamiento de calidad hay mayores costes de transacción, mayor falta de competitividad y mayor inflación. Y, por consiguiente, hay mayor déficit de la balanza por cuenta corriente, mayor incertidumbre, mayor diferencial de bono, etc.

En este momento en que nos encontramos, de crisis mundial, europea y, por supuesto, nacional, hace falta un rearme moral de principios, de valores, una vuelta al respeto de propiedad. Seguramente lo que ha hecho despegar al mundo que conocemos es que hay una reserva de propiedad al margen del poder público, que fue lo que impulsó al derecho romano, pues a través del derecho pretorio se garantizaba el derecho de propiedad. Probablemente, tal como decía *The Economist* en el número con el que se conmemoraba el paso de milenio, las dos instituciones que más han influido en la revolución industrial como la conocemos hoy son la sociedad anónima y el título valor. La sociedad anónima permite allegar grandes capitales –y por tanto hay que proteger la propiedad de esos grandes capitales–, y muchas acciones, muchos títulos valores con los mismos derechos, y protegidos y amparados por la ley.

Por tanto, hoy más que nunca es absolutamente necesario el respeto a la propiedad, a la libertad, a la justicia, a los valores constitucionales; es absolutamente necesario el rearme institucional, el rearme político. Y es absolutamente necesario un Gobierno que gobierne para todos, no para unos pocos; un Gobierno que gobierne para todos y no para media España contra la otra media, o frente a la otra media; un Gobierno que gobierne para todos y no para una parte de España contra otra parte. Y también una oposición que controle al Gobierno y que tenga una alternativa clara. Un rearme social de medios de comunicación, que tienen que pedir y exigir transparencia. Un rearme moral de los profesionales...

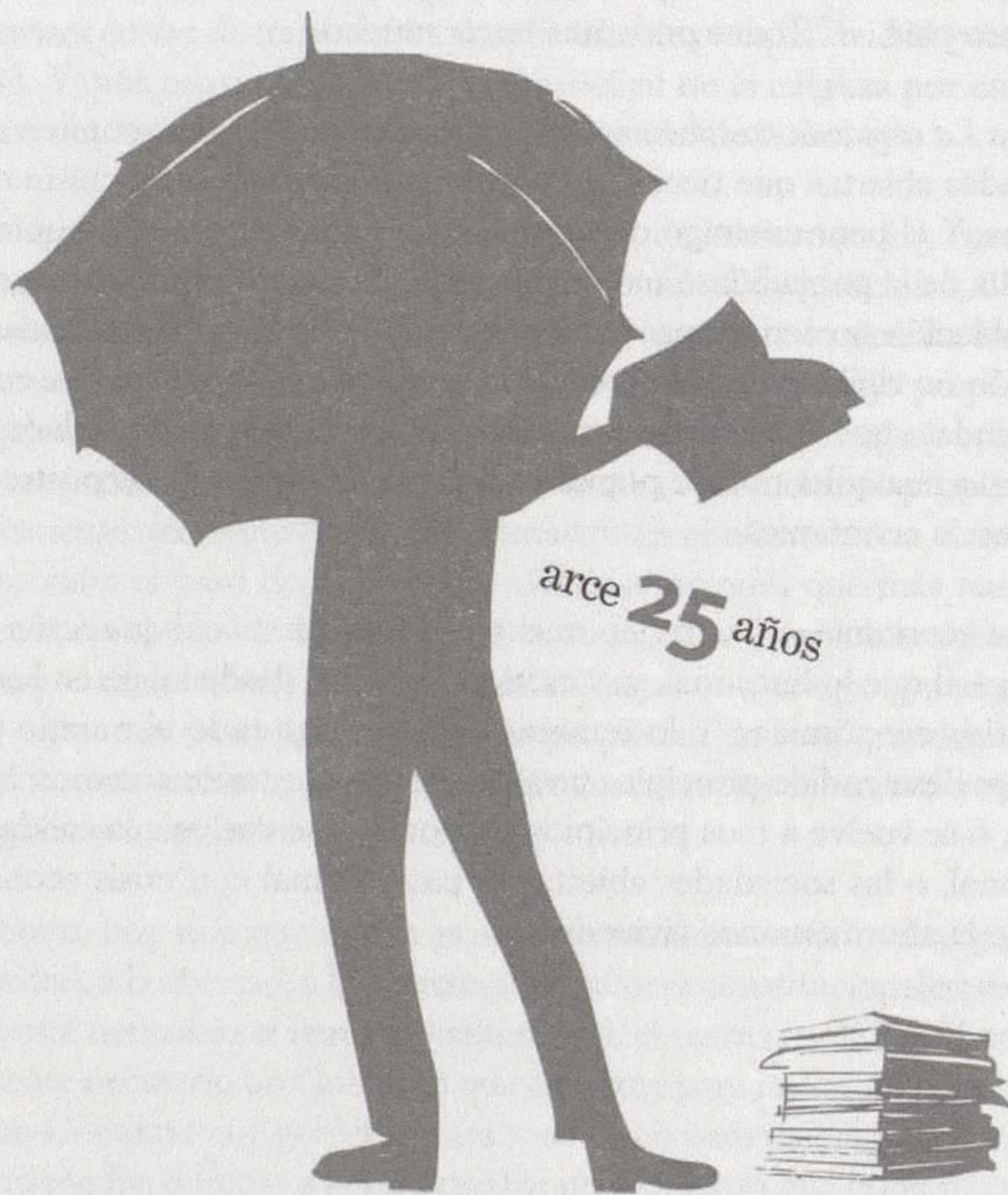
Al final se nos pide a los políticos que arreglemos este país, y hay que arreglarlo, pero también los profesionales, con su actividad, lo tienen que

hacer todos los días; los jueces, los notarios, los abogados, todos los profesionales, todos los empresarios, todos tenemos que arreglarlo. El otro día tuve una reunión con empresarios y cuando preguntaban: “¿Qué podemos hacer o qué puede hacer por nosotros”, yo les recordé la expresión de Kennedy, más bien tenemos que pensar: “¿Qué podemos hacer cada uno por nuestro país...?”. Todos podemos hacer mucho.

En *La economía no miente* se ve que las sociedades que compiten son sociedades abiertas que tienen, en términos popperianos, muchísimos enemigos. Y el peor enemigo de las sociedades abiertas es, en mi opinión, la desidia de la población. Cuando cunde la desidia de la población, cuando la población no actúa, cuando la población no se moviliza, cuando la población no vigila, cuando la población no exige a sus políticos que cumplan el mandato que le han dado a través de las elecciones, las sociedades se exponen a cualquier tipo de populismo, de totalitarismo y, a la postre, de ineficiencia económica.

La economía, es cierto, no miente. Al final premia al que actúa a bien, castiga al que lo hace mal, y el castigo lo vemos desde luego en las actuales crisis económicas. Y lo estamos viendo ya en todo el mundo porque hemos desatendido principios y valores en los que todos creemos. En todo caso, o se vuelve a esos principios y valores, o se vuelve a la calidad institucional, o las sociedades abiertas lo pasarán mal con crisis económicas como la ahora estamos viviendo.

La cultura pasa por aquí



arce **25** años



arce

ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA

Covarrubias, 9. 2º Dcha. 28010 Madrid.

Tel.: 91 308 60 66 | Fax: 91 319 92 67 | E-mail: info@arce.es | www.arce.es

www.revistas culturales.com

WASHINGTON, 15-N: EN DEFENSA DE LAS LIBERTADES ECONÓMICAS

La primera pregunta que nos deberíamos hacer es por qué se celebró la reunión de Washington. Al fin y al cabo, al anfitrión le quedaban muy pocas semanas al frente de la Administración americana. La cita tenía lugar después de las elecciones norteamericanas del 4 de noviembre, por lo que los resultados de la cumbre no podían apoyar a las candidaturas de su partido. Para el resto de delegaciones, también les podía resultar incómodo estar liderados por una Administración americana de signo muy distinto de la que iba a ocupar la Casa Blanca a partir del 20 de enero. A priori, por tanto, todo parecía indicar que una reunión de estas características debería haberse dejado para los primeros meses de 2009, ya con una nueva Administración americana con mayor capacidad negociadora y mayor margen para liderar los resultados de la cumbre.

Sin embargo, las circunstancias no admitían demora. El entorno financiero internacional había comenzado a deteriorarse en julio de 2007. En el verano de ese año aparecieron los primeros síntomas de que el mercado financiero se había excedido en la financiación del sector inmobiliario en Estados Unidos, haciendo insostenible una expansión económica que se

Álvaro Nadal es diputado. Secretario de Economía y Empleo del Partido Popular. Técnico Comercial y Economista del Estado.

basaba en parte en un crecimiento continuo e imposible del precio del inmobiliario. Entre julio de 2007 y abril de 2008, el número de insolvencias en el sector financiero obligó a la toma de medidas extraordinarias por parte de las autoridades económicas de todos los países. Países tan defensores de la economía de mercado como Estados Unidos o el Reino Unido, se vieron obligados a intervenir con medidas de emergencia. Tras un verano de 2008 relativamente tranquilo, los meses de septiembre y octubre pusieron de manifiesto que la profundidad de la crisis era mucho mayor que lo que inicialmente se había calculado y que era precisa una actuación todavía más contundente de las autoridades financieras para evitar riesgos sistémicos. A partir de la quiebra de Lehman Brothers, se precipitan los acontecimientos que parecen poner en peligro la propia existencia del sistema financiero mundial, lo que obliga a las autoridades económicas a tomar medidas desconocidas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La política monetaria fija tipos de interés mínimos, se inyectan cantidades ingentes de liquidez en el sistema financiero, se compra capital de las empresas financieras por parte del sector público, se toma el control de entidades financieras por la Autoridad, se prohíben algunas operaciones “especulativas” en las bolsas, etc. Incluso los países en los que los principios de libertad económica tienen más arraigo tomaron medidas de intervención en la economía de mercado más propias de los sistemas socialistas.

Además, lo descrito sólo eran las consecuencias de la crisis sobre el sistema financiero. El traslado de los efectos de la misma a la economía real se empieza a sentir de forma importante en la segunda mitad de 2008. La dificultad para restaurar la confianza en los mercados financieros provoca una recesión de crédito tan importante que se resienten el consumo de las familias y la inversión empresarial. Todos los países del mundo desarrollado entran en recesión, y las economías emergentes ven frenado su crecimiento económico. Las cifras de desempleo empiezan a subir y los volúmenes de comercio internacional a contraerse. La crisis financiera se traslada a la calle y, lo que es peor, se sabe que lo peor de la contracción real está por venir a lo largo de 2009 y principios de 2010.

En el terreno ideológico, el origen de la crisis financiera abonaba el terreno para que resucitaran las posiciones contrarias a la libertad de mer-

cado. La crisis financiera y sus consecuencias sobre la economía real eran la demostración palpable de los resultados a los que llevaba “el capitalismo salvaje anglosajón”. Desde ese punto de vista, era preciso, por tanto, volver a restaurar controles a la libertad económica e incrementar el peso del Estado en la economía para frenar los excesos del capitalismo. Es en este contexto, tanto económico como en el debate de ideas, cuando se convoca esta cumbre. Desde el comienzo, la Administración americana planteó un doble objetivo para la reunión: el establecimiento de los principios que deben regir el orden económico internacional y el establecimiento de cauces de actuación para ayudar a solventar la actual crisis y prevenir futuras.

LOS PRINCIPIOS

Desde el punto de vista ideológico, frente a la actual crisis caben dos posiciones. La primera, la de los defensores de la libertad económica y de la economía de mercado. Éstos reconocen que se han cometido errores, la supervisión ha sido insuficiente y no se han evaluado correctamente los riesgos. Es, por tanto, necesario revisar los sistemas de control y supervisión, es decir, reparar las piezas del mecanismo que no han funcionado bien. Pero no se pueden poner en duda bajo ningún concepto los principios de libertad que tan buenos resultados han proporcionado a la economía mundial en los últimos 25 años. Gracias a la libertad económica se goza en la actualidad de un nivel de prosperidad y de acceso a una variedad de bienes y servicios desconocidos en la historia económica. La libertad de comercio y de inversión han abierto las puertas a la convergencia en renta de inmensas áreas del mundo que parecían condenadas a la pobreza. Es la libertad económica la que ha permitido la mejora de las condiciones de las economías sometidas a la planificación central hasta final de los años 80. En el mundo desarrollado los procesos de privatización y de regulación han creado enormes ganancias de eficiencia en sectores tan críticos como telecomunicaciones, transporte o energía. Gracias a la libertad económica se dispone de Internet y de las ganancias en términos de información e incremento de la competencia que supone este instrumento. Son tan abrumadoramente grandes las ventajas de la libertad económica, que un fallo

de funcionamiento del sistema en una de sus partes no nos puede hacer replantearnos todo el sistema en su conjunto, sino que debemos centrarnos en poner en marcha mecanismos efectivos que solucionen el problema detectado.

En el otro lado, las posiciones ideológicas de izquierda consideran que la libertad económica era excesiva. La globalización supone un crecimiento de las transacciones comerciales y financieras internacionales que no puede ser controlado por los Estados. Esto genera agujeros en la regulación cuyas consecuencias son crisis financieras como la actual. Es más, la actuación de los agentes económicos lleva necesariamente a abusos de esa libertad que terminan comprometiendo todo el sistema económico. Como no se pueden superar los problemas de información asimétrica que trae consigo la libertad económica, la solución, por tanto, es restringirla. Los defensores de esas posiciones no tienen en cuenta las pérdidas de bienestar que se generan por impedir el normal funcionamiento de los mercados. Tampoco toman en consideración los problemas asociados a hacer efectiva una restricción de la libertad económica que generaría un cúmulo de precios sombra regulatorios, que incentivaría aún más la búsqueda de agujeros con los que saltarse la norma.

Un ejemplo sirve para clarificar esto. Se restringe, por ejemplo, la importación de un determinado bien porque no se puede controlar efectivamente el daño que pudiera realizar al consumidor. Esto encarecerá automáticamente el precio de los bienes sustitutivos de dicho bien en el mercado nacional, incentivando así la búsqueda de medios para conseguir introducir el producto prohibido en el mercado y hacerse con un beneficio económico. En realidad, todo proceso de restricción a la libertad económica supone una restricción de la competencia. Los ganadores netos de esta regulación son los productores del bien protegido, que ven cómo aumentó su poder de mercado y la remuneración a su producción que se vende en el mercado nacional al abrigo de la competencia internacional. Los consumidores, por su parte, son los grandes perjudicados al ver restringido su acceso a una mayor variedad de bienes y sobre todo al ver cómo aumenta el precio. Esto es válido tanto para los bienes y servicios que se intercambian en el mercado internacional como para el mercado finan-

ciero, donde la libertad económica permite situar el ahorro donde obtiene una mayor remuneración y financiar las operaciones de inversión que son más eficientes. Ni que decir tiene que detrás de cada petición de regulación hay un grupo que trata de restringir la competencia para así incrementar los beneficios de su sector.

En definitiva, tomando como punto de partida un fallo importante en el sistema de economía internacional, que ha dado lugar a la materialización de un riesgo sistémico, las posiciones ideológicas socialdemócratas han querido extender el problema al conjunto del sistema y, de esta manera, poner en duda los propios principios de libertad económica. En este sentido, se oyeron muchas voces previas a la reunión de Washington del 15 de noviembre, voces que pedían la refundación del capitalismo, el fin de la globalización salvaje o acabar con el imperialismo económico anglosajón. Nada de ello fue recogido por los Jefes de Gobierno que se reunieron en Washington. De hecho, en la Declaración Final de la cumbre se dice explícitamente: “Nuestro trabajo debe guiarse por la creencia compartida de que los principios de mercado, los regímenes de libre comercio e inversión y unos mercados financieros efectivamente regulados impulsan el dinamismo de innovación y el espíritu empresarial que son esenciales para el crecimiento económico, el empleo y la reducción de la pobreza.”

Es evidente que para los anfitriones de esta cumbre el objetivo fundamental era asentar estos principios. De hecho, así se establece explícitamente en la convocatoria de la cumbre realizada por el presidente Bush. Desde este punto de vista, el triunfo de los principios de libertad económica es total. Hay que tener en cuenta que la Declaración Final de la cumbre ha sido suscrita por Jefes de Gobierno de muy variadas ideologías y que están al frente de países con muy distintos niveles de renta. Pero es evidente que aquellas personas que están al frente de Gobiernos y que se enfrentan a la realidad a la hora de tomar sus decisiones no pueden dejar de ser pragmáticos. Y, en economía, el pragmatismo pasa por dejar que los mercados funcionen lo mejor posible y reservar al Estado un papel secundario para regular sólo aquello que es necesario, pero hacerlo con efectividad.

ORÍGENES DE LA CRISIS

Una de las cuestiones que mayor debate suscitó antes, durante y después de la cumbre, fue dónde situar el origen de la crisis y, sobre todo, la responsabilidad de la misma.

La causa inmediata de la crisis hay que buscarla en el verano de 2007, cuando se pone de manifiesto que los niveles de fallidos en el segmento *sub-prime* del sector hipotecario de los Estados Unidos estaban muy por encima de las medias de estadísticas históricas. Como consecuencia de ello, un gran número de cédulas hipotecarias titulizadas sobre estos préstamos perdieron su cotización y, de forma repentina, se volvió ilíquido un mercado que hasta entonces procuraba financiación a una parte importante del sector inmobiliario de los Estados Unidos. A partir de ahí, y dado el entramado de productos estructurados alrededor de estos activos titulizados, se genera una creciente desconfianza en el mercado financiero que terminará provocando la mayor intervención coordinada por parte de los Gobiernos en la historia económica reciente.

Pero si miramos más allá, las verdaderas causas de la actual crisis financiera hay que buscarlas en una multiplicidad de factores complejos que se refuerzan entre ellos.

En primer lugar, las autoridades financieras cometieron una serie de errores de política macroeconómica y de regulación, que propiciaron comportamientos inadecuados tanto en el mercado inmobiliario como en el mercado financiero. Desde la década de los 90, los bancos centrales se fueron centrando cada vez más en el control directo de la inflación como objetivo prioritario de la política monetaria y, en el caso de la Reserva Federal, en la suavización del ciclo económico. A la hora de medir los resultados de la política monetaria, éstos se medían en función exclusivamente del IPC, e incluso, en algunas ocasiones, de la tasa de variación de la inflación subyacente. Los bancos centrales consideraban, sólo como información adicional pero en ningún caso como objetivo a controlar, otras variables como la expansión del crédito o de los agregados monetarios, la evolución de los precios de los activos o el déficit exterior. En un contexto de economías

abiertas en el que se podía importar gran número de bienes industriales desde las economías asiáticas, el índice de precios de consumo seguramente estaba minusvalorando los excesos de liquidez en el sistema económico.

Así, y con el fin de combatir la recesión de 2001, la Reserva Federal llega a producir una rebaja histórica de los tipos de interés desde el 6,5% al 1%. El mantenimiento durante largos periodos de tipos de interés reales negativos propició todo tipo de comportamientos en un mercado financiero en el que los ahorradores estaban ávidos de remuneración, y los bancos e instituciones financieras podían fácilmente apalancarse para financiar una expansión del crédito prácticamente ilimitada.

El segundo error de política económica es de carácter regulatorio y tiene su raíz en la revocación de las barreras existentes entre la banca comercial y la banca de inversiones que, en los años 30, estableció la *Glass-Steagall Act*. Esta regulación, procedente de la Gran Depresión, establecía un rígido marco de separación entre la banca comercial, que toma dinero prestado del público en general, y la banca de inversión, que se financia exclusivamente a través del mercado de capitales. Los bancos comerciales estaban fuertemente supervisados por parte de la Reserva Federal, que exigía coeficientes de liquidez y de solvencia, lo que limitaba sus posibilidades de apalancamiento y por tanto de crecimiento del crédito. A cambio de esta regulación, la banca comercial gozaba del respaldo público a través de la garantía de los depósitos hasta un determinado límite. La banca de inversión, por el contrario, no estaba sometida a este tipo de controles pero tenía rigurosamente prohibido acudir al público general en busca de financiación y tenía muy limitadas sus operaciones con el sistema de banca comercial. A partir de los años 90, esta rígida separación se va diluyendo tanto por la revocación de la legislación como por la aparición de los fondos de inversión. La banca de inversión, al carecer de controles, puede apalancar sus posiciones en mucha mayor medida que la banca comercial y, de esta manera, beneficiarse del alto precio sombra de la regulación financiera. En un mercado con tipos de interés negativos y los precios de los activos inmobiliarios creciendo a dos dígitos, la tentación de crear instrumentos que permitieran financiar el crédito inmobiliario para luego colocarlo entre inversores ávidos de rentabilidad era inmensa.

En la práctica, se creó un mercado hipotecario paralelo al dominado por la banca comercial tradicional, que es el origen de la crisis de las hipotecas *subprime*. De hecho, tanto las Administraciones republicanas como demócratas, hicieron un esfuerzo consciente de relajar las condiciones para el otorgamiento y titulización de las hipotecas en el segmento *subprime*, como medio de incrementar el porcentaje de propietarios. Es decir, no sólo se consintió sino que se alentó la creación de este mercado hipotecario paralelo.

Otro elemento adicional, que fue objeto de debate intenso entre las delegaciones que participaron en la reunión de Washington, fue el papel que desempeñaron los desequilibrios globales en el origen de esta crisis. Es evidente que el gigantesco déficit por cuenta corriente de los Estados Unidos, financiado mediante superávit de ahorradores tradicionales como Japón o Alemania, pero más recientemente con nuevos ahorradores como los países productores de petróleo y China, generó un flujo anormal en los mercados financieros internacionales que, de no haber existido estos desequilibrios, no se hubiera producido. En el caso de China, es especialmente llamativo, ya que las autoridades económicas de ese país prefirieron durante años mantener artificialmente la competitividad de su economía mediante un tipo de cambio excesivamente devaluado que supuso una ingente acumulación de reservas en dólares. Una actuación más responsable en materia de política fiscal por parte de las autoridades de los países deficitarios, entre los que destacan España y Estados Unidos, y una política de tipo de cambio más realista por parte de China y otras economías asiáticas habrían contribuido a reducir de forma significativa los desequilibrios internacionales.

Por tanto, los orígenes de la crisis los encontramos en una mezcla de responsabilidades del sector público y del sector privado. Al sector público hay que imputarle errores de regulación y supervisión, pero también una política excesivamente expansiva tanto desde el punto de vista fiscal como monetario. Al sector privado se le puede achacar un comportamiento irresponsable, que permitió un crecimiento extraordinario del crédito y del apalancamiento financiero y una actuación poco profesional por parte de unas agencias de *rating* que no supieron superar su conflicto interno de intereses.

LA RESPUESTA FRENTE A LA CRISIS

Aunque la mayoría de las medidas tomadas por las autoridades de las principales economías son adecuadas y explicables por las extraordinarias circunstancias de la crisis financiera, también es cierto que estas medidas se han tomado casi siempre tardíamente y de forma poco coordinada.

Las medidas se pueden clasificar de tres tipos: medidas para incrementar la liquidez del mercado, medidas para restaurar la confianza en los mercados financieros, y medidas para paliar los efectos reales de la crisis financiera.

Entre las primeras se encuentran las inyecciones masivas de liquidez realizadas por los principales bancos centrales del mundo y la reducción de los tipos de interés nominales. A pesar de estos esfuerzos extraordinarios por parte de los banqueros centrales, que han llegado a aceptar como garantía para las operaciones de descuento activos de dudosa calidad, los resultados han sido muy limitados. Es precisamente la contracción en la liquidez el principal canal de transmisión a la economía real de la crisis financiera.

Entre las medidas destinadas a restaurar la confianza en el mercado nos encontramos con un sinnúmero de actuaciones que pueden ser calificadas como muy extraordinarias. Desde propiciar la compra de entidades financieras en dificultades por parte de otras entidades privadas, a la intervención directa por parte de las autoridades. Se ha procedido a crear líneas de crédito para la compra de activos hipotecarios, a comprar capital directamente de las entidades financieras por parte del sector público y se han creado líneas de avales para garantizar el funcionamiento del mercado interbancario. Todo ello sólo ha conseguido ir muy paulatinamente restaurando la confianza de un fragilísimo mercado financiero.

Por último, en muchos países, se han llevado a cabo programas de política fiscal expansiva que incluyen desde la rebaja de impuestos a programas específicos de apoyo a sectores en dificultades o a las familias que no pueden hacer frente a sus hipotecas.

Los Jefes de Gobierno reunidos en Washington han considerado que estas medidas iban en la buena dirección, pero son claramente insuficientes. Es preciso actuar de manera más coordinada y actuar vigorosamente, especialmente en el área de estabilización de los mercados financieros.

Es muy importante resaltar que en el área de política fiscal el consenso alcanzado en Washington es que los paquetes de estímulo fiscal pueden ayudar a solventar la crisis pero con dos condiciones. La primera es que no todos los países están en condiciones de llevarlos a cabo, bien porque ya se encuentren en una delicada situación financiera en su sector público, o bien porque su sector exterior presente altos déficit. La segunda condición es que todo paquete de estímulo fiscal debe ser compatible a largo plazo con la sostenibilidad de las cuentas públicas. Dicho de otro modo, se da la bienvenida a los paquetes de estímulo fiscal, siempre y cuando se tenga margen para ello y siempre y cuando no comprometa la estabilidad financiera del sector público, lo que provocaría una nueva crisis en unos años. Es evidente que con estas condiciones, España no puede ser uno de los países candidatos a participar en este esfuerzo expansivo de la política fiscal. Ya lo ha hecho en gran medida, y sus condiciones iniciales de altísimo déficit exterior hacen que la principal aportación que pueda hacer la economía española para solventar la crisis internacional sea reducir sus propios desequilibrios.

LA REFORMA DE LA ARQUITECTURA FINANCIERA INTERNACIONAL

La cumbre de Washington también estableció una serie de líneas de acción para evitar crisis futuras. El objetivo de estas medidas no es constreñir el mercado, sino el establecimiento de un marco regulatorio e institucional preciso que ayude al mejor funcionamiento del mismo.

En el ámbito de la reforma institucional, lo que se plantea es reformar las instituciones financieras internacionales actuales de manera que se refuerce su papel en el ámbito de los mercados financieros. Esto implica también incrementar su legitimidad, dando entrada a las grandes economías emergentes que cada día desempeñan un papel creciente en la economía

global. Así, el objetivo es que el trabajo conjunto del FSF (Foro de Estabilidad Financiera) y del Fondo Monetario Internacional establezca estándares regulatorios aplicables internacionalmente, que permitan un mejor conocimiento de la situación real de los mercados financieros y una convergencia de normas contables y regulatorias. Más transparencia, mejor regulación, evitar el conflicto de intereses y reforzar la cooperación internacional son los principios sobre los que se asienta esta reforma.

CONCLUSIONES

En definitiva, la cumbre de Washington no ha supuesto ni la refundación del capitalismo, ni el fin de la globalización, ni el entierro de los principios de libertad económica. Todo lo contrario, los Jefes de Gobierno de más de 20 países más la Comisión Europea, enfrentados con pragmatismo a la crisis financiera actual pero mirando también a las consecuencias de sus decisiones a medio y largo plazo, concluyeron que los principios básicos de libertad económica sobre los que se ha basado la prosperidad de los últimos 25 años, y el proceso de convergencia de muchas de las economías más pobres del Planeta, deben seguir siendo los principios rectores de la economía internacional.

Al mismo tiempo, esta crisis financiera ha puesto de manifiesto que las instituciones internacionales y la actuación coordinada de los Gobiernos no han estado a la altura del gran mercado mundial que se ha creado en las últimas décadas. Es preciso, por tanto, reformar estas instituciones y crear canales adecuados para incrementar la transparencia y la convergencia de regulaciones. Todo ello dando entrada paulatina en la toma de decisiones a unas economías emergentes con peso creciente en el PIB mundial y que no pueden ser por más tiempo ignoradas.

Desde el punto de vista de las acciones inmediatas, lo más importante es estabilizar el mercado financiero y recuperar su confianza, para lo que son precisas acciones contundentes y coordinadas. Estas acciones se pueden complementar con paquetes de estímulo fiscal, pero siempre y cuando

las condiciones lo permitan. La principal aportación que pueden hacer las economías a la crisis internacional es reducir sus desequilibrios.

Por último, la responsabilidad de la crisis debe ser imputada a errores cometidos tanto por el sector privado, que no evaluó correctamente los riesgos, como al sector público, que incentivó estos comportamientos.

CÓMO UNA EMOCIÓN SE TRANSFORMÓ EN VIRTUD

(con ayuda de Rousseau y Montesquieu)

Hoy día, la compasión es ampliamente considerada como un bien, y los que la exhiben son tenidos por buena gente. De hecho, muchos entienden la compasión –o alguna virtud relacionada con ésta, como, por ejemplo, la empatía– como el núcleo de la bondad, como la gran virtud de entre todas las virtudes. Esta virtud, que no es sólo privada sino también pública, es muy apreciada y tenida en cuenta por nuestros políticos. Incluso en asuntos de política internacional, la “intervención humanitaria” y el uso de la fuerza con el objeto de evitar sufrimiento son ampliamente considerados como el apogeo de la acción virtuosa. Sin embargo, la compasión no siempre ha disfrutado de un estatus tan elevado y poco controvertido; ¿volverá algún día a su anterior consideración?

Que la compasión es algo natural en los humanos está fuera de toda duda. Pero, ¿forma parte de nuestra naturaleza más baja o de la más elevada? Incluso –o quizás precisamente– los que la consideran como una virtud, reconocen que se trata de una emoción. ¿Puede, entonces, una emoción ser una virtud? Sí, si consideramos que lo fundamental en la virtud es la naturalidad en el sentido de la espontaneidad o autenticidad. No,

Clifford Orwin es Profesor de Ciencia Política en la Universidad de Toronto y profesor visitante de la Universidad de Standford. Texto publicado previamente en inglés en la revista *In Character* (Spring, 2008), John Templeton Foundation. Traducción de Guillermo Graíño.

si lo que define a una virtud es la perfección de nuestra naturaleza a través del triunfo de la razón sobre la pasión. Por esta misma razón, la larga historia de la controversia acerca de la compasión (yendo atrás al menos 2.500 años) se ha resuelto en los precisos términos de esta última cuestión.

I. LA MAYORÍA DE LOS PENSADORES DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA LANZARON UNA DESAPASIONADA O INCLUSO DESAPROBATORIA MIRADA HACIA LA COMPASIÓN

Reconocieron su poder y, por tanto, su utilidad en la vida política, pero dudaron de su racionalidad y, por consiguiente, de su justicia. En *La República* de Platón figura, principalmente, como una amenaza a la justicia (cf. *La República* 415c, 606a-c). Aristóteles no la trata en sus *Éticas*, es decir, en sus tratados sobre las virtudes por las cuales los humanos deben ser admirados, sino en su *Retórica*, es decir, en su exposición sobre las pasiones por las cuales el hombre se tambalea. Puesto que, para ambos pensadores, la virtud consiste en la adecuada (esto es, racional) disposición de las pasiones, la pena, como corresponde a las pasiones, no debe ser confundida con una virtud. La virtud requiere del dominio de las pasiones, por lo que nos obliga a que seamos dueños de nuestra pena.

Para entender mejor la postura de los antiguos, considérese que el centro de las virtudes, tal como ellos las entendían, no es el yo (un concepto propio de la modernidad) sino el alma, y la oposición más relevante para ellos es la del alma y el cuerpo. Para los antiguos, la preocupación por el yo era una preocupación por el cuerpo. Esta preocupación es natural, incluso inevitable, pero no virtuosa; de hecho, el buen carácter consistía en su superación.

Y la compasión, en cualquier caso, muestra precisamente esta preocupación egoísta. Tal y como ya era evidente para Aristóteles, tendemos a sentir pena por los que más se parecen a nosotros mismos, o por aquellos cuyas desgracias bien pudieran ser las nuestras (*Retórica* II.viii.13-14). Nos identificamos de buena gana mucho más fácilmente con lo parecido a nosotros, lo cual sugiere que la pena es una expresión sustituta del miedo hacia nuestra propia suerte.

Aún más, aquellos que no son capaces de soportar los sufrimientos de los demás, son también los menos capaces para soportar los propios (*República*, 606a-c), y la compasión hacia uno mismo es un vicio, no una virtud. En la visión clásica, el hombre virtuoso debe mostrar una cierta dureza hacia los demás, de la misma forma en la que soporta sus propios sufrimientos como un hombre. Y sí, efectivamente, podemos esperar de las mujeres el ser más compasivas que los hombres porque son más débiles y miedosas. En cualquier caso, nada de todo esto debe ser malinterpretado como una exaltación de la crueldad, o un total rechazo hacia la pena por parte de los antiguos. La visión clásica era la de que el virtuoso debe ser dueño de la pena tal y como lo es del resto de pasiones, siendo indulgente hacia ella sólo hasta donde es razonable y justo serlo (*República* 516c, 539a, 589e, 620a). Así pues, no existía reverencia alguna hacia la pena.

II. AL SER ESTO UN RESUMEN BREVE, HABREMOS DE PINTAR CON TRAZO GRUESO

El paganismo dio paso al cristianismo, y la filosofía clásica a la teología cristiana. Ésta fue una condición necesaria para el aumento del prestigio de la compasión y la consiguiente posición de la que hoy día goza. A pesar de ello, sería un error suponer que lo que el cristianismo enseñó fue, precisamente, compasión.

Un solo y omnipotente Dios que, habiéndose hecho carne, sufrió todo lo que la carne puede sufrir; una moralidad que comienza con la contemplación de la Pasión de este Dios-Hombre; la irrupción de la caridad universal como virtud suprema. Todo esto queda muy lejos del racionalismo aristocrático y humanista de los filósofos paganos. Además, la caridad cristiana se sitúa a mucha distancia de lo que entendemos como compasión, y, de hecho, ésta emergió como una profunda crítica hacia aquélla.

La mejor traducción de la latina *caritas* (y griego *agapé*) es la de amor (no erótico), cuyo modelo es el infinito amor de Dios por los hombres. “Amad a los demás como Yo os he amado”, instruyó Jesús a sus discípulos. Sin embargo, el ser humano es mucho más pequeño que Dios, por lo que

esta exhortación no puede ser satisfecha con simples capacidades humanas. Sólo a través de la Gracia de Dios, nuestro amor por el semejante puede aproximarse a Su amor por nosotros.

La caridad, entonces, no es simplemente una virtud natural como las que enseñaban los antiguos, sino una virtud teológica o infusa. Como tal, no busca simplemente o, incluso, primariamente, el alivio del sufrimiento mundano del vecino, sino su salvación eterna. La sola salvación es el bien (y la condenación el mal) al lado del cual todos los demás palidecen.

Así que mientras el cristianismo ha multiplicado, ciertamente, las sopas de pollo, nunca ha confundido la felicidad con la ausencia de los dolores del hambriento. Mientras la compasión moderna trata de eliminar el sufrimiento, el cristianismo, al reconocer su inevitabilidad para los seres mortales y pecadores, pretende darle un sentido. Así, busca enseñarnos a comprenderlo como el propio sufrimiento en y con Cristo, del cual nuestra salvación depende en última instancia. Cuando Christopher Hitchens vilipendiaba a la Madre Teresa por no ser para nada auténticamente “humanitaria”, estaba absolutamente en lo cierto: no podía ser simplemente humanitaria porque (como ella misma no ocultaba) se esforzaba por ser una verdadera cristiana.

La compasión moderna –y lo que entendemos por compasión es algo distintivamente moderno– se sitúa en una relación ambivalente con el cristianismo. Por un lado, su triunfo se erige sobre el extraordinario prestigio del que disfruta la caridad gracias a esta religión. Por otro, implica una gran crítica (y rechazo) a la trascendencia del cristianismo.

III. EL SIGLO DECISIVO PARA LA EMERGENCIA DE LA COMPASIÓN FUE EL XVIII

Algunos autores han explicado sociológicamente este fenómeno: la compasión emergió con el moderno sistema de mercado, y con la extensión y homogeneización del público que éste trajo consigo, lo cual llevó a la ampliación de las posibilidades de experimentar un sentimiento de compa-

ñerismo. Ésta también fue, hasta cierto punto, la visión de observadores contemporáneos tan concienzudos como Montesquieu. Sin embargo, la compasión no emergió simplemente (si es que acaso emergió principalmente) como el resultado del espontáneo papel de determinadas fuerzas sociales. Representó un proyecto intelectual emprendido por un gran número de los mejores pensadores de la época. Y éstos no sólo descubrieron o promovieron lo que desde entonces conocemos como compasión, sino que, de hecho, la inventaron. Lo que para los antiguos fue la pena (natural y mundana, pero no virtuosa) y para los cristianos fue la caridad (virtuosa pero sobrenatural y trascendente), se convirtió en sus manos en compasión (puramente natural, mundana y virtuosa).

¿Qué tipo de virtud? Una virtud post-cristiana, la cual no podía haber existido sin el cristianismo, pero que fue diseñada para suplantarlo. Con una magnífica mala fe, los grandes pensadores de la primera modernidad promovieron un falso cristianismo. Esta fe falsificada dependía de la reinterpretación de la caridad como tolerancia religiosa por un lado, y como preocupación compasiva hacia el vecino, por otro. Así, purgando la caridad de su carácter teológico y de su modelo, origen y preocupación sobrenaturales, buscaron hacer de la caridad un motor para una mejor vida en este mundo, caracterizada por una saludable indiferencia hacia el prójimo. Cuando Jean-Jacques Rousseau, el más grande de todos los promotores de la compasión, la describió en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad en los hombres* como “tan natural que hasta las bestias muestran signos de tenerla”, era perfectamente consciente de las consecuencias de basar su nueva moralidad no en una *imitatio Christi*, sino en lo que no sólo no es meramente humano, sino incluso meramente sub-humano.

El carácter moral de la compasión es, pues, un aspecto más del naturalismo de la temprana modernidad. Como tal, su adversario no sólo fue el sobrenaturalismo cristiano, sino también el racionalismo clásico que el cristianismo asimiló a través de la Escolástica. A pesar de que pueda parecer que la moralidad de la compasión es una forma de idealismo, de hecho es una parte del nuevo realismo del pensamiento moderno. Los mismos filósofos antiguos reconocieron que su moral racional era, en un sentido crucial, utópica: puesto que era una moralidad destinada a los absolutamente

racionales, necesariamente excluía a la vasta mayoría de los seres humanos. Era una ética de filósofos para filósofos, pero los filósofos no son más que una diminuta minoría. El claro anti-utópico pensamiento de la primera modernidad, inicialmente articulado por Maquiavelo en su clave Capítulo 15 de *El Príncipe*, implicó un rechazo, no sólo del sobrenaturalismo cristiano (con sus grandes modelos imposibles para los seres humanos, que producen sólo hipocresía), sino también del naturalismo clásico, en la medida en que éste era racional.

La nueva forma de aproximación a la ética –privada o pública– ya no descansaba en Dios o en la razón sino en las pasiones humanas. Fue precisamente por esta razón por la que la compasión adquirió este nuevo protagonismo. Es evidente que la inicial inclinación de los realistas modernos fue la de seguir las indicaciones de Maquiavelo para construir sus sistemas sobre las más urgentes y egoístas preocupaciones: el miedo a una muerte violenta en el caso de Hobbes; el miedo a la penuria en el caso de Locke. Estos pensadores cultivaron ya la ética que Tocqueville identificó como la principal doctrina moral de los americanos: el interés propio bien entendido.

El cálculo figura prominentemente en cada una de las muchas variaciones de este tema, pero el racionalismo moderno fue muy diferente a –y mucho más realista que– su predecesor clásico. La razón ahora debía servir a las pasiones en lugar de tratar de dominarlas: las pasiones iban a ser domesticadas, no por su inclinación ante la razón, sino por ser transformadas –con la complicidad de la razón– en “intereses”, e incluso en derechos. “El pequeño catecismo de los derechos del hombre se aprende rápidamente”, tal y como se quejó memorablemente Burke, “y las inferencias están en las pasiones.”

IV. ¿CÓMO PROMOVÍO ESTE REALISMO MORAL, POR TANTO, LA PROMINENCIA DE LA COMPASIÓN?

A través de dos corrientes contrarias, una de las cuales debemos asociar a Montesquieu, y la otra a su discípulo y rival Rousseau.

Para Montesquieu, el corazón del proyecto moderno descansa en la promoción del comercio. El comercio exigía una forma de vida sobria y ordenada que rechazaba tanto el heroico republicanismo y la austeridad de la antigüedad clásica como la ascética e hipócrita trascendencia del cristianismo. Esta forma de vida era “razonable” en su rechazo de los modelos excesivamente indulgentes con una vida de comfortable supervivencia, pero también en la imposibilidad de confinar a la moral en las obligaciones estrictamente parroquianas.

El comercio cura los prejuicios destructivos, y es prácticamente una ley general que donde hay maneras finas, allí está el comercio; y allí donde hay comercio, las maneras son finas. (*El Espíritu de las Leyes*, XX.1)

La delicadeza o suavidad (*douceur*) de la que habla Montesquieu la caracteriza en otro lugar como la virtud de la *humanidad*. Aunque no fue el primero en usar el término ‘humanidad’ en este sentido, la elección de Montesquieu sigue siendo significativa, pues sugiere que la virtud, tal y como es entendida ahora, representa un regreso a (o incluso quizás el primer logro de) la virtud a escala humana que sustituye a la sobrehumana o sobrenatural.

El comercio pule las superficies rugosas, y cuando las superficies rugosas son pulidas es por el comercio. También en otro lugar reconoce al cristianismo por su contribución histórica a la ‘descruelificación’ de la raza humana (e.g., *E.L.* XXIV.3; “La grandeza de los romanos y su declive,” cáp. 15), pero un cuidadoso estudio revela su visión de que, por grande que fuera esta aportación en el pasado, el relevo había sido traspasado decisivamente al comercio. El cristianismo también adopta distintas crueldades propias del fanatismo y el ascetismo de los que sólo el comercio puede salvarnos. Aquí, el punto crucial es que es precisamente la extensión del modo de vida más compatible con el realismo moral moderno del ilustrado interés propio el que hace al hombre más amable, tolerante y humano; en la medida en que el parroquialismo y la superstición desaparecen, nos volvemos, no sólo más seguros y prósperos, sino mejores personas.

En cualquier caso, Montesquieu emplea rara vez el término ‘compasión’; con *humanité* quizás quiera decir algo más parecido a la ausencia de

crueldad que a un gran florecimiento del sentimiento de compañerismo. Tampoco habla de la simpatía, un tema de moda en sus grandes contemporáneos de la Ilustración escocesa, como, por ejemplo, David Hume y Adam Smith. La simpatía sería aquí un tema importante para nosotros si no fuera porque es mucho más general, y le falta el perfil más moral que la compasión sí posee: es decir, carece de su específica preocupación por el alivio de los sufrimientos de los otros. Siendo esto así, a la simpatía también le falta el cariz político y social de la compasión. Los ilustrados escoceses a los que nos acabamos de referir eran moderadamente progresistas, lo cual quiere decir que también eran moderadamente conservadores: es decir, la reforma que favorecieron no supuso un completo desafío al orden social. No sería una exageración decir que su simpatía era una virtud muy cómoda con el *statu quo* liberal, tolerante y comercial de entonces y, en esto, fueron muy similares al propio Montesquieu.

La compasión, en cambio, fue el principal tema del gran discípulo de Montesquieu –quien fue también su gran crítico–, Jean-Jacques Rousseau. *El Espíritu de las Leyes* apareció en 1748, y ya por 1755, el hasta entonces completamente desconocido Rousseau, había desplazado a Montesquieu como principal celebridad intelectual de Europa, transformando la enseñanza del maestro. En manos de Rousseau, la compasión (la virtud análoga a la humanidad de Montesquieu) no figura entre los apoyos al emergente sistema liberal-comercial y su forma de vida correspondiente, sino que, por el contrario, constituye su crítica más radical. Dicho de una forma más simple, Rousseau fue el fundador de la izquierda moderna, y la compasión ocupó un lugar primordial en la articulación de esta nueva moral y sensibilidad política.

Más arriba hablamos de la relación entre la compasión y el realismo moral moderno: pues bien, en ninguna parte esta relación es tan clara como en el pensamiento de Rousseau. Puesto que sus predecesores rechazaron el pensamiento clásico por ser utópico en su concepción excesivamente racional de la virtud, Rousseau giró las tornas acusándoles de repetir este error, incluso pensando haberlo solucionado. Por un momento, creyeron embarcarse en una moral más efectiva al cambiar la razón por las más fuertes pasiones. Sin embargo, al inventar el ilustrado interés propio,

el resultado fue todavía, según Rousseau, demasiado dependiente en la razón. No es el cálculo del interés propio, sino el inmediato y espontáneo sentimiento, la única base efectiva de la moralidad.

Además, el resultado de este interés propio ilustrado y de la invocación de los derechos al servicio de este interés fue una odiosa competición entre los hombres, y no una genuina cooperación. En última estancia, el comercio y las formas de competición están al servicio de la pasión del *amour propre* o la vanidad, las cuales ansían la superioridad sobre los semejantes o la desigualdad en beneficio propio. Rousseau, pues, presenta a la emergente sociedad liberal-comercial, en la cual Montesquieu, Hume y Smith depositaron tantas esperanzas, como una espeluznante pesadilla de explotación, crueldad y lucha.

El comercio hace a los hombres parecerse más mientras que, a la vez, multiplica las desigualdades entre ellos. Montesquieu se fijó en el primero de estos hechos para dar la bienvenida al comercio como un nuevo amanecer: mientras que las diferencias generaban hostilidad y mentalidades cerradas, los parecidos generaban entendimiento. Rousseau, por el contrario, puso el énfasis en el segundo de los elementos al presentar al comercio como conducente a la separación de los hombres, cuando, supuestamente, iba a unirlos. Para Montesquieu, las diferencias más dañinas eran las de secta, raza, nación y (como nosotros diríamos hoy) cultura; para Rousseau (aunque odiara el fanatismo), la distinción fatal era la de clase.

De todo lo que está al alcance del hombre social, pues, sólo la compasión es un remedio, tanto para el utopismo del primer pensamiento liberal, como para los efectos nocivos del comercio. La compasión no es fruto del cálculo sino que es espontánea, y las uniones que forja entre los hombres son mutuas y genuinas. También permite a aquellos que han sido correctamente educados en ella trascender las barreras de la desigualdad y las divisiones entre los seres humanos. Rousseau imaginó que los parangones de la compasión serían las “grandes almas cosmopolitas” del *Discurso sobre la desigualdad*, quienes “superarían las barreras imaginarias que separan a los pueblos y quienes, siguiendo el ejemplo del soberano Ser que les creó, incluirían a toda la raza humana como destinataria de su benevolencia.”

La compasión, pues, emergió en el pensamiento de Rousseau como la gran alternativa al *amour propre* y a la explotación resultante de éste, y el ginebrino invirtió todas sus incomparables habilidades retóricas en publicitarla como bálsamo social. Como el más grande psicólogo moderno, Rousseau no sólo era consciente del poder de la compasión, sino también de sus límites. Esto último, en cualquier caso, lo comunicó *sotto voce*, pues decidió que, considerando todos los aspectos de la cuestión, la promoción de la compasión era la estrategia moral más adecuada para su propia época y para la débil, angustiada y desigual Europa del futuro más inmediato.

Como cualquier tema que Rousseau abordaba, el de la compasión se mostró altamente contagioso. Fue él quien hizo florecer la locura por la compasión que tanto infectó el siglo XIX y de la que todavía hoy no nos hemos recuperado. Aquí simplemente citaré dos casos muy distintos. Cuando, por ejemplo, el gran filósofo Schopenhauer promovió la compasión como la sola base de la moralidad, y cuando el pomposo poeta Víctor Hugo elogió su asno como “más grande que Sócrates, más sublime que Platón”, pues cambiaba de forma de andar para evitar pisar sapos, ambos tomaron a Rousseau como su inspiración.

V. DE LOS PENSADORES DE PRIMERA LÍNEA QUE HICIERON DE LA COMPASIÓN SU TEMA, ALEXIS DE TOCQUEVILLE ES ESPECIALMENTE INTERESANTE PARA LOS AMERICANOS, PUES LOS AMERICANOS FUERON ESPECIALMENTE INTERESANTES PARA ÉL

La Democracia en América ha sido calificada como el mejor libro nunca escrito sobre la democracia y el mejor libro nunca escrito sobre América. La principal preocupación de Tocqueville al escribirlo, en cualquier caso, no fue América sino la democracia, la cual previó triunfaría también en Europa, y quizás en el mundo entero. Encontró muchos motivos por los que admirar a América, y vislumbró un futuro democrático que, en gran parte, triunfó. Y, precisamente, en uno de los aspectos en los que triunfó fue en fomentar la compasión.

Pocos pasajes de *La Democracia* superan la fuerza de la Parte Tres, Capítulo Uno, en la cual Tocqueville cita una de las cartas de Mme. de Sévigné, la famosa cronista de la vida de la alta nobleza bajo el reinado de Luis XIV. El tema de la aristocracia es recurrente en toda la obra de Tocqueville, no sólo como la antecesora de la democracia, sino también como su contrapunto, como su gran obsoleta alternativa. Pero todo lo que nos cuenta sobre la aristocracia, en cualquier caso, sólo raras veces nos lo muestra directamente. De hecho, sólo en este pasaje, de entre toda su obra, habla un aristócrata con su propia voz, y sólo aquí escuchamos a escondidas a los aristócratas hablar por sí mismos. Hasta tal extremo llegó Tocqueville al apoyar su aseveración de que la democracia necesariamente actúa para promover la compasión.

Mme. de Sévigné, nos dice, era una mujer amable y cariñosa, pero, en este contexto, esta afirmación sirve para distanciarnos de ella y de su aristocracia. Las cartas que cita, escritas desde el campo a su hijo ya crecido, contienen mucho chismorreo afectivo. En el mismo lugar, en cualquier caso, describen las miserias impuestas a los campesinos a través de un ruinoso aumento de impuestos, y los atroces castigos infligidos a los que se resistían a pagarlos. Y Mme. de Sévigné no sólo muestra su satisfacción ante el saludable ejemplo que acaba de ser citado, sino que bromea a expensas de sus malogradas víctimas. Tocqueville no sólo nos muestra, sino que nos obliga a sentir la diferencia con la democracia. Es impensable –señala– que ninguno de sus lectores, con un siglo y medio ya de camino en democracia, respondiese tan cruelmente al sufrimiento humano, y simplemente imposible que quien así lo pensase lo expresase abiertamente: “el espíritu de la edad se lo impediría”.

Tocqueville insiste en que Mme. de Sévigné no veía a los campesinos como a miembros de su misma especie. Los trataba como sirvientes, como responsabilidades, como amenazas, pero no como seres humanos. Su compasión, como su lealtad, permanecía dentro de los muros de su clase. Carecía de toda humanidad en el sentido estricto del término: su sentimiento de compañerismo no estaba a disposición de los seres humanos en cuanto tales.

En democracia, por el contrario, las estrechas adhesiones a la casta han desaparecido, y respondemos al otro directamente como a un ser humano. Donde todos son más o menos iguales, cada uno se identifica de buena gana con el otro y, por tanto, con sus desgracias. (Tocqueville fue un gran estudioso de Montesquieu y Rousseau, y hay unos cuantos pasajes de su trabajo en los que su influencia es muy evidente). Pocas cosas de los americanos impresionaron tanto a Tocqueville como la gran simpatía que mostraban por los problemas de sus semejantes. De todos los pueblos, los americanos son el más susceptible de acudir en ayuda de sus hermanos, por lo menos en aquellos casos que no ocasionen grandes inconvenientes para ellos mismos (II.iii.4).

Sin embargo, esta acotación es importante. La morada de lo heroico y de las virtudes del sacrificio no es la democracia sino la aristocracia. Los demócratas tienen buen corazón, pero también son gente con prisa, necesariamente ocupada en sus propios problemas. El reverso de la compasión es lo que Tocqueville llama individualismo. Puesto que los hombres son más iguales y parecidos, también se encuentran más aislados, más preocupados por sus propios problemas. Tocqueville presenta a la realzada compasión simplemente como el aspecto más atractivo de la pérdida de unidad y adhesión, la cual es la principal consecuencia social de la democracia. Precisamente porque sabemos lo que es jugar solos, nos compadecemos de los jugadores solitarios. Si en la aristocracia las adhesiones convencionales de la casta disfrutaban de una fuerza más que natural, en la democracia, la fuerza natural de la común humanidad se muestra fugaz y frágil. La compasión se aprecia especialmente por ser la única fuerza que tiende naturalmente a unir a los hombres a quienes todo lo demás en democracia conspira por separar.

VI. COMO YA SE HA DICHO ANTES, LA COMPASIÓN TAMBIÉN HA CONOCIDO A DETRACTORES MODERNOS. ENTRE LOS MÁS SIGNIFICATIVOS SE ENCUENTRAN SPINOZA, KANT Y NIETZSCHE

Spinoza y Kant formularon versiones de la crítica racionalista a la compasión que ya se encontraban en la Antigüedad, pero en base a nociones ca-

racterísticamente modernas sobre el carácter de la razón y su lugar en el mundo. La crítica todavía más radical de Nietzsche venía de la mano de su rechazo al racionalismo moderno. Permaneció cercano a Montesquieu y Rousseau al reconocer la primacía del afecto en los seres humanos, pero interpretó todos estos afectos como impulsos y, en última instancia, como expresiones de un único impulso comprensivo presente en toda la naturaleza: la voluntad de poder.

La pena, mientras que constituye una tentación para el gran hombre (incluso la última y más poderosa tentación), es el principal refugio para los más bajos individuos. Nietzsche se atrevía a pensar que éstos se retozaban en la compasión como los cerdos en el barro, y que su piedad por los otros era inseparable de su piedad hacia ellos mismos. Esta preocupación por la pena, la gran epidemia moderna (la cual, según Nietzsche, pensando en Schopenhauer, “ha hecho enfermar hasta a los filósofos”), era el signo del declinar de una forma de vida, una anestesia para sufrimientos incurables. Señaló el camino hacia el último hombre, el cual no sentiría nada ni echaría en falta nada.

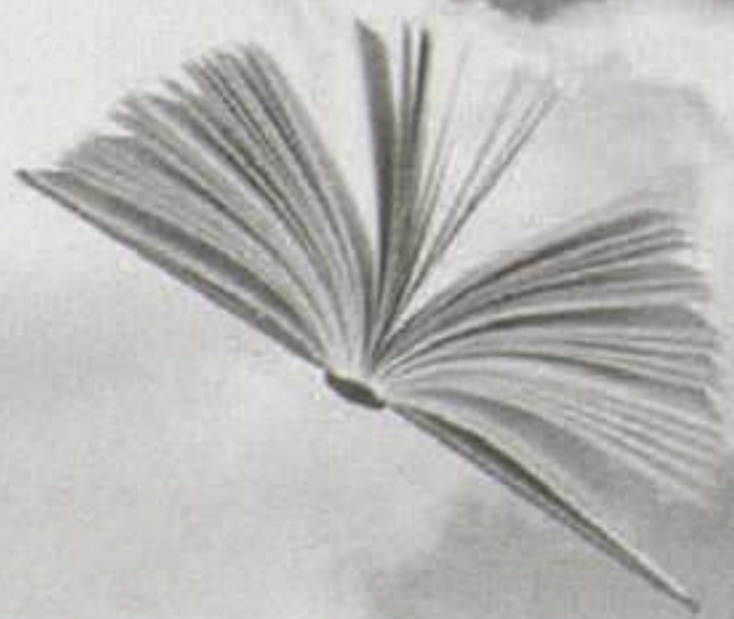
A pesar de que Nietzsche se describe a sí mismo (y otros también lo hicieron así) como un inmoral, su objeción última hacia la compasión fue ética. El núcleo de la humanidad es su ambición por la grandeza, y la grandeza depende del sufrimiento. El proyecto moderno de la compasión, así pues, entendido como la eliminación del sufrimiento, era *ipso facto* una campaña contra la humanidad en sí misma, a favor del descenso hacia lo sub-humano.

La enseñanza de Nietzsche, pues, rememora la respuesta cristiana al preguntarse si el sufrimiento es simplemente algo malo. (Y si esto no es así, entonces la ética moderna de la compasión no puede ser tenida por simplemente buena). Sin embargo, Nietzsche recuerda a los clásicos al sugerir que, para que los hombres alcancen su entero potencial, deben dominar la compasión en nombre de consideraciones más elevadas. Parece así, a la postre, que sería precipitado pensar que esta cuestión está cerrada.



libros libres para Cuba

colabora con las bibliotecas independientes



www.bibliocuba.org

www.hispanocubana.org

Fundación Hispano Cubana, C/ Orfila, 8 - 1º A. 28010 Madrid Tel.: 91 319 63 13 Fax: 91 319 70 08 Mail: f.h.c@hispanocubana.org

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

OBAMA VERSIÓN EUROPEA

Las recientes elecciones presidenciales norteamericanas pasarán a la historia por haber tenido, de hecho, la campaña más larga, casi tres años. Pero no sólo. La movilización ha sido extraordinaria. Grupos que durante años habían vivido de espaldas a los comicios han sentido la necesidad de darse de alta en el censo electoral y emitir su voto. Todo un éxito para el sistema y, sobre todo, para el candidato que logró atraer la mayoría de esos votos nuevos: Barack Obama. Entre sus indudables méritos políticos hay uno que destaca, es capaz de ilusionar a la gente como muy pocos lo han conseguido. Una de las funciones del sistema liberal-parlamentario es forzar un permanente diálogo entre representantes, aspirantes a serlo y representados sobre valores, intereses, estrategias y tácticas. En ese juego, versión del “mercado” en la teoría económica liberal, aparece un elemento clave que humaniza esta relación: la necesidad que tenemos de sentir que nuestras ansias pueden convertirse en realidad. Obama ha estado hablando en público casi todos los días durante más de dos años sin comprometerse a casi nada concreto pero dejando creer a cada cual que había llegado su momento, que ahora sí se harían realidad sus deseos. De ahí la movilización final, de ahí la corriente de energía capaz de desbordar a una candidata sólida y bien arropada como Hillary Clinton, de ahí que en tiempos de crisis se eligiera a un novato desconocido frente a un veterano, experimentado y prestigioso candidato republicano.

Obama invita a soñar, pero no sólo a los norteamericanos. Hoy es un fenómeno global, porque global es el mundo que nos ha tocado vivir y ya

Rafael L. Bardají es director de Política Internacional de la Fundación FAES.

Florentino Portero es profesor de Historia Contemporánea (UNED).

resulta imposible que lo que conmociona a Estados Unidos no llegue a través de los modernos medios de comunicación a casi cualquier punto del Planeta. De la misma forma que el senador por Illinois ha sabido dar rienda suelta a las ilusiones de millones de conciudadanos, capitalizando sus deseos de cambio, millones de personas en todas las partes del Globo han creído ver en él la representación de un nuevo y emergente mundo sobre el que cabe depositar esperanzas. En el mercado de la política Obama se presenta como un catalizador de sueños, pero poco más. Lo que tienen en común todos sus votantes es el deseo de cambio, pero no hay acuerdo sobre qué cambio. Si esto resulta evidente entre sus votantes, cuando salimos de las fronteras de Estados Unidos y analizamos los puntos de vista de sus simpatizantes de otras nacionalidades, entonces es cuando reconocemos que nos encontramos ante un fenómeno social de enorme interés.

El cambio ya se ha producido. Obama será el próximo presidente de Estados Unidos a costa de las ambiciones de dos personajes más experimentados, conocidos y prestigiosos: Hillary Clinton y John McCain. Los primeros nombramientos realizados por el presidente-electo no responden en absoluto a las expectativas creadas. Si se comprometió a luchar contra el *establishment* de Washington, obstáculo del cambio ansiado, los elegidos son destacadas figuras de ese "cotarro", traducción propuesta en su día por Torrente Ballester. Tanto en el área financiera como en la exterior y de seguridad los elegidos son de sobra conocidos, destacan por su alta cualificación, experiencia y por sus posiciones moderadas. No sólo no se ha apoyado en los progresistas que le hicieron la campaña y le auparon contra la senadora Clinton, poco amiga de guiños izquierdistas, sino que ha recurrido a republicanos para áreas especialmente delicadas. ¿Cómo explicar la continuidad del secretario de Defensa después de tan ácidas críticas a la política de Bush? Muchos de sus votantes pueden sentirse traicionados, pero ése no es un problema urgente para Obama. Su prioridad sólo puede ser la salida de la crisis económica en condiciones de ventaja para seguir compitiendo en un mercado global. Si lo logra se habrá ganado la confianza de su pueblo y podrá afrontar nuevos retos desde una base electoral más amplia. Mientras tanto prefiere parapetarse tras un muro de solvencia y pragmatismo.

Todo sueño finaliza en un despertar. Los europeos, como los habitantes del resto del mundo, se han inventado su propio Obama. Sobre él han proyectado sus ansias, sueños y deseos. El resultado resulta inútil para entender a Obama o la política norteamericana, pero es de gran interés para conocer lo que es Europa hoy.

ANTINORTEAMERICANISMO, UNA PASIÓN ÍNTIMA

Los europeos tendrán que enfrentarse a la realidad de un presidente tan americano como cualquiera de sus predecesores. Y aquí reside el problema, que no es menor. El Viejo Continente ha venido desarrollando una actitud claramente antinorteamericana. No estamos haciendo referencia al rechazo de una política o de un dirigente, sino de una forma de ser, sustentada en unos valores y unos intereses. En la izquierda europea esta actitud es muy mayoritaria, pero también es importante entre el mundo conservador. Pocos aceptan ser calificados como antinorteamericanos. Es algo que no viste, cuando ese país genera una atracción tan fuerte sobre los europeos. No sólo la forma de vida europea ha venido cambiando en un sentido cada vez más próximo al de la otra orilla del Atlántico, también la cultura, sus grandes ciudades, su paisaje... son parte de las referencias vitales de muchos europeos sin las cuales no se reconocerían. Estados Unidos está indisolublemente unido a Europa en la conciencia de muchos europeos, aunque esto no sea asumido de forma coherente. Pero el atractivo que genera la gran potencia americana sólo es comparable al rechazo que despiertan algunas de sus facetas más características.

La gran historiadora norteamericana Gertrude Himmerfald ha defendido la tesis de que la gran revolución intelectual que, en el marco de la Ilustración, dio a luz el Liberalismo sólo se ha mantenido en pie en Estados Unidos. Si en el Continente nunca acabó de arraigar como consecuencia de una fuerte cultura política estatista derivada de años de experiencia absolutista, en el Reino Unido, donde nació y más pronto se desarrolló, fue perdiendo peso ante la emergencia y difusión de las ideas socialistas. Este hecho sólo podemos explicarlo si tenemos en cuenta el papel jugado por las corrientes religiosas puritanas en la creación de Estados Uni-

dos. De la misma forma que el liberalismo, aquellos colonos que acabarían dando forma a la primera democracia del mundo moderno y a la gran potencia económica, cultural y militar de nuestros días, actuaron a partir de un conjunto de valores arraigados en la tradición judeo-cristiana: libertad, responsabilidad, solidaridad, esfuerzo, una clara distinción entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto, así como la disposición a hacer uso de la fuerza si las circunstancias lo requieren..., unos valores que, en mayor o menor medida, han ido desapareciendo de Europa, pero que primero fueron europeos. Los europeos se reconocen en Estados Unidos, pero lo que allí ven son comportamientos de los que han renegado. Tras dos guerras mundiales, la Vieja Europa reniega de sí misma y trata de crear un estadio superior de civilización a base de engañarse sistemáticamente.

Europa es cada vez más antinorteamericana porque Estados Unidos representa valores que aquélla rechaza profundamente. No puede aceptar que el Capitolio reconozca su voluntad de mantener su posición hegemónica en el mundo, que tenga tan claro que la democracia liberal es el mejor sistema de gobierno conocido, que se vanaglorie de su individualismo, de sus certezas... Pero no quiere reconocerlo porque siente hasta qué punto supone renegar de sí misma y porque es mucho lo que admira de ese gran país al que debe su propia libertad, una humillación que se lleva mal o peor dependiendo de cada nación. Para disimular esta realidad trata sistemáticamente de distinguir entre políticas y país, entre gobernantes y nación. Es evidente que los norteamericanos, como cualquier otro pueblo de la Tierra, no están de acuerdo sobre qué político o qué políticas son las mejores, que ellos son los primeros en criticar a sus propios gobernantes. Pero bajo esta crítica selectiva se esconde otra que no lo es tanto. Si recordamos cómo Europa ridiculizaba a Reagan difícilmente podemos considerar que aquello era una crítica a un político. Fue reelegido con el apoyo de cuarenta y nueve de los cincuenta estados –Minnesota optó por apoyar a Mondale, una figura local– y nadie discute hoy que fue una figura política de dimensiones históricas. El propio Obama se ha referido a él en términos extraordinariamente elogiosos, sabedor de cómo sus compatriotas le recuerdan. A Reagan se le ridiculizaba porque parecía un instrumento apropiado para mofarse de la sociedad norteamericana por persona interpuesta. Clinton era demasiado europeo en sus formas como para utilizar la misma

maniobra, por lo que se alabó su estilo pero se criticaron sus políticas, en particular su defensa del libre comercio, su propuesta de reforma de la OTAN y el uso continuo de la fuerza en política internacional. De este último caso hay que exceptuar lo ocurrido en los Balcanes, donde la incapacidad europea para afrontar una crisis local la llevó a humillarse una vez más ante Washington para que Estados Unidos resolviera un problema ajeno, precisamente cuando más se demandaba el fin del vínculo transatlántico y la creación de un pilar europeo dedicado a la política exterior, de seguridad y de defensa. Una vez más la cesión norteamericana causó más resentimiento que gratitud entre una clase política y una sociedad empeñada en vivir en un mundo virtual.

Con Bush, la antítesis de Clinton en tantos aspectos, el discurso público volvió a las raíces de la política norteamericana. No había disimulo, ni en lo que se decía ni en lo que se hacía. Bush recuperó el papel de payaso, libre desde la retirada de Reagan. Sobre él se desató una violenta y grosera campaña mediática para exorcizar un liderazgo norteamericano a todas luces inaceptable. Pero de nuevo, Bush fue la excusa para criticar a Estados Unidos. El apoyo a la Guerra contra Iraq en el Capitolio, en los medios de comunicación y en la sociedad fue muy mayoritario en el momento en que se tomó la decisión. La imagen de un gobernante tachado de fundamentalista, porque cree en Dios y va cada domingo al servicio en su iglesia, no hace más que poner en evidencia hasta qué punto los norteamericanos creen en Dios y van a la Iglesia. Cuando los evangelistas votaron en favor de Clinton no fue un problema. Cuando lo hicieron por Bush estábamos ante un problema de graves consecuencias internacionales.

OBAMA COMO PROYECCIÓN

Barack Obama es un fenómeno mediático que rompe con los casos precedentes. Mucho antes de hacerse con la nominación del Partido Demócrata para presentarse a las elecciones presidenciales había logrado captar la atención de millones de personas en todo el mundo y capitalizar sus ideales. Europa no fue una excepción. Su imagen entre nosotros fue ganando en facetas y matices, que conviene reseñar y no olvidar como información para un

mejor conocimiento de la conciencia política europea y de su inevitable efecto sobre las relaciones entre Europa y Estados Unidos y sobre el papel internacional del Viejo Continente:

- Obama emergió, sobre todo, como el anti-Bush. Frente a otros candidatos demócratas que a lo largo de sus carreras habían tenido encuentros con el presidente, el joven senador por Illinois representaba, y reiteraba, que él era inocente de toda connivencia con el tejano, que era posible otra América.
- Como hombre de color que ha realizado su carrera política en las barriadas negras de Chicago y ganado un acta de senador movilizando el voto progresista, Obama simbolizaba la emergencia de una nueva generación de dirigentes progresistas que representaba nuevos valores más acordes con la mentalidad europea.
- Obama no se limitó a pedir la retirada de las tropas norteamericanas de Iraq, además insistió en que la invasión había sido un grave error y en que los congresistas demócratas que habían votado en favor de la invasión debían pedir perdón a los ciudadanos por haberles llevado a un desastre.
- Como buena parte del resto de los contendientes se comprometió a desmontar la prisión de Guantánamo, pero como muchos de ellos tuvo cuidado de no apuntar la alternativa. Llegado el momento se estudiarían las alternativas legales posibles. Era suficiente. El candidato demócrata deslegitimaba la opción seguida por Bush que simbolizaba como pocas otras la disposición norteamericana de combatir duramente al islamismo yihadista. Desmontar Guantánamo suponía para muchos el público reconocimiento de que la América de Bush había violado los límites del Estado de derecho y que Europa tenía razón cuando lo denunció. Ése no era el camino para resolver los problemas de seguridad que al-Qaeda y organizaciones similares planteaban.
- Su crítica fue más allá de Bush y el Partido Republicano. Movilizó al electorado con el mensaje de que se podía llegar a la Casa Blanca y además regenerar el cotarro washingtoniano. No sólo venía a reemplazar a

Bush, también se iba a llevar por delante a todo demócrata contaminado. Ningún otro entre los que habían iniciado la campaña de las primarias estaba más alejado del perfil *bushita*, ni ilusionaba más sobre hipotéticos cambios en profundidad.

- El senador por Illinois, como el resto de los demócratas, demandó un papel más creativo y positivo de Estados Unidos en el conjunto de los organismos internacionales y, muy en especial, en Naciones Unidas. No sólo criticaba a Bush por su invasión de Iraq sino también por entender la política exterior en términos unilateralistas.

- Obama manifestó su disposición a dialogar con el presidente de Irán y con cualquier otro mandatario con tal de escuchar las posiciones de los demás, tener una oportunidad para explicar las propias y, de esta forma, acercar posiciones, rebajar la tensión, evitar la escalada militar y encauzar por la vía diplomática la resolución de los conflictos. Era la misma música y la misma letra de los políticos y medios de comunicación europeos, la misma negación de los principios de la política de Bush.

En síntesis, para Europa Obama representaba la anti-América, la esperanza de que Estados Unidos podía ser otra cosa de lo que era y continúa siendo. Esta imagen se fue creando poco a poco, alimentada por unos medios de comunicación tan anti-Bush como antinorteamericanos, y por una opinión que veía lo que quería ver. Para los que seguimos la mayor parte de la campaña desde Europa, pero leyendo y escuchando diariamente a los medios de aquella orilla, resultaba fascinante observar cómo se ignoraba sistemáticamente lo que no gustaba, lo que, unido al tradicional desconocimiento que por estos lares se tiene de la realidad social y cultural norteamericana, facilitaba la invención de un personaje de tintes míticos. Obama, el joven y brillante político negro, reconocía públicamente la culpabilidad norteamericana y prometía encauzar la nave nacional por la senda del diálogo y el multilateralismo. En paralelo, la hegemonía blanca daría ya definitivamente paso a una generación multicultural y multirracial. Pero ni Obama responde a ese perfil ni la sociedad norteamericana está en esa línea.

A base de escuchar sólo lo que interesa y de ignorar la realidad norteamericana, muchos europeos acabaron por hacerse una idea poco precisa y muy escorada del hoy presidente electo. Obama es un miembro de la elite norteamericana. Su padre logró un máster en Economía por Harvard. Su madre era doctora en Antropología por Hawai. Él se licenció primero en Ciencias Políticas por Columbia y luego en Derecho por Harvard, dos universidades del máximo nivel. Optó por hacer una carrera desde su condición de negro y utilizó los argumentos que le interesaban. Si se situó a la izquierda de H. Clinton fue porque ella representaba al sector más moderado y venía arropada por dinero y apoyos mediáticos. Su discurso radical duró lo que Clinton en la campaña.

Tras la nominación, Obama se olvidó de la retirada de Iraq y de tantas otras cosas. La guerra se está ganando en tierras de Mesopotamia y ahora se trata de capitalizar el triunfo, no de ponerlo en peligro. En la cuestión de Guantánamo, que tanta pasión ha desatado, el problema no es el dónde sino el cómo. Cerrar Guantánamo puede ser un símbolo, un gesto o un guiño, pero no resuelve qué hacer con los prisioneros ni cómo se les va a juzgar. La ambigüedad mantenida durante la campaña se está tornando ahora crudo realismo, con el aval de los mismos medios que tanto denostaron a Bush. El marco legal establecido para el tratamiento de los prisioneros islamistas se fijó en el Capitolio, en la idea de que no podía aplicarse una normativa militar a quien sólo era un terrorista. ¿Va a romper este principio la nueva Administración? Muchos de los prisioneros sobre los que no hay cargos, porque su situación deriva de información procedente de fuentes de inteligencia que no pueden ser desveladas o utilizadas, ¿serán puestos en libertad en Estados Unidos? ¿Serán aceptados en sus países de origen? ¿Los recibirán en terceros Estados? En cualquiera de los casos estamos haciendo referencia a personas que forman parte de redes yihadistas y que muy probablemente volverán a su actividad previa en cuanto recuperen la libertad. Los prisioneros que sí tienen cargos, ¿serán juzgados como estaba previsto en la normativa establecida bajo la Administración Bush o se preparará una nueva? Si nos atenemos a lo que se está publicando en los medios de comunicación más próximos al futuro presidente la solución, también en este tema, apunta a una mayor continuidad de lo que muchos de sus votantes y la mayoría de los europeos suponían.

La defensa del multilateralismo siempre ha estado en el discurso de los demócratas, pero lo que un demócrata y un europeo entienden por este término no es exactamente lo mismo. Ni Obama ni ningún político norteamericano está dispuesto a aceptar que el Consejo de Seguridad de la ONU, no hablemos ya de la Asamblea, se convierta en un gobierno mundial o que tenga capacidad de veto sobre la política norteamericana en el mundo. Pueden emplear más tiempo en negociar, pueden utilizar un discurso más “políticamente correcto”, pero al final actuarán, porque sus intereses estratégicos no les permiten quedarse de brazos cruzados. Sobre su entrevista con Ahmadinejad el propio Obama rectificó haciendo referencia a la necesidad de unas “circunstancias” que nunca especificó, como también se desdijo de su promesa de un Jerusalén unido bajo soberanía israelí, que nadie le había pedido pero que pronunció en su intento de ganar hasta el último voto judío. De la renovación en profundidad del cotarro washingtoniano ya dimos cuenta al inicio de este texto, al comentar los nombramientos realizados.

OBAMA COMO REALIDAD AMERICANA

La llegada de Obama a la Casa Blanca supone un cambio importante en la política norteamericana. Una nueva generación representada por un negro accede a la Presidencia desde una plataforma política situada a la izquierda del espectro político y comprometida con cambios en profundidad. La coincidencia con una gran crisis económica le obligará a replantar muchos de los fundamentos del modelo económico y social norteamericano, con efectos muy importantes en el futuro de esta nación. Sin duda, el tratamiento del sector energético será prioritario, con evidentes consecuencias sobre el *American Way of Life*. Estados Unidos va a cambiar mucho los próximos años y lo hará desde el convencimiento de que un modelo de crecimiento y de vida ha quedado superado por la realidad, se ha convertido en anacrónico. Con el espíritu del pionero que continúa caracterizando a este país, los norteamericanos se disponen a levantar el campamento para establecerse en un nuevo enclave. En esta ocasión no se trata de movilidad geográfica sino de modelo. Ellos reconocieron la crisis mucho antes de que se produjera el crac financiero, aceptaron que sería

de grandes dimensiones y, sobre todo, la afrontaron como una gran oportunidad. Quien “lea” la crisis correctamente, quien adopte las medidas convenientes, quien sepa adaptarse a un nuevo entorno mucho más global estará en condiciones de competir adecuadamente en el siglo XXI. Frente a lo que muchos europeos piensan o sienten, el senador por Illinois no ha luchado por llegar a la Casa Blanca para reconocer el fracaso del modelo americano y pedir perdón por años de hegemonía resolviendo problemas ajenos a cambio de rencor. Su objetivo es liderar un proceso de transformación que garantice a su país el mantenimiento o la mejora de su situación relativa. La crisis es tiempo de oportunidad y Estados Unidos, con Obama o sin él, no piensa desperdiciarla. La elección del senador por Illinois supone aceptar que la nueva América será más social y menos individualista, más *liberal* (en el sentido norteamericano del término) y menos liberal (en el sentido clásico del término).

Hay una vuelta a los programas sociales de la *Great Society* de Lyndon B. Johnson, pero cabe imaginar que con algunas lecciones aprendidas de su fracaso. Aquellos excesos llevaron a la revolución Reagan y a una prolongada hegemonía conservadora, que en el plano intelectual continúa. Para repartir el pastel antes hay que cocinarlo. Cuando la gente considera que tiene garantizada su parte pierde iniciativa, y de aportar pasa con facilidad a ser una carga. Johnson trataba de lograr mayor integración social a cambio de solidaridad forzada y sólo consiguió déficit y *ghettos* de auto-segregación. El equipo económico de Obama no responde a la filosofía de Johnson. Hereda un descomunal déficit público junto a una crisis económica mayor. Si quiere gastar tiene que crear riqueza y eso pasa por reanimar lo antes posible la economía y mejorar la capacidad comercial. A diferencia de los dirigentes europeos, es poco probable que Obama se limite a tratar de mantener la casa en pie, a adoptar una actitud conservadora confiando en que remita el temporal. Como todo demócrata sabe, y el presidente Clinton fue un excelente ejemplo de ello, el pleno empleo y el bienestar social pasa por una economía en expansión que no ceja en la conquista de nuevos mercados, el equivalente a las nuevas tierras de antaño. Su programa depende de un ajuste en profundidad del modelo económico y social así como de garantizar o mejorar su cuota de mercado mundial. Si para los republicanos el término hegemonía tiene un fuerte

componente militar, para los demócratas la clave es el comercio. Obama no sólo buscará esa hegemonía: es *conditio sine qua non* para poder afrontar sus propios objetivos políticos, el núcleo de lo que él espera sea finalmente su legado.

La magnitud de la crisis económica y sus consecuencias de todo tipo son la prioridad del futuro presidente. Sin embargo, los graves y urgentes retos que Estados Unidos tiene en su agenda internacional exigirán a Obama más atención y resolución de la que hubiera deseado. No se le ocultan estas dificultades, buena prueba de ello son los nombramientos anunciados sobre su equipo exterior y de defensa, viejos conocidos con mucha experiencia a sus espaldas y planteamientos moderados y pragmáticos. No es el equipo más adecuado para llevar a cabo la nueva diplomacia que dio a entender durante la campaña electoral. Puestos a buscar un precedente quizás el más adecuado sería el de Bush padre. Con este equipo tendrá que hacer frente a la crisis del régimen de no proliferación, al declive europeo, a la exigencia rusa de un área de influencia, a la emergencia de nuevos actores y a la tendencia de los regímenes no democráticos a colaborar entre sí en contra de las democracias. Por muy pragmático que quiera ser tendrá que dar pasos muy significativos en la definición de una nueva política exterior. Obama es cambio, pero no el que los europeos sueñan.

En Estados Unidos son muchos los que creen que la “Doctrina Bush” sobrevivirá a su fundador, a pesar de las duras críticas que sobre ella han recaído desde todos los frentes, internos y externos. Cuando Bush publicó su primer documento de estrategia, analistas que habían formado parte de la Administración Clinton le acusaron de plagio, demandando la autoría. El matrimonio Clinton ha mantenido una posición moderada en su crítica. La continuidad de Gates al frente del Pentágono y la llegada del general Jones al Consejo de Seguridad Nacional no parecen augurar cambios radicales respecto de la política que se venía aplicando. Bush se encontró ante una situación que interpretó como el inicio de una nueva época. Comprendió que el discurso aislacionista con el que había ganado las elecciones no tenía sentido y pasó de criticar a Clinton por jugar a *nations building* a convertirse en el adalid del *regions building*. Ordenó a su equipo, caracterizado también por su experiencia y pragmatismo, una re-

visión en profundidad de los principios de la estrategia nacional, y sus miembros acabaron planteando una propuesta renovadora ajena a sus planteamientos de partida. No era la expresión de sus posiciones de escuela, sino el reconocimiento de que una nueva época requería de nuevos enfoques. Hasta dónde llegue Obama en su revisión es una incógnita que muy probablemente él desconoce en estos momentos. Sus declaraciones primeras daban a entender que nos encontrábamos ante una nueva versión de Jimmy Carter, de nuevo con Brezinski a sus espaldas, pero con mucha mayor disposición a decir en cada momento lo que el público quería escuchar. Las posibilidades de que sus iniciativas en Oriente Medio y en el terreno de la proliferación sólo logren dar más tiempo a los radicales son grandes. Puede fácilmente convertirse en el puntillero del ya seriamente amenazado régimen de no proliferación. Sin embargo, Obama no es un pacifista. Una cosa es criticar una política y otra bien distinta elaborar una estrategia alternativa. No sería de extrañar que la futura estrategia nacional se pareciera a la vigente mucho más de lo que sus defensores quisieran, en especial los europeos.

EUROPA, PRESA DE SUS PREJUICIOS

El Obama mítico sólo existe en la conciencia de una sociedad que voluntariamente da la espalda a la realidad porque no se siente capaz de asumirla. Ese personaje nunca fue real, era sólo la expresión de quien rechaza a Estados Unidos pero o no quiere reconocerlo o no es capaz de asumirlo. En la anterior campaña presidencial, mientras los europeos apoyaban mayoritariamente a John Kerry, sus dirigentes reconocían que deseaban la continuidad de Bush porque el senador por Massachusetts les pediría ayuda para resolver las crisis iraquí y afgana y no estaban dispuestos a concedérsela. Contra Bush se vivía mejor. Transformado en el Maligno de la progresía todo lo que tocaba se convertía en rechazable. Obama, ungido de legitimidad progresista, resulta más difícil de lidiar. Lo anunció ya en su discurso en Berlín. Quiere concentrar las energías militares en el teatro afgano que, en su opinión, es hoy el teatro central. Hay que acabar con los talibanes y eso requiere buscarlos y destruirlos. Aquí no se puede argumentar sobre falta de legalidad o legitimidad. La reconstrucción del país y

el trabajo de las ONGs están paralizados por la inseguridad. Todos sabemos que mientras ésta no se garantice no hay nada que hacer y que el tiempo juega a favor de los talibanes. Pero da igual, no es un problema de lógica estratégica sino de falta de voluntad y de ausencia de valores. El Viejo Continente sueña con convertirse en una isla fortificada, ajena a los conflictos bélicos y con sus servicios sociales garantizados. Quiere creer que ha superado la guerra. Obama no espera mucho de Europa. Representa una generación que tiene asumida la decadencia del Viejo Continente y la paulatina descomposición del vínculo trasatlántico. Buscará la colaboración, argumentará en favor de la necesidad de que europeos y norteamericanos continúen trabajando juntos para garantizar la seguridad en todo el mundo, porque si los intereses son comunes también deberían serlo las políticas, desplegará todo su carismático atractivo para, a la postre, poner más difícil a los europeos decir que no. Obama hará más evidentes las contradicciones del discurso europeo, pondrá en evidencia que los argumentos esgrimidos no eran tales, sólo excusas para no hacer, para no asumir la cuota correspondiente de responsabilidad en la defensa del mundo libre.

Europa ha disfrutado con el triunfo de Obama. No fue posible una derrota de Bush, pero sí de sus políticas. La campaña es ya historia y la realidad se impone. No es tiempo de sueños sino de acciones. El espectáculo de la prensa europea alabando los primeros nombramientos de Obama, como prueba de su sentido de Estado, resultaba patético por todo lo que ocultaba. Esos nombramientos mostraban lo que no se quiso ver durante toda la campaña, pero no estaban en condiciones de poner en tela de juicio al ídolo que habían levantado. Sólo en los sectores más a la izquierda se venía denunciando que Obama se mantendría dentro de las mismas líneas de acción que sus predecesores, que lo que pueden ser cambios importantes para un estadounidense no son más que asuntos de estilo para un europeo. Poco a poco la prensa menos radical avanza sus temores y prepara a sus lectores, oyentes o espectadores para la inevitable desilusión. El problema no era Bush. El problema es Europa.

CUADERNOS de pensamiento político



fundación para el análisis y los estudios sociales

www.fundacionfaes.org

cuadernos@fundacionfaes.org

QUINTO
ANIVERSARIO



EJEMPLAR: 12 € • SUSCRIPCIÓN ANUAL: 36 € • PERIODICIDAD TRIMESTRAL

SUSCRIPCIÓN Y PEDIDOS: 91 576 6857 • www.fundacionfaes.org

DISPONIBLE EN LOS PRINCIPALES PUNTOS DE VENTA

EE.UU.: RADIOGRAFÍA POSTELECTORAL

El pueblo norteamericano, el mismo que votó mayoritariamente al Partido Republicano en las elecciones de 2000, 2002 y 2004, optó en las elecciones intermedias de 2006 por devolver la mayoría en las dos cámaras del Congreso al Partido Demócrata. Dos años después, en 2008, y ante la impasibilidad de los Republicanos por convencer a su electorado, la reciente elección presidencial ha dado la victoria al candidato Demócrata, Barack Obama. Su triunfo, menos amplio de lo que se ha venido aduciendo en los medios, ha llevado a algunos analistas a considerar la posibilidad de que dicha elección haya marcado el inicio de un definitivo giro ideológico en Estados Unidos: un giro en contra del ideario conservador y un empuje a favor de políticas progresistas de talante socialdemócrata. Dicho análisis puede resultar razonable si miramos los intentos por parte del Partido Demócrata de sacar partido de la actual crisis financiera e importar a Estados Unidos una suerte de socialdemocracia a la europea. Dicho giro quedaría, además, disimulado por el caos financiero vivido a fines de 2008 y por el nefasto intervencionismo gubernamental iniciado por Bush-Paulson al hilo de dicha crisis económica.

El presente artículo busca realizar una personal reflexión, a modo de radiografía postelectoral, sobre tal análisis y sobre el estado actual de la

Alberto Acereda es catedrático universitario en EE.UU. Miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, miembro de la Heritage Foundation y colaborador del Goldwater Institute y del GEES.

política norteamericana. Nuestro análisis pretende explicar dónde se halla ideológicamente Estados Unidos tras las presidenciales de 2008. Para ello, estableceremos algunas reflexiones que, a modo personal, extraemos de lo ocurrido en el reciente escenario político y electoral. La primera cuestión de fondo pasa por plantear una convicción de que, pese a los resultados electorales, Estados Unidos sigue siendo mayoritariamente una nación conservadora en sus ideas, apoyada en una democracia liberal representativa que sigue siendo ejemplo para el mundo. Ni la victoria de Obama, ni la mayoría Demócrata en ambas cámaras del Congreso deben entenderse necesariamente como un giro o cambio ideológico entre la ciudadanía, y menos aún en contra del conservadurismo. En todo caso, los resultados electorales respecto al candidato presidencial elegido significan por parte del electorado una seria llamada de atención a un partido político, el Republicano, que lamentablemente ha olvidado sus principios conservadores en los últimos años.

La segunda cuestión de fondo conecta con lo que ya adelantamos en estas mismas páginas al tratar de la izquierda norteamericana¹. Entonces, como ahora, juzgamos que estamos viviendo ya la confirmación del peligro que supone la izquierda política en Estados Unidos, encarnada en varias alianzas y grupos que han hecho posible la victoria de Obama. Su figura política y los trasfondos ideológicos de su entorno no son, como mostraremos, los del político centrista que sus primeros nombramientos parecen indicar, pues Obama no va a dejar pasar esta gran oportunidad para avanzar en Estados Unidos todas las políticas posibles del progresismo secular. Paradójicamente, mientras Estados Unidos sigue siendo un país mayoritariamente conservador –según probaremos–, la Casa Blanca va a ser ocupada por un político opuesto a los valores conservadores y que cuenta, además, con amplias mayorías en el poder legislativo y con la posibilidad de alterar a su gusto cargos importantes del poder judicial.

¹ **Acereda, Alberto.** “La izquierda norteamericana”. *Cuadernos de Pensamiento Político* 15 (2007): 145-162.

ESTADOS UNIDOS Y SU BASE ELECTORAL

En términos ideológicos, consideramos que Estados Unidos es una nación situada más a la Derecha política que a la Izquierda, con una ciudadanía más conservadora en sus usos y costumbres de lo que muchos analistas o medios de comunicación quieren presentar tras la elección de Obama. Antes de desarrollar y ejemplificar documentalmente nuestra tesis, vale aclarar los términos conceptuales a fin de enmarcar correctamente la idea de conservadurismo norteamericano. Es éste en Estados Unidos lo que en el ámbito europeo –y español– se denominó “liberalismo” en su sentido clásico y lo que constituyó la semilla sobre la que floreció la vida política norteamericana. No olvidemos que al escribir *Los fundamentos de la libertad*, un liberal como Friedrich A. Hayek reconoció que los defensores de la Libertad no tenemos prácticamente más alternativa, en el terreno político, que apoyar a los llamados partidos conservadores. La posición que Hayek defendió a lo largo de su ejemplar obra puede calificarse de conservadora, pese a que –como el mismo pensador también reconocía– tal etiqueta se correspondía a la definición “conservadora” norteamericana, distinta de aquella idea a la que tradicionalmente correspondía la denominación “conservadora” en Europa². Como también vio agudamente el propio Hayek, no existe en la historia de Estados Unidos nada que se asemeje en puridad a la oposición terminológica europea contemporánea que opone a “liberales” y “conservadores”. Fue también Hayek quien dejó expresamente escrito su desencanto con la palabra “liberal” en Europa y quien reconoció cómo el liberalismo europeo de tipo racionalista, lejos de propagar la filosofía realmente liberal fue allanando los caminos al socialismo y facilitando su implantación. Vale la pena no olvidar estas apreciaciones, sobre todo porque cuando Hayek explicó sus razones para no ser conservador, se estaba refiriendo al término en la acepción europea, no al concepto “conservador” norteamericano. Al tratar aquí, por tanto, del conservadurismo estadounidense, y sin entrar a matizar las distintas tendencias y formulaciones, hacemos referencia a la tradición enraizada en los Locke, Tocqueville, Burke o Lord Acton de ayer y que alcanza a los posteriores Goldwater, Kirk, Buckley, Reagan o Gingrich.

² Hayek, Friedrich. *Los fundamentos de la libertad*. Madrid: Unión Editorial, 2006.

Aclarados los conceptos, nuestra tesis del sedimento conservador en el pueblo norteamericano se prueba en la historia presidencial misma de Estados Unidos, justo la que muestra que desde Abraham Lincoln hasta hoy (o sea, en el último siglo y medio), los votantes estadounidenses han elegido más del doble de presidentes Republicanos que Demócratas. De los Republicanos, además, muchos de ellos –precisamente los más grandes– se definieron como conservadores. Es por ello que ni el triunfo de Obama en la reciente elección presidencial, ni el culto emocional y casi mesiánico a su figura, ni el aumento de congresistas y senadores del Partido Demócrata a partir de enero de 2009 en el Congreso de Estados Unidos prueban que se haya dado verdaderamente un giro en el perfil ideológico del pueblo estadounidense. Otra cosa es que, como apuntaremos más adelante, las alianzas del progresismo de izquierdas en Estados Unidos y sus aliados exteriores estén intentando que así sea. Bien mirado, en las elecciones intermedias de 2006, el triunfo del Partido Demócrata se debió en buena medida a que sus candidatos se presentaron más como “conservadores” que como progresistas (“liberals”). El mismo Obama se presentó a las elecciones con difusos programas, algunos de ellos –como la rebaja de impuestos– procedentes de la mejor tradición conservadora. La derrota del Partido Republicano en 2008 –menos abultada en números reales que lo que se ha querido contar– es consecuencia del error por parte del Partido Republicano de no poner en práctica precisamente el ideario conservador. Es por ello que consideramos que quienes dan por muerto el talante conservador de Estados Unidos se equivocan, tal y como prueban los resultados de las votaciones estatales de algunas de las provisiones y enmiendas, según detallaremos.

Lo hecho en el último medio siglo por figuras como Goldwater, Buckley o Reagan es parte imborrable de la tradición conservadora norteamericana, la misma que hoy –a lo largo y ancho de Estados Unidos– no parece haberse disipado. En el corazón de Estados Unidos late un sano sentido conservador del mundo, un conservadurismo que entiende la vida como progreso por vía de la libertad y responsabilidad individual y no tanto por vía de la ingeniería intervencionista del Gran Gobierno. A la luz de lo que se ha mostrado en cuanto a las elecciones generales y las diversas proposiciones estatales, confirmamos la existencia real de una ciuda-

danía cercana al conservadurismo. La “Battleground Poll”, por ejemplo, es una de las encuestas más fiables en Estados Unidos³. Lo es por su condición de ser una iniciativa seria e imparcial y porque cuenta con el esfuerzo de dos grupos interesados en sacar datos de rigor, contrastados y calibrados. Sus encuestas vienen empleando las mismas preguntas desde hace varios años, de modo que los resultados pueden ser mejor comparados. Celinda Lake y Ed Goeas elaboran junto a los equipos del Tarrance Group y del Lake Research Partners un encomiable trabajo. Sus encuestas confirman ese carácter conservador del ciudadano medio norteamericano.

En los días previos a las elecciones del 4 de noviembre, Bruce Walker detallaba con especial clarividencia en las páginas de *American Thinker*⁴ el silencio general de los medios de comunicación sobre la consistencia del pueblo norteamericano al responder una de esas preguntas en las últimas trece encuestas realizadas en el “Battleground Poll”. La pregunta plantea al ciudadano cuál es su ideología política y si éste se considera “muy conservador”, “algo conservador”, “moderado”, “algo liberal” (siempre, insistimos, en terminología anglo-norteamericana, es decir, “progresista”), “muy liberal” o no sabe / no contesta. En la encuesta del 20 de agosto de 2008, los norteamericanos respondieron del siguiente modo: el 20% se definió como muy conservador; el 40% como algo conservador; el 2% como moderado; el 27% como algo liberal y el 9% como muy liberal; el 3% no supo o no contestó. Significa esto, en fin, que el 60% de los norteamericanos se identifican de algún modo con el conservadurismo frente al 36% que se definen como progresistas (“liberals”). Una mirada a la misma pregunta en distintas fechas, ofrece resultados similares y cercanos a ese 60%, tal como prueba el 59% repetido en las encuestas del 17 y 25 de septiembre de 2008, así como las del 3, 9 y 23 de octubre de 2008. Si se comparan estos recientes resultados con los otros datos de esas encuestas del “Battleground Poll”, es decir, desde junio de 2002 hasta hoy se verifica que hay una reincidente opinión pública norteamericana a favor del conservadurismo, una consistente autodefinición de la ciudadanía como ideológicamente conservadora,

³ **Battleground Poll.** Cuestionarios y encuestas a cargo de Celinda Lake y Ed Goeas para “The Tarrance Group and Lake Research Partners”, 2008.

⁴ **Walker, Bruce.** “The Biggest Missing Story in Politics”. *American Thinker*, 25 de agosto de 2008.

en un porcentaje que gira en torno al 60%, concretamente entre el 58% y el 63%. Por otro lado, la autodefinición de la ciudadanía como "liberal" no pasa del 38% y ha sido generalmente más baja.

Pese a los permanentes intentos de muchos analistas y grupos mediáticos progresistas dentro y fuera de Estados Unidos por presentar a los conservadores como grupos peligrosos ligados al autoritarismo, al racismo, al sexismo y a otros insultos comunes que los conservadores suelen recibir, la realidad muestra que el conservadurismo norteamericano significa avance, progreso real, Libertad. Todo ello se ve en la importancia de lo conservador en estas tierras y en la positiva visión de los norteamericanos respecto a ese ideario. Precisamente, cuando el Partido Republicano se ha olvidado de esos principios es cuando lo han rechazado, como vimos en 2006 y ahora en 2008. Es esto lo que el progresismo secular no acaba de digerir. Lo que se ha escrito sobre Sarah Palin tras su nombramiento como candidata vicepresidencial muestra esa confusión, como bien probó Soeren Kern para el caso de Europa⁵. Ya sabemos que si un líder político conservador es visto con interés por los ciudadanos, el progresismo se lanza inmediatamente a exterminarlo con la ayuda de los grupos mediáticos y otras alianzas. Para los lectores españoles, el caso de Palin sería equivalente a lo que tras los atentados de la India vimos respecto a Esperanza Aguirre. En realidad, las izquierdas a nivel internacional buscan siempre razones para vejar cuanto pueden lo conservador. Y si es mujer, por un momento se olvidan de todos los falsos reclamos del feminismo radical porque, en el fondo, la radicalización del feminismo es un producto al servicio de la agenda política de las izquierdas y no de la verdadera defensa de la igualdad femenina. Pero una mirada seria a la izquierda norteamericana, tal y como ha hecho Daniel J. Flynn en su interesante libro⁶, prueba precisamente que el peligro está en el otro lado, en esa izquierda progresista norteamericana de nefasta historia y cada vez más radicalizada. A ella pertenece Obama y quienes tras las cortinas han hecho posible su llegada a la Casa Blanca.

⁵ Kern, Soeren. "What Europeans Are Saying About Sarah Palin". *American Thinker*, 13 de septiembre de 2008.

⁶ Flynn, Daniel J. *A Conservative History of the American Left*. Nueva York: Crown Forum, 2008.

Estados Unidos es una nación predominantemente conservadora, como ya historió George H. Nash⁷ en medio de la revolución de Reagan, y como han vuelto a documentar en otro libro John Micklethwait y Adrian Wooldridge⁸, así como en lengua española ya hiciera José María Marco⁹. Cuando esos valores conservadores son alterados por el puente a ninguna parte que es el progresismo secular, Estados Unidos se resiente. Un candidato presidencial conservador como Reagan ganó de calle dos elecciones con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo norteamericano. Aquella mayoría no ha desaparecido y sigue viva aguardando un verdadero líder conservador para el futuro. Nos referimos a la mayoría que se entusiasmó a finales de agosto con el golpe de timón conservador dado por John McCain en su campaña durante el foro del Saddleback Church donde, precisamente, defendió el origen de la vida humana desde el momento mismo de la concepción. Apuntamos así a la misma mayoría que se ilusionó con la aparición de Palin como candidata vicepresidencial. La encuesta arriba señalada se realizó antes de la entrada en escena de Palin, y su estrellato, todavía a día de hoy, vuelve a probar que Estados Unidos no es un país progresista, aunque los progresistas se hayan apropiado de buena parte de los medios de comunicación, de muchos centros de educación y de las calles de Hollywood.

Una mirada detenida a estas elecciones presidenciales prueba que fue la tibieza del Partido Republicano, en su versión moderada y centrista encarnada por John McCain, la que perdió las elecciones. El conservadurismo no perdió porque no estuvo verdaderamente representado en su candidato presidencial Republicano. Sin embargo, el conservadurismo ganó en gran medida según prueba una mirada a las provisiones, enmiendas e iniciativas puestas en los boletos electorales en distintos estados. La Proposición 8 en el estado de California prohibiendo el matrimonio homosexual, por ejemplo, confirma ese talante conservador de los estadounidenses incluso en estados supuestamente progresistas y en donde Obama

⁷ **Nash, George H.** *The Conservative Intellectual Movement in America since 1945*. Nueva York: Intercollegiate Studies Institute, 2006.

⁸ **Micklethwait, John & Wooldridge, Adrian.** *The Right Nation. Conservative Power in America*. Nueva York: Penguin, 2005.

⁹ **Marco, José María.** *La nueva revolución americana*. Madrid: Ciudadela, 2007.

derrotó a McCain por gran diferencia. Los ciudadanos de California mandaron así con esa Proposición 8, según detallaremos después, un mensaje al nefasto activismo judicial para indicar que la Libertad pasa por respetar las decisiones electorales del pueblo. Es así que cada vez que el conservadurismo aparece claramente planteado en una elección, no tiene problemas para ser aceptado y apoyado mayoritariamente. En aquellos lugares donde el conservadurismo se presenta como centrista o moderado, pierde su identidad, resulta aguado y descafeinado y acaba perdiendo interés. Resulta así que como el Partido Republicano ha venido olvidando su columna vertebral conservadora, la consecuencia ha sido la pérdida electoral en 2006 y 2008. Y aun así, esa misma ciudadanía –pese a castigar al Partido Republicano como tal– sigue votando a los valores conservadores provisión tras provisión.

Las elecciones presidenciales de 2008 han supuesto un nuevo triunfo del Partido Demócrata, encarnado en la figura de Obama. Su triunfo es histórico, especialmente por su condición de ser el primer presidente negro/mulato de este país y por simbolizar ese imperecedero sueño norteamericano. Pese a las dudas sobre su experiencia ejecutiva real y las contradicciones ideológicas expuestas a lo largo de su campaña, Obama aprovechó los superiores apoyos y donaciones económicas que tuvo su candidatura por parte del activismo progresista, así como el ciclo político que esta vez favorecía al Partido Demócrata. La situación económica tras el colapso de Lehman Brothers y la precipitada reacción de McCain fue el detonante último que le llevó a la victoria final. Esa coyuntura financiera repercutió sobre la opinión pública tan sólo unas semanas antes de las elecciones, justo cuando la campaña de John McCain iba por delante en las encuestas. Una mirada detenida a algunas de las situaciones de esta campaña, de las elecciones y lo que desde el 4 de noviembre estamos presenciando, apunta a la idea que defendemos aquí: que no es del todo acertado augurar que el pensar ideológico de los estadounidenses ha sido diametralmente alterado en lo político; tampoco lo es juzgar que el conservadurismo norteamericano está en decadencia o que ha muerto. Aquellos principios de Reagan y aquellos mismos valores de la revolución americana y el “Contrato con América” de Gingrich siguen hoy intactos.

Barack Obama ganó las presidenciales con el 53% de los votos totales (66 millones de votos populares equivalentes a 365 votos electorales) frente al 46% de votos totales logrado por John McCain (con 58 millones de votos populares equivalentes a 173 votos electorales). Obama se convertía así en el primer candidato presidencial del Partido Demócrata en más de treinta años capaz de obtener una mayoría en votos populares. Ni siquiera Bill Clinton lo había conseguido. El próximo Congreso de los Estados Unidos, resultante de lo decidido en las urnas este pasado noviembre, incluirá una Cámara de Representantes con notable mayoría Demócrata, lo que facilitará dar el posible primer paso en la aprobación de proyectos de ley que luego se llevarán al Senado. Es ahí donde se librará la gran batalla ideológica, dada la pérdida de asientos senatoriales por parte de los Republicanos en estados como Alaska, Oregón, Colorado, Nuevo México, Virginia y Carolina del Norte. A la hora de escribir esto, el estado de Minnesota acaba de terminar otro nuevo recuento de votos, que ha dado el triunfo electoral al senador Republicano Coleman. Aun así, dicho triunfo sigue pendiente de litigios en dicho estado que se resolverán sólo unos días antes de la inauguración del nuevo Congreso en enero de 2009. También acaba de celebrarse la elección senatorial de desempate en el estado de Georgia que ha confirmado el triunfo del Republicano Chambliss, lo que deja finalmente los resultados en una mayoría Demócrata de 58 senadores (incluyendo los dos senadores independientes que votan con los Demócratas) frente a los 42 senadores Republicanos (que podrían ser 41 si Coleman no acabara ganando en Minnesota). Estos resultados son importantes porque imposibilitan sobre el papel la automática mayoría absoluta de 60 votos requerida en el Senado. A su vez, muestran que algunos de los senadores Republicanos que no ejercieron como auténticos conservadores no han sido reelegidos.

Como ocurre siempre con los datos electorales, el analista puede realizar distintas lecturas de los resultados e interpretar el mensaje popular. Lo interesante en Estados Unidos es que las elecciones incluyen también posibles lecturas derivadas de las votaciones de enmiendas, proposiciones y medidas particulares planteadas en las distintas papeletas estatales. En este sentido, sólo en 2008 los norteamericanos vieron un total de 174 propuestas a nivel estatal. De ellas, 153 fueron votadas el 4 de noviembre en los di-

ferentes estados de la Unión. Aquí apuntaremos seguidamente algunas de las decisiones tomadas por los norteamericanos para mostrar que, contrariamente a lo que se ha venido escribiendo en cuanto al giro ideológico a la izquierda en Estados Unidos, los norteamericanos siguen teniendo posiciones muy cercanas al ideario conservador.

LAS PROPUESTAS E INICIATIVAS ESTATALES EN 2008

Uno de los primeros puntos a destacar es el del matrimonio homosexual. El llamado *gay marriage* fue objeto de consultas populares en varios estados. Resulta notable la actitud opuesta a aprobar la legalización de dicho matrimonio por parte de los votantes en varios estados como Arizona, Florida y también California (estado tenido como uno de los más progresistas de Estados Unidos). La explicación de estos resultados y la clara posición de la mayoría de norteamericanos en contra del matrimonio homosexual se debe a que frente a la tradicional y centenaria concepción del matrimonio como unión entre un hombre y una mujer, han aparecido desafortunadamente en los últimos años un conjunto de acciones judiciales que han querido invalidar la decisión de la ciudadanía. Se trata del activismo judicial que, apoyado en una supuesta “discriminación” a los homosexuales quebranta la definición misma del matrimonio. Si de lo que se trata es de argumentar un “derecho”, la redefinición para dar cabida a uniones homosexuales implicaría también entonces abrir la puerta a uniones entre adultos de condición polígama, incestuosa y aun hasta entre hombres y animales.

En Arizona, por ejemplo, la Proposición 102 establecía una enmienda a la Constitución de Arizona agregando la definición de que sólo una unión de un hombre y una mujer deberá ser válida o reconocida como matrimonio en ese estado. El 56% de los votantes de Arizona apoyaron esta proposición negándose a reconocer así el matrimonio homosexual. En Florida, la Enmienda 2, conocida como “Enmienda de Protección del Matrimonio”, venía a significar lo mismo: la definición oficial del matrimonio como el de un enlace entre un hombre y una mujer. El 62% de los ciudadanos de Florida votó a favor de esta enmienda, frente a un 38% que

se opuso. En California, la mencionada Proposición 8 buscaba exactamente lo mismo: enmendar la Constitución para especificar que sólo los matrimonios entre un hombre y una mujer fueran reconocidos como válidos por parte del estado de California. El 52% de los votantes californianos apoyaron esta propuesta haciendo ilegal así el matrimonio homosexual y oponiéndose a lo dicho en mayo de 2008 por el Tribunal Supremo de California. El hecho de que el 70% del electorado negro de California votara a favor de esta enmienda (o sea, no al matrimonio homosexual) ha generado toda una polémica –viva todavía a la hora de escribir esto– que muestra la incapacidad del activismo progresista de aceptar las decisiones de la mayoría. El economista y analista político norteamericano Thomas Sowell ya atajó con especial perspicacia este tema en un artículo publicado inmediatamente después de las elecciones¹⁰. En él, Sowell argumentó cómo en California se desplegó durante la campaña presidencial un movimiento a favor del matrimonio homosexual donde se incluían imágenes de individuos de raza negra siendo acechados por perros policía durante las manifestaciones a favor de los derechos civiles durante los sesenta. Se trataba así de equiparar las reivindicaciones homosexuales con las de las reivindicaciones étnicas de hace cuatro décadas. Dicha comparación resultaba engañosa, como bien señaló el propio Sowell, porque la discriminación racial de los sesenta fue real y no se corresponde con ninguna discriminación por orientación sexual en la actualidad. Ocurre simplemente que el matrimonio es una obligación legal, no un derecho. El matrimonio, cuyo perfil y obligación es impuesto por el Estado, no supone un derecho a la carta o alterable, sino establecido sobre unos parámetros. Así lo han visto millones de ciudadanos en Estados Unidos, desde Florida a California, pasando por Arizona y otros muchos estados. Por si esto no sirve para mostrar la visión conservadora que sobre temas como la familia y el concepto tradicional del matrimonio tienen los votantes norteamericanos, valga decir que los ciudadanos de Arkansas también aprobaron con la mayoría a favor del 57% una medida, la Iniciativa 1, que prohíbe adoptar niños a las parejas solteras –tanto homosexuales como heterosexuales.

¹⁰ Sowell, Thomas. "Affirmative Action and Gay Marriage". *Townhall Magazine*, 5 de noviembre de 2008.

En el tema fiscal, particularmente el de los impuestos, destacan también algunas decisiones que muestran el contraste existente entre distintos estados. Encontramos, por ejemplo, estados como Massachusetts, donde los votantes –mayoritariamente progresistas– prefieren pagar más impuestos y depender del Gran Gobierno, según muestra su rechazo de una propuesta para eliminar el impuesto estatal, tal y como ya hicieron con otra medida idéntica en 2002. Algo parecido se observa en dos propuestas respectivas en Dakota del Norte y en Oregón –otro estado éste que vota casi siempre Demócrata–. Lo mismo es visible en estados como Minnesota (también de mayoría Demócrata), donde en 2008 aceptaron una subida en el impuesto estatal de ventas a fin de ayudar a las artes y a los recursos naturales. Sin embargo, frente a esta tendencia progresista a votar contra recortes de gasto público por el miedo a votar por algo que signifique la falta de ingresos para el Gran Gobierno a costa de los contribuyentes, es importante señalar la negativa general de los votantes norteamericanos en varios estados a subir los impuestos.

En Colorado, por ejemplo, los votantes rechazaron tres subidas de impuestos. En uno de los casos, y con un rechazo mayoritario del 62%, se opusieron a la Enmienda 51 que pretendía aumentar los impuestos estatales a los ciudadanos para obtener 185 millones de dólares anuales destinados a ayudar a personas con discapacidades de desarrollo. En Florida, los votantes también rechazaron en 2008 una medida que permitía a los condados aprobar impuestos sobre la venta de productos destinados luego a las universidades locales. De igual manera, los votantes del estado de Maine rechazaron una medida legislativa propuesta que hubiera subido los impuestos en la industria de las bebidas alcohólicas con el fin de apoyar a un programa estatal de salud pública. Asimismo, los votantes de Arizona votaron mayoritariamente, con un 76%, a favor de la Proposición 100, encaminada a limitar la subida de impuestos y prohibir cualquier nueva carga impositiva sobre la venta o cesión de bienes raíces en dicho estado. Al margen de algunos casos, sobre todo en estados donde se ha generado ya una dependencia del Gran Gobierno, lo normal en Estados Unidos es que los ciudadanos pidan una reforma fiscal por la que sus impuestos sean reducidos. Esa rebaja de impuestos ha sido precisamente una de las claves del conservadurismo fiscal, la empleada con éxito por Reagan, puesta en práctica por

los recortes fiscales de George W. Bush y que –de manera inteligente– Obama supo hacer suya argumentando falazmente que su proyecto económico reduciría los impuestos al 95% de los norteamericanos. Aun cuando dicho proyecto resulta incompatible con la redistribución de la riqueza también propuesta por Obama, la realidad es que el candidato Demócrata supo meter esta idea en la cabeza de los votantes frente a un McCain que, en medio de la crisis económica, resultó incapaz de explicar este particular claramente ubicado en los principios del conservadurismo fiscal.

Siguiendo con las votaciones de medidas y proposiciones estatales, la cuestión de la defensa de la vida, es decir, oponerse al aborto y a la eutanasia, es otro de los aspectos en los que se observa un curioso hecho: la voluntad popular de solucionar la cuestión del aborto, pero la incapacidad de los políticos Republicanos por explicar los detalles. El resultado es que, por ejemplo, millones de votantes cristianos –principalmente católicos– hayan votado a Obama, a pesar de ser éste un político totalmente a favor del aborto, prohibido por la Iglesia Católica y otras confesiones de tradición judeocristiana. El tema del aborto resulta, a mi juicio, el más preocupante y el que confirma lamentablemente un cambio cultural originado y asumido ya desde la fatídica decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos sobre el caso de Roe vs. Wade en 1973. Para poner todo en perspectiva, entre 1982 y 2006 se dieron en Estados Unidos veintitrés votaciones sobre restricciones en torno al aborto. Los votantes norteamericanos sólo aprobaron cinco, lo que prueba la falta de comunicación existente en torno a lo que, en esencia, es el aborto. Esa tendencia a no querer alterar la cuestión del aborto se ha repetido en estas elecciones de 2008, con tres intentos fallidos de prohibir el aborto a nivel estatal y que constituyen, cabe reconocerlo, un tropezón del movimiento conservador. En California, y por tercera vez consecutiva (como en 2005 y 2006), los votantes rechazaron una medida que enmendaría la Constitución de California y que requeriría a los médicos la notificación a los padres de una menor embarazada al menos 48 horas antes de practicarle el aborto. La medida no requería la aprobación de los padres para proceder al aborto, sino que se limitaba a obligar a los médicos a avisar a los padres. Aun así, el 52% de californianos votó en contra de esta medida, estando a favor el 48%.

Lo mismo podemos decir del caso de Dakota del Sur donde, por segunda vez consecutiva, sus ciudadanos rechazaron la prohibición del aborto. La Iniciativa 11 buscaba prohibir todos los abortos excepto en los casos donde la vida de la madre o su salud estuviera en riesgo o en casos de violación o incesto para embarazos de menos de veinte semanas. El 55% de los ciudadanos de Dakota del Sur votó en contra y el 45% a favor de suprimir el aborto. En Colorado también falló el intento de la Enmienda 48, que fue votada en contra por un 73% de ciudadanos al no aceptar éstos la idea de enmendar la Constitución de Colorado para clarificar que la vida humana empieza en el momento de la concepción. El objetivo, obviamente, era acabar con el aborto al definir como “persona” a “cualquier ser humano desde el momento de la fertilización”. La definición era aplicable a todos los aspectos de la Constitución del estado, incluyendo aquellas provisiones legales que aseguran el derecho a la vida, la libertad y la propiedad. En dos estados más, otros dos intentos de luchar contra el aborto y prohibirlo no pudieron llegar a ser votados por falta de firmas, tal y como muestra la “Iniciativa del Derecho a la Vida”, en Montana, y la “Ley de Prevención de Abortos Forzados e Inseguros”, en Missouri. En definitiva, y como señalábamos antes, el particular del aborto sigue siendo uno de los frentes de batalla más importantes y en el que Estados Unidos empieza a notar el avance del progresismo secular.

En ese particular de la defensa de la vida cabe incluir el asunto del llamado “suicidio asistido”, otra de las asignaturas importantes a las que se debe enfrentar el conservadurismo. Aun así, justo es decir que en la inmensa mayoría de estados, incluyendo las medidas planteadas este año en California, Michigan y Maine, la idea del suicidio asistido fue rechazada por la ciudadanía. Sólo en Washington se aprobó la Iniciativa 1000, aprobada por el 58% de los votantes. Ciertamente es que éste es el único estado de la Unión que tiene ese “suicidio asistido”, además de la medida “Muerte con Dignidad” aprobada antes en el estado de Oregón. En el caso de Washington, dicha acción sólo puede realizarse con adultos residentes en dicho estado, después de haber realizado dos peticiones orales distanciadas temporalmente en al menos dos semanas, y tras haber entregado una petición escrita con dos testigos incluyendo a una persona de fuera de la familia, un heredero, un médico o alguien ligado a un centro de salud del lugar de residencia del paciente.

A su vez, otros dos médicos deben también certificar que el paciente posee una enfermedad terminal y menos de seis meses de vida.

Otro tema importante que se ha debatido en estas pasadas elecciones es el particular de los programas de "Affirmative Action", la llamada "discriminación positiva". A la luz de las medidas estatales puestas a votación en 2008, hoy ya sabemos que son cada vez más las voces entre los norteamericanos que están en contra de esos programas y que los juzgan como parte del pasado, impropias de una nación que, después de casi medio siglo, no requiere ya de políticas o programas basados en tratos preferenciales o cuotas según las cuales se juzga a las personas por el color de su piel. En los últimos años, y como ejemplo del ideario conservador innato en el pueblo norteamericano, es notable la creciente voluntad ciudadana por acabar con estas prácticas. Así, en elecciones pasadas hubo ya votos a favor de suprimir la "Affirmative Action" en estados como California, Michigan y Washington. Se trataba, por ejemplo, de terminar con la consideración de factores basados en cuestiones de raza como determinante para contrataciones laborales o incluso admisiones universitarias, algo que ya el Tribunal Supremo había limitado. Este pasado 4 de noviembre los ciudadanos de Nebraska, por ejemplo, votaron en un 58% a favor de la Iniciativa 424 destinada también a acabar con "Affirmative Action" y enmendando así la Constitución estatal. En Colorado, sin embargo, una enmienda parecida -la 46- no fue aprobada por muy poco, ya que el 49% de los ciudadanos querían acabar también con la "Affirmative Action". El voto en Colorado fue muy ajustado y la no aprobación de esta medida se debe, en gran parte, a la demagógica campaña lanzada contra los opositores de los programas de "Affirmative Action", a quienes se equiparaba desafortunadamente con los miembros del grupo racista Ku Klux Klan. Cabe señalar, como otra muestra del talante conservador de la ciudadanía norteamericana, que hubo varios intentos de lanzar iniciativas similares en otros cinco estados, aunque al final las iniciativas en Arizona, Missouri y Oklahoma no llegaron a aparecer todavía en estas elecciones. Aun así, uno de los impulsores de estas iniciativas, el conservador Ward Connerly, asegura con razón que el fin de la discriminación "positiva" está cerca, al ser un programa que no tiene ya sentido, como prueba el hecho mismo de la elección de un candidato negro como Obama a la presidencia.

Al hilo de la economía, el particular debate sobre la energía ha sido un punto caliente durante la campaña, con inclusión de varias iniciativas estatales que muestran también cómo los norteamericanos tampoco están del todo convencidos de las voces apocalípticas del progresismo que auguran inmediatos precipicios para Estados Unidos al hilo del “calentamiento global” supuestamente producido por el ser humano. En ninguno de los estados, excepto uno, se aprobaron medidas ligadas a temas energéticos, lo que prueba la justa precaución que sobre estos temas tienen el electorado norteamericano y su sedimento conservador. Así, por ejemplo, en California ninguna de las dos proposiciones energéticas que estaban en la papeleta electoral –la 7 y la 10– fueron aprobadas y ambas acabaron siendo rechazadas por la gran mayoría de californianos. La proposición 7 de California requería a los servicios y compañías energéticas de dicho estado que emplearan la mitad de la energía con recursos renovables para el año 2025. También requería que los servicios energéticos de California aumentaran su compra de energía de fuentes renovables a un ritmo anual del 2% a fin de alcanzar los requisitos del RPS (Renewable Portfolio Standard) y alcanzar el 40% en el año 2020 y el 50% en 2025. La Proposición 7 fue votada en contra por un 65% del electorado californiano. Por otro lado, la Proposición 10 en el mismo estado pretendía usar dinero público para ayudar a los consumidores y a otros entes a comprar vehículos de bajo gasto en combustible o vehículos de energía alternativa, incluyendo coches de gas natural, así como destinar fondos públicos para la investigación de tecnología para combustibles alternativos, para tecnología de energías renovables, fundamentalmente energía solar, incentivos para tecnologías solares y renovables y otros fondos a ciudades y universidades con proyectos energéticos alternativos y eficientes. El 60% de los californianos también dijo que no a esta iniciativa. El estado de Missouri fue el único lugar donde los votantes aprobaron una iniciativa de energía limpia –la llamada Proposición C– y encaminada a crear nuevas regulaciones de electricidad renovable para el estado. Aun así, el voto a favor se debió al hecho de que la iniciativa obligaba al estado a no subir los precios energéticos más de un 1% anualmente.

Otro particular donde se observa el talante más conservador y prudente de los norteamericanos radica en el apoyo a medidas duras y efectivas para luchar contra el crimen y el delito. En California, por ejemplo, la mayoría

de los ciudadanos apoyaron proposiciones para conceder mayor derecho a las víctimas y menos derechos a los criminales. La Proposición 9, por ejemplo, se llamaba “Ley de 2008 para la Protección y Derechos de las Víctimas”, popularmente conocida como “Ley de Marsy”. El Partido Demócrata oficialmente se había opuesto a esta proposición. Sin embargo, con su aprobación, los californianos lograron que la Constitución de California se enmiende ofreciendo más apoyo a las víctimas de crímenes. De esta manera, se concede mayor derecho a las víctimas y supervivientes al garantizárseles todos sus derechos en la investigación y los procesos judiciales, de fianza y libertad condicional. A su vez, las víctimas quedan protegidas de acoso por parte de los criminales y abogados, una práctica que había alcanzado en California situaciones de falta de respeto y dignidad para las víctimas. Este ejemplo, junto a los anteriores, muestra ese sedimento conservador de la ciudadanía conservadora.

BARACK OBAMA Y EL FUTURO DE ESTADOS UNIDOS

Las votaciones estatales arriba señaladas durante las elecciones de 2008 confirman en buena medida la existencia de una base ciudadana más cerca del conservadurismo que del progresismo. La ya apuntada tibieza de muchos políticos Republicanos, el inmenso gasto público, el cansancio de dos guerras en marcha, el susto económico de septiembre y la poco convincente campaña de John McCain (sobre todo si se compara con la aparente simpatía de Obama) explican, entre otras razones, el voto presidencial a favor del lado Demócrata. Nada de esto es óbice, sin embargo, para que el pueblo norteamericano siga siendo mayoritariamente conservador. Aun así, cabe reconocer que la amenaza de los grupos ligados al progresismo de izquierdas en Estados Unidos es ahora más grave y más real de lo que puede parecer. El martilleo progresista sobre la cultura popular desde varios frentes (a través de los medios de comunicación, las instituciones de educación y otros agentes y grupos activistas) han empezado ya a hacer mella sobre el imaginario social en cuestiones como, por ejemplo, las bondades del aborto, pese a que éste atente contra el primero y más fundamental de los derechos humanos (el derecho a la vida). La paulatina y casi ciega asimilación por parte de la cultura popular de infames prácticas como

esta del aborto, la negación de la tradición judeocristiana de la nación norteamericana y otras actitudes ligadas al progresismo secular de izquierdas ejemplifica lamentablemente el avance de la agenda progresista en la sociedad norteamericana, tal y como ya documentó con eficacia Laura Ingraham¹¹.

Al inicio de este artículo indicamos que la segunda cuestión de fondo para nuestro análisis conectaba con lo que ya adelantamos en otro análisis nuestro de 2007 en estas mismas páginas sobre la izquierda norteamericana. Pese a confiar en el sedimento mayoritariamente conservador del pueblo norteamericano, y aunque reconocemos la estabilidad institucional de este país, seguimos advirtiendo del peligro que suponen esas izquierdas ideológicas en Estados Unidos, capaces de seguir impulsando importantes cambios sociales y culturales que resultan, a mi juicio, nocivos para la Libertad. Se trata de grupos progresistas ligados a una ideología de izquierdas y rastreables en las alianzas políticas con grupos de presión que precisamente han hecho posible la victoria de Obama. Frente al pensar generalizado del “centrismo” de Obama, nos atrevemos a augurar que su presidencia no va a ser, como muchos quieren creer a la luz de sus primeros nombramientos, la del político no partidista, sino la de quien –dentro del pragmatismo que le caracteriza– aprovechará esta gran oportunidad para avanzar las agendas del progresismo secular e intentar romper con el conservadurismo norteamericano. En nuestro mencionado artículo, afirmamos también que las izquierdas estaban aguardando la posibilidad de operar un silencioso cambio de régimen político en Estados Unidos paralelo a la creación de un clima de división interna. A crear dicho clima de confrontación y caos es precisamente a lo que se han estado dedicando esos grupos de izquierdas en Estados Unidos durante los últimos ocho años. De hecho, si algo caracteriza al progresismo y a las agendas políticas de las izquierdas es que sus constantes reclamos se enmarcan siempre en ofrecer una visión de tenebrosos escenarios de crisis y caos. Hoy sabemos ya que, tras los fracasos de los años sesenta y setenta, la lenta y silenciosa revuelta contra el capitalismo está resucitando ya en este siglo XXI y en medio de una monumental confusión económica y financiera.

¹¹ **Ingraham, Laura.** *Power to the People.* Nueva York: Regnery, 2007.

Cuando todavía no sospechábamos siquiera la rápida irrupción de Obama en el escenario político norteamericano, ya apuntamos también que la izquierda norteamericana estaba avanzando posiciones en la política estadounidense. Indicamos asimismo que ese avance radicaba en haber sido capaz de infiltrarse eficazmente en el seno del Partido Demócrata. Además, si la izquierda norteamericana –como ya apuntamos también– era capaz de ajustar constantemente sus principios, y aun de esconder su verdadera agenda para adaptarse a un lenguaje y a unas prácticas que ocultasen sus verdaderas intenciones, el caso de Obama personifica a la perfección esa práctica y ese peligro. La primera estrategia durante su campaña fue esconder en qué consistía su agenda real de “cambio”. Para ello, hacía falta fulminar lo hecho por George W. Bush, como si los pasados ocho años hubieran sido un fracaso en todos los frentes. Obama contaba –como en casi todas las áreas– con la impagable ayuda de los medios de comunicación, en su mayoría progresistas y cuya parcialidad en esta campaña presidencial merecería un análisis detallado. Obama negaba así la realidad de que los ocho años de la presidencia de Bush presenciaron un cambio importante en la historia de la política internacional. El 11-S alteró la dinámica geopolítica y Estados Unidos entró en una nueva etapa de su política exterior. En el ámbito de la política interior, ya José María Marco expuso en estas mismas páginas algunas de las cuestiones ligadas a su presidencia en el contexto del llamado “neoconservadurismo”¹². Sin ser un conservador auténtico, Bush fue capaz en 2000 y 2004 de ganar las presidenciales, con suficiente margen y aunando a su base. No han faltado en estos años, incluido el propio Obama y su partido, quienes han demonizado a Bush y su equipo. Nadie puede negar los errores que –como cualquier máximo mandatario– cometió Bush en el ámbito del excesivo gasto público, por ejemplo. Con todo, la realidad es que Bush se marcha dejando una herencia mejor de la que hoy muchos analistas políticos juzgan, una herencia que sólo el tiempo y la historia podrán valorar con la necesaria perspectiva histórica.

De momento, la doctrina Bush –si es que así puede llamarse– ha servido para que cientos de millones de norteamericanos no hayan tenido

¹² Marco, José María. “El futuro del neoconservadurismo en Estados Unidos”. *Cuadernos de Pensamiento Político* n° 19 (2008): 187-207.

otro ataque terrorista durante su mandato. Por eso resulta incomprensible que el gran ausente de esta campaña electoral, por decisión de John McCain, haya sido precisamente Bush. Obama se dedicó a hablar de los ocho años de “políticas fallidas de Bush” y McCain mordió el cebo sin darse cuenta de la popularidad de Bush entre los votantes Republicanos. Bush ha sido objeto de las iras y los ataques más descarados e injustificados, como bien planteó Jeffrey Scott Shapiro en una interesante y reciente columna en el *Wall Street Journal*¹³ que le ha valido ya muchos ataques. Shapiro, antiguo ex asesor de John F. Kerry en 2004, asegura que el actual bajo índice de aprobación popular con el que cuenta Bush es el resultado de haber querido contentar al Partido Demócrata, pues muchos de los problemas que hoy tiene Estados Unidos como nación existían ya desde mucho antes de la llegada de Bush a la Casa Blanca. Como también recuerda Shapiro, su actual aprobación popular lo pone en compañía de presidentes como Harry S. Truman, poco populares en el momento de terminar su presidencia pero que, años después, la historia ha reconocido como grandes presidentes. No le falta tampoco razón a Shapiro al afirmar que el tratamiento que Bush ha recibido en su país –y en el exterior, añadimos nosotros– es simplemente una desgracia. Lo cierto es que Bush se va dejando ya solucionado prácticamente para Obama el tema por el que más se le atacó: Irak, donde hoy existe ya un plan de retorno para las tropas después de haber liberado a casi 30 millones de iraquíes, tras acabar con un despótico tirano y una vez garantizado el funcionamiento institucional en Irak, con una Constitución votada y aprobada, un estado civil que funciona y unas efectivas fuerzas de seguridad, además de estar en paz con sus seis vecinos.

Habiendo descalificado ya a los Republicanos y a Bush como su cabeza principal en los últimos ocho años, Obama aparece ahora en escena presentándose como un moderado centrista. Aun así, resulta difícil dejar de observar que Obama y el Partido Demócrata van a servirse de esta coyuntura económica en crisis para generar un disimulado cambio social que lleve a una vuelta al Gran Contrato Social, al Estado niñera, en línea con

¹³ Shapiro, Jeffrey Scott. “The Treatment of Bush Has Been A Disgrace”. *The Wall Street Journal*, 5 de noviembre de 2008.

lo hecho durante el siglo XX por Franklin D. Roosevelt o Lyndon B. Johnson. Rahm Emanuel, el congresista Demócrata por Illinois y jefe del gabinete de Obama, ha confesado públicamente su voluntad de aprovechar esta histórica oportunidad para poner en práctica políticas progresistas ligadas al intervencionismo del Estado y la dependencia de los ciudadanos respecto al Gran Gobierno. La selección por parte de Obama de Emanuel como jefe de su gabinete envía varios mensajes. El primero de ellos es que no piensa repetir los errores de Bill Clinton, quien mostró su progresismo demasiado temprano y claramente en los dos primeros años en la Casa Blanca y que perdió las elecciones intermedias en 1994. Emanuel es precisamente quien elaboró la táctica Demócrata en 2006 de presentarse a esas elecciones intermedias como moderados y aun conservadores. Aun así, la realidad es que Obama ha sido hasta su elección –y en apenas unos meses en ese cargo– el senador más de izquierdas de todo el Senado de los Estados Unidos. Pese a su extremismo en varios temas (como su oposición a la Ley de Protección a los Nacidos Vivos¹⁴ en sus años en Chicago como senador) y pese a sus turbias y todavía no aclaradas alianzas con personajes racistas (Pfleger, Wright, Farrakhan), mafiosos (Rezko) y aun terroristas (Ayers, Dohrn, Khalidi), Obama fue capaz de presentarse como moderado prometiendo recortes fiscales.

En las semanas posteriores a su elección, Obama ha venido apareciendo ya sobre el podio de una oficina fantasma –la Oficina del Presidente

¹⁴ Conocido es que Obama está abiertamente a favor del aborto y así lo reflejan todos sus votos legislativos a lo largo de su carrera política. Más preocupante incluso resulta su apoyo indirecto a permitir dejar morir a los bebés que sobreviven al procedimiento del aborto. Como senador en Chicago, en la Asamblea Legislativa del Estado de Illinois, Obama votó hasta tres veces contra un proyecto de ley que aclaraba que los bebés supervivientes de un aborto deben ser protegidos, o sea, que no se les puede matar o dejarlos morir sin atención médica. El Congreso de los Estados Unidos había votado unánimemente y aprobado en 2002 la “Ley de Protección de los Nacidos Vivos” (“Born Alive Infants Protection Act-BAIPA”) que protege a los bebés que logran sobrevivir a abortos tardíos y nacen vivos. Cuando un texto prácticamente idéntico al federal recogido en esa Ley de Protección de los Nacidos Vivos llegó a la Asamblea Legislativa de Illinois, el entonces senador estatal Obama siguió rechazando la versión de la misma Ley y votó en contra alegando que dejar vivos a esos recién nacidos iba en contra de la voluntad inicial de las madres que querían abortar. El radicalismo de Obama en este particular coincide con organizaciones pro-abortistas como NARAL o Planned Parenthood. Para los detalles del tema de Obama, basta consultar las transcripciones de las sesiones legislativas. También resulta muy esclarecedor el artículo al respecto de Erick Erickson: “Obama in his own words” (*Human Events*, 25 de agosto de 2008).

Electo-, inexistente físicamente como tal en la tradición democrática e institucional norteamericana. Desde ese lugar, Obama ha creado ya una realidad virtual de estar al mando de la situación perpetuando así la idea de su mesiánico poder. Por si esto fuera poco, en su discurso de aceptación en la noche del 4 de noviembre, Obama inició ya su nueva campaña para ser reelegido en 2012, cuando en el Grant Park de Chicago les dijo a sus seguidores que su “cambio” iba a requerir más de cuatro años en la Casa Blanca. De momento, ese “cambio” real no incluye demasiadas caras nuevas en su gabinete: Hillary Clinton, Eric Holder, Rahm Emanuel, Bill Richardson, Larry Summers, Paul Volcker, Susan Rice o Tom Daschle recuerdan tiempos pasados bajo Bill Clinton o Jimmy Carter; y otros nombres, como Robert Gates o James Jones, no son precisamente nombres opuestos a las políticas de Bush, sino más bien todo lo contrario. De hecho, la posición paradójica y hasta hipócrita de Obama pasa por haber atacado a la Administración Bush como incompetente durante toda la campaña presidencial pero, a la vez, haber nombrado ahora a personas de su gabinete que pertenecían a la órbita de Bush. Con eso, Obama ratifica y da la razón –aunque no quiera– a los planteamientos de Bush en los últimos años –esos que Obama tanto vapuleó– especialmente en materia de defensa y seguridad nacional, como prueban los nombramientos de Robert Gates o James Jones y la ratificación de generales como David Petraeus y Raymond Odierno, claves para la exitosa estrategia de escalada militar en Irak.

La personal radiografía electoral norteamericana que aquí estamos trazando, en definitiva, destaca el sustrato conservador que sigue vivo en la ciudadanía electoral de Estados Unidos, independientemente de que Obama haya sido elegido presidente. Pero, por lo mismo, su llegada a la Casa Blanca es el primer paso real alcanzado por la izquierda norteamericana en muchos años para intentar llevar adelante un cambio sustancial para enterrar el sentir popular de talante conservador en esta nación. Obama sabe muy bien que cualquier apariencia de radicalismo progresista inicial en sus primeros meses en la Casa Blanca puede resultar nefasta y contraproducente, como ya le ocurrió a Bill Clinton. Cuando lleguen las intermedias de 2010, aclarada posiblemente la crisis financiera y zanjado el tema de Irak, con una fama de presidente centrista y moderado, Obama

podría incluso aumentar el número de congresistas y senadores de su partido. Será entonces cuando podrá atender a su base ideológica natural que no es otra que la izquierda, donde le esperarán ansiosos cuantos han movido tras las cortinas los hilos para su elección. Con el control total del ejecutivo, con mayorías legislativas y con la posibilidad real de nombrar jueces activistas, incluidos los del Tribunal Supremo, Obama estaría así dando los primeros pasos con los que la izquierda norteamericana ha venido soñando durante las últimas décadas. Ése es el verdadero peligro presente, a menos que los conservadores sean capaces de tomar las riendas del Partido Republicano y recuperen la confianza ciudadana y su necesario papel en la vida política norteamericana.

Obama sabe que primero debe afianzar los mercados y la economía, generar confianza entre la ciudadanía y no aparecer como un presidente radicalizado en sus primeras agendas y movimientos. Sólo así podrá iniciar después el desarrollo de su anhelada agenda progresista de “redistribución de la riqueza”, de nacionalización de la salud pública, de desarme unilateral de la capacidad nuclear de los Estados Unidos, de aprobación legislativa para que los sindicatos controlen el voto de los trabajadores e impidan que sea voto secreto (la llamada “card-check legislation” ya en marcha por parte de los Demócratas). Sólo así, sabe Obama, podrá realizar con garantías de éxito el nombramiento de decenas de jueces activistas, el cierre de Guantánamo, la ampliación masiva del gasto público hasta alcanzar el *Estado Niñera* con el que sueñan él y sus aliados, la imposición de regulaciones bajo la excusa de la farsa del calentamiento global producido por el ser humano, la gigantesca subida de impuestos a la inmensa mayoría de los ciudadanos y la aprobación de la mal llamada Fairness Doctrine (eufemismo para acabar con los restantes medios de comunicación conservadores). Todo esto no son en modo alguno apocalípticas fantasías o falsas premoniciones aquí presentadas, sino la visión personal de quien esto escribe y que mucho desearía equivocarse. Pero la realidad es la que es y tanto Obama en la Casa Blanca como Harry Reid y Nancy Pelosi en el Congreso son lo que son como políticos. Para alcanzar todo eso, Obama cuenta ya no sólo con la mayoría legislativa en el Congreso, sino también con muchos medios de comunicación a favor que están ya presentando su figura presidencial

(como antes hicieron con los Clinton y aun a Carter) como la de un hombre moderado y centrista.

Pese a todo, el lado positivo de todo esto para los conservadores y para el Partido Republicano pasa por ver los modos que tenga Obama de imposibilitar esas mayorías legislativas a partir de 2010. Una mirada a la historia ayuda a ver que los conservadores norteamericanos han sido siempre capaces de salir adelante, incluso en momentos difíciles como el que ahora vive el Partido Republicano. Si miramos los triunfos Demócratas en elecciones presidenciales durante los últimos cuarenta y cinco años podemos encontrar razones para confiar en el regreso de los conservadores y, más ahora, cuando Obama resulta ser un claro ejemplo de esa estrategia progresista. En 1964, Lyndon Johnson derrotó a Barry Goldwater; en 1976, Jimmy Carter venció a Gerald Ford en una elección muy ajustada; en 1992, Bill Clinton venció al primer George H. Bush. Curiosamente, cada una de esas derrotas supuso una inmediata y exitosa reacción del Partido Republicano. Así, entre 1976 y 1980, Reagan montó la gran revolución conservadora que floreció en los ochenta. De igual modo, hay un parecido claro entre el triunfo de Clinton en 1992 y el de Obama ahora en 2008. De aquella derrota surgió el *Contract with America* de Newt Gingrich y la segunda revolución conservadora que llevó a mayorías en las dos cámaras del Congreso en 1994, así como a sendas victorias presidenciales en 2000 y 2004 por parte del George W. Bush. La derrota de McCain, sin ser tan estrepitosa, puede ahora permitir a los conservadores tomar posiciones de cara a las intermedias de 2010 y las presidenciales de 2012. Para ello, en cualquier caso, se requiere de la explicación y aplicación de principios conservadores a la ciudadanía por parte de una mezcla de nuevas y viejas generaciones de políticos conservadores capaces de comunicar dichas ideas al electorado. Sólo cuando esto ocurra y se perfilen esos principios conservadores, se podrá hacer frente con garantías a la emoción electoral que ha supuesto el fenómeno Obama y a la paulatina infiltración de la izquierda en la política norteamericana.

OBRAS CITADAS

Acereda, Alberto

"La izquierda norteamericana". *Cuadernos de Pensamiento Político* 15 (2007): 145-162.

Battleground Poll

Cuestionarios y encuestas a cargo de Celinda Lake y Ed Goetas para "The Tarrence Group and Lake Research Partners", 2008.

Corsi, Jerome R.

The Obama Nation. Nueva York: Threshold Editions, 2008.

Flynn, Daniel J.

A Conservative History of the American Left. Nueva York: Crown Forum, 2008.

Fredosso, David

The Case Against Barack Obama. Nueva York: Regnery, 2008.

Hayek, Friedrich

Los fundamentos de la libertad. Madrid: Unión Editorial, 2006.

Ingraham, Laura

Power to the People. Nueva York: Regnery, 2007.

Kern, Soeren

"What Europeans Are Saying About Sarah Palin". *American Thinker*, 13 de septiembre de 2008.

Marco, José María

La nueva revolución americana. Madrid: Ciudadela, 2007.

"El futuro del neoconservadurismo en Estados Unidos". *Cuadernos de Pensamiento Político* 19 (2008): 187-207.

Micklethwait, John & Wooldridge, Adrian

The Right Nation. Conservative Power in America. Nueva York: Penguin, 2005.

Nash, George H.

The Conservative Intellectual Movement in America since 1945. Nueva York: Intercollegiate Studies Institute, 2006.

Shapiro, Jeffrey Scott

"The Treatment of Bush Has Been A Disgrace". *The Wall Street Journal*, 5 de noviembre de 2008.

Sowell, Thomas

"Affirmative Action and Gay Marriage". *Townhall Magazine*, 5 de noviembre de 2008.

Walker, Bruce

"The Biggest Missing Story in Politics". *American Thinker*, 25 de agosto de 2008.

GRANDEZA

STEVEN F. HAYWARD



REAGAN Y CHURCHILL, DOS
LÍDERES EXTRAORDINARIOS

gota
gota

GRANDEZA

REAGAN Y CHURCHILL,
DOS LÍDERES EXTRAORDINARIOS

Steven F. Hayward

Precio: 20 €

“No temas la grandeza; algunos nacen grandes, otros alcanzan la grandeza, y a otros la grandeza les desborda”, escribió William Shakespeare en La duodécima noche, publicada en 1601. Steven F. Hayward admira la grandeza y, en especial, la grandeza política. Desgrana en este libro por qué Ronald Reagan y Winston Churchill, dos gigantes del siglo XX, son excepcionales ejemplos de grandeza política.

ISLAMISTAS Y BUENISTAS

KAREN JESPERSEN Y RALF PITTELKOW



ESCRITO DE ACUSACIÓN

gota
gota

ISLAMISTAS Y BUENISTAS

Escrito de acusación

Karen Jespersen
y Ralf Pittelkow

Precio: 21 €

El arranque es una fábula que “muestra como un ciudadano de clase media del todo corriente cierra los ojos ante el avance de fuerzas destructoras que amenazan a su sociedad”. El objetivo, un aviso: “El nazismo ganó adeptos apelando a su identidad racial (los arios); el comunismo lo hizo apelando a su identidad social (el proletariado); y el islamismo apela a su identidad religiosa”. El relato es un análisis de cómo afrontaron Dinamarca y Europa el desafío islamista tras la publicación de las caricaturas de Mahoma.

Estos libros, y muchos más, disponibles en librerías y en
www.gotaagota.es

QUIERO SER COMO OBAMA (Me pido una red social)¹

Desde hace unos meses se ha desatado en todo el mundo la *Obama-manía*. La campaña electoral desarrollada por el recién elegido presidente de los Estados Unidos ha causado sensación, y en el mundo de la comunicación, no sólo política, todos quieren repetir la ola de entusiasmo generada por él, todos quieren conseguir poder llegar a millones de personas, todos quieren ser como Obama. La abundante cobertura informativa de las recientes elecciones norteamericanas ha coincidido en destacar el uso que la campaña de Barack Obama ha hecho de las nuevas tecnologías, como el elemento clave de su “sorprendente” victoria. Unos y otros se deslumbran ante las herramientas de la campaña, los milagrosos resultados que han producido su aplicación, y todos señalan a las redes sociales como el auténtico triunfador del proceso.

Es tal la pasión levantada por el nuevo presidente norteamericano que en el mundo del marketing se empieza a hablar de “un Obama”, un producto mágico capaz de aumentar las ventas, los votos, o lo que se le ponga por delante. La admiración que ha despertado este nuevo “juguete” electoral hace

Rafael Rubio Núñez es Profesor Titular de Derecho Constitucional, UCM. Socio Director de DOG Comunicación. Presidente de AECT.

¹ Este artículo es fruto de la estancia de investigación en la Elliot School of International Affairs de la Universidad George Washington, gracias a la beca de investigación José Castrillejo (MEC) y a la ayuda a la estancia de investigación de la Universidad Complutense, que me permitieron trabajar en el Cuartel General de la campaña Presidencial de John McCain durante cuatro meses. Editar un artículo en papel sobre nuevas tecnologías no deja de resultar paradójico. A expensas de una reedición para la página web he decidido ofrecer los vínculos a las aplicaciones más sencillas y citar por el nombre aquellas otras cuyo vínculo resulta demasiado complicado para facilitar su búsqueda en cualquier buscador.

que cualquiera quiera tener el suyo propio, y parece que estas navidades muchas cartas a los reyes magos incluyen ya la petición de una red como la de Obama. Convencidos de golpe de la eficacia de las nuevas tecnologías, proclaman a Barack Obama su descubridor y se apresuran a anunciar el corta y pega de las herramientas de la victoria, como si estas se bastaran por sí solas, como si no les hiciera falta instalación ni libro de instrucciones.

No seré yo el que en este artículo pretenda desvelar las claves del éxito de Obama, sino que me limitaré al aspecto más novedoso, y quizás el que ha recibido más atención y en mi opinión más desenfocada, el uso de las nuevas tecnologías en la campaña. De ahí que el que busque un análisis detallado de otros temas relevantes como la estrategia de campaña, los mensajes, los temas clave, la figura del candidato y su retórica... no hallará en estas páginas más que una respuesta colateral a sus preguntas.

La emoción desatada me ha recordado un artículo publicado en esta misma revista hace cuatro años, tras las elecciones presidenciales norteamericanas de 2004, en el que Matías Jové y el que suscribe anunciábamos “una nueva revolución electoral”², auspiciada por la entrada de las nuevas tecnologías en campaña. Tras las nuevas elecciones norteamericanas, el empleo de las nuevas tecnologías hace que esa anunciada “revolución” parezca un juego de niños. Es tan llamativo el contraste que sólo nos quedaría reconocer nuestra condición “visionaria”, o proclamar que en lo que afecta a la tecnología, vivimos instalados en la “revolución permanente”.

Mucho nos tememos que, si no han cambiado mucho las costumbres, la fiebre Obama pasará como pasan en nuestro país *blogs* y webs electorales, como golondrinas que vuelven a casa en periodo electoral. Es tal el abandono de estas utilidades que cada vez parece más necesario que los programadores incluyan en sus creaciones un prospecto similar al de las medicinas: “La entusiasta implantación de nuevas aplicaciones tecnológicas a la vida política, sin un análisis previo, puede terminar en una desilusión aún mayor en la ciudadanía. La ingesta sin receta de estas soluciones

² Jové, Matías y Rubio, Rafael. “Una nueva revolución electoral”. *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 9, 2006.

supondrá una oportunidad perdida para la mejora de las campañas electorales en nuestro país y, en último término, para la democracia”.

¿LA PRIMERA CAMPAÑA DEL SIGLO XXI?

Ha llovido en Estados Unidos desde nuestro último análisis del uso de las nuevas tecnologías en la campaña de 2004. Hoy el 95% de las conexiones a Internet en Estados Unidos, que supone el 55% de la población, tiene acceso a través de banda ancha (el doble que en 2004), además sólo el 15% de la población se manifiesta totalmente ajena al uso de Internet (*off-line*) mientras que el 30% lo utiliza de manera muy activa³. Aplicaciones como Youtube, Facebook o Twitter han aparecido en el escenario y se han incorporado con naturalidad al día a día de la gente, empezando a proporcionar resultados políticos⁴.

Las mejoras experimentadas y los casos de éxito⁵ de los últimos cuatro años han hecho que algunos autores se hayan preguntado si estamos ante la primera campaña del siglo XXI o la última del siglo XX⁶, si podemos hablar de la campaña de 2008 como la campaña de Internet, o todavía nos encontramos en un periodo de transición hacia una nueva forma de hacer campañas electorales en las que las nuevas tecnologías tendrán un peso definitivo.

La situación no es nueva. Las campañas políticas norteamericanas han experimentado fenómenos parecidos en otras ocasiones. El primer cambio realmente “revolucionario” lo podríamos encontrar en la campaña de 1836,

³ *Pew Internet&American Life Project*, Julio, 2008.

⁴ Quizás 2006 supone el bautismo de fuego de estas nuevas aplicaciones, cuando la distribución masiva de un vídeo del senador Republicano por el Estado de Virginia, y futurible candidato republicano a la Presidencia, George Allen, supuso el fin de su carrera política. El vídeo reflejaba el desafortunado comentario del popular senador hacia un seguidor, de origen indio, de su oponente demócrata Jim Webb. El momento, que había pasado desapercibido, fue colgado en Youtube (George Allen introduce Macaca) donde fue visto por millones de personas y desde donde saltó a las principales cadenas de televisión en lo que desde entonces se conoce como el *Macaca Moment*.

⁵ Candidatos al Senado como Jim Webb en Virginia o Ned Lamont en Connecticut han demostrado las posibilidades del uso de las nuevas tecnologías en campaña.

⁶ **Graff, Garrett M.**: *The First Campaign. Globalization, the Web and the Race for the White House*. Farrar, Straus and Giroux, New York, 2007.

en la que el que sería presidente en 1841, William Henry Harrison, inició una gira por distintas ciudades (Philadelphia, Pennsylvania, New Jersey, Maryland y Ohio), donde realizaba actividades similares a los mítines de hoy en día para borrar la imagen de un candidato enfermo y anciano. Desde ese momento todos los candidatos se verían obligados a realizar una gira por el país; así lo hicieron en 1840 tanto el presidente Van Buren, que había derrotado a Harrison en 1836, como el mismo Harrison, que repetía como candidato y terminó ganando las elecciones, y así lo seguirían haciendo todos los candidatos hasta la fecha, aumentando el número de kilómetros con el paso del tiempo, la mejora de las comunicaciones y los avances técnicos hasta llegar a nuestros días, donde por primera vez los candidatos han llevado la campaña electoral hasta otros países, como Alemania, Colombia o México.

El siguiente momento “revolucionario” lo encontramos durante los años 20, cuando la radio se convirtió en un fenómeno de masas y cambió la comunicación política. En 1919 el presidente Woodrow Wilson utilizó por primera vez la radio para dirigirse a la población desde la Casa Blanca, y en 1923 el presidente Coolidge se dirigió a la nación en el primer debate sobre el Estado de la Unión emitido a través de la radio. En la campaña de 1924 el uso de la radio se vio limitado por la deficiente distribución de las estaciones y la inexistencia de una red nacional. Habría que esperar hasta 1928, durante la pugna entre Hervert Hoover y Al Smith, para asistir al nacimiento de la radio como elemento básico de la campaña electoral para dirigirse directamente a audiencias inimaginables en esas fechas, a través de los más de 10 millones de aparatos de radio que existían ya en América. Con una sola alocución radial se llegaba al mismo número de personas que durante toda una larga y trabajosa campaña electoral. El candidato daba a millones de norteamericanos la oportunidad de “conocerle” rompiendo la separación entre la gente y sus líderes, a los que la gran mayoría de ellos no habían visto ni oído nunca. La radio transformó el contenido y la forma de los mensajes políticos. La audiencia se volvió nacional y se rompió con la práctica habitual de decir en cada sitio lo que sus habitantes querían oír. Aquellos que lograron adaptar al medio su forma de hacer política salieron triunfadores. Sería F.D. Roosevelt el que convertiría

el uso de la radio para la política en un auténtico arte, y durante los doce años que duró su presidencia transformó la radio en la puerta de entrada al hogar de los norteamericanos, revolucionando la forma de hacer política con sus charlas desde la hoguera con las que llegaba a más de 60 millones de ciudadanos y que todos los presidentes han mantenido de una u otra forma desde entonces⁷.

Una nueva “revolución” se produciría en la década de los 50. Una vez más la idea venía de lejos, ya en 1934, en las elecciones para elegir al gobernador de California se había utilizado el cine para atacar al candidato socialista Upton Sinclair; algo similar le ocurriría al senador por Louisiana Huey Long en 1935⁸, e intentos parecidos se emplearon en las elecciones de 1936, 1940 y 1944. No sería hasta 1948⁹ cuando el uso de alocuciones en la televisión y pequeñas películas de cine, como un sencillo documental biográfico, influiría en la ajustada victoria del presidente Truman, clausurando la época de la radio en las campañas electorales¹⁰. En 1952, con la extensión generalizada de la televisión, el general Eisenhower emplearía con gran eficacia los anuncios de televisión durante su campaña; el primero incluía dibujos animados realizados por Walt Disney portando una pancarta con el eslogan *I like Ike*, y la serie de anuncios en los que bajo el título “conversaciones” Eisenhower respondía preguntas de gente corriente, cambió una vez más la naturaleza de la comunicación política y la campaña electoral. La campaña de 1956, en la que la televisión ya estaba en el 75% de los hogares norteamericanos, y la introducción de los deba-

⁷ Jamieson, Kathleen Hall. *Packaging the Presidency. A History of Presidential Campaign Advertising*. 3 edition. Oxford University Press, 1996.

⁸ *March of Time*, era un pequeño documental que se emitía en las salas de cine atacando el historial de Long, recordando sus promesas incumplidas.

⁹ Ref. Karabell, Zachary. *The Last Campaign. How Harry Truman Won the 1948 Election*. Knopf, New York, 2000, pp. 8-9. Cit. en Graff, Garrett M. *The First Campaign. Globalization, the Web and the Race for the White House*. Farrar, Straus and Giroux, New York, 2007. Pp. 10-11.

¹⁰ Jack Redding, director de relaciones públicas del DNC en esa época señaló el documental sobre Truman como el elemento publicitario más determinante de la campaña, al llegar a más de 65 millones de americanos de distintas orientaciones políticas, “obligados” a ver el anuncio antes de disfrutar de la película deseada. (Jamieson, Kathleen Hall. *Packaging the Presidency. A History of Presidential Campaign Advertising*. 3 edition. Oxford University Press, 1996. P. 33).

tes televisados en 1960, con el éxito de J. F. Kennedy¹¹, terminarían de consolidar el nuevo formato que pasado el tiempo, en las elecciones de 2004, consumía alrededor del 80% del presupuesto de la campaña¹².

El año 2008 el uso de Internet en la campaña ha ocupado un lugar destacado, y sin duda nos encontramos ante una nueva etapa de las campañas electorales. Una nueva "revolución" que, como las anteriores, está cambiando la forma de hacer política en general, y el contenido, la forma y la audiencia de las campañas electorales en particular. Lo que ocurre es que esta vez la revolución tiene algo de "progreso al pasado", a la vieja forma de hacer política, propia del siglo XIX, cuando eran los ciudadanos los que llevaban el peso de la campaña electoral, una época donde los mensajes se podían adecuar a cada público, una época en la que el candidato necesitaba el contacto directo con la gente.

NECESARIO PERO NO SUFICIENTE

No hay duda de que nos encontramos ante una nueva "revolución" electoral. La pregunta es en qué fase de la revolución nos encontramos. Un somero análisis de las cifras de las campañas, los resultados electorales, y algunas de las encuestas realizadas a la salida de las urnas nos darán las primeras pistas¹³:

- Obama gastó 350 millones de dólares en anuncios televisivos frente a los 135 millones de la campaña de McCain, en torno a la mitad del presupuesto de la campaña. El total del gasto de ambas campañas en televisión fue de 485 millones de dólares.

- La siguiente partida presupuestaria, en ambas campañas, estaba destinada a pagar gastos de personal, 165 millones.

¹¹ "Era la imagen la que lo había conseguido –y en 1960 la televisión desplazó a la nación de los sonidos a las imágenes, y eso fue todo". **White, Theodore**. *The Making of the President 1960*. Atheneum, 1960. P. 279-290.

¹² Alrededor de 400 millones de dólares.

¹³ Post Election Survey conducted by Greenberg Quinlan Research for Democracy Corps and the Campaign for America's Futura entre 2000 votantes, Noviembre 4-5, 2008.

- El gasto conjunto en nuevas tecnologías de ambas campañas no supera los 32 millones de dólares¹⁴.
- El 69% de los votantes vio anuncios de televisión del candidato demócrata frente al 44% de los del republicano.
- Un 35% recibió llamadas telefónicas de la campaña de Obama, un 27% las recibió de la campaña de McCain.
- Un 38% recibió correo postal de Obama, un 34%, de McCain.
- El 29% vio anuncios online, visitó la página web o recibió correos electrónicos de la campaña de Obama; el porcentaje se reduce a un 13% si hablamos de la campaña republicana.

El análisis en frío de estos datos nos indicaría que Internet no ha sido durante estas elecciones la vía principal para llevar los mensajes hasta los votantes, pero estos datos ocultan parte de la realidad. Hoy es imposible valorar el impacto de las nuevas tecnologías en los resultados electorales porque se han convertido en el canal a través del cual se organiza el mundo real, y gracias a ellas un senador *junior* ha podido competir con candidatos mucho más conocidos en el terreno tradicional, el de la popularidad (conocimiento), la financiación y movilización ciudadana (voluntarios), elementos imprescindibles para llegar a ser presidente de los Estados Unidos¹⁵.

Sin Internet Barack Obama no habría sido capaz de abandonar el anonimato que le confundía entre los rivales de Hillary Clinton y convertirse en su principal rival; no habría podido mantener una estructura de campaña suficiente para derrotar a la maquinaria política más potente que ha tenido el Partido Demócrata desde F. D. Roosevelt; sin la financiación conseguida a través de pequeños donantes, en su página web, no hubiera podido renunciar a la financiación pública, quizás la decisión más importante de la campaña, y superar tres, cuatro o incluso cinco veces el gasto de John McCain en Estados clave; sin las nuevas tecnologías Obama no habría conseguido movilizar a los millones de personas que vencieron al Partido Re-

¹⁴ Los datos sobre los gastos de campaña se han obtenido en opensecrets.org

¹⁵ Para un análisis más profundo de los distintos usos de las nuevas tecnologías en campaña, **Jové, Matías y Rubio, Rafael**, "Una nueva revolución electoral", *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 9, 2006.

publicano en su juego favorito, el de la movilización del votante durante las 72 horas previas a la celebración de las elecciones. La ascensión de Barack Obama –un desconocido hace 8 años que empezó a ser popular tras su discurso en la Convención Demócrata de 2004– hasta la Presidencia de los Estados Unidos hubiera sido imposible sin las nuevas tecnologías. Su gran acierto ha sido saber entender la tecnología y el contexto en el que se desarrolla, ponerla al servicio de la estrategia y convertirla en el eje sobre el que descansaba toda su campaña electoral.

La conclusión inicial sería que las elecciones aún no se ganan en Internet, pero sin el uso inteligente de las nuevas tecnologías es imposible ganar unas elecciones. Aquel que sepa utilizar las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías para crear opinión pública, movilizar activistas y lograr financiación donde sea posible, gozará de una ventaja prácticamente definitiva.

¿NUEVAS? TECNOLOGÍAS

Una mirada desapasionada a las herramientas de Obama nos descubre que no son más que aplicaciones muy populares en la red, en su mayor parte gratuitas, en una nueva versión, revisada y mejorada, del uso que de las mismas hicieron en 2004 candidatos como Howard Dean, Wesley Clark o el mismo George W. Bush. Siendo esto real, también lo es el hecho de que los datos del tráfico generado por el uso de las herramientas tradicionales por parte de cada una de las campañas muestran una gran diferencia.

El 29% de sus votantes visitaron la web de Obama y el mismo porcentaje vio algún anuncio online de la campaña, mientras que en el caso

¹⁶ De nada sirvió al equipo de McCain la introducción de algunas novedades como el juego *pork invaders*, en el que se iban disparando vetos sobre cerdos que representaban los gastos injustificados aprobados por el Congreso, habitualmente para el distrito de un congresista, “*pork barre*”, o el blog de campaña editado por su hija Meghan, el “*bloggette*” en el que ofrecía una visión diferente del día a día de la campaña o las aplicaciones especiales para Facebook, como la que permitía realizar una visita virtual a su autobús de campaña.

¹⁷ **Antoni Gutiérrez-Rubí** señala que, al menos al principio, el candidato seguía en Twitter casi al mismo número de personas que le seguían a él. “Obama, con este detalle de reciprocidad, ha transmitido una sensación de proximidad y de igualdad, que en la red es posible y altamente valorada”. (www.gutierrez-rubi.es: la campaña de Obama)

¹⁸ Datos disponibles en los propios canales de Youtube, y en Techpresident.

de McCain el porcentaje en uno y otro caso no sobrepasa el 10%¹⁶. En las redes sociales, al celebrarse las elecciones Obama tenía alrededor de 3 millones de partidarios frente a los 600.000 de McCain en la popular red social Facebook. Algo similar ocurría en Myspace, donde frente a los 700.000 del demócrata, McCain sólo alcanzaba 175.000, o en Twitter, donde sus dos canales, "ObamaNews" y "BarackObama", eran seguidos por más de 100.000 personas¹⁷ frente a los 2.500 de McCain. En Youtube las diferencias son todavía más escandalosas, Obama tiene 1.824 vídeos, 144.615 suscriptores y más de 110 millones de vídeos vistos, frente a los 380 vídeos que aparecen en el canal de John McCain, que cuenta con 28.904 suscriptores y 28 millones de vídeos vistos¹⁸, menos que un solo vídeo de Obama, el del discurso del 18 de marzo de 2008, que ha sido visto el mismo número de veces que la totalidad de los vídeos del canal de John McCain¹⁹.

El uso de los teléfonos móviles también ha marcado la diferencia. Mientras McCain hizo un uso reducidísimo de la tecnología móvil, limitándose casi exclusivamente a la recaudación de fondos para los afectados por los huracanes²⁰, la campaña de móvil de Obama ha utilizado esta herramienta con gran inteligencia. Al sitio móvil de Obama, en el que se podían bajar fondos de pantalla para el móvil o tonos de móvil con voces como "Es Barack Obama, es el momento de cambiar América, responde la llamada"²¹, se añadían aplicaciones especiales como la lanzada por la campaña para el iPhone o el iPod touch²². Pero sin duda la herramienta más utilizada por la campaña ha sido el envío de mensajes de texto, que con acciones como la

¹⁹ Según la valoración de Joe Trippi, en conversación con el autor en la sede del NDN, las 14.5 millones de horas empleadas por los ciudadanos en ver el canal de Youtube de Obama tendría un valor de 49 millones de dólares, mientras que el canal de McCain no superaría el millón y medio.

²⁰ El Partido Republicano lanzó un servicio de mensajes que fue muy poco difundido y que incluso resultaba difícil de localizar en la página web del Partido Republicano. Los mensajes de este servicio eran tremendamente impersonales, con tono exigente y en la mayoría de ocasiones ni siquiera hacían referencia al candidato a la Presidencia.

²¹ obamamobile.mobi o m.barackobama.com

²² La aplicación era una herramienta de movilización ciudadana que permitía realizar llamadas telefónicas, apuntarse como voluntario, recibir noticias de la campaña y de los eventos que ésta celebraba en las proximidades del lugar donde se encontraba el propietario del teléfono, y obtener información actualizada sobre los distintos temas de la campaña.

de comunicar la elección del candidato a la vicepresidencia a través de un SMS alcanzó a casi 3 millones de personas²³, convirtiéndose en la acción de *push marketing* más numerosa de la historia. Gracias a acciones como éstas un 14% de sus votantes recibió información en su teléfono o PDA.

Podemos concluir que la diferencia no se encuentra en el desarrollo tecnológico sino que, como señalaba la que fuera directora de la campaña *online* de Howard Dean, Zephyr Teachout, el éxito de la campaña se encuentra en la integración de todas las herramientas en un mismo entorno, convirtiendo “un conjunto desordenado de herramientas en una auténtica máquina electoral”²⁴.

MANERAS DE GANAR, MANERAS DE PERDER... MANERAS DE VIVIR

No sería correcto atribuir las enormes diferencias observadas a una brecha tecnológica entre el Partido Demócrata y el Republicano. Ni siquiera a un problema generacional, como podría reflejar la negativa de Hillary a escribir un *blog*, o la autoproclamada incapacidad de John McCain para utilizar un ordenador²⁵ frente a la naturalidad con la que Obama manejaba distintos *gadgets* (Blackberry, Itouch, ordenador portátil Mac...), la diferencia va mucho más allá y se encuentra en la mentalidad con la que ambos afrontaron la campaña, en la manera totalmente distinta de entender la campaña electoral, y quizás la política. Como comentaba Joe Trippi, mientras unos “estaban diciendo *yes, we can*, Hillary/McCain les decían *no te necesito*”²⁶.

No se trata de la utilización de la tecnología para obtener repercusión mediática, no se trata de un nuevo canal de comunicación masiva (*one to many*) complementario a otros medios tradicionales, aunque haya sido uti-

²³ Datos de Nielsen Mobile.

²⁴ Conversación con **Zephyr Teachout** en el People Democracy Forum en New York, julio, 2008.

²⁵ Esta incapacidad sirvió para un anuncio de la campaña de Barack Obama, STILL, en el que utilizaban estas declaraciones para cuestionar al tiempo, la edad y el contacto con la realidad del candidato republicano.

²⁶ **Joe Trippi** en el NDN Forum, 30 de octubre de 2008.

lizado por el 46% de los americanos para informarse sobre la campaña²⁷; Obama entendió, al contrario que McCain, que las nuevas tecnologías eran el medio imprescindible para lograr el objetivo de la campaña: convertir a los ciudadanos en sus principales protagonistas.

Barack Obama, que no dudaba en poner a Google, el buscador basado en las preferencias de los usuarios, como su modelo de cambio, basó su estrategia en lograr una participación ciudadana masiva, tanto en las urnas como en su campaña. Ésta se presentaba como una inmensa conversación de millones de personas hablando con millones de personas (*one to one*), con sus propias palabras y durante un largo periodo de tiempo, una conversación que se tornaba en movilización general de millones de ciudadanos con un objetivo común, y eso sólo podía pasar mediante la utilización inteligente de las nuevas tecnologías.

Mientras que la campaña de McCain no ofrecía más que una plataforma en la que discutir sobre los temas de la campaña a través de *blogs*, foros, vídeos o fotos, sin ningún tipo de relación con la campaña ni repercusión en el mundo “real”, el equipo de Obama se centró desde el comienzo en facilitar a cada ciudadano su participación activa en el mundo “real” de la campaña, incrementar la expectación generada por el candidato y ofrecer la posibilidad de organizarse. Es de justicia señalar que su modelo no era original, fue copiado de una investigación realizada en la Universidad de Harvard para el Sierra Club en 2005. En esta investigación, Marshall Ganz, investigador de políticas públicas, y la experta en psicología Ruth Wageman, descubrieron que los voluntarios eran “llaneros solitarios” más dispuestos a cumplir misiones individuales que a trabajar como un equipo²⁸.

Frente al modelo tradicional de campaña disciplinada donde los consultores políticos controlan el mensaje y la organización, Obama planteó desde el principio un modelo de *co-opting* con sus “clientes” utilizando

²⁷ Pew Study Center.

²⁸ Wired.com “Obama’s Secret Weapons: Internet, Databases and Psychology”, by Sarah Lai Stirland, 29 de Octubre de 2008.

las distintas herramientas participativas que se pueden encontrar en Internet, y sustituyendo la comunicación unidireccional por la comunicación bidireccional entre unos y otros. Así construyó una campaña persona a persona (*peer-to-peer*), desde las bases (*bottom-up*), de fuente abierta (*open source*), con contenidos generados por sus activistas (*user generated content*).... Obama no perdía ocasión para recalcarlo: “esta campaña no es sobre mí, es sobre vosotros”²⁹, y así se podía ver, incluso gráficamente. La narrativa de esta campaña, su historia era la suma de las historias de sus voluntarios, cuya creatividad y entusiasmo se manifestaba de distintas formas. Esta vez el mensaje no era sólo el candidato, sino toda su campaña³⁰.

EL SECRETO ESTÁ EN LA RED... SOCIAL, POR SUPUESTO³¹

Con este planteamiento de campaña no es de extrañar que las aplicaciones de redes sociales se hayan convertido en las estrellas de la campaña. Desde el inicio, junto a la presencia del perfil del candidato en 15 redes sociales diferentes³², la campaña desarrolló su propia red social, Mybarackobama.com³³ (a partir de ahora Mybo) orientada a facilitar la relación entre sus usuarios y facilitar sus actividades en el mundo “real”.

La red social de la campaña de Obama se distingue de otras redes sociales que hasta el momento se habían utilizado en política. Estas redes permiten transmitir el mensaje “al oído” del ciudadano, a través de su cír-

²⁹ “What the nay-sayers don’t understand is that this election has never been about me. It’s been about you”. The American promise. Discurso de aceptación de su nominación como candidato del Partido Demócrata, Denver 28 de agosto de 2008. (obamaspeeches.com)

³⁰ Así se puede comprobar por ejemplo en el canal de Youtube de la campaña, donde la mayoría de los vídeos tienen a los voluntarios como protagonistas.

³¹ Shirky, Clay. *Here comes Everybody. The Power of organizing without Organization*. The Penguin Press. New Jersey, 2008.

³² Las más conocidas son Facebook, Myspace, LinkedIn y Upcoming. También estaba presente en comunidades específicas como Black Planet.

³³ En el lado opuesto, la campaña de McCain se limitó a utilizar redes sociales tradicionales como Myspace y Facebook, sólo a finales del mes de julio apostaron por la renovación de su estrategia *online*, creando dos redes sociales propias McCainSpace y McCainNation, pero la reacción fue claramente insuficiente para crear y articular una verdadera red social, ya no había tiempo.

culo de confianza; su extensión y la fidelización de sus usuarios las convierten en un instrumento útil de comunicación. Pero no ofrecen, de momento, soluciones a la hora de provocar donaciones o facilitar la organización de actividades abiertas al público en general. De ahí que la campaña considerara necesario construir una red social propia como algo complementario a las redes sociales en las que el candidato ya estaba presente con un objetivo superior: convertir la actividad en la red en actividad en la calle, en dinero, en votos. Su secreto no fue el de ser capaz de aglutinar a millones de personas en torno a una red social, sino el de ser capaz de transformar esta red social en una máquina de acción social, construyendo una campaña de “ratón (de ordenador) y suela de zapatos”³⁴, convirtiendo unas herramientas que ya se habían mostrado capaces de conseguir extender el mensaje en una forma de conseguir el dinero y los votos suficientes para ganar³⁵.

Las nuevas tecnologías se convirtieron en el eje, el medio que permitía la articulación, la coordinación y el control de este movimiento social creciente; se convirtieron en el verdadero centro de dirección de campaña, al servicio de esta estrategia de involucrar a millones de personas en la acción política.

A continuación vamos a tratar de analizar el método empleado, en el que deberíamos destacar su creación, su extensión y su mantenimiento.

TEJIENDO LA RED

Una foto fija de la campaña, que se correspondiera con sus últimos meses, nos podría dar la sensación de las redes sociales como el fruto de una explosión instantánea, pero nada más lejos de la realidad. La mayoría electoral que se ha ido construyendo durante la campaña es fruto de la

³⁴ David Weinberger. *Financial Times FT.com*. “Hot-button election: How the internet drives the US campaign”.

³⁵ Howard Dean y Wesley Clark, fracasaron en el intento en 2004, y lo mismo le ocurrió a Ron Paul en estas elecciones, ninguno de ellos acertó a convertir el apoyo popular en la red, amplísimo e hiperactivo, en votos.

constancia, de un trabajo largo y un crecimiento progresivo. Lo recordaba el mismo Obama en su discurso de aceptación en Chicago: “No empezamos con mucho dinero ni muchos apoyos... Nuestra campaña se fue construyendo por hombres y mujeres trabajadoras que donaban los pequeños ahorros que tenían para dar 5, 10 ó 20 dólares a nuestra causa”³⁶. Obama optó por ir involucrando a las personas de manera individual, siguiendo el modelo que ya hemos comentado, y construyó su campaña en el uno más uno, desarrollando relaciones con cada uno de ellos, facilitando la relación de todos ellos entre sí y promoviendo la relación de todos con las personas de su alrededor, los futuros votantes.

No fue nada fácil. Obama se enfrentó al principio con una maquinaria, la del Partido Demócrata, que desde la derrota de Al Gore en el 2000 había ido modernizándose³⁷ y que al inició de la elección se encontraba al servicio de Hillary Clinton. Obama tuvo que acudir a estructuras ajenas y logró conectar con un movimiento que había nacido durante las campañas primarias de los candidatos demócratas Wesley Clark y Howard Dean en 2004 y se había consolidado tras la derrota de John Kerry frente a George W. Bush. Se trataba de un movimiento formado por particulares, articulados en torno a sitios de referencia en la *blogosfera* como MyDD o Dailykoss, y organizaciones como Moveon.org o *Democracy for América*, ajenas a la estructura oficial del Partido Demócrata, que en ocasiones llegaron a enfrentarse e incluso a vencer a la estructura oficial³⁸. Desde entonces este movimiento se comenzó a extender por todo el país gracias a Internet, por lo que recibiría el nombre de *netroots*, articulando una poderosa maquinaria de financiación, organización y opinión pública y liberando al partido de antiguas organizaciones como los sindicatos o las asociaciones de funcionarios,

³⁶ “I was never the likeliest candidate for this office. We didn’t start with much money or many endorsements. Our campaign was not hatched in the halls of Washington – it began in the backyards of Des Moines and the living rooms of Concord and the front porches of Charleston. It was built by working men and women who dug into what little savings they had to give five dollars and ten dollars and twenty dollars to this cause”. Discurso de la Victoria. Chicago, 5 de noviembre de 2008. (obamaspeeches.com)

³⁷ **McAuliffe, Terry**. *What a party!!* Thomas Dunne Books, New York, 2007.

³⁸ El éxito más importante fue la derrota de una serie de candidatos oficiales a la presidencia del partido y la victoria de Howard Dean, el candidato más ajeno a su estructura. **Armstrong, Jerome** y **Moulitsas, Markos**. *Crashing the Gate*. Chelsea Green, Vermont, 2006.

de las que tradicionalmente había dependido, económica y estructuralmente³⁹. En 2006 estos movimientos agrupados en torno a localizaciones geográficas⁴⁰ dieron sus primeros frutos impulsando y apoyando algunos candidatos como Ned Lamont en Connecticut, o James Webb en Virginia⁴¹, en ocasiones contra la voluntad de la estructura del partido⁴².

Obama contaba con su experiencia como organizador comunitario, desarrollada durante años en las calles de Chicago⁴³, quizás por eso desde el principio utilizó las dinámicas de su trabajo de calle (*grassroots*): escuchar los problemas, unir intereses, entusiasmo, vinculación, actividad, compromiso, etc., aplicándolo al mundo de Internet (*netroots*), gracias a las TIC, las técnicas aprendidas en los barrios de Chicago dieron lugar una movilización nacional (o casi global). Supo valorar desde el principio el potencial de este movimiento y comenzar su campaña apelando a esos miles de personas movilizadas políticamente. Desde ese punto de partida el movimiento fue creciendo y consolidándose, articulado en torno a Mybo, el correo electrónico y el SMS. Su figura fue creciendo en popularidad, en financiación y en el número de voluntarios, permitiéndole ser competitivo desde las primeras elecciones primarias, especialmente en los primeros caucus cele-

³⁹ Una historia de esta reacción se puede encontrar en **Armstrong, Jerome** y **Moulitsas, Markos**, *Crashing the Gate*. Chelsea Green, Vermont, 2006. Otros ejemplos concretos de éxito de campañas basadas en la movilización *online* de la base demócrata se narran en **Feld, Lowell** y **Wilcox, Nate**. *Netroots rising*, Praeger, Westport, 2008. También resulta interesante sobre el tema: **Moulitsas, Markos**, *Taking on the System. Rules for radical Change in a digital Era*, Cebra, New York, 2008.

⁴⁰ La denominación se atribuye a Jerome Armstrong.

⁴¹ **Feld, Lowell** y **Wilcox, Nate**. *Netroots rising*, Praeger, Westport, 2008.

⁴² Con la elección de Howard Dean como presidente del partido, gracias al apoyo decisivo de este nuevo movimiento ciudadano, se inició una nueva estrategia del Partido Demócrata centrada en los 50 Estados, que suponía el refuerzo de la estructura del partido en feudos tradicionalmente republicanos. Esta estrategia, que fue muy criticada al principio por gente que la consideraba un esfuerzo inútil, empezó a dar resultados en 2006, donde en aquellos lugares donde el partido había contratado personal profesional en 2005, superaron en 10 puntos la media del incremento de la intención de voto demócrata. Los resultados de las elecciones presidenciales de 2008 en Estados como Iowa, New México, Carolina del Norte, Georgia, West Virginia, Colorado, Nevada, Missouri, Montana o Virginia, han supuesto el final de las conocidas como las *Southern Strategies*, demostrando que en la época de la globalización la estrategia obsesiva de los Estados clave se queda pequeña, y los grupos de ciudadanos movilizados pueden marcar la diferencia, no sólo en su propio Estado.

⁴³ **Obama, Barack**. *Dreams from My Father: A Story of Race and Inheritance*. Crown Publishers New York, 1995, 2004.

brados en Iowa o Carolina del Sur. Gracias a esas victorias Obama dejó de ser uno más entre los rivales de Hillary Clinton (Dodd, Biden, Richardson y Kucinich) para convertirse en un candidato con posibilidades. Y desde ese momento la red no haría más que crecer en progresión geométrica⁴⁴.

Podríamos describir la expansión de la campaña a través de la teoría de ondas que van creciendo de una forma natural, orgánica⁴⁵ en círculos concéntricos diferenciados por el nivel de implicación con la campaña. En esta estructura se podría identificar el equipo de campaña, casi 2.000 personas que trabajaban desde el cuartel general de Chicago; el equipo de profesionales desplegado por todo el país en oficinas estatales y locales y que iba creciendo progresivamente hasta superar los 15.000; los voluntarios, que se articulaban en torno a Mybo y superaron los 2 millones; aquellos que mantenían relación directa con la campaña a través del correo electrónico o el teléfono móvil, más de 13 millones, alrededor del 25% de sus votantes; a continuación estarían los votantes que en una proporción cercana al 50% recibieron información sobre la campaña de amigos y conocidos, presumiblemente miembros de alguno de los niveles anteriores, y por último estaría el resto de la población, principalmente aquellos registrados como demócratas o independientes, que eran el objetivo principal de las visitas y las llamadas de los voluntarios.

La campaña centró todo su esfuerzo inicial, y su contratación masiva de publicidad *online*, en iniciar una relación con aquellos con más capacidad de movilización. Centrando su atención especialmente en los habituales de webs y *blogs* de orientación progresista y en los usuarios de redes sociales que, como muestra un estudio del E-Voter Institute⁴⁶, tienden a ser políticamente más activos que la media de los ciudadanos, más propensos

⁴⁴ Durante el primer año Obama consiguió 75 millones de dólares de alrededor de 500.000 donantes. En los siete meses siguientes, hasta julio de 2008, Obama lo había multiplicado por 5 alcanzado la cifra de los 340 millones de dólares, de más de un millón de donantes, y usuarios de Mybo. En los siguientes cuatro meses, desde julio al final de la campaña, tanto las donaciones como el número de donantes y usuarios de Mybo se había multiplicado por 2.

⁴⁵ Según palabras del director de la campaña *online*, **Joe Rospars** en el Foro Youthmovements, Noviembre 2008.

⁴⁶ **Karen A.B. Jagoda**, E-Voter Institute, **Rich Berke**, HCD Research, **Kendall Anderson**, HCD Research, **Michelle Nappa**, HCD Research, **Christopher Borick**, Muhlenberg Collage. *Rhetoric, Reality and the Internet: What Do Voters Really Want?*, E-Voter Institute 2008 Research Findings, July 2008.

a donar dinero para la campaña, unirse a la lista de correo de un candidato, visitar su página web o acceder a un anuncio político. Además, estos usuarios suelen estar relacionados con otras personas, familiares o amigos con el mismo perfil, que hacen que sean protagonistas habituales de intercambio de mensajes políticos. Este potencial fue utilizado magistralmente por la campaña de Obama, que los atraía hacia su red social (Mybo) ofreciéndoles todo tipo de aplicaciones que les facilitaban el trabajo, permitiéndoles descargar la propia agenda para difundir la red o relacionando la red mayoritaria, Facebook, con Mybo, lo que provocaba la rápida difusión de la red social⁴⁷.

Obama también supo aprovechar sus oportunidades para hacer crecer su red social, tanto en momentos de crisis –como tras las desafortunadas declaraciones sobre la “América amarga” o cuando reaparecía el rumor sobre su condición de musulmán–, como en momentos de éxito –como la selección del candidato a la vicepresidencia, su discurso de aceptación de la nominación del Partido Demócrata⁴⁸ o los debates–. Cualquier momento era aprovechado por la campaña para construir su base de datos de correos o teléfonos móviles, en cualquier acto de campaña se ponía especial énfasis en ampliar la base de datos, comenzando así una nueva relación, más cercana y directa, con la campaña⁴⁹.

La gestión de bases de datos se convirtió en el aliado perfecto para movilizar esta inmensa red social. La campaña utilizó VAN, una base de datos con más de 170 millones de nombres, el 80% de la población registrada, que los demócratas habían comenzado a construir en el 2002 siguiendo el ejemplo de *Voter Vault* (la base de datos que los republicanos han cons-

⁴⁷ Los datos iniciales solicitados para pertenecer a la red social eran el correo electrónico y el código postal, desde ese momento se iban aprovechando las oportunidades para ir logrando, sin estridencias, completar el perfil del usuario.

⁴⁸ Cinco minutos antes del discurso de aceptación de su nominación en la Convención demócrata de Colorado, la campaña aprovechó la tremenda audiencia televisiva, 72 millones, para solicitar el envío de un mensaje de texto con la palabra HOPE al 62262 (OBAMA) desde el teléfono móvil, para incorporarse así a la base de datos del candidato.

⁴⁹ En ocasiones las campañas creaban *microsites* especiales que facilitaban la difusión y el impacto mediático. Sirvan de ejemplo campañas como la de Joe el Fontanero o la de los 5 de Keating.

truido durante los últimos 20 años)⁵⁰, y que se ha ido depurando durante la campaña con la información obtenida por los voluntarios, en sus visitas a las casas y sus llamadas telefónicas. Todos podían introducir información, fruto de su visita, directamente en la base de datos nacional. Esta base de datos, que incluía el teléfono, el correo electrónico e información básica sobre el votante, como su afiliación política, su participación en elecciones recientes o cualquier apreciación realizada por los voluntarios, era utilizada a su vez por el equipo de campaña y los voluntarios, que podían acceder a la base de datos para organizar nuevas llamadas o visitas de refuerzo, pudiendo seleccionar a los potenciales votantes, los independientes y los demócratas indecisos, repartiéndolos entre los voluntarios con criterios como la cercanía geográfica, el idioma, el género... Eran los vecinos los que visitaban a sus vecinos, las mujeres a las mujeres..., y en ocasiones les mandaban correos electrónicos para animarles a colaborar con la campaña. Internet se convirtió en el lugar donde conectar esta poderosa base de datos, masiva y repleta de información personal de millones de posibles votantes, con equipos locales de voluntarios bien entrenados, mejorando de manera notable los resultados de acciones masivas como el marketing directo o el envío de correo electrónico, pero sobre todo optimizando las actividades de relación personal como las visitas a las casas (*door to door*) y las llamadas telefónicas (*phone banking*). Como ya hemos señalado, y aunque pueda parecer irónico, han sido las nuevas tecnologías las que han hecho que la campaña regrese al contacto directo con los votantes, al viejo modelo de hacer política.

Los resultados producidos por esta red social son impresionantes. En la opinión pública *online*, Obama duplica las apariciones de su antecesor George W. Bush en buscadores, aparece en la *blogosfera* cinco veces más que los dos siguientes en la lista (George W. Bush y Nicolas Sarkozy) y ha generado más de 400.000 *posts* escritos por simpatizantes y voluntarios⁵¹; la red se convirtió en una vía directa para refutar con rotundidad los rumo-

⁵⁰ Esta base de datos es utilizada sólo para las llamadas telefónicas, no se empleaba en las visitas a las casas.

⁵¹ Datos recogidos por **Adolfo Corujo** y citados en el blog Dominio Público una entrada publicada el 25 de noviembre de 2008.

res y presentar de manera clara y personal los propios argumentos. En la financiación, con más de 700 millones de dólares recaudados de más de 4 millones de personas, se obtuvo el doble, en cantidad y en número de donantes, que lo conseguido cuatro años atrás por el presidente Bush. Y sobre todo, la movilización: el número de voluntarios alcanzó el 11% de los votantes de Obama según una encuesta postelectoral⁵², de los que dos millones se coordinaron a través de mybarackobama.com; se organizaron 35.000 grupos locales o temáticos de apoyo⁵³, relacionados por su cercanía geográfica, su trabajo, su raza o sus gustos y aficiones culturales; los voluntarios organizaron más de 200.000 eventos⁵⁴.

Semejante movilización produjo resultados de voto extraordinarios, según una encuesta postelectoral de Greensberg, Quinlan y Rosean: el 18% de los votantes recibieron la visita de un voluntario de Obama en su casa, por sólo un 5% que recibieron un voluntario de McCain; un 35% recibió llamadas del equipo de campaña de Obama, frente a un 27% que lo hizo de McCain⁵⁵. Y, lo que es más importante, un 41% de los que finalmente votaron por Obama fueron contactados por un amigo, un vecino o un compañero de trabajo para pedirles su voto por el candidato demócrata⁵⁶.

⁵² En el caso de McCain, el número de voluntarios según la misma encuesta fue del 4%. Post Election Survey conducted by Greenberg Quinlan Research for Democracy Corps and the Campaign for America's Futura entre 2000 votantes, Noviembre 4-5, 2008.

⁵³ Si tomamos estos grupos locales vemos cómo en Estados clave como Florida, Ohio o Carolina del Norte, Obama duplicaba o triplicaba a McCain en número de grupos: Florida 195/97, Ohio 246/76, Carolina del Norte 108/37.

⁵⁴ Según datos de Facebook y Upcoming, una vez más en los eventos organizados en Estados clave en un mes volvemos a ver cómo la desproporción es abismal, Ohio 167/4, Florida 101/2 y Carolina del Norte 55/0.

⁵⁵ Durante las últimas 72 horas, que según muchos analistas habían proporcionado la victoria a George W. Bush en 2000 y 2004, y en las que se deciden entre un 3% y 4% del voto, la campaña de Obama supo aprovechar su ventaja, y sus miembros organizaron más de 1.000 eventos en casas particulares para realizar llamadas telefónicas a votantes indecisos, alcanzando la escalofriante cifra de más de 3 millones de llamadas telefónicas individuales (un millón el mismo día de la elección) contactando un 12% más de votantes que la de McCain (35 vs. 23) y, lo que resulta más interesante, con una excelente selección: un 51% de los nuevos votos fueron contactados por la campaña de Obama en estos últimos días, frente a un 11% que fueron contactados por McCain en el mismo periodo. Y entre los votantes dudosos, uno de cada dos fue contactado por Obama frente a uno de cada tres de McCain.

⁵⁶ Sondeo postelectoral dirigido por **Greenberg Quinlan**, Research for Democracy Corps and the Campaign for America's Futura, entre 2000 votantes, Noviembre 4-5, 2008.

Aunque supera el ámbito de este trabajo, quizás lo que más impresiona de la campaña sean los frutos de la movilización, independientes de la campaña, pero desarrollados sin duda en el ámbito de su red social, que conformaría lo que podríamos denominar la campaña “paralela”. Esta campaña paralela, sin relación con la campaña oficial, cosechó grandes éxitos con acciones independientes que tuvieron más impacto que las acciones de la campaña misma. Vídeos como el de *Yes, we can* en el que el cantante Will.i.am, pone música a uno de los discursos más impactantes del candidato, recibió en Youtube más de 20 millones de visitas, y dio lugar a una serie de variaciones sobre el mismo tema, que tuvieron gran difusión⁵⁷. Como señala Gutiérrez-Rubí: “Los ciudadanos no esperan consignas para pedir el voto, organizar encuentros, conseguir fondos o iniciar campañas”.

REDES SOCIALES... PERSONALES, HUMANAS

Aunque el número de personas que se relacionaron con la campaña causa sensación, es preciso señalar que probablemente hubiera sido insuficiente si la campaña no hubiera obtenido un éxito aún mayor a la hora de involucrar a un gran número de ellos en la campaña y movilizarlos, facilitando sus actividades⁵⁸. Desde el comienzo la campaña fue capaz de establecer relaciones, lazos con quienes se iban acercando a ella invitados por sus amigos, o empujados por la creciente popularidad. Sin esta segunda parte difícilmente podríamos hablar de red social, una red humana formada por personas que se relacionan con personas, también en la vida “real”.

⁵⁷ Otros vídeos ajenos a la campaña con gran difusión en la red fueron el vídeo de la aparición de Obama en el programa de Ellen de Genere, la versión 2008 del famoso anuncio de Budweiser “wassup” y otras canciones como *We’re the ones*, también de Will.i.am. Según Tubemogul.com los vídeos relacionados con Obama recibieron 1.761 millones de visitas frente a los 1.000 millones recibidos por los vídeos de John McCain. Esto demuestra que los vídeos independientes superaron superaron, en cantidad y en visitas, los vídeos oficiales, una parte menor de la campaña. También hubo un amplio espacio para vídeos independientes de la campaña en español, dirigidos al votante latino, vídeos musicales en español con ritmo de “reggeaton”, ranchera “Viva Obama” o música pop, como el protagonizado por artistas latinos como Alejandro Sanz o Paulina Rubio: “Podemos con Obama”.

⁵⁸ La red estaba llena, hasta ese momento, de experiencias como la de Howard Dean o Ron Paul, exitosas en el volumen de la campaña o su capacidad de financiación, pero incapaces de convertir todos esos recursos en votos.

Por eso gran parte de la campaña iba precisamente dirigida a fortalecer esa relación, que se iniciaba habitualmente con un vínculo tan débil como una dirección de correo electrónico o un teléfono móvil. Desde ese momento la relación se iba fortaleciendo, con solicitudes cada vez más personales, la más insistente, la del código postal. Poco a poco se iba involucrando cada vez más a los receptores de los mensajes, tratando de dirigirlos a Mybo para tratar de conocerles mejor, sus preferencias y sus opiniones, convirtiendo a aquellos que lo deseaban en parte del equipo, y convirtiendo la campaña, al menos temporalmente, en parte de su día, en parte de su vida.

Para ser capaz de mantener su vinculación con la campaña, atendiendo a la investigación realizada por la Universidad de Harvard, que mostraba como el principal problema de organizaciones basadas en individuos “solitarios” su tremenda volatilidad, la campaña apostó por fomentar las relaciones personales, de la campaña con los interesados y de éstos entre sí. Los ingredientes eran el entusiasmo, la vinculación (*engagement*) y la actividad. La receta, canalizar el entusiasmo hacia la vinculación y convertir la vinculación en actividad. Una vez logrados los tres objetivos, se formaba un círculo virtuoso que no paraba de retroalimentarse, y a la vista de los resultados podemos decir que el modelo ha funcionado.

El entusiasmo provenía de la historia y el carácter del candidato, pero también de la forma elegida para contarlo. Desde el inicio la campaña hizo suyo el principio según el cual en un momento en el que el conocimiento está rompiendo todas las barreras nos encontramos inmersos en la sociedad de la atracción. Todo el material producido por la campaña iba más allá de la información, buscaba inspirar, convencer a la gente, apelando “a la parte derecha del cerebro”⁵⁹, separándose radicalmente de las últimas campañas demócratas centradas en vender

⁵⁹ Según la teoría que atribuye a cada hemisferio del cerebro funcionalidades distintas, siendo la parte derecha la responsable de habilidades como el lenguaje simbólico, el sentido musical, el sentido del humor, el sentido religioso, el diseño, la empatía, y el juego. Habilidades predominantes en las nuevas generaciones. **Pink, Daniel H.** *A Whole New Mind: Why Right-Brainers Will Rule the Future.* The Berkeley Publishing Group. New York, 2005.

conceptos y políticas”⁶⁰. El discurso de la campaña se construía en función de los valores, apelando a las motivaciones más nobles, inspirando emocionalmente, una constante de todos los discursos de Obama; no en vano la propia red social, emulando a un sistema operativo, se presentaba a sí misma como “impulsada por la esperanza”⁶¹. La campaña ha conseguido hacer pensar con imágenes, y emocionar con ideas, manejando con maestría las emociones en el mundo *online*, explotando el poder de las imágenes, de la música y sobre todo de la palabra⁶², materia prima de toda una campaña que algunos han definido como una inmensa conversación⁶³. La narrativa, las historias personales del candidato y de los miembros de su campaña, se ha convertido en un elemento clave a la hora de motivar a los voluntarios y reclutar a otros nuevos para la organización.

La vinculación se ha conseguido a través del uso de las normas básicas que rigen las relaciones personales: cariño, atención personalizada, respeto, contacto, exigencia y reconocimiento.

Para mantener la vinculación de los ciudadanos, la campaña decidió adoptar un carácter personal; todos los mensajes tenían un emisor claramente identificado –el mismo Obama, Michelle su mujer, los directores de campaña (David Axelrod y David Plouffe) o incluso Hillary Clinton– y un tono personal. En ocasiones la campaña cedía el protagonismo de esta relación a otros voluntarios cercanos al destinatario, habitualmente vecinos o miembros de la campaña que trabajaban en su zona, lo que otorgaba mayor solidez a la relación⁶⁴.

⁶⁰ Wired.com “Obama’s Secret Weapons: internet, Databases and Psychology”, by **Sarah Lai Stirland**, October 29, 2008.

⁶¹ En acertada comparación advertida por **Juan Varela** el 27/08/2008.

⁶² Un tratamiento más en profundidad de este tema puede encontrarse en **Rubio, Rafael**. “La nueva comunicación política: lenguaje, *blogs*, *videoblogs* y comunidades sociales”. *Cuadernos de Pensamiento Político*, Julio/septiembre 2007. Páginas 193-212.

⁶³ **Andrew Rasiej**, en el Forum Youth Movements, diciembre 2008.

⁶⁴ Una recopilación de todos los correos electrónicos enviados por la campaña puede encontrarse en campaignemails.blogspot.com

La atención personalizada es otro de los elementos clave para mantener la motivación de la red social, la relación de los voluntarios con la campaña era una relación que se mantenía en diversos planos, el correo electrónico, la propia plataforma Mybo, mensajes de texto e incluso llamadas telefónicas. Los mensajes eran personales, en su tono, en el lenguaje, no intrusivos, deseados, útiles, llegaban en momentos interesantes y todos suponían una llamada a la acción⁶⁵. La comunicación se trataba de realizar de la manera más agradable para el receptor, llamadas en español para hispanos, de mujeres a otras mujeres, etc. Una segmentada y profesionalizada actuación por *targets* y sensibilidades que refuerza el sentimiento comunitario de la campaña. Y que provocaba que, gracias a la gestión abierta de la base de datos, la campaña de Obama pudiera enviar mensajes prácticamente personalizados a cada uno⁶⁶. El teléfono móvil fue de tremenda utilidad para esta relación personalizada, permitiendo enviar a través de mensaje de texto información de interés, como el último día para votar por correo, el horario de votación en el Estado de cada uno o un número de teléfono de información de la campaña para conocer el local de votación más próximo.

Ningún mensaje enviado a la campaña, en cualquiera de sus plataformas, quedaba sin responder, y todos los miembros de la campaña buscaban un momento en el día para comunicarse de manera personal con algún grupo de voluntarios, a distintos niveles⁶⁷.

El respeto y la atención son otros de los principios que han regido la relación de la campaña con sus voluntarios, un respeto que se manifestaba en la solicitud de datos personales, en los requerimientos de donaciones o en las propuestas de actividades. La bidireccionalidad de la relación y la solicitud constante de colaboración se convirtieron en la tónica habitual de la campaña tras un encontronazo inicial, cuando la campaña trató de con-

⁶⁵ Todos los mensajes de texto de la campaña están disponibles en www.mobilemarketer.com

⁶⁶ Así lo señalaba el director de la campaña *online*, **Joe Rospars**, preguntado por la personalización de los mensajes. Otros estudios se refieren a 7.000 versiones diferentes del mismo mensaje.

⁶⁷ Como ejemplo sirva la "conference call" que Barack Obama mantuvo dos días antes de la celebración de las elecciones con algunos líderes hispanos que estaban trabajando en la movilización del voto latino.

trolar una página de apoyo al candidato organizada en Myspace por un voluntario. Desde entonces la campaña asumió el protagonismo ciudadano con todas sus consecuencias, consciente de que los ciudadanos quieren crear y distribuir ellos mismos mensajes de cuño político, apoyar a candidatos y divulgar esos mensajes de la forma que crean más interesante. Por eso los usuarios de Mybo gozaban de bastante libertad en el uso de la herramienta, en un complicado equilibrio entre el tradicional control jerárquico de las campañas políticas y la total anarquía.

La campaña iba procurando la relación entre sus miembros, en Internet, a través de grupos basados en la proximidad geográfica y las afinidades, y en el mundo "real" a través de la organización de eventos, todos ellos articulados en torno a un objeto social, el cambio, personificado por Barack Obama. Mybo les ofrecía distintas herramientas para unir a los voluntarios, y a éstos con potenciales votantes, permitiéndoles organizarse, difundir información, o albergar o asistir a eventos. Allí la vinculación se transformaba en actividad, los más de 200.000 eventos organizados por la campaña, además de consolidar las relaciones entre sus miembros se convertían en una herramienta de promoción del candidato y su mensaje: reuniones por barrios, *watch parties* propuestas por la campaña para ver los discursos de la Convención, los debates o seguir la noche electoral, y que organizaban los propios voluntarios, simpatizantes y sus amigos que se reunían en grupos de entre 5 y 20 personas en casas, muchas veces de desconocidos, y según un guión previamente preparado en el que dedicaban un tiempo a conocerse y a trabajar en apoyo del candidato, recorriendo las calles para repartir publicidad, poniendo carteles o realizando llamadas en la sede de la campaña. Todas estas acciones concretas, celebradas en el mundo "real", han servido para que los voluntarios individuales (llaneros solitarios) pudieran sentirse parte de un equipo, casi de una familia, compartiendo sus inquietudes y los frutos de su trabajo, sentirse protagonistas de un proyecto que merecía la pena.

Otro de los elementos que ha servido para mantener en marcha la campaña ha sido la exigencia y el seguimiento constante de las actividades de los voluntarios. En ningún momento faltaban actividades que realizar, actividades al alcance de cada uno, adaptadas al perfil de cada

voluntario, a sus circunstancias, a las necesidades de cada momento. No había labor pequeña, todas y todos estaban contribuyendo al objetivo final, la campaña se limitaba a ponérselo fácil a través de aplicaciones para el ordenador o el teléfono móvil, que permitían obtener en el propio dispositivo los recorridos más cercanos o la lista de llamadas más necesarias, a seguir la actividad de cada uno para poder aprovechar al máximo sus habilidades, a coordinar el trabajo de todos y a fomentar la cooperación y la sana competencia entre todos ellos, estableciendo metas y compartiendo los éxitos de los voluntarios. De ahí que la campaña centrara sus esfuerzos en ofrecer herramientas a todas estas personas para que pudieran realizar esta labor de la mejor manera posible. Todas las aplicaciones tecnológicas de la campaña de Obama estaban pensadas para maximizar el trabajo de los voluntarios, sin dejar ni un solo día de ofrecer tareas concretas que podían llevarse a cabo en cualquier momento.

Con este fin la campaña ponía a disposición de todo el mundo material abundante: folletos comparativos de las políticas de ambos candidatos en temas específicos, el texto de los discursos del candidato, una inmensa colección de vídeos –la mayor parte de ellos generados por los propios activistas–, argumentarios con respuestas inmediatas ante situaciones de emergencia que se difundían por la red antes de que llegara la información a través de los medios de comunicación...

Además, cualquier labor, por pequeña que fuera, tenía su reconocimiento, un reconocimiento emocional en clave de protagonismo, que Barack Obama convirtió en uno de los ejes de su discurso, “esta campaña no es sobre mí, es sobre vosotros”⁶⁸.

Para ser capaz de mantener esta relación personal con todos los miembros de la red social y no generar decepción, era necesario, además de una completísima base de datos, de la que ya hemos hablado y una tec-

⁶⁸ “What the nay-sayers don’t understand is that this election has never been about me. It’s been about you.” The American promise. Discurso de aceptación de su nominación como candidato del Partido Demócrata, Denver 28 de agosto de 2008. (obamaspeeches.com)

nología adecuada⁶⁹, un amplio equipo humano. El equipo encargado de la gestión de la red social era un equipo formado por cientos de profesionales y miles de voluntarios, liderados por Joe Rospars, veterano de la campaña de Howard Dean, y Chris Hughes, cofundador de Facebook. Cualquier equipo de voluntarios contaba con la coordinación de un profesional, y la propia campaña se encargó de ofrecer formación a todos ellos, seleccionando a los voluntarios más activos, hasta 23.000, ofreciéndoles un programa de formación de un fin de semana (*Camp Obama*)⁷⁰ y, en ocasiones, contratándolos a continuación como profesionales.

De esta manera, conjugando la ilusión, la vinculación y la acción, gracias a la conjunción de la tecnología y el ingenio humano, la campaña logró contar con un grupo amplísimo, más de 2 millones de colaboradores motivados, una fuerza llena de energía y vitalidad, casi autónoma y repleta de creatividad, algo que ninguna otra campaña hubiera podido conseguir por falta de tiempo, dinero, *staff* o todo lo anterior a la vez.

EL FUTURO DE LA POLÍTICA ONLINE

Tras la victoria de Barack Obama son muchos los que han comenzado a proclamar la hegemonía del Partido Demócrata, la construcción de una nueva mayoría⁷¹ que ha sido capaz de derrotar electoralmente a la mayoría republicana, que hace menos de cuatro años parecía dominar la cabeza y el corazón de una gran parte de la población americana⁷², y que dominará la

⁶⁹ La tecnología de la campaña fue desarrollada por Blue State Digital, empresa formada por algunos de los antiguos componentes del equipo *online* de Howard Dean.

⁷⁰ La formación se ofrecía a voluntarios que habían demostrado su compromiso (*top volunteers*). Se les ofrecía formación para ejercer distintos papeles en la organización como contratados de la campaña: coordinador de equipo, coordinador de datos, coordinador de voluntarios, coordinador del registro de votantes, coordinador del contacto con los votantes y coordinador de reuniones en las casas. Cada uno de estos puestos tenían unas funciones claramente definidas en un manual de entrenamiento de 86 páginas que incluía también aspectos generales sobre cómo construir relaciones, la importancia de las historias personales, la organización de una fiesta en casa, o un *script* para reclutar voluntarios.

⁷¹ **Winograd, Morley; Hais, Michael D.** *Millennial Makeover*. Rutgers University Press, New Jersey, 2008.

⁷² **Marco, José María.** *La nueva revolución americana*. Ciudadela, Madrid, 2007; **Norquist, Grover G.** *Leave us alone*. Morrow, New York, 2008.

política norteamericana al menos durante los próximos cuarenta años. No es éste el lugar para analizar hasta qué punto Barack Obama ha formado una nueva coalición en la que grupos como los jóvenes, los afroamericanos o los latinos han llegado al Partido Demócrata para no marcharse, lo que nos interesa es ver hasta qué punto esta coalición tiene carácter meramente electoral o puede convertirse en la base social del Gobierno. Quizás el tema más trascendente de todo lo que hemos visto hasta aquí sea ver hasta qué punto un movimiento electoral de esta fuerza tiene oportunidades de consolidarse como movimiento político, hasta qué punto se puede mantener su impulso, su motivación y sus métodos desde la Casa Blanca.

No hay duda de que si logra conservar la red social generada durante la campaña, en una plataforma que bien podría ser *mywhitehouse.gov*, Barack Obama se convertirá sin duda en el presidente de los EEUU más conectado con la ciudadanía y, por eso, más poderoso de la historia. Algo similar a lo logrado por F. D. Roosevelt gracias a la radio o por el mismo JFK con la televisión, sólo que ahora Obama es aún más poderoso. Por primera vez un presidente de los Estados Unidos contará con una relación personal con millones de ciudadanos localizados geográficamente, algo esencial para empujar su agenda frente al Senado y la Cámara de Representantes. Como señalaba Joe Trippi, “no me gustaría ser un congresista oponiéndome a la agenda del presidente”⁷³.

Es tal la importancia que el equipo de Obama concede a este punto que al día siguiente de ganar las elecciones se iniciaba el camino de la conversión de su plataforma electoral en una plataforma de gobierno, con el fichaje para la Casa Blanca de dos expertos en la web 2.0, Macon Phillips y Jesse Lee. Mientras, seguían cultivando la relación con y entre su base social, proponiendo nuevos eventos para mantener viva la llama hasta la toma de posesión⁷⁴.

⁷³ Joe Trippi, en conversación con el autor en la sede del NDN.

⁷⁴ De la derrota también se aprende, y en una muestra evidente de hacia dónde va el futuro de la política el Partido Republicano lanzaba su nueva red social, una verdadera red social, antes de que hubiera transcurrido una semana desde la celebración de las elecciones.

Desde su nueva plataforma, la “oficina del presidente electo” (*change.gov*), donde están alentando a registrarse a todos los usuarios de Mybo, animan a los visitantes a compartir sus ideas sobre el futuro de Estados Unidos. El equipo de transición ha comenzado ya un programa experimental para probar sistemas que trasladen al Gobierno los métodos utilizados durante la campaña, empleando como modelo la reforma de la sanidad. Con el objeto de involucrar a los americanos en el proceso de decisión de una de las reformas más controvertidas que deberá abordar Barack Obama, la web de transición ha recibido ya miles de comentarios sobre el tema y además está preparando un apartado especial en el que se encontrarán una serie de vídeos, *blogs* especializados, foros de discusión y un servicio de alertas a través de correos electrónicos. El primer vídeo, de 63 segundos de duración, era una introducción al asunto realizada por dos asesores de Obama en el tema sanitario y lanzaba una pregunta –“¿Qué es lo que más te preocupa sobre el sistema sanitario en nuestro país?”– que ya ha producido 3.700 respuestas de personas con perfiles diferentes, que pueden entablar una conversación entre sí e incluso puntuar las distintas respuestas. Con estas respuestas el propio programa genera una nube de etiquetas con las palabras más utilizadas que de momento son “seguro”, “sistema”, “gente” y “necesidades”. El segundo vídeo estaba protagonizado por Tom Daschle, ex senador elegido por Barack Obama para esta cartera, contando en tono coloquial, en mangas de camisa, los puntos esenciales de su proyecto y solicitando la colaboración ciudadana. Algo que el propio ex senador promovió organizando una *conference call* con 1.000 personas seleccionadas entre más de 10.000 que habían manifestado interés en temas relacionados con la sanidad.

El problema es convertir toda esta conversación en acciones de gobierno, decisiones complejas llenas de matices y en ocasiones impopulares que, sin duda, generarán una legión de descontentos. La amplitud de la agenda y la dificultad de mantener la interlocución con un número indefinido de personas que pretenderán participar, también se convertirán en obstáculos difíciles de superar. Sobre todo en tiempos de crisis, esta relación puede convertirse en un mercado de opiniones, pasto de los grupos de interés, en detrimento de la verdad. Además, el carácter amplio de

todo Gobierno, obligado a tomar decisiones en una multitud de temas diversos, hará mucho más difícil trasladar la vinculación, la ilusión, y el sentido de pertenencia a la campaña hacia el equipo de gobierno. Hasta ahora Internet ha demostrado su poder y Obama ha sido capaz de controlarlo, pero es tan difícil saber si en el futuro podría convertirse en un enemigo como si podrá servir para mejorar la calidad de la democracia. El tiempo lo dirá.

LEER ANTES DE COPIAR

Empezábamos este artículo hablando de revoluciones y preguntándonos si podíamos hablar realmente de las primeras elecciones de Internet, si el protagonismo ha correspondido a la televisión o a las acciones coordinadas a través de las nuevas tecnologías de millones de personas involucradas en la campaña. Tras nuestro análisis podríamos decretar el empate y declarar ésta como la campaña de la transición, una campaña en que las nuevas tecnologías han marcado realmente la diferencia aunque, de momento, seamos incapaces de determinar el resultado. Si en 1992 el secreto electoral se encontraba en una hoja de papel que James Carville colgó en el tablón del cuartel general de Bill Clinton en Arkansas –“Es la economía, estúpido”– esta vez ha sido Joe Trippi el que nos ha desvelado el secreto: “Estúpido, es la red”⁷⁵.

De momento, la campaña nos deja una serie de lecciones imprescindibles para cualquiera que se atreva a intentar replicar el modelo⁷⁶. Internet ha dejado de ser un lugar donde miles de *freakies* de la política trataban de hacerse oír para convertirse en la puerta principal del acceso de millones de norteamericanos a la política, con acciones como la donación de

⁷⁵ Joe Trippi, en conversación con el autor en la sede del NDN.

⁷⁶ Esto supone también un cambio en la figura del consultor político. Si tras las elecciones del año 52 el consultor político se convirtió en alguien experto en la imagen, el nuevo profesional de la comunicación política deberá ser alguien capaz de entender las nuevas tecnologías y su potencial político, alguien capaz de movilizar a la ciudadanía y de integrar en la misma campaña la actividad de los profesionales con la de los voluntarios.

dinero o dedicar parte de su tiempo a conseguir apoyos para el candidato. Internet no es solamente un nuevo canal de comunicación, es una forma de comunicación distinta que requiere no sólo de las herramientas técnicas adecuadas sino que necesita ciertas disposiciones tanto en el emisor como en el receptor, sin las cuales el mejor canal es incapaz de producir la comunicación. La clave no son las herramientas sino el mensaje y su audiencia. La red social nace del propio concepto de la comunicación, más que de la programación y la tecnología. Se trata de simplificarlo todo. Las redes organizan a la gente *online* y propician el intercambio de opiniones. Cualquiera puede encontrar gente con algo en común, formar un grupo y empezar a actuar.

La materia prima de las redes sociales son las relaciones humanas, y responden a las complicadas reglas de las relaciones humanas, mucho más complicadas que las instrucciones de uso de cualquier *software*. Quizás la más importante es que las redes sociales no se pueden construir de la nada, ni siquiera con carisma y dinero. No se trata de construir herramientas tecnológicas sino de ser capaz de construir comunidad, un grupo de personas en el que su implicación es más importante que el número, y eso depende, sobre todo, de la disposición: apertura al otro y atención, voluntad de escuchar. Por su condición humana, social, y por su sustrato conversacional son fruto de una expansión progresiva más que de una explosión momentánea y requieren tiempo y dedicación.

Sus resultados no se pueden medir con las complejas herramientas de medición *online*, sino que pasan por la posibilidad de involucrar a la gente en la vida política, la creación de un ejército de “apóstoles” coordinados y convencidos, dispuestos a dedicar tiempo a favor de las ideas que les unen. Protagonistas de la campaña, que transmiten su entusiasmo entre su círculo cercano con tremendas dosis de confianza y, consiguientemente, de eficacia⁷⁷. Con este fin habrá que facilitar a los voluntarios el conocerse y trabajar juntos, en torno a grupos formados en función de coordenadas

⁷⁷ Según la encuesta electoral de Democracy Corps el 40% de los votantes de Obama recibieron información sobre el candidato a través de un familiar, un vecino o un compañero de trabajo (ése es el resultado de las redes sociales en estado puro).

geográficas y personales, habrá que proporcionarles material para su conversación y la formación necesaria para desempeñar con mayor eficacia su labor.

Quien sea capaz de consolidar una red social de estas características, más allá de la popularidad momentánea que pueda suponer, podrá dirigir su mensaje, que llegará de manera directa a los miembros de la red; obtendrá una capacidad de reacción instantánea, tremendamente útil en distintos momentos críticos de la campaña, y logrará una base social formada y movilizada capaz de llevar sus ideas mucho más allá del día de las elecciones. Quien lo consiga no sólo tendrá mucho más fácil la obtención del poder sino que habrá comenzado a cambiar ya la naturaleza de la política moderna.

BIBLIOGRAFÍA

Armstrong, Jerome y Moulitsas, Markos

Crashing the Gate. Chelsea Green, Vermont, 2006.

Feld, Lowell y Wilcox, Nate

Netroots rising, Praeger, Westport, 2008.

Graff, Garrett M.

The First Campaign. Globalization, the Web and the Race for the White House. Farrar, Straus and Giroux, New York, 2007

Jamieson, Kathleen Hall

Packaging the Presidency. A History of Presidential Campaign Advertising. 3 edition. Oxford University Press, 1996.

Jové, Matías y Rubio, Rafael

"Una nueva revolución electoral". *Cuadernos de pensamiento político*, nº. 9, 2006.

Marco, José María

La nueva revolución americana. Ciudadela, Madrid, 2007.

McAuliffe, Terry

What a party!! Thomas Dunne Books, New York, 2007.

Moulitsas, Markos

Taking on the system. Rules for radical Change in a digital Era, Celebra, New York, 2008.

Norquist, Grover G.

Leave us alone. Morrow, New York, 2008.

Rubio, Rafael

“La nueva comunicación política: lenguaje, *blogs*, *videoblogs* y comunidades sociales”.
Cuadernos de Pensamiento Político, nº. 15, 2007.

Shirky, Clay

Here comes Everybody. The Power of organizing without Organization.
The Penguin Press. New Jersey, 2008.

Trippi, Joe

The Revolution will not be televised. Democracy, the Internet, and the Overthrow of Everything.
HarperCollins, New York, 2004.

Winograd, Morley y Hais, Michael D.

Millennial Makeover.
Rutgers University Press, New Jersey, 2008.

EL ISLAM MODERADO: ¿UNA LITERATURA DE FICCIÓN?

La propuesta de diálogo, aproximación, o al menos coexistencia, entre religiones es, quizás, tan vieja como la Humanidad. La precisión de armonizar unas y otras cosmogonías y sistemas de valores, también, aunque proceda de un interés concreto digno de aplauso –la supervivencia en paz de las respectivas comunidades– una vez abandonado el intento, cuando lo hubo, de convertir y absorber al Otro. Los panteones de la Antigüedad se fueron ampliando a medida que surgían nuevos dioses, impulsados por nuevas ideas o necesidades, por contacto o choque con pueblos vencidos o recién llegados. En la América prehispánica sucedió algo similar.

Por lo que a nosotros respecta, en Europa occidental, debemos recordar que la irrupción del Islam provocó una conmoción de la que, muy lentamente, la sociedad europea neolatina se fue recuperando a lo largo de siglos, en paralelo al avance de la Reconquista hispana, el reequilibrio en el Mediterráneo, las Cruzadas y, finalmente, la penetración comercial en el norte de África de diversas potencias ibéricas o italianas, todavía en la Baja Edad Media.

Pero todo ese proceso de reasunción del poder económico, cultural e ideológico en el *Mare Nostrum* se vio truncado por la toma de Constanti-

Serafín Fanjul es catedrático de Literatura Árabe, Universidad Autónoma de Madrid.

nopla por los turcos otomanos en 1453. El Islam, frenado y en fuga desde el siglo XI, volvía a ser el peligro anterior. Fruto de aquel estado de ánimo, de la excitación consiguiente, es la obra de Juan de Segovia (*De mittendo gladio Divini Spiritus in corda Sarracenorum*) en la que propone seguir una vía de acercamiento pacífico –y hasta pacifista– a los musulmanes (aprendizaje del árabe, estudio del Corán, cotejo y discusión de pasajes bíblicos y coránicos, etc.) con el objetivo manifiesto de terminar convirtiéndolos al Cristianismo, pero sin renunciar al intercambio de ideas, el respeto mutuo y la profundización en el conocimiento recíproco, entiéndase el diálogo y el tanteo, que dirían hoy algunos. El ejemplo de fray Anselmo de Turmeda, converso en Túnez al Islam siglos antes y transmutado en furibundo anticristiano –o de otros semejantes– no pareció arredrar a Segovia. El clamoroso fracaso de la evangelización pacífica emprendida por fray Hernando de Talavera en la Granada recién reconquistada, unas décadas más tarde, sólo vino a abonar y dejar dramáticamente al aire la endeblez de esta clase de embelecados. Aunque, todo hay que decirlo, no se buscaba la convivencia (objetivo exótico en el tiempo) sino la conversión final de los infieles.

Desde entonces –desde aquellas fallidas aproximaciones buenistas– se han sucedido diversos intentos de diálogo, sobre todo en países o ciudades cuya historia constituye un permanente lugar común de “cruce de culturas”, “mestizaje de civilizaciones”, o “convivencia (por supuesto, gozosa y fructífera) de religiones”. Roma, Tierra Santa o algunas capitales provinciales de España han sido los escenarios de tales gestos retóricos, invariablemente sin resultado alguno. El último, del 4 al 6 de noviembre de 2008, patrocinado por el Papa Benedicto XVI, que cumple de tal guisa con su obligación de procurar la paz y el entendimiento en el seno de la Humanidad, aunque tampoco haya avanzado un milímetro. No obstante, nuestro propósito en estas páginas no es tanto analizar y discutir la utilidad de tales esfuerzos –especialmente desarrollados por la Iglesia Católica– como abordar la actitud de los interlocutores que se buscan en el otro lado, de quienes –desde luego– podremos dudar en cuanto a su sinceridad e intenciones, pero no en lo referente a su representatividad: ellos sí son un fiel exponente de la mentalidad e ideología de base que, sin ser violentas, por ahora, o participar en las acciones terroristas, las hacen posibles, como caldo de cultivo y punto de partida de los asesinos.

Debemos resaltar que la iniciativa del Papa –como sucedía a Juan de Segovia– es consecuencia de la perplejidad y marasmo de la democracia y las sociedades occidentales, que no saben cómo reaccionar ante los sucesivos mazazos terroristas islámicos desde 2001, y ni siquiera interpretarlos. Con todo el trasfondo de confrontación y odio que destapan, arrumbando por ilusorias cuantas cogitaciones surgieron en paralelo al fin de la Guerra Fría y de la consiguiente *Pax Americana*. Pero los poderes públicos de Occidente quieren recetas mágicas, pacíficas, bondadosas y sin coste alguno en la política interior de las naciones, algo que permita soslayar los únicos métodos conocidos hasta la fecha para defenderse de enemigos exteriores. Decir que esa mercancía no existe tiene mala prensa, porque los altos responsables huyen de compromisos y complicaciones y de asumir la crudeza de la situación en su totalidad. Hoy como ayer, el enfrentamiento induce a buscar un acuerdo pacífico para la mera coexistencia, abandonada ya la idea de cristianizar a los musulmanes, al menos por parte de la Iglesia Católica. Y mientras unos musulmanes acuden a Roma con su habitual repertorio de declaraciones grandiosas o victimistas bajo el brazo, en el último año hemos asistido a la campaña contra Robert Redeker, a raíz del artículo en que ponía en guardia contra el islamismo y su nula intención de integrarse; una oleada de intoxicación con amenazas de muerte para el perseguido, bien resumida y dirigida por *L'Humanité*: “Robert Redeker, ex profesor de una Francia propia de la época de Luis Felipe y sin duda nostálgico de un Tercer Estado antirrepublicano (...) como en los mejores momentos del catecismo petainista, los perros de la reacción andan sueltos”, condena insultante bien acompañada por una catarata de llamamientos a asesinarle en las páginas web islamistas, un camino ya conocido, por el que –a la fuerza– han hecho transitar a Magdi ‘Allam, Ayaan Hirsi o, antaño, a Salman Rushdie.

La agresividad mostrada por los musulmanes en los últimos diez años es consecuencia directa de los amplísimos vacíos dejados por el fin de la expansión occidental, lo que Huntington, recientemente fallecido, sintetiza bien: “...el Islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder”. Occidente creía en la universalidad de su cultura, pero el fortalecimiento de los otros les induce a pregonar cada vez más sus valores,

instituciones y formas de vida, olvidados ya de los tiempos en que, por su propia debilidad, se acogían y servían de conceptos occidentales como liberalismo, democracia, autodeterminación... A medida que se fortalecen, los niegan y niegan la universalidad de los valores occidentales, bien auxiliados –eso sí– por europeos y norteamericanos gozosos en la autoflagelación, por complejos o por cálculo, que de todo hay.

En estos instantes, uno de los tópicos más repetidos entre periodistas, políticos, juristas e *intelectuales* en general bascula sobre las “grandes diferencias” existentes entre unos y otros musulmanes, ya sea en la simple proyección de la Geografía (Indonesia y Marruecos *deben* ser países muy distintos) o en la valoración de los diferentes grados de agresividad, proselitismo militante y hasta violencia de los activistas islámicos que operan en nuestros países. Suena lógico. No obstante –experiencia realizada por este autor en numerosas ocasiones–, muy pocas personas saben aclarar en qué consisten las diferencias entre unos y otros musulmanes, ni *grosso modo*. El señuelo de formas más suaves sirve eficazmente para descuidar la absoluta coincidencia de objetivos de unos y otros: la islamización total del Planeta y la venganza histórica por los agravios recibidos de nuestra parte, según ellos, mediante el arrasamiento de todas las culturas preexistentes, tal como han hecho en los países donde el Islam se convirtió en confesión hegemónica.

Con todo, es innegable la existencia en Europa y EE.UU. de musulmanes de origen que no han roto amarras con el Islam y que intentan articular unas normas prácticas de convivencia con las sociedades de acogida, teorizando en algunos casos y tratando siempre de armonizar el agua y el aceite. Es difícil medir cuál es el grado de compromiso y sincera creencia islámica que mantienen estas personas, o su lealtad para con sus nuevos países. También hay otros –escasísimos– abiertamente críticos con su religión y sociedad de origen y cuya efectividad es muy reducida, primero por vivir en el extranjero y, segundo, porque sus opiniones están condenadas de antemano al haberse salido, más por las malas que por las buenas, de la *umma*. Tal vez el tipo más frecuente es el del musulmán *moderado* –del cual hay nutrida nómina en toda Europa, pero de manera especial en Francia y el Reino Unido– que vivaquea a cuerpo de rey por universidades, Go-

biernos locales, editoriales e instituciones varias recitando letanías victimistas entreveradas con llamadas retóricas a la paz, la hermandad y la tolerancia.

Sin duda, Bassa Tibi es el mejor representante y teorizador de la línea integracionista de los inmigrantes, como él mismo la denomina, para distinguirla de la asimilación total. Obviamente, rechaza tanto los intentos xenófobos de aislar a los recién venidos mediante la “acentuación de las diferencias para mantener a los extraños lejos de Europa”, como el relativismo tragasables de los multiculturalistas, dispuestos a aceptar cualquier diferencia por mucho que rechinen el Estado de derecho, la igualdad básica de los seres humanos y la imprescindible libertad de una sociedad civilizada, facilitando en la práctica la constitución de guetos y la separación, bien que voluntaria, de los musulmanes. Por caminos opuestos se alcanza un mismo resultado. A Tibi no se le escapa que “aunque en absoluto multiculturalistas, los islamistas que viven entre los inmigrantes de Europa muestran una simpatía mayor por esas posiciones que por la integración democrática. La razón es bien sencilla, han comprendido perfectamente que pueden instrumentalizarlas para sus fines fundamentalistas. Así, confunden deliberadamente la asimilación y la integración política, con el objetivo de impedir esta última”.

Es decir, el fundamentalismo islámico hará cuanto pueda para ahondar el abismo e impedir la integración, pues en ese aislamiento no tendrán rival en el control y manejo de las comunidades inmigradas, aunque esas actitudes generen un rechazo progresivamente más fuerte entre la población mayoritaria, en especial si los Gobiernos europeos conceden privilegios inadmisibles de cara a nuestros ordenamientos jurídicos y hábitos culturales, tal la autorización legal o encubierta de la poligamia, la permisividad con la ablación o diversas formas de discriminación positiva en terrenos económicos escabrosísimos para las capas bajas de la sociedad europea (bonificaciones, exenciones, adjudicaciones de viviendas, becas, atención sanitaria, etc.). Los islamistas buscan y aprovechan la acentuación de las contradicciones tratando de provocar el mayor desagrado posible en la población europea –aunque, por supuesto, aseguran querer lo contrario–, por ejemplo en la exhibición de símbolos y signos externos que choquen a los

hábitos corrientes, a fin de agrandar el abismo entre unos y otros. Más abajo veremos algún caso notable.

Tibi, consciente del doble rasero que utilizan los musulmanes al entablar el famoso diálogo con los occidentales, recuerda cómo el imán de Jericó, en uno de tantos *encuentros* islamo-cristianos en Córdoba (1998) definía a la perfección el panorama: “Me hallo en conflicto conmigo mismo. Cuando ustedes hablan de diálogo quieren decir intercambio intelectual; para mí *hizwar* (diálogo) es sinónimo de *da ‘wa* (exhorto a la islamización)”. En definitiva, Tibi pretende un diálogo sincero en que se busquen los puntos comunes positivos para fundamentar una cultura cívica, pero sin pasar por alto los puntos de desacuerdo y sin incurrir en forma alguna de proselitismo al estilo del susodicho imán.

Muy otro es el caso de la también siria Wafá Sultán, refugiada en Estados Unidos. Psicóloga que ha denunciado por igual al régimen tiránico de la familia Asad y a los Hermanos Musulmanes, sus antagonistas. Para ella, el choque es entre civilización y barbarie, entre lo primitivo y la racionalidad: “El choque que contemplamos en todo el mundo, no es un choque de religiones, o de civilizaciones. Es un choque entre dos polos opuestos, entre dos eras, entre una mentalidad que pertenece a la Edad Media y otra que pertenece al siglo XXI. Es un choque entre la civilización y el retroceso, entre la barbarie y la racionalidad. Es un choque entre la libertad y la opresión, entre la democracia y la dictadura. Entre los derechos humanos y la violación de estos derechos, entre aquellos que tratan a las mujeres como a bestias y aquellos que las tratan como a seres humanos. (...) Los musulmanes fueron quienes empezaron el choque de civilizaciones. El Profeta del Islam dijo: ‘Se me ha ordenado combatir contra las gentes hasta que crean en Alá y Su Mensajero’. Cuando los musulmanes dividieron a la gente entre musulmanes y no musulmanes y llamaron a luchar contra los demás hasta que éstos creyesen en lo que creían ellos, ellos empezaron este choque. Para detener este choque deben reexaminar su bibliografía islámica, que está repleta de alusiones al *takfir* y a combatir a los infieles”.

Wafá Sultán aúna sinceridad, lucidez y valor de modo muy inusual entre árabes y se pronuncia por la aconfesionalidad, respeto para todas

las creencias, defensa de los derechos individuales, sentido de reciprocidad con los demás seres humanos y fuerte carga autocrítica, abandonando el victimismo y preguntándose por sus deberes –y los de su cultura y sociedad de origen– para con el resto de las gentes. Con árabes y musulmanes así es fácil entenderse y con ellos huelgan las actitudes defensivas. El problema, no baladí, es que ella, como Tibi, hubieron de expatriarse para continuar con vida, con lo cual su mensaje y capacidad de influencia menguan de modo dramático.

Y no otro es el caso de los escritores, musulmanes de origen pero no árabes, firmantes de un manifiesto, a raíz del incidente de las caricaturas de Mahoma, en protesta contra el entreguismo y cobardía de los Gobiernos europeos: “Rechazamos el *relativismo cultural*, que consiste en aceptar que los hombres y mujeres de cultura musulmana deben ser privados del derecho a la igualdad, la libertad y los valores seculares en el nombre del respeto por culturas y tradiciones. Rechazamos renunciar a nuestro espíritu crítico por miedo a ser acusados de ‘islamofobia’, un concepto desafortunado que confunde la crítica del Islam como religión con la estigmatización de sus creyentes”. Y firman Ayaan Hirsi Ali, somalí exiliada en EE.UU.; Chahlia Chafiq, escritora iraní exiliada en Francia; Irshad Manji, periodista refugiada en Canadá; Mehdí Mozaffari, profesor iraní exiliado en Dinamarca; Taslima Nasreen, de Bangladesh, perseguida por apostasía; Salmán Rushdie; Ibn Warraq, autor de *Por qué no soy musulmán*.

Un ejemplo intermedio, más moderado (sin comillas ni apostilla ninguna) es el de la tunecina Kalthoum Meziou que en *El Islam plural* hace un análisis y crítica demoledora del derecho de familia islámico, resaltando sus arcaicos aspectos patriarcales, su carácter fosilizado y la desigualdad innegable que en detrimento de la mujer sacraliza. Con gran clarividencia describe la situación: “A finales del siglo IV de la Hégira, y a fin de proteger su fe, los ulemas decidieron ‘cerrar las puertas del *iytihad*’, con lo que finaliza el esfuerzo creador. Ya no podrán dictar el derecho, crear la norma jurídica u ofrecer su propia interpretación del Corán y de la *Sunna*, sólo podrán aplicar, explicar o a lo sumo interpretar la doctrina tal como está establecida en cada rito. El conjunto de la obra, a pesar de todo esencialmente doctrinal y humana, se sacraliza y se convierte en algo intangible.

Esos conceptos se elevan entonces al rango de normas islámicas eternas, consideradas a partir de ese momento como un verdadero código del derecho musulmán, como un artículo de fe. Se instala entonces una desviación sobre un malentendido histórico: el derecho es intangible porque se percibe como algo religioso (...) Cuando al orden social patriarcal que afirma la supremacía masculina se le opone una ideología moderna de igualdad, el debate desemboca invariablemente en la lectura interpretativa del texto sagrado y de la *Shari'a* como fuente fundamental del derecho. Los enfrentamientos cristalizan en torno a la pluralidad de lecturas del Corán, sin que se eleve ninguna voz para invalidar la vocación del texto para gobernar lo temporal. Es cierto que hay que realizar reformas, pero deben hacerse en el seno del marco fijado por la ley religiosa". Así pues, continúan vigentes principios inadmisibles en el obligado plano de igualdad entre seres humanos: prohibición de matrimonio entre una mujer musulmana y un no musulmán; derecho del hombre a casarse con más de una mujer (excepto en Túnez); obligación sólo para la mujer de tener en cuenta que su futuro marido sea su igual en condición socioeconómica; deber de la esposa de obedecer y respetar a su cónyuge como jefe de la familia, lo cual implica plenos poderes para prohibirle salir, viajar, estudiar, trabajar, etc.

Esfuerzos como el de K. Meziou se ven complementados por los de ciertos reformistas cuyas intenciones, más angelicales que buenas, tienen poco o nada que ver con la realidad social de los países y gentes a quienes van dirigidas. Uno de ellos, el argelino Malek Chebel (ver MEMRI, Investigación y Análisis, n° 273) apunta 27 propuestas para reformar el Islam. La infame traducción a nuestra lengua del texto de MEMRI dificulta no poco su inteligibilidad en numerosos puntos y en otros induce directamente al error (por ejemplo al llamar "Iluminados Europeos del 18" a los Ilustrados del XVIII), pero a pesar de esta impresentable lacra podemos colegir la dirección del autor: una reinterpretación del Corán y superioridad de la razón por encima de la fe, si bien se contradice al descartar el ateísmo porque "nada muy importante es logrado fuera del esquema de trabajo de la religión" (sic). Su obra *Manifeste pour un Islam des lumières* (título traducido al español como *Manifiesto para un Islam Iluminado*), sugiere el uso de los términos *munawwir* (que ilumina) y *munawwar* (iluminado), tan utilizados

por los integristas y por toda la tradición musulmana, con lo cual el autor está marcando claramente su designio de mantenerse bien anclado en el campo islámico pese a divagaciones mejor o peor digeridas en torno al ecologismo, la bioética, la promoción del sentido lúdico, los medios de comunicación, etc., o el exhorto a combatir conceptos y procedimientos salvajes –por suerte superados entre nosotros luengos años ha– que nos pueden parecer casi exóticos y que, sin embargo, en los países islámicos aún son el pan nuestro de cada día, por lo que las propuestas de Chebel podrían tenerse por novedosas (fetuas de condenas a muerte, *yihad*, castigos corporales, ablación, esclavitud, crímenes de honor, etc.).

Entre las observaciones de Chebel se cuentan algunas de importancia, tratándose de un musulmán, como: superioridad del individuo sobre la *umma* y de los seres humanos sobre la religión, defensa de los cambios culturales y de la libertad de pensamiento, exhorto a Europa para que no sea tan indulgente con los islamistas y a fin de que los medios de comunicación no les presten tanta cobertura, etc. Junto a estas ideas aparecen otras (combatir la corrupción o que los tribunales sean independientes), pero el mayor problema reside en que cae en los mismos enfoques obtusos de cualquier integrista, quizá inconscientemente –porque su formación ahí le lleva– o por saber demasiado bien que abordar esos temas le sitúa enfrente de la opinión de la inmensa mayoría de musulmanes, por ejemplo en el caso de las caricaturas danesas, que para él son “una provocación”, con lo cual se comprueba que Chebel no se ha soltado mucho el pelo.

Mas éste es un caso puntual y anecdótico, lo verdaderamente grave, a nuestro juicio, es que incurre en idéntico espejismo que los integristas más extremos y barbados: hay que intentar la búsqueda de la regeneración en el Islam primitivo. Así nos encontramos de nuevo ante el mito del Islam perfecto luego degenerado por la acción política y por la maldad de los europeos y de algunos musulmanes que no supieron, o no quisieron, aplicar las enseñanzas de modernidad, libertad y tolerancia que el Islam aportaba. Pero la realidad es que el implacable control de la sociedad por el Islam impide el surgimiento, incluso en formas testimoniales, de grupos organizados que osen poner en discusión las creencias y la *sumisión* generales. La tendencia humana, tan corriente en todas las latitudes, a la acep-

tación de lo existente, aunque no más se corporeice en la inhibición, en las comunidades islámicas se acentúa debido al carácter fundamental de la misma fe y, por tanto, cualquier intento de innovación (*bid'a*) sufre la condena no sólo de la oligarquía religiosa que impone las pautas y dictamina cuáles son los límites entre lícito (*halal*) e ilícito (*haram*), sino entre la masa de la población en proporciones abrumadoras. Los escandalosos ejemplos de Nasr Abu Zayd y Nawal as-Sa'dawi, en Egipto, por sostener obviedades en el plano filosófico y hasta histórico (v.g., que el Islam ha conservado pervivencias preislámicas en liturgia y creencias), se saldaron con el exilio del uno y la artificiosa protección de la otra por el Gobierno egipcio. Propuestas como las de Malek Chebel están condenadas al fracaso de antemano, por elaborarse y difundirse en Europa y por seguir moviéndose en el terreno de aceptación de la tradición musulmana a pies juntillas, es decir, con las reglas de juego impuestas por la ideología que pretenden combatir. Incluso es dudoso su éxito entre las comunidades trasplantadas a nuestro continente, dada la radicalización islamista cada vez más perceptible entre ellas.

Entrar en juicios de intenciones y condenar las grandilocuentes palabras de alguien, entendiendo, justamente, lo contrario de cuanto dice, puede ser tildado, a su vez, de mal intencionado, pero cuando se sigue su trayectoria y se le ve defendiendo, so color de diversidad cultural, el desprecio simple y llanamente de la igualdad y libertad de todos los seres humanos, tal como las consagran las constituciones occidentales, no parece que estemos pecando de suspicaces o malintencionados, máxime si los supuestos moderados eluden, de manera sistemática, la condena, hasta verbal, de crímenes masivos como los del 11-S, 11-M o el reciente asalto a Bombay. Ni siquiera se molestan en acudir a la *taqiya* (ocultación), admitida legal y moralmente en el Islam, de los verdaderos sentimientos religiosos, en situación de necesidad o inferioridad frente a la comunidad dominante no musulmana. La razón de esta desvergüenza es clara: necesitan mantener a su parroquia de integristas contenta para no perder su apoyo. Tal vez el lector ya haya comprendido que nos referimos a personajes como Tariq Ramadán, nieto del fundador de los Hermanos Musulmanes, Hasan al-Banna, quien hace años sostenía el derecho de los musulmanes a mantenerse al margen de la sociedad –confundiendo signos externos con creencia íntima,

en la línea islámica habitual— mientras, al tiempo, exigía que se les tuviera por europeos perfectamente integrados, es decir, la cuadratura del círculo, o, dicho de otro modo, recibir sin dar nada a cambio. Reduciendo la confrontación a lo que denomina *particularidades culturales* (vestido, música, “gestión del espacio cuando se trata de hombres y mujeres”: ¡qué modo de esquivar el concepto de desigualdad entre sexos!), elude los verdaderos problemas de fondo: derecho a la apostasía, libertad de la mujer para decidir sobre su propia vida, igualdad ante la ley, o respeto a todas las creencias religiosas en los países de hegemonía musulmana. Limita la cuestión a la mera caricatura folklórica, porque, en efecto, en sí mismo, es irrelevante que una mujer se cubra o no la cabeza, pero no lo es que no se la pueda reconocer por taparse la cara, o que, mediante la simple pañoleta, esté marcando un abismo insalvable con la sociedad que la rodea, en especial la masculina.

De manera incomprensible, este individuo —que, invitado a Madrid, se negó a condenar los asesinatos del 11-M— es tenido por prestigioso y moderado, cuando viene a representar el integrismo más brutal y descarnado, envolviéndolo en palabrería reiterativa y hueca y lanzando perogrulladas que, por su simpleza, sonrojan a cualquier ser pensante: “La confirmación abierta y positiva de la identidad musulmana es una realidad concreta, como hemos descubierto, como lo es la integración del ciudadano, de facto. Lejos de ser una mentalidad de gueto, la mayoría de musulmanes optan por una presencia serena y abierta y algunos llegarán hasta a proponer una ‘cultura musulmana europea’. Vemos los consiguientes redobles de una ‘integración íntima en la sociedad europea, que debería ser objetiva y la finalidad de cualquier sociedad plural, que respete el concepto de identidad y diferencia’”. La única explicación que hallamos para el éxito de este personaje es la necesidad de amplios sectores intelectuales y hasta gubernamentales europeos de que aparezca alguien a contarles lo que quieren oír, para poder evitar todavía por un tiempo el enfrentamiento con la realidad, incomodísima.

En un artículo reciente (*Le Monde*, 4-11-08) Ramadán preparaba su entrevista con el Papa de dos días más tarde: “Nuestro diálogo constructivo sobre los valores y las finalidades comunes es más importante e imperativo

que nuestras rivalidades sobre el número de fieles, el proselitismo y la rivalidad baldía en torno a la posesión de la Verdad. Los espíritus dogmáticos trabajan en ambas religiones contra sus propios intereses. Cualquiera que afirme que él es el único poseedor de la verdad y que 'los otros son la mentira' está ya equivocándose. Nuestro diálogo debe luchar contra las tentaciones dogmáticas apoyándose en un diálogo profundo, crítico y siempre respetuoso (...). Hay que empezar un diálogo sobre las civilizaciones. El miedo al presente a veces nos hace contemplar el pasado con un prisma deformado: sorprendentemente, el Papa aseveró que las raíces de Europa eran griegas y cristianas, como para conjurar la amenaza actual de la presencia musulmana en Europa. Su interpretación es reduccionista". Aparte de las inevitables llamadas al "respeto" y al "diálogo" (con la no menos ineludible condena del dogmatismo), Ramadán muestra su auténtica predisposición al calificar de sorprendente la afirmación de que las raíces europeas son griegas y cristianas. Pero claro que esos fundamentos religiosos y culturales –con las sociedades resultantes– son los nuestros. Y si añadimos otros habremos de hablar de elementos latinos y germánicos y, en el Este europeo, eslavos; y muy poco –en algún país del Sur, como España– de vagas reminiscencias árabo-musulmanas en proporciones menos que reducidas en alguna región: la Alhambra y la Mezquita de Córdoba despistan y vuelven estrábicos a quienes se quedan en la superficie de las cosas.

En lo referente a España –y perdónese la cita propia– remitimos a nuestras obras *Al-Andalus contra España* y *La quimera de al-Andalus*, cuyos argumentos y documentación no reiteraremos aquí. Y la relativa importancia de la transmisión árabe de conocimientos científicos y filosóficos griegos, queda muy atenuada al estudiar a fondo el papel desempeñado –como no podía ser de otro modo– por las Cruzadas y los bizantinos y por cuantos monjes, comerciantes o viajeros varios mantuvieron contactos con ellos (ver Sylvain Gouguenheim, *Aristote au Mont Saint-Michel*). Pero Ramadán –digámoslo educadamente– con el desparpajo característico de sus orígenes culturales, sugiere la negación de la evidencia –quiénes y cómo somos–, de la misma manera que asegura la existencia de "múltiples" asociaciones islámicas que, en Europa, trabajan por la integración en la sociedad europea, aunque él comienza por reclamar el derecho a las *peculiaridades*: ficciones y más ficciones de continuo desenmascaradas por los hechos.

Para terminar con Ramadán solo señalaremos una finta dialéctica nada baladí en el susodicho artículo dirigido al Papa: “Habrá que hablar también de la libertad de conciencia, de los lugares de oración y del *argumento de la reciprocidad* [sic]”. La mala fe es patente, porque suscita algo muy concreto en lo que los musulmanes sólo tienen que ganar y es uno de sus *leitmotiv* centrales (los lugares de oración, vale decir la Catedral de Córdoba, antigua mezquita, por ejemplo), mientras reduce la gravísima cuestión de la reciprocidad a un mero “argumento”, cháchara para entretenerse y nunca tomar en serio.

Estos intelectuales musulmanes, muy relacionados con Europa, se mueven en un victimismo permanente y decepcionante, porque saben que de él extraen excelentes ventajas, personales o colectivas. Mohamed Talbi culpa al ambiente liberal occidental de beneficiar al integrismo y no al Islam moderno y liberal (se sobreentiende que se refiere a sí mismo), aunque nadie responda a la pregunta: ¿dónde está ese Islam liberal y moderno?; Fátima Mernissi (galardonada con el Premio Príncipe de Asturias) se despacha con gusto reduciendo Occidente a militarismo, imperialismo y terror colonial y rematando la condena con la frase “el individualismo, sello de la cultura occidental, es la fuente de toda aflicción”; Mohamed Arkoun, sin el más mínimo atisbo de autocrítica, denuncia “el inconmensurable desconocimiento que tanto en Europa como en Norteamérica impera sobre las causas de los conflictos del Tercer Mundo”. El mismo Arkoun –como más arriba veíamos con Ramadán– selecciona cuidadosamente la terminología al uso en la jerga política actual y las expresiones empleadas, según quiénes sean los aludidos, así habla de “ocupación romana” para referirse a los territorios norteafricanos del Imperio; o menciona la “brutal ruptura puesta en práctica por los Reyes Católicos en 1492 tras la caída de Granada”, frente al papel [sic] desempeñado por los otomanos entre 1453 y 1924”. El tratamiento lingüístico, nada inocente, no puede ser más desigual al mencionar los abusos de unos y otros.

En tanto Sami Naïr, argelino que vive en Francia, asegura con gran aplomo que el 98% de los inmigrantes musulmanes en Europa están perfectamente integrados (*ABC*, 30-04-07), la retórica del chovinismo nacionalista árabe más crudo se exhibe sin tapujos en los escritos de Hala Mustafa, con su reiterativa enumeración de agravios, denuestos, amenazas y... pura ignorancia, sin adjetivos: “[Europa] no ha cambiado desde las

Cruzadas [i!], desde Andalucía [sic] y desde las guerras otomanas. Por eso, y a pesar de sus setenta años de laicismo y de sus fervientes esfuerzos por establecer vínculos económicos y políticos con Occidente, Turquía continúa fuera de la Unión Europea”, escribía la autora en un alarde de superficialidad enciclopédica que le permite reducir la militancia islámica, con todas sus consecuencias *defensivas*, a forma de protesta social, o asimilar “Andalucía” (en realidad, se refiere a la pérdida de al-Andalus, lloriqueo monocorde y obligado en todo intelectual árabe) al conflicto de Palestina.

La enorme conflictividad, interna y externa, de los países islámicos –reflejada por Huntington con datos y números incontestables y que nadie le ha perdonado– pasa desapercibida para casi todos estos intelectuales y la achacan, de modo sistemático, a causas exógenas: los culpables siempre son los demás, de suerte que si, en los 90, de veinte conflictos etnopolíticos en quince estaban involucrados musulmanes con gentes de otras culturas, el escapismo (o lo que más arriba denominábamos piadosamente “aplomo” o “desparpajo”) exige que Israel, o unos lejanos Reyes Católicos, deban responder de un derecho familiar medieval o unos castigos corporales que se remontan a las ciudades-Estado sumerias. Porque las preocupaciones de los islamistas moderados son otras: restablecer en toda su vigencia la *Shari'a*, un mayor uso del lenguaje y simbolismo religioso, copo de la educación, imposición en los grados coercitivos que sean necesarios de conductas “islámicas” (alcohol, velo, etc.), mayor control de los Gobiernos laicos (de laicidad muy discutible, en realidad), solidaridad entre Estados islámicos, rechazo de los Estados nacionales y de su inspirador –dicen– Occidente, retorno a los dorados tiempos del primer Islam, y, desde luego, variedad en las vías para alcanzar un mismo fin. Y en ello están.

Algunos de estos pensadores –como el tunecino ‘Azzam Tamimi– felizmente paseados y remunerados en Europa por simposios, congresos y demás zarabandas, nos regalan con páginas exuberantes que, al menos, tienen la virtud de provocar la carcajada, algo muy de agradecer tratándose de textos sociopolíticos: para Tamimi, el sistema democrático occidental tiene su origen en el consejo de notables (*shurà*) que sucedió a Mahoma y eligió a los primeros califas, en tanto Rashid Gannushi estima que “los europeos se han beneficiado de la civilización islámica para crear ideas profundamente ilu-

minadas de los valores sociales cuyo fruto era la emergencia de la democracia liberal". Pero el terrorífico integrista sudanés Hasan at-Turabi aún mejora la idea situando el arranque de la democracia moderna en el contrato de juramento y homenaje de besamano, en la ceremonia denominada *bay'a*. Hay donde elegir, aunque luego se ofendan porque no los tomamos en serio.

Sin embargo, siempre hay quien supere a todos los anteriores y nos deje bien claras las dificultades de entendimiento que padecemos –y padeceremos en el futuro– con quienes carecen de una mínima intención de acuerdo y aproximación. Rudolf el-Kareh (“Savants orientalistes et crétins idéologiques”, en *Révue d'Études palestiniennes*, n° 89, otoño 2003), en unas páginas cuyo título ya ilustra bien sobre el alcance del contenido, dirige un ataque enloquecido contra Huntington y, sobre todo, contra Bernard Lewis, arabista ante cuya obra hay que descubrirse, pero que presenta la tacha imperdonable de ser asesor de la Administración americana. La avalancha de exabruptos es tan desmesurada que resultaría irrelevante, de no representar bien a los “Estudios palestinos” y a una infinidad de orates que pululan por Internet y con los cuales, habitualmente, no perdemos un minuto de nuestro tiempo. Para El-Kareh, la obra de Lewis se reduce a odio, ignorancia, fantasía, injurias, estupidez, ineptia, obscenidad, panfleto, libelo, sinvergonzonería, propias de un “idiota” y un “memo”. La acumulación de insultos, sustantivos, adjetivos y adverbios descalificadores es de tal magnitud que aquí no podemos reproducirla, y la idea central conduce –de manera expresa– a la conclusión de que el británico actúa por “un racismo extremo”. No recuerdo nada semejante en ninguna de las siete obras de Lewis que he leído y que sólo me han suscitado admiración y agradecimiento por cuanto en ellas he aprendido, en un tono educado y medido, con excelente documentación y procedimientos argumentativos respetuosos con todo el mundo. Por ejemplo: al formular una crítica a una determinada sociedad musulmana, recuerda de inmediato, valora y compara lo que acaecía en el mismo momento entre los cristianos de Europa o los hinduistas de la India, que tampoco era glorioso. Se mueve en búsqueda continua de equilibrio y contrabalance, tratando de disculpar y comprender en su contexto los fenómenos sociales, en nuestra opinión con exceso. Pero con los improperios de El-Kareh se nos hace presente de nuevo el convencimiento de que esto es lo que hay como línea dominante y deci-

soria entre los musulmanes, no los ponderados razonamientos de Bassam Tibi; y comprendemos, por enésima vez, que el arabismo con razón puede considerarse un sacerdocio. Un sacerdocio en el que el perdón es mucho más necesario que el ministerio mismo.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

Al-Sayyad, N. y Castells, M.

(eds.), *¿Europa musulmana o euro-islam?* Madrid, Alianza Editorial, 2003.

Arístegui, G. de,

La Yihad en España. La obsesión por reconquistar al-Andalus. Madrid, La Esfera de los libros, 2006.

Cabanelas, D.,

Juan de Segovia y el problema islámico. Madrid, Universidad de Madrid, 1952.

Corán,

Trad. J. Cortés, Barcelona, Editorial Herder, 1992.

Dupret et alii,

Narratives of Truth in Islamic Law. Londres, I.B. Tauris, 2008.

Fanjul, S.,

Al-Andalus contra España, Madrid, Siglo XXI, 3ª rep. de la 3ª edición, 2005.

Fanjul, S.,

La quimera de al-Andalus. Madrid, Siglo XXI, 3ª rep. 2005.

Goody, J.,

El Islam en Europa. Barcelona, Gedisa, 2005.

Gouguenheim, S.,

Aristote au Mont Saint-Michel. Les racines grecques de l'Europe chrétienne. Paris, Ed. Seuil, 2008.

Huntington, S.,

El choque de civilizaciones. Barcelona, Paidós, 2001.

Ibn Warraq,

Por qué no soy musulmán. Barcelona, Ediciones del Bronce, 2003.

Kepel, G.,

La Yihad. Barcelona, Ed. Península, 2002.

Lewis, B.,

La crisis del Islam. Barcelona, Ediciones B, 2003.

Lewis, B.,

¿Qué ha fallado? El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo. Madrid, Siglo XXI, 2002.

Redeker, R.,

Atrévete a vivir. Madrid, Editorial Gota a Gota, 2008.

Rodríguez Magda, R. M^a,

Inexistente al-Andalus. Oviedo, Ed. Nobel, 2008.

Roque, M. A.,

El Islam plural. Barcelona, Icaria, 2003.

Saleh al-Khalifa, W.,

El ala radical del Islam. Madrid, Siglo XXI, 2007.

Sorman, G.,

Les Enfants de Riffaa. Musulmans et modernes. Paris, Fayard, 2003.

Tibi, B.,

La conspiración. Barcelona, Ed. Herder, 1996.

LOS MUSULMANES EN EUROPA, UN DESAFÍO A LAS IDEAS LIBERALES

En materia de inmigración, el problema ideológico surge al hablar de la integración cultural y, en concreto, al analizar desde una perspectiva liberal, defensora del individualismo y del pluralismo, qué debe hacer el Estado ante las segundas y terceras generaciones¹ de musulmanes, tras observar lo que está sucediendo en países con mayor inmigración islámica que España, como Francia, Holanda y, sobre todo, Reino Unido, pero también en regiones de nuestro país como Cataluña y Andalucía.

Una sociedad multicultural, es decir, un territorio en el que coexisten distintas formas de organización social bajo un mismo paraguas jurídico formal, puede ampararse en las instituciones liberales. Que la población musulmana en el Reino Unido no hable inglés, sino árabe, no utilice vestimentas occidentales sino que tape a sus mujeres y niñas con velos, construya mezquitas y minaretes y consiga que barrios enteros de Londres parezcan paquistaníes en vez de británicos puede justificarse en la libertad individual, ¿o no estamos ante individuos libres tomando decisiones que sólo les afectan a ellos?

La defensa de la integración cultural que plantea este ensayo se argumenta en que, en primer lugar, la creación de un pequeño Pakistán en el

Álvaro Vermoet Hidalgo es presidente nacional de la Unión Democrática de Estudiantes (UDE)

¹ **Marc Sageman:** "La nueva generación de terroristas", en *Foreign Policy*, abril-mayo de 2008.

centro de Londres debería llevarnos a pensar que la libertad real de las mujeres, los homosexuales y las minorías dentro de ese grupo cultural tal vez no sea la que la Ley les otorga, pese a que una mujer que recorra en *burka* o en *niqab* las calles londinenses, llevando ella sola toda la carga de la compra y a todos sus hijos ante un marido impasible, no confesará sentirse obligada a vestir así ni querer algo distinto a lo que tiene. Un sistema legal que favorece las libertades individuales frente al poder del Estado, aplicado sobre una sociedad culturalmente heterogénea en la que coexisten grupos culturales herméticos que no valoran al individuo, lo que hace es encubrir tribus y ello repercute en una menor libertad real para los individuos.

En segundo lugar, esos guetos afectan, a largo plazo, al resto de la sociedad. Como estamos viendo, se está produciendo en Europa un aumento del fanatismo religioso que llega incluso a los atentados terroristas –pero no sólo, véanse las mutilaciones genitales femeninas o las continuas amenazas de muerte a homosexuales– y que difícilmente se puede combatir sólo con el Código Penal. Conflictos que no sólo amenazan nuestras libertades mediante el uso de la violencia sino aprovechándose también de las ideologías relativistas que defienden la autocensura. Paradójicamente, la perfecta multiculturalidad sólo funciona si es la sociedad abierta, la de acogida, la que asimila cambios en su moral para dar cabida a la intransigencia (dejando de ser multicultural).

Finalmente, el resultado de la expansión demográfica de estos guetos, que se radicalizan con las segundas y terceras generaciones de musulmanes, hace inviable la continuidad democrática de las sociedades europeas. Algo parecido ejemplifica la actual situación iraquí, que goza de instituciones democráticas pero no de una sociedad culturalmente homogénea que las haga funcionar. Parafraseando a Mark Steyn, resulta irrelevante la proporción de negros y de blancos que haya en una sociedad para que ésta pueda ser democrática, pero no es irrelevante la proporción de ciudadanos que aceptan la democracia y la proporción de quienes defienden la aplicación de la *sharía*. Y tampoco lo es, añadido yo, el crecimiento demográfico comparado de este segundo grupo.

¿UN PROBLEMA DE RELIGIÓN?

Al hablar de los problemas de integración cultural de los musulmanes, la izquierda trata de desviar el debate a un conflicto entre las religiones y el Estado laico, aprovechando la presencia de religiones minoritarias para criticar la influencia de la Iglesia católica, y defendiendo los derechos religiosos de los musulmanes como forma de defender un laicismo anticlerical que pasa por alto la radical oposición existente entre los valores islámicos y las ideas laicistas, feministas e igualitaristas que defiende la izquierda.

No obstante, no estamos ante un problema religioso, sino ante un problema de democracia frente a una doctrina totalitaria. Durante la Segunda Guerra Mundial, hubiera resultado impensable que la Alemania nazi se amparara en la democracia británica para abrir en Londres una escuela nazi. Y nadie lo hubiera tomado como un problema de libertad política, sino de lucha contra el totalitarismo nacionalsocialista alemán en defensa de la democracia anglosajona.

El nacionalsocialismo alemán era una doctrina política totalitaria basada en la superioridad de un pueblo en el sentido más etnicista posible, identificándolo con una raza, con una lengua y con una nacionalidad. El comunismo, por el contrario, se basaba en la toma del poder por parte de una clase social, la proletaria, si bien los regímenes totalitarios a los que dio lugar la utopía se basaban sencillamente en la esclavización masiva de poblaciones enteras al servicio del Partido Comunista. Es en este marco en el que debemos situar al islamismo, pues cumple las mismas notas de ser una doctrina totalitaria, fundamentada en la religión en vez de en la raza o en la clase social.

Luego en realidad no estamos debatiendo únicamente sobre el papel de las religiones en el Estado aconfesional. El debate sobre las escuelas saúdies en España no es el mismo debate que el de los colegios concertados. El asunto del velo islámico de las niñas de seis años nada tiene que ver con el hábito de las monjas. Esta distinción se puede estudiar con un ejemplo, la ilegalización de Herri Batasuna. No se ilegalizaba a un partido político, sino que se combatía a ETA, una banda terrorista cuyo objetivo es la im-

posición de un régimen totalitario, racista y socialista, en el País Vasco. Nada importa que la forma jurídica de Batasuna fuera la de un partido político porque toda España sabía que no era sino un instrumento de un movimiento totalitario. Ése es el punto de partida a la hora de tratar, desde una perspectiva liberal, el islamismo.

EL MODELO MULTICULTURAL

No creo que haya que argumentar el rechazo de la ideología liberal a que los individuos se atengan a normas jurídicas distintas en función de su pertenencia a uno u otro grupo cultural. Este modelo radical de multiculturalidad al estilo *apartheid* no es ni más ni menos que una violación del Imperio de la Ley y de la igualdad jurídica de las personas, y no se ha generalizado en los países europeos ni ha sido defendido abiertamente. Sin embargo, se hace necesario recordarlo ante ciertos debates. Por ejemplo, se tenga la postura que se tenga con respecto al uso del velo islámico en la escuela o respecto de atuendos que tapan la cara en las vías públicas, todo liberal deberá rechazar su uso si existe una norma jurídica que lo prohíba, sea cual sea su opinión sobre dicha norma.

¿Qué decir, sin embargo, de la multiculturalidad *de facto*? Es decir, si dentro de unas instituciones liberales que se basan en la igualdad jurídica de los individuos éstos deciden organizarse como comunidades culturales que acatan la Ley, eso en principio esa una decisión individual que nadie está legitimado para cuestionar. Lo que sí se defiende en toda Europa, por tanto, es el derecho de “los musulmanes”, “los judíos” o “los chinos” a vivir como quieran y organizarse como quieran. Sucede, sin embargo, que ello ha derivado en muchos casos en un cierto multiculturalismo de Estado, que empieza a tratar a las personas como integrantes de uno u otro colectivo, y que legisla en base al respeto entre colectivos, lo que supone una radical ruptura de la relación entre Estado e individuo que imperaba en Europa desde la Revolución francesa.

Pues bien, éste es el modelo que se ha aplicado en toda Europa. Tanto en el modelo abiertamente multicultural británico (todas las culturas pue-

den convivir dentro del Imperio bajo sus propias normas) como en el supuestamente asimilacionista francés.

Hay inmigrantes (incluyendo a segundas y terceras generaciones) que se integran plenamente en la vida pública y en la vida privada del país de acogida. Otros sólo en la vida pública. Distinto es el caso de los musulmanes, que ha derivado en la creación de una comunidad hermética sin ningún nexo común con el país de acogida, y en la cual han empezado a surgir ideas islamistas claramente anti-occidentales.

Precisamente investigando esto, una cámara oculta de *Channel 4*² se infiltró en una mezquita supuestamente moderada, revelando los mensajes incendiarios que cada viernes se repiten ahí en contra de Occidente, contra la modernidad, los judíos y la igualdad de la mujer, llamando a crear un Estado islámico dentro de otro Estado. La Ley permite actuar cuando se comete un crimen de honor o cuando se mutila a una niña, como ocurre tantas veces en Europa, pero ¿debemos ignorar la ideología que hay detrás? Si decidimos no ignorarla, hará falta algo más que el *laissez-faire* liberal.

El columnista neoconservador Mark Steyn analizó la cuestión de las mezquitas en Europa con el siguiente relato:

En 1940, se asignaron 100.000 libras para comprar suelo para una mezquita en Londres. El Imperio Británico tenía millones de súbditos musulmanes que, a grandes rasgos, habían sido partidarios del esfuerzo bélico, y parecía apropiado que esto fuera reconocido en el corazón de la metrópolis. El Rey Jorge VI inauguró el Centro Islámico Cultural en ese lugar en 1944. Es la mezquita con mayor asistencia en el Reino Unido. Si existe un Islam “moderado” en Occidente, ha de ser éste. ¿Y qué sucede allí? Bueno, si usted se deja caer por la librería, puede comprar DVDs de acalorados predicadores como el jeque Feiz, que hace esos jocosos gruñidos de cerdo cada vez que menciona a los judíos: “Oh musulmán, detrás de mí hay un judío [oink corto]. Ven y mávalo [oink-oink]”.

² *Undercover Mosque, Channel 4.*

También puede comprar cintas del jeque Yasin, un célebre norteamericano “reverso” (léase converso) al Islam, en las que explica que se debe “pegar a las mujeres ligeramente”, que un musulmán nunca puede ser amigo de un no musulmán y que los misioneros cristianos introdujeron deliberadamente el SIDA en África infectando con él las vacunas de otras enfermedades. Otro “reverso”, Jermaine Lindsay, se contagió de la fiebre de la yihad en la mezquita y después fue y se inmoló en los atentados del 7 de julio. Si la mezquita de Regents Park ha sido “radicalizada”, entonces es que no existen mezquitas que no sean radicales.

Cuando yo residía en el vecindario, se veían turistas en camiseta fotografiándose entre sí con la cúpula de fondo. Eso es lo que era para la mayor parte de nosotros: un fondo exótico. Dentro, se asumía, se hablaba de Alá y Mahoma; ¿acaso eso es un problema? Lo veíamos en términos multiculturales, es decir, como un ejemplo de patrimonio cultural, un vínculo para los inmigrantes con su antiguo país. Nunca se nos ocurrió que fuera una cabeza de puente ideológica. Pero escuche al doctor Ijaz Mian, grabado en secreto por el Channel 4 británico en la mezquita Ahl-e-Hadith, en Derby:

«Rey, Reina, Cámara de los Comunes: si los aceptáis, formáis parte de ellos. Si no los aceptáis, tenéis que desmantelarlos. De modo que, si sois musulmanes, tenéis que fijaros un objetivo. No habrá Cámara de los Comunes. Desde esa Casa Blanca a este Parlamento, sabemos que tenemos que desmantelarlos. Los musulmanes tienen que ganar fuerza y después tomar el control... Os encontráis en una situación en la que tenéis que vivir como Estado dentro del Estado, hasta que toméis el control».

¿Dónde está el contenido religioso? ¿Dónde está la contemplación de lo divino? No lo busque en la mezquita de Sparkbrook, en Birmingham, elogiada recientemente por Tony Blair por su contribución a la tolerancia y la diversidad. El pasado junio se celebraba la muerte de un soldado británico musulmán en Afganistán: «El héroe para el Islam es el que separó su cabeza de sus hombros».

Éstos no son sermones, y estos hombres no son predicadores. Son los impulsores ideológicos de un proyecto explícitamente político con sedes en las principales calles de todo el mundo occidental. (...) El doctor Mian se formó en Arabia Saudí. La librería de la mezquita de Regents Park es abastecida por una compañía

encabezada por un diplomático saudí, el doctor Ahmed al-Dubayan. Los saudíes controlan las mezquitas, y las escuelas, y las instituciones, y los programas religiosos carcelarios y también gran parte de todo lo demás. Pediría una comisión bipartidista de investigación para investigar la subversión saudí en Estados Unidos, pero casi todos los que acabarían en ella estarían en la nómina saudí de un modo u otro. (...)

“La Mezquita moderada”, Mark Steyn

Publicado en *Libertad Digital*

El problema no es que haya zonas de Londres, de Marsella o de Ámsterdam donde sólo se hable árabe y no se vea a una mujer sin velo, el problema es que esa legalidad aparente bajo la que viven los guetos islámicos esconde realidades en las que no rigen los derechos individuales, cuya radicalización vulnera, además, los derechos individuales del resto de ciudadanos, ya sea el derecho a la vida y a la integridad (frente al terrorismo) o el recorte de libertades que conlleva la autocensura.

La poligamia es un buen ejemplo. Nada tendría que objetar un liberal a que tres personas convivan juntas de forma voluntaria con el régimen patrimonial que quieran, pero el rechazo a la poligamia se sustenta en la convicción moral de que se trata de una institución inseparable de la inferioridad de la mujer en las sociedades islámicas. ¿Es libre realmente una mujer casada en un país islámico, que no habla español, no tiene formación y depende económicamente de su marido? La igualdad de la mujer y la lucha contra la mutilación y contra los matrimonios forzados son irrenunciables, no para proteger a los autóctonos, sino, como apunta Javier Fernández-Lasquetty, a los inmigrantes, en este caso a las mujeres; modificar nuestros valores para aproximarlos a los de los lugares de origen no es hacerles un favor, ya que es de donde han salido, y supone un retroceso al Antiguo Régimen.

Resulta evidente que el Estado debe actuar si se incumple la Ley, y que se incumple la Ley en el momento en que un imán hace apología de Al Qaeda o de Hamás, o cuando un padre islamista fuerza a su hija a llevar velo, a casarse o a no casarse con quien ella quiera. Ahora bien, resulta in-

viable para evitar esta disgregación cultural de la sociedad en grupos que fomentan el odio a Occidente, actuar más allá de los casos, excepcionales, en que trascienden estas violaciones de la Ley.

Las consecuencias de no actuar son bien conocidas. En el Reino Unido, el multiculturalismo se apoyó en la libertad religiosa y en la tolerancia, y prácticamente no se cuestionó hasta que el 7 de julio de 2005 cuatro musulmanes nacidos en el Reino Unido e hijos de inmigrantes paquistaníes perfectamente integrados hicieron estallar vagones de Metro y autobuses llenos de compatriotas británicos. Sólo ahora los conservadores británicos empiezan a cuestionar el “multiculturalismo de Estado”.

Este modelo, adoptado por una de las sociedades más tolerantes en materia religiosa, no sólo ha generado la comunidad musulmana más radical de Europa (a partir de la segunda generación y, ahora, de la tercera), sino más terrorismo, guetos y *burkas* que ninguna otra nación occidental.

Una reciente encuesta³ a la población musulmana británica arrojaba los siguientes datos:

- Sólo el 31% apoya la libertad de expresión si ofende a grupos religiosos.
- El 78% pide que se castigue a los autores de las caricaturas de Mahoma.
- Sólo el 29% cree que el Holocausto sucedió como describe la Historia.
- El 45% cree que los atentados del 11 de septiembre responden a una conspiración de EE.UU. e Israel (el 51% entre musulmanes de 18-24 años).
- El 30% preferiría vivir bajo la *sharía* antes que bajo las Leyes británicas, y el 28% querría que el Reino Unido fuera un país islámico.
- El 11% cree que la política exterior británica hace que los atentados terroristas del 7 de julio contra la población civil estén justificados (el 31% entre los musulmanes jóvenes justifica los atentados terroristas).

³ *Attitudes to living in Britain - A survey of Muslim Opinion.*

No es el único estudio de opinión realizado. Una encuesta mundial⁴, realizada sobre la población musulmana de 13 países occidentales confirma que la población musulmana del Reino Unido –el país que más ha tratado de respetar las divergencias culturales y apaciguar al islamismo– es la más radicalizada, mucho más que la de aquellos países, en la Europa continental, que dicen ser asimilacionistas, como la Francia de la *laïcité* que dice defender su idea nacional de República en el debate sobre el *communautarisme*.

Sin embargo, lo realmente sorprendente de la citada encuesta es que los británicos son los occidentales más convencidos del carácter pacífico del Islam, sentimiento al que los musulmanes británicos responden con un mayor radicalismo. Los datos son éstos:

- El 63% de los británicos tenía en 2005, después de los atentados del 7-J, una opinión favorable sobre los musulmanes. Menos de un tercio de los británicos no musulmanes consideran violentos a los musulmanes (cifra que alcanza un 60% en España, un 52% en Alemania, un 45% en EE.UU. y un 41% en Francia).
- Sin embargo, los musulmanes británicos no corresponden a estos sentimientos, siendo la comunidad musulmana con mayor rechazo a Occidente de todo el continente europeo. Así, la mayoría de la población ve a los occidentales como: “egoístas, arrogantes, codiciosos e inmorales”, y aproximadamente el 50% les considera “violentos”. Mientras que la mayoría de los musulmanes europeos afirma que los occidentales respetan a la mujer, menos de la mitad de los musulmanes británicos lo cree así. Además, sólo el 32% de los musulmanes británicos tiene una opinión favorable hacia los judíos, porcentaje que llega al 71% en el caso de los musulmanes franceses.
- Por otra parte, sólo el 17% de los musulmanes británicos cree que hubo árabes implicados en los atentados del 11 de septiembre, cifra que supone el 48% en el caso de los musulmanes franceses. Los británicos, sin embargo, culpan a los occidentales (27%) más que a los musulmanes (25%) de las malas relaciones entre musulmanes y no musulmanes. Casi el 50% de los musulmanes culpa a los occidentales de esta mala relación.

⁴ Pew Global Attitudes Project (Washington D.C.), publicado por *The Guardian*.

- En cuanto a las caricaturas de Mahoma, la mayoría de los británicos se declaró simpatizante de los musulmanes ofendidos por los dibujos, mientras que tres cuartas partes de los musulmanes británicos atribuyeron la controversia a la falta de respeto de Occidente hacia el Islam.

En una reciente manifestación convocada por grupos islámicos en el Reino Unido a cuenta de las caricaturas, se pudieron leer pancartas con los siguientes lemas:

- *ISLAM WILL DOMINATE THE WORLD* (El Islam dominará el mundo)
- *SLAY THOSE WHO INSULT ISLAM* (Matad a quienes insultan al Islam)
- *BUTCHER THOSE WHO MOCK ISLAM* (Masacrad a quienes se mofan del Islam)
- *BEHEAD THOSE WHO INSULT ISLAM* (Decapitad a quienes insultan al Islam)
- *EUROPE IS THE CANCER. ISLAM IS THE ANSWER.* (Europa es el cáncer. El Islam es la respuesta)
- *FREEDOM GO TO HELL.* (Libertad vete al infierno)
- *EUROPE BE PREPARED FOR THE REAL HOLOCAUST.* (Europa, prepárate para el holocausto real)

Con el fin de apaciguar al islamismo y de mantener la sociedad multicultural, el Reino Unido abraza la autocensura: hay escuelas británicas en las que no se lee “Los Tres Cerditos” para no ofender a los alumnos musulmanes (de los colegios ingleses, porque si van a colegios islámicos estudiarán con libros de texto claramente antioccidentales); la policía británica dejó huir hace un año a un terrorista por no irrumpir dentro de una mezquita; *Burger King* retiró el envase de un producto porque los dibujos se asemejaban a caracteres árabes, etc⁵.

Como explica Caroline B. Glick, “En el Reino Unido, el Parlamento ha trabajado durante años por aprobar una ley que criminaliza el insulto al Islam.

⁵ *America Alone*, Mark Steyn.

Una de las primeras acciones que tomó el Gobierno de Gordon Brown (...) fue prohibir a sus miembros hablar de terrorismo islámico”.

LA NACIÓN Y LA LIBERTAD

Ni que decir tiene que para todo liberal los sentimientos de identidad pertenecen a la esfera de libertad y privacidad de un individuo. Ahora bien, no por ello debe ignorarse, desde la teoría liberal, el modelo cultural que sustenta los regímenes de libertades. Los sentimientos identitarios y morales de una población influyen decisivamente en el régimen político y, así, en las libertades efectivas de los individuos. La libertad individual, por tanto, no se consigue simplemente con Leyes que reconozcan derechos.

En el antiguo Imperio Otomano se reconocían, en lugar de ciudadanos, distintas comunidades religiosas, que eran con las que el Estado se relacionaba políticamente⁶ (los cristianos y los judíos pagaban unos impuestos mayores que los musulmanes). La occidentalización de Turquía –y la consecución del régimen más liberal del mundo musulmán– se inicia cuando, en vez de reconocer derechos a las comunidades religiosas o étnicas, se importa el concepto occidental de Estado-nación, y se entiende que lo que existe es Turquía y, dentro de ella, ciudadanos turcos. Así, se reconocen derechos individuales, como la libertad religiosa: el individuo, cuando existe una identidad nacional cívica, gana en libertad.

Lo mismo se puede decir de la actual situación en Irak. Si hay libertad individual, ¿qué le importa al credo liberal que haya suníes, chiíes o kurdos? Y, sin embargo, en Irak se reconocen formalmente libertades que no existen, que no se pueden ejercer, y que son rechazadas por una parte significativa de la población. No hay un Estado-nación, ni una identidad nacional, sino identidades étnicas; lo que se vive en Irak es una lucha del sectarismo por el poder. La democracia no está funcionando en Irak por lo mismo que se balcanizó Yugoslavia: la falta de una identidad nacional por encima de identidades cerradas, como el credo o la raza.

⁶ *What Went Wrong?*, Bernard Lewis.

Si nos fijamos en las naciones más libres, veremos que son, además, las más patrióticas. Y si comparamos Europa con Estados Unidos, observaremos que el sentimiento de nación basado en unas convicciones –*todos los hombres fueron creados iguales*– y en una idea –*el Sueño Americano*–, en vez de en arraigos históricos difícilmente asimilables, facilita la integración. ¿Cuántas células de Al Qaeda se desmantelaron en EE.UU. tras el 11 de Septiembre? Ninguna. En Europa, decenas. Los problemas de integración que vive Europa no los vive EE.UU. –país fundado por inmigrantes en busca de libertad religiosa o de libertad política–, donde cualquiera se identifica con la identidad nacional americana. Ésa es la idea de “nación liberal” y es un presupuesto de partida para que funcionen las instituciones liberales, contraponiéndose así a los nacionalismos y siendo el modelo ideal para un país como España.

EL LIBERALISMO Y LO PÚBLICO

El liberalismo se basa en la defensa del derecho de los individuos a pensar, decir y hacer lo que se les antoje dentro de su propiedad sin perjudicar a otros. Por eso un liberal, en principio, debería estar a favor del comercio libre, de la despenalización del consumo de drogas, de la libertad de expresión y de la prostitución voluntaria.

Ahora bien, ¿qué pasa en los espacios públicos? Si limitamos la idea de propiedad a la propiedad privada, entonces en los espacios públicos, como las calles, el transporte y las escuelas públicas, no podría haber reglas porque nadie estaría legitimado a imponerlas. Pero si entendemos los espacios públicos como espacios de los cuales es propietaria la sociedad en su conjunto, no hay motivo por el cual ésta no pueda imponer sus propias reglas.

Hay una diferencia entre la libertad de expresión y hablar en clase o interrumpir una sesión parlamentaria. Estar a favor de la libertad sexual tampoco implica consentir que dos personas vivan su sexualidad en el transporte público. Estar a favor de la libertad de pensamiento no implica admitir las manifestaciones nazis en las calles españolas, mujeres con velo en las fotos del DNI o tapadas por un *burka* en un espacio público.

En relación a la integración, deben definirse unas normas claras que rijan para todos en los espacios públicos. En palabras de Emma Bonino: “no se trata de hacer de esto una cuestión religiosa, sino de garantizar el orden público”. La cuestión de fondo, no obstante, no es si debe o no cumplirse la norma en cuestión, sino cuál debe ser su contenido. Por ejemplo, si debe o no prohibirse a los individuos ocultar su rostro en los espacios públicos. Un liberal no tiene nada que objetar a que una mujer adulta quiera, por propia voluntad, llevar un *burka* en su casa. Pero llevar un *burka* por la calle implica una ofensa a las convicciones morales de una sociedad que ve en ello, o al menos así debería ser, un claro signo de sumisión de la mujer y de fundamentalismo religioso. Todo ello dejando de lado el argumento que utilizan países como Holanda e Italia: permitir esta ocultación del rostro en las vías públicas atenta contra la seguridad.

LA CUESTIÓN EDUCATIVA: EL VELO ISLÁMICO

El mismo razonamiento debe aplicarse a la escuela, pero en este caso son las normas derivadas de la necesidad de un entorno académico las que deben regir facilitar la transmisión de los conocimientos y para permitir la realización de esas actividades que componen la escolaridad obligatoria.

No hace falta recurrir al uso del uniforme para darse cuenta de que un alumno semidesnudo, con una camiseta con una cruz gamada o con un velo islámico, quebranta el ambiente académico de la escuela. Más aún si analizamos lo que pretende exhibir el alumno que viste así o que es vestido así por sus padres, y las consecuencias que ello conlleva respecto a la realización de algunas actividades. Alicia Delibes, profesora de Instituto, lo explica de la siguiente forma:

En las discusiones que sobre este asunto se han mantenido durante estos últimos días, alguien ha comparado el velo islámico con las crestas punkies, los colgantes o los tatuajes de los adolescentes. Es evidente que si la escuela permite que los alumnos lleven agujereadas las orejas, lenguas o narices, y si admite sin rechistar a jóvenes con crestas multicolores y cabezas más o menos afeitadas o tatuadas, de dónde sacará la autoridad moral para protestar cuando una niña marroquí aparece con un discreto velo en la cabeza. (...)

Ahora bien, si en algo se parece el velo a la cresta es precisamente en que ambas cosas tienen un simbolismo. El chico que se coloca una cresta en la cabeza lo hace, en primer lugar para molestar a su padre, después, para hacer ostentación de su rebeldía contra el sistema y, por último, para dejar claro cuál es el grupo o tribu juvenil al que dedica sus simpatías. Cuando el señor Elidrisi manda a Fátima con el *hiyab* a clase lo hace, primero: porque quiere demostrar que su hija es una niña sumisa a la autoridad paterna; segundo: porque quiere que todos sepan que educará a sus hijos en las más estrictas normas islámicas, y tercero, porque quiere dejar claro que nunca permitirá que su niña sea “asimilada” por las costumbres españolas. (...)

Hace pocos días supimos de una niña paquistaní a quien su padre impedía asistir a la clase de gimnasia del colegio. Explicaba éste, con sorprendente desfachatez, que era simplemente una cuestión de “culturas diferentes, de civilizaciones distintas” y que, según las costumbres de su país y de muchos otros países islámicos, las niñas no hacen deporte, no enseñan las piernas, no corren, no saltan, no juegan como los varones porque para ello se precisan gestos y posturas que consideran “impúdicas”.

Hace menos de 40 años, en España, muy pocas mujeres hacían deporte y sobre todo muy pocas hacían ciertos deportes que eran considerados poco femeninos y que, además, exigían una vestimenta un tanto “indecorosa”. Hace menos de 40 años, en los colegios de monjas, las niñas eran obligadas a hacer gimnasia con unos trajes que resultaban tan ridículos como poco apropiados para saltar, correr o jugar al balón. Pero es que hace bastante poco que las españolas hemos conseguido vestirnos como nos da la gana y practicar el deporte que se nos antoje.

No nos resulta, por tanto, extraño oír a un inmigrante musulmán que la gimnasia no es propia de mujeres, que exige vestimenta y posturas indecorosas y que se niega a que su hija la haga. Lo que nos debería resultar inaceptable es que un colegio español lo trague. Lo que es intolerable es que en España personas que tienen la responsabilidad de educar permitan que una niña no pueda nadar, correr o saltar sólo por el hecho de ser mujer. Quienes aceptan estas situaciones se están haciendo cómplices de la discriminación islámica de la mujer y con su pretendida tolerancia están contribuyendo a que la mujer musulmana esté oprimida más allá de las fronteras de los países donde esta opresión es la ley.

“El velo y las clases de gimnasia”, Alicia Delibes

Publicado en *Libertad Digital*

En su libro *La República, las religiones, la esperanza*, Nicolás Sarkozy se mostraba convencido de que los musulmanes no debían estar por encima de la Ley, pero tampoco por debajo. Su temor era que si se hacía una Ley contra el velo, se extendería la idea de una Ley contra los musulmanes, lo que avivaría el fundamentalismo. Además, podría conllevar que muchos musulmanes empezasen a llevar a sus hijas a escuelas privadas islámicas donde el velo fuera la regla. Por ello defendía, en su lugar, una normativa general. La experiencia española nos dice que en el momento en que un padre islamista lleva a su niña a clase con velo –normalmente por influencia de algún imán, que son quienes hacen campaña en defensa del velo–, otras musulmanas que antes no lo llevaban empiezan a portarlo. No podemos islamizar la escuela pública para retener ahí a nadie, porque entonces ya no serviría para integrar.

La escuela pública no puede ser multicultural, porque entonces debería tener distintas normas de conducta para los alumnos de distintas culturas (ramadán para los niños musulmanes, exigencia de profesores en vez de profesoras, rechazo a las clases de gimnasia o a la enseñanza del evolucionismo, etc.), o no tener normas en absoluto (única forma de acomodar la total diversidad cultural). Es más, la idea de que las normas civiles están por encima de la “Ley de Dios” forma parte de la enseñanza que pretendemos transmitir: el respeto por la Ley y el prestigio de la misma.

Si no conseguimos imponer esta mínima norma, además de ver proliferar niñas con sus cabezas tapadas en las escuelas, estaremos creando, al amparo de los derechos individuales, auténticos guetos donde rigen las mismas normas que en el mundo islámico bajo el consentimiento aparente de quienes padecen esas normas: mujeres y niñas que nunca fueron educadas en libertad y que, gracias a políticos *progres* y *buenistas*, nunca verán otra cosa.

LA CUESTIÓN EDUCATIVA: LOS COLEGIOS ISLÁMICOS EXTRANJEROS

Los totalitarismos utilizan instituciones propias de los regímenes liberales para acabar con dichos regímenes. La libertad de enseñanza y la libertad

religiosa pueden servir como instrumentos para que el islamismo propague la *Yihad*, a través de escuelas y mezquitas, algunas de ellas financiadas por Arabia Saudí. ¿Qué postura debe adoptar el liberalismo ante tal “abuso de derecho”? No es una cuestión nueva: es la misma que se planteó cuando la banda terrorista ETA utilizó la libertad política para acceder a las instituciones democráticas y perpetrar atentados terroristas.

No hay que defender modelos educativos estatistas para garantizar el acceso de los jóvenes que viven en España a esa formación cultural que les permitirá, en el futuro, ser y actuar como individuos libres, con independencia de su sexo, religión, origen cultural o de los deseos de sus padres. Ante las amenazas de usar el liberalismo educativo para propagar el fundamentalismo no hay que reaccionar con aislacionismo, nacionalismo o proteccionismo educativo. Sólo con el cumplimiento de la Ley, que es uno de los pilares del liberalismo, se debe limitar ese abuso de derecho que, amparado en la multiculturalidad, pretende limitar la formación y la integración en la modernidad de los jóvenes en función de sus orígenes étnico-religiosos.

La civilización occidental no se defiende con medidas aislacionistas, porque es el resultado del pensamiento libre y la apertura a distintas culturas. Ello no significa que Occidente se tenga que vendar los ojos si el Ministerio de la Religión saudí financia escuelas y mezquitas *wahabitas* y antioccidentales en su territorio. Impedirlo no supone recortar las libertades que defendemos, no supone una contradicción con el discurso de la defensa de la libertad de enseñanza.

Sencillamente, no hace falta esperar a que un inspector educativo encuentre un libro de texto que incite a la violencia contra los judíos para actuar; basta ver la realidad política saudí para comprender que no estamos ante una ayuda extranjera a una minoría religiosa sino ante una injerencia que tiene como finalidad destruir los cimientos de la sociedad occidental, fragmentándola culturalmente y creando una comunidad con un sistema de valores claramente anti-occidental.

No debemos tener complejos de ningún tipo para expulsar a imanes *yihadistas* o para cerrar centros de culto o educativos radicales, siempre que

además apoyemos a los musulmanes interesados en la religión y no en la destrucción de Occidente, a aquellas personas que en el entorno cultural islámico defienden una Ilustración para el Islam y a los disidentes perseguidos por el fanatismo, como Ayaan Hirsi Ali.

Nada tiene de contradictorio defender el cheque escolar, la libre creación de centros educativos privados, la independencia funcional de las escuelas o la libertad de elección de asignatura de religión, con garantizar los derechos civiles de las niñas musulmanas, su integridad física y el hecho de que estén siendo efectivamente escolarizadas, puesto que lo contrario no resultaría amparable en la libertad de enseñanza, como tampoco debieran serlo las escuelas o mezquitas que exalten la violencia o el fundamentalismo.

En términos prácticos, la cuestión de las escuelas extranjeras debe tratarse, según los principios del Derecho Internacional y según la legislación española⁷, aplicando el principio de la reciprocidad (a falta de otros tratados internacionales). Este régimen es el que aplica también la Constitución al hablar del derecho de sufragio de los extranjeros en las elecciones locales. A mi juicio, en ninguna de las dos cuestiones debería hablarse de reciprocidad, puesto que ambas –la proliferación de escuelas extranjeras y el derecho de voto de los inmigrantes– afectan a la integración social de personas que viven en España, no a las relaciones diplomáticas y, por tanto, tiene más sentido tratarlo como una cuestión de política nacional de inmigración, sobre el modelo de integración español, que como un asunto de política exterior.

En realidad, la finalidad originaria del Real Decreto en cuestión era regular los colegios que las Embajadas abrían para los hijos de sus diplomáticos; de ahí la exigencia de reciprocidad (pensando en los hijos de nuestros diplomáticos). Por ello, en sus términos actuales, esa exigencia de reciprocidad no resulta aplicable a las grandes escuelas islámicas que abre o financia Arabia Saudí, ya que son escuelas que imparten el temario español, no el saudí, por lo que no entran en la definición de “centros extranjeros”.

⁷ Real Decreto 806/1993, de 28 de mayo, sobre régimen de centros docentes extranjeros en España.

Arabia Saudí no pretende, con sus mezquitas y sus escuelas, dar servicios a sus funcionarios, sino influir ideológicamente en la población musulmana con el fin de ser la capital ideológica de esos musulmanes. Mientras el régimen saudí sea una teocracia cuyo Ministerio de la Religión *wahabita* promueva el fundamentalismo, y su Policía Moral persiga a sus ciudadanos por sus creencias o prácticas sexuales, es incompatible con nuestros valores, digan lo que digan los idearios que presenten para sus centros y mezquitas, incluso si imparten el temario español.

Una reforma interesante sería que el citado Real Decreto –que exige el principio de reciprocidad a los “centros extranjeros”– definiese como tales a aquellos sostenidos directa o indirectamente por otro país, impartan el temario que impartan. Ciertamente, exigir que se puedan abrir escuelas occidentales en Riad no va a mejorar la integración de los musulmanes españoles que vayan a escuelas o mezquitas radicales, pero Arabia Saudí nunca permitiría la pluralidad religiosa en su territorio. La reciprocidad es, por tanto, un instrumento para que los regímenes totalitarios no aprovechen nuestro régimen de libertades para teledirigir la formación cultural de la población inmigrante, aunque este fin no esté relacionado *per se* con la situación de los cristianos y otras minorías religiosas en Arabia Saudí, que también merece nuestra consideración.

LA NACIÓN ESPAÑOLA

Integrar a los inmigrantes significa hacerles ciudadanos efectivos dentro de una sociedad abierta, asumiendo los valores que permiten que funcione dicha sociedad. El problema es que en España el proyecto de nación liberal al modo occidental, es decir, una construcción moderna para garantizar libertades individuales a las personas, es contestado por movimientos nacionalistas de carácter étnico-lingüístico-territorial que, con mayor o menor grado de violencia, se oponen a que España se homologue a las democracias occidentales.

Nacionalismos que, al acceder al poder local, imponen la lengua autóctona como la única oficial, arrinconando la lengua común (materna de

la mayoría de los habitantes de estas regiones). Nacionalismos que han creado problemas identitarios sin conseguir mejorar el nivel de vida de los ciudadanos. Nacionalismos que han copado los medios de comunicación para proteger a su construcción nacional de la transparencia. Nacionalismos que, gracias a la colaboración de la izquierda, han conseguido que muchos emigrantes se avergüencen de sus orígenes y que han generado mayores problemas de integración que los que se viven en cualquier otra región de España.

Los nacionalismos en España, pese a su marcado sesgo étnico, lingüístico o territorial, responden a ideologías creadas para legitimar una absorción completa del poder político; al contrario que sucede con el sano patriotismo anglosajón, han generado gobiernos poco transparentes, altos niveles de corrupción, endogamia y sectarismo en una clase política imbuida en un proyecto identitario que es medio y fin de toda la actividad pública.

El problema que tiene Europa, en comparación con EE.UU., para integrar inmigrantes se debe al fuerte componente histórico de su cultura –frente al filosófico de la cultura americana, fundada por inmigrantes–, lo que se maximiza con los delirios, exageraciones y fantasías de los nacionalistas.

La Generalidad de Cataluña, en su afán por homogeneizar a los ciudadanos en torno a su idea nacionalista, ha favorecido la inmigración de origen islámico frente a la de origen hispanoamericano, mucho más cercana culturalmente a España. El razonamiento consiste en que, al no hablar español, los inmigrantes musulmanes no sólo tendrían más incentivos para aprender catalán –un argentino no lo necesita para vivir en Barcelona–, sino que, lo que es más importante, no hablarán castellano. Basta consultar las hemerotecas para observar la magnitud del problema del islamismo en Cataluña: aumento de las células *yihadistas*, proliferación de imanes radicales, contestación de la extrema derecha y del nacionalismo catalán más xenófobo, etc.

Lo último del Gobierno catalán es crear “escuelas de bienvenida” para catalanizar a los hijos de los recién llegados. Nada importa que estemos

ante inmigrantes legales perfectamente adaptados, trabajando y hablando nuestra lengua común, nada importa el nivel educativo de esos alumnos o del resto de alumnos en Cataluña; lo que se pretende es garantizar la homogeneidad política.

Es por eso que los nacionalistas catalanes están proponiendo medidas de países como Holanda o Francia, que en regiones más liberales como Madrid ni se plantean. La cuestión es que el problema de integración que tiene Cataluña se lo ha buscado su propio Gobierno llevando al extremo la idea nacionalista, y eso no se va a solucionar utilizando instrumentos que pretenden garantizar derechos a cambio del respeto a la Ley con el único fin de utilizar la inmigración para ese delirio de la construcción nacional catalana, porque es esa obsesión la que les ha llevado a su actual situación.

La crisis nacional que vive España, el problema de los nacionalismos y de las minorías culturales, y el cada vez mayor reto de la integración de los musulmanes, son problemas generados por las identidades cerradas de carácter étnico, y que tienen una solución común al alcance de la clase política: la defensa de la idea de España como nación liberal, como proyecto de convivencia cívica en el que quepan distintos ciudadanos de distinta raza, distinta lengua materna y distinto credo. Es decir, aquello que jamás conseguirá el nacionalismo y que jamás aceptará el islamismo, pero que constituye el modelo de sociedad abierta que garantiza libertades políticas a las personas.

HUNTINGTON CONTRA FUKUYAMA: LOS VALORES OCCIDENTALES

Hablar de la integración de los inmigrantes es hablar de su integración en las leyes que rigen la sociedad de acogida y en los valores que las sustentan; en nuestro caso, en aquellas instituciones que permiten la continuidad del régimen de libertades, como son la igualdad del hombre y la mujer. Ahora bien, la integración en los valores occidentales, ¿debe hacerse porque son los valores de la sociedad de acogida –*allí donde fueres haz lo que vieres*– o porque son valores universales? ¿Es moralmente equi-

parable la integración en una sociedad libre que en una teocracia islámica?

Francis Fukuyama, quien predijo el *fin de la historia* de las ideologías tras la caída del Muro de Berlín y la aparente expansión de las democracias liberales y del capitalismo, defiende el carácter universal de la libertad, los derechos humanos y la democracia. Preveía Fukuyama que la expansión de estas instituciones sería una cuestión de tiempo, comparable al avance de la ciencia y la tecnología, porque el liberalismo ya había ganado la batalla de las ideas. Tras lo ocurrido en el mundo antes, durante y después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, y viendo el avance del integrismo en el mundo islámico, del populismo socialista en América Latina y de los nacionalismos en Europa, parece que los hechos contradicen a Fukuyama.

Una explicación más razonable –o, al menos, que se puede sostener observando la realidad– de lo que está pasando en el mundo la daría Samuel Huntington, recientemente fallecido, quien defiende el concepto de *choque de civilizaciones*, planteando un choque cultural entre la civilización occidental y la civilización islámica, lo cual explicaría el fracaso de la doctrina neoconservadora de expansión de la democracia en Afganistán e Irak o las victorias de las fuerzas políticas antioccidentales y antidemocráticas que han resultado victoriosas en elecciones como las de Palestina.

Quienes rechazamos que el derecho a la vida y a la integridad, la igualdad de la mujer, de los homosexuales y, en general, de las minorías, la libertad ideológica y la propiedad privada sean instituciones sólo aplicables en Occidente, afirmamos que son valores universales y que todo ser humano posee estos derechos de forma natural.

Huntington afirma que esa universalidad no es real en tanto que dichos valores sólo son percibidos como universales por los occidentales, y sólo rigen en Occidente. La universalidad es, para Huntington, la forma que tiene Occidente de relacionarse con las demás civilizaciones, su ideología al confrontarse con las culturas no occidentales. Aquello considerado por los occidentales como universal, los no occidentales lo toman simplemente

como occidental. Y así, lo que los occidentales ven como una saludable integración mundial, los no occidentales lo temen y lo condenan como imperialismo cultural.

En clara contraposición a las tesis de Fukuyama –quien entonces se definía como neoconservador–, Huntington cree que la modernización puede servir para fortalecer a las culturas no occidentales, reduciendo por consiguiente el poder relativo de Occidente. En muchos aspectos el mundo se estaría haciendo más moderno y menos occidental. Fukuyama niega que haya un choque de civilizaciones, ya que de ser así estaríamos transmitiendo un mensaje contraproducente, consistente en que “lo que los occidentales consideramos derechos humanos universales son un mero producto de la cultura europea, inaplicable para quienes no compartan esta tradición cultural”⁸.

Luego los valores que rigen la vida en Occidente son universales para Fukuyama, ya que si, como da a entender Huntington, los derechos humanos emergen de la crisis política de la Cristiandad europea tras la Reforma, nada impide a otras sociedades apelar a sus tradiciones locales para negar esos derechos, y para Huntington, por el contrario, son valores de la civilización occidental que no funcionan con una simple exportación de instituciones políticas a un país islámico.

José María Marco explicó este choque de paradigmas en *Cuadernos de Pensamiento Político*, de la siguiente forma:

(...) Los neoconservadores influidos por el magisterio o la lectura de Leo Strauss tal vez hayan jugado en este punto con el equívoco al que se presta el término “régimen”. Cuando hablaban de “cambio de régimen” en Irak no se estaban refiriendo sólo a un cambio de instituciones políticas. También estaban hablando, según la terminología straussiana, de las condiciones generales de vida y de cultura que hacen posible ese régimen.

(...) De aquí la crítica de Fukuyama, que acusa a los neoconservadores de practicar la “ingeniería social” al pretender exportar la democracia en países sin tradi-

⁸ No hay choque de civilizaciones, **Francis Fukuyama**.

ción democrática. En contra de lo que muchos piensan, son los “neocon” los que afirman que sí se puede. (...)

“El futuro del neoconservadurismo en Estados Unidos”, José María Marco

Publicado en *Cuadernos de Pensamiento Político FAES*

Esta crítica a la “ingeniería social” la comparten otros autores de derechas en EE.UU., como Thomas Sowell, quien afirma que el error en Irak fue la democracia: “se pueden trasplantar instituciones de una nación a otra, pero no se pueden trasplantar la historia y la cultura a partir de las cuales evolucionaron las actitudes y tradiciones que permitieron que esas instituciones funcionaran”.

Pese a la evidencia *huntingtoniana* de que sólo Occidente considera universales los valores de las sociedades abiertas y que éstos ni rigen ni son defendidos en otras sociedades, ello no es motivo para rechazar que quienes defendemos tales valores debamos hacerlo como universales ni que debamos renunciar a exportarlos⁹.

La “guerra de religión querida y declarada por parte del Islam”, en palabras de Oriana Fallaci, es una guerra ideológica, y requiere una respuesta ideológica. La defensa de la igualdad de la mujer no sólo es un deber moral para las sociedades occidentales, sino que es un arma de guerra contra uno de los puntos débiles del “islamofascismo”.

Resulta, además, que los valores de la libertad cuyo origen occidental no se discute se construyen precisamente como valores universales. El Derecho Romano nace precisamente como una solución a los conflictos entre personas de distintos pueblos, buscando aquellas instituciones que resultaban comunes a todas las sociedades (la propiedad, el contrato, etc.); soluciones justas en el “derecho de gentes”, es decir, soluciones universales¹⁰. Lo mismo podría decirse de la filosofía humanista cristiana, que aporta al mundo una ética universal.

⁹ Alegato por la Democracia y Defending Identity, **Natan Sharansky**.

¹⁰ ¿Qué es Occidente?, **Philippe Nemo**.

Si relativizáramos los valores occidentales, estaríamos acabando con la esencia de la civilización occidental, que se construye en la Antigüedad y se reconstruye en la Ilustración bajo la idea de la universalidad de esos avances. No es casualidad, por tanto, que la izquierda hegeliana y marxista –I y III Internacional–, que rechaza las grandes construcciones occidentales, grecorromanas y judeocristianas, acoja el multiculturalismo y el relativismo moral y cierre los ojos ante la situación en el mundo islámico de esas mujeres, esos homosexuales y esas minorías a las que dice defender.

La democracia y los derechos individuales requieren una construcción cultural cuyo análisis no puede ser ignorado por el liberalismo. Hay periodos en la Historia en que la democracia fracasó también en Europa (cuna de todos los totalitarismos del siglo XX: Hitler llegó al poder por las urnas). Hay distintas civilizaciones y, en Oriente Medio, se está viviendo un choque cultural, pero ello no quita que los valores occidentales sigan teniendo un valor universal, que haya culturas más avanzadas que otras y que cuando un régimen democrático fracasa en un país dividido en etnias lo que falla es la construcción cultural, no las instituciones liberales. En palabras de Sharansky: “La democracia sin identidad promete guerra; la identidad sin democracia la asegura”.

Se puede concluir, por tanto, que la libertad no tiene su futuro garantizado como creía Fukuyama, que existen diferencias culturales que en buena medida explican lo que está pasando hoy en el mundo. Puede llamársele choque de civilizaciones, pero el fracaso de las instituciones occidentales fuera de Occidente no debe llevarnos a dudar del valor universal que nosotros le damos a esos valores y a esas instituciones, sino de los problemas culturales de sociedades equiparables a nuestra Edad Media –período en que una democracia hubiera resultado impensable.

Tal vez hagan falta siglos de evolución en otras culturas para que funcionen en ellas nuestras instituciones, como hicieron falta en Europa, pero que haya factores culturales que hagan equivalente la diferencia entre Occidente y otros países con las diferencias entre el Occidente del siglo XVI y el actual, no debe ser el argumento para sustentar el relativismo moral o cultural basado en la existencia de distintas civilizaciones, del mismo modo

que no negamos que desde el siglo XVI hasta hoy Occidente ha “avanzado”, y no simplemente “cambiado”. Por eso, aun cuando no logremos siempre exportar los avances de Occidente, lo último que deberíamos hacer es traer a Occidente atrasos como la discriminación de la mujer o la guerra religiosa.

No demos a quienes tapan a sus mujeres con un *burka* o les impiden estudiar, trabajar y salir de su casa, el sustento de decir que es una cuestión de diferencias culturales. Aunque así fuera, una cultura que da derechos a la mujer es mejor y más respetable que otra que las somete, maltrata, mutila y lapida. Las diferencias culturales no justifican diferentes juicios morales. Nosotros hemos necesitado siglos de desarrollo para tener un régimen de libertades y vencer a los totalitarismos que pretendían destruirlo. Y nuestros valores de igualdad y libertad, en tanto que entendemos que son un derecho natural de todo ser humano, y que deben regir para todos ellos, deben ser proclamados universales.

La integración cultural de los musulmanes en la civilización occidental no es un simple proceso de acomodo, de digestión social. No es comparable a lo que vive un occidental cuando va a vivir a Yemen. Lo equivalente sería más bien traer a Occidente a un occidental que haya nacido y vivido en el Antiguo Régimen o en la Alemania nazi. La integración consiste en enseñar que la libertad, la democracia y la igualdad son valores irrenunciables para esta civilización.

“Todos los hombres fueron creados iguales”, reza la Constitución de EE.UU. La universalidad, la firme convicción de que toda persona debe ser libre, no es renunciable ni es relativo. Forma parte de la esencia de nuestra civilización.

CONCLUSIONES

Al amparo de la libertad religiosa se han propagado por Europa mezquitas radicales, algunas financiadas por el Ministerio de la Religión de Arabia Saudí. Se ha podido comprobar que desde muchas de ellas se exalta el

yihadismo, la Guerra Santa contra la civilización occidental, se incita a los musulmanes a rechazar toda forma de integración en la sociedad de acogida, a las mujeres a utilizar el velo como símbolo de su identidad musulmana y se informa sobre las formas más convenientes de pegar a una mujer.

El multiculturalismo –modelo del Imperio británico– sólo ha logrado radicalizar a los musulmanes de segundas y terceras generaciones, al dar cabida al totalitarismo islámico disfrazado de confesión religiosa, además de desembocar en la autocensura de la sociedad, en un intento por apaciguar a los millones de musulmanes que viven en ella.

El 7 de julio de 2005 cuatro musulmanes de familias pakistaníes pero nacidos y educados en el Reino Unido, hicieron estallar vagones de Metro y autobuses llenos de “compatriotas” británicos. Un régimen de libertades individuales en una sociedad multicultural no garantiza por sí mismo el respeto a las libertades ajenas, es decir, la continuidad de los valores que dieron lugar al régimen de libertades, porque esos valores están siendo combatidos ideológicamente al amparo de la multiculturalidad.

Son varios los hechos que acreditan estas valoraciones: los contenidos *yihadistas* de los libros de texto saudíes que se utilizan en escuelas británicas, la formación y financiación saudí de imanes expulsados de Europa por incitar al terrorismo o la incitación desde las mezquitas al uso del velo islámico en las escuelas como muestra de segregación, por no mencionar la ofensiva islamista tras la publicación de las caricaturas de Mahoma.

En España, la inmigración de origen islámico está aún por debajo de la media europea. Por ello no se ha producido aún un debate serio sobre la inmigración, la integración y la identidad nacional, como sí ha ocurrido en los países nórdicos tras la publicación de las caricaturas o en Holanda tras el asesinato de Van Gogh y la persecución de Hirsi Ali.

En el caso de Dinamarca, viene a colación la siguiente reflexión:

El victimismo y el orgullo de los musulmanes europeos son las dos caras de la causa islamista. Por ello, para islamistas como el jeque Yusuf al Qaradawi y su co-

rreligionario Tariq Ramadan, los inmigrantes musulmanes en Europa son la primera prioridad. (...) Para Ramadan, los musulmanes de Occidente constituyen la vanguardia de la comunidad musulmana, la umma. Debido a que viven en el corazón de aquello que define la identidad occidental, es tanto más importante para ellos afirmarse en sus valores islámicos. De esta manera, el conflicto entre la tradición liberal democrática y el antiliberalismo islámico se desplaza a las mismas sociedades europeas, lo que hace que éstas sean, de forma mucho más directa que antes, testigos de enfrentamientos en torno a la libertad.

Así, unas banales ilustraciones satíricas aparecidas en un periódico danés suponen para una amplia parte del mundo musulmán un asunto capital. Ahora que la lucha por Europa es el principal objetivo de los islamistas, sacan la artillería pesada cuando los europeos insisten en su tradición liberal. (...) Ceder sobre los límites de la libertad de expresión sería defraudar enormemente a los musulmanes que no desean seguir la senda islamista. Sería como señalar que no nos tomamos nuestros valores de libertad muy en serio. ¿Cómo podemos pretender, entonces, que personas de origen musulmán luchen por hacer el Islam más libre, poniendo así en juego sus vidas? (...) El informe Obin acerca de la situación existente en las escuelas francesas llamaba la atención sobre esto mismo: las escuelas en las que la dirección había cedido y llegado a un compromiso con los islamistas presentaban hoy los conflictos más profundos.

Islamistas y buenistas (Gota a Gota), de Karen Jespersen, ministra danesa de Bienestar e Igualdad, y Ralf Pittelkow, periodista del *Jyllands Posten*.

La integración de los inmigrantes se puede definir como la asimilación por parte de éstos de las normas legales vigentes en la sociedad de acogida, así como de los principios y fundamentos morales que sustentan dichas reglas de convivencia. Se parte de considerar a cada inmigrante un individuo igual al resto de ciudadanos en derechos y en obligaciones, frente a las tesis multiculturales que acogen colectivos, buscando no la convivencia de personas sino la convivencia de grupos cuyas normas internas deben respetarse por parte de la sociedad en su conjunto.

Unas leyes liberales no garantizan derechos individuales si no son las normas de referencia de toda la comunidad, como sucede si se ignora el hecho cultural y se permite que bajo leyes liberales se construyan esque-

mas atrasados, bajo un falso consentimiento de individuos que no han sido integrados en la sociedad que dio a luz dichas normas liberales. Las normas liberales fueron pensadas para aumentar la esfera individual frente a la estatal, no para que al retroceder el Estado crezcan grupos étnicos intermedios que dejan menos espacio aún al individuo, aun si lo hacen bajo su presunto consentimiento.

—El liberalismo no propone un proyecto moral más allá de la libertad individual respetando las libertades ajenas. Pero para que ese régimen funcione deben regir unos elementos culturales comunes que lo sustenten. Por ello no sería liberal que hubiera niñas con *burka* en la escuela, porque se estaría asentando un gueto en cuyas raíces culturales se asienta la ruptura del principio de igualdad.

Una mujer musulmana está en su derecho de llevar velo, pero la sociedad de acogida debe cerciorarse de que esa mujer tiene libertad e independencia para tomar sus decisiones. Para eso está la escuela: un ámbito en que se imparta la cultura española. Prohibir el velo y obligar a hacer gimnasia no limita la libertad religiosa sino que enseña el respeto a los valores cívicos sobre los que debe asentarse la Nación.

Si uno observa la experiencia británica, advierte que se hace necesaria una mínima asimilación de valores comunes para que una sociedad funcione y, por tanto, para garantizar la continuidad del régimen de libertades: un proyecto liberal de integración como el que rige en EE.UU.

La voluntad de integrar a los musulmanes en un proyecto nacional no supone una intromisión ilegítima en la esfera de lo personal, como sí hacen los nacionalistas, pues el objetivo no es otro que la continuidad del régimen de libertades.

La libertad de enseñanza es un derecho de los individuos de las sociedades abiertas; resulta absurdo que se beneficien de él quienes tratan, con sus mezquitas o escuelas, de desestabilizar la integración de los musulmanes en Occidente, no de facilitar sus necesidades de culto. La construcción

de un Estado dentro de otro Estado supone la destrucción del régimen de libertades.

El principal obstáculo para definir una política de integración en España no son los musulmanes, pues aún no hay auténticas comunidades musulmanas donde predomine el *yihadismo*, sino el nacionalismo. Más concretamente, la transferencia de competencias en educación, cultura, política lingüística e inmigración a instituciones gobernadas por partidos nacionalistas, que tienen el objetivo político de promover unas identidades distintas e incompatibles con la española en ciertos ámbitos territoriales; no basadas en la convivencia democrática sino en la hegemonía lingüística, cultural e ideológica.

Cabe concluir que el primer paso que debe dar España, y el sistema educativo español, a la hora de definir un proyecto liberal de integración, es definir y establecer un proyecto de Nación sobre el cual quepa hablar de integración.

Las libertades no pueden amparar una ideología totalitaria que busca destruir el régimen de libertades, por mucho que ésta se disfrace de contenido religioso. Es lo que en el ámbito jurídico se denomina "abuso de derecho". Lo que los españoles tuvimos claro al ilegalizar el entorno político y mediático de ETA, debemos reafirmarlo en relación al terrorismo islámico y extremar los controles respecto al origen de la financiación de centros educativos, culturales o religiosos islámicos, respecto a la formación recibida por los responsables de dichos centros y respecto a lo que allí se dice o enseña, ya se trate de una mezquita o de una clase de religión islámica en un instituto público.

Pero más allá de esta obviedad, debe tenerse en cuenta que el objetivo de las políticas liberales es maximizar las libertades de los individuos, y que dar cobertura institucional a la consolidación de grupos culturales rígidos e impermeables puede dar lugar a una reducción, de hecho, de la libertad que disfrutaban los individuos que habitan esos grupos.

Así, una política liberal de integración debe tener en cuenta dos aspectos, que podríamos denominar como el reactivo y el preventivo:

1. Lo esencial y primordial es garantizar el cumplimiento de la Ley, estableciendo los controles necesarios en mezquitas, escuelas y libros de texto. Todo discurso que contravenga la Ley –*yihadista*, antisemita, misógino, etc.– debe perseguirse activamente y deben reformarse las Leyes, cuando sea necesario, para perseguir el extremismo religioso, facilitando la expulsión de los islamistas extranjeros y la persecución penal de los que tengan la nacionalidad española. Se hace necesario, además, que los espacios públicos, como las escuelas estatales, tengan normativas claras en cuestiones como el velo islámico, a fin de tener una base en la que apoyarse para garantizar el principio de igualdad.

2. El Estado debe garantizar una elección real del estilo de vida de los musulmanes (especialmente mujeres, homosexuales y menores de edad), asegurándose de que éstos tienen libertad real para ejercer sus derechos individuales. Éstas serían algunas propuestas: ofrecer a las mujeres la enseñanza de la lengua nacional para que no dependan económicamente de sus maridos y puedan elegir su estilo de vida, enseñarles los derechos que tienen y cómo poder ejercerlos, ayudar a integrarse a las comunidades religiosas locales para que no dependan de la financiación de instituciones extranjeras, realizar controles sanitarios efectivos sobre todas las niñas musulmanas para garantizar que no se practican mutilaciones genitales, garantizar la escolarización de todos los niños en la edad establecida por la Ley, etc.

Los defensores de la multiculturalidad, a los que Jespersen y Pittelkow denominan *buenistas* (término que en España evoca ineludiblemente la imagen de José Luis Rodríguez Zapatero), defienden que los musulmanes se rijan por sus “propias normas”, lo que sin duda tiene un elemento relativista de rechazo a la cultura propia, sin darse cuenta o sin querer darse cuenta de que esa *diversidad cultural* puede impedir y, de hecho, impide, el ejercicio de libertades individuales, y trae consigo todo ello un intento de apaciguamiento que sólo puede llevar a la autocensura.

Lo fundamental es que la sociedad de acogida tenga unas normas claras que permitan la integración, ya que sin ese consenso social de partida no habrá en qué integrar a nadie, como apunta Víctor Pérez-Díaz. La integración cultural de los musulmanes sí tiene amparo en el liberalismo, pues si ésta no se produce se está permitiendo que dentro del régimen de

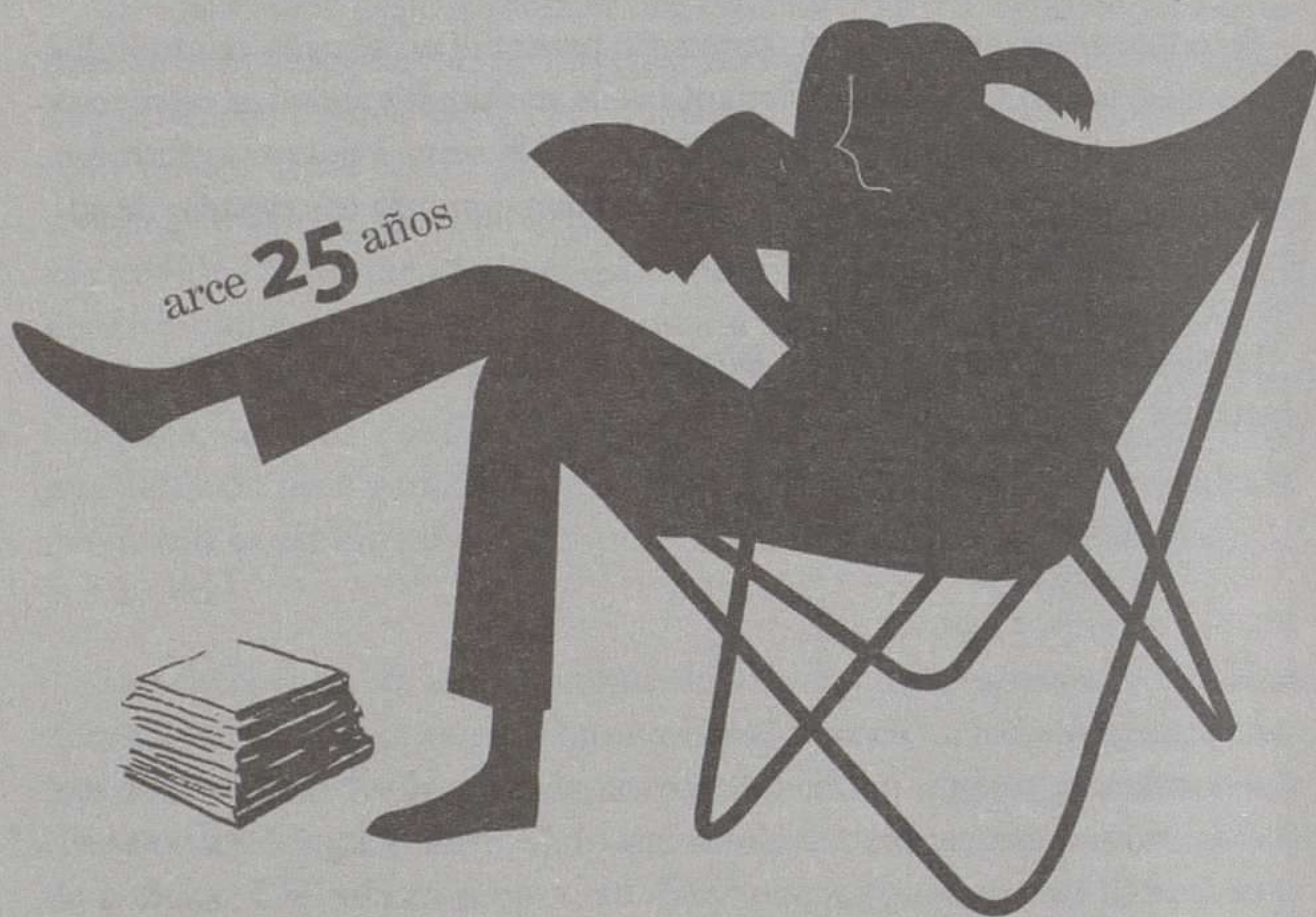
libertades nazcan y crezcan grupos culturales cuyo fin es acabar con ese mismo régimen.

Si el liberalismo se limita a defender la libertad de enseñanza, no tendrá argumentos cuando un imán extremista quiera que su hija estudie con *burka*, no quiera escolarizar a sus hijos en centros donde enseñen mujeres o solicite abrir un colegio financiado por Arabia Saudí. Unas leyes liberales no garantizan derechos individuales si se permite que, al amparo de éstas, refuercen su hermetismo esquemas sociales atrasados.

Si todo esto no se hace y el islamismo prospera en España como lo ha hecho en el Reino Unido bajo el manto de la multiculturalidad, el retroceso del poder estatal que reclama el liberalismo sólo servirá para transferir ese poder a líderes religiosos o étnicos que asfixien aún más ese espacio de soberanía del individuo.

Habremos vuelto al Antiguo Régimen y condenado a muerte nuestras libertades.

La cultura pasa por aquí



arce **25** años



arce

ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA

Covarrubias, 9. 2º Dcha. 28010 Madrid.

Tel.: 91 308 60 66 | Fax: 91 319 92 67 | E-mail: info@arce.es | www.arce.es

www.revistas culturales.com

ISAIAH BERLIN: DE LA PERTENENCIA CULTURAL AL SIONISMO LIBERAL

El ensayo fundamental en que Isaiah Berlin expone sus reflexiones sobre la cuestión nacionalista es “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”¹ y su esbozo, titulado “The Bent Twig: una Nota sobre Nacionalismo”, había sido publicado en 1972 en la revista *Foreign Affairs*². Aunque no de forma tan incisiva y exhaustiva, habría que añadir un par de intervenciones más: unos apuntes dirigidos a un amigo que le había pedido consejo sobre una conferencia, publicados con el título “Notas para una conferencia futura”³, y algunos comentarios y respuestas a una entrevista realizada por Nathan Gardels⁴.

La tesis de fondo de “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente” es la constatación del fracaso de los pensadores e intelectuales del siglo XIX que no fueron capaces de predecir la fuerza del nacionalismo como elemento conformador de la sociedad moderna. Fracaso más acusado porque el avance de la genética, la explosión tecnológica y el desarrollo eco-

Leah Bonnín es escritora. Su último libro es *Come on, baby!*

¹ Ver nota a pie de página en “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, pp.415-438, en **Isaiah Berlin**, en *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000.

² *Foreign Affairs*, nº 51, octubre de 1972.

³ **Berlin, Isaiah**: “Notas para una conferencia futura”, en *Letras Libres*, México, octubre 2001.

⁴ **Gardels, Nathan**: “Nacionalismo bueno y malo. Entrevista de Nathan Gardels con Isaiah Berlin” pp.13-16, *Vuelta*, Número 183, México, febrero 1992.

nómico habían creado la ilusión de que era posible descubrir las leyes que gobiernan el cambio social y la historia y, por tanto, predecir el futuro.

Convertidos en nuevos profetas, mayores y menores, los intelectuales se habían enfrascado en la tarea de predecir el futuro. Condorcet profetizó que una ciencia natural del hombre conduciría al final del crimen, la locura y la intolerancia; Saint-Simon predijo un mundo tecnocrático y su discípulo Comte abogó por la formación de una sociedad racional de ciudadanos científicamente adiestrados; Lassalle predicó el socialismo de Estado; Max Weber adelantó el creciente poder de la burocracia; Karl Marx predijo la concentración de los medios de producción en manos privadas y el avance de la industrialización; Huxley avanzó un mundo feliz y genéticamente planificado; Orwell alertó sobre el totalitarismo y el control de las mentes. Algunos acertaron y otros se equivocaron, pero en ningún caso los intelectuales del XIX contemplaron el nacionalismo como potencia social e ideológica para el futuro. Y eso que, advierte Isaiah Berlin en la entrevista que le hace Nathan Gardels, el nacionalismo no resurgía en la contemporaneidad del siglo XX, sino que, como el racismo, era un movimiento muy poderoso y difundido a través de distintos sistemas sociales y “ningún movimiento de izquierdas tendría éxito en Asia o África –en Indochina, Egipto, Argelia, Siria o Irak– sin ir de la mano de un sentimiento nacionalista”⁵.

El nacionalismo había sido visto como una fase pasajera de la evolución de los hombres en tanto que seres sociales. Más que una ideología o proyecto político, el nacionalismo era la expresión de “la necesidad de pertenecer a un grupo fácilmente identificable, (...) un requerimiento natural por parte de los seres humanos: familias, clanes, tribus, estamentos, órdenes sociales, clases, organizaciones religiosas, partidos políticos y, finalmente, naciones y Estados, eran las formas históricas para la satisfacción de esta básica necesidad humana”⁶, un *Volkgeist* o *Nationalgeist*, como en el siglo XVIII había inventado Johann Gottfried Herder, quien, opuesto a los universalistas franceses de la Ilustración, creía en la pacífica coexistencia de

⁵ *Ibidem*, p.13.

⁶ **Berlin, Isaiah**: “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, p.420, Op. Cit.

las distintas culturas nacionales y entendía la nación como “un conjunto de costumbres y un estilo de vida, una manera de percibir y comportarse que es de valor únicamente porque les [a los miembros del grupo] es propia”⁷, una autodeterminación cultural, una construcción mental no agresiva que al ser humano le serviría para sentirse en casa en algún lugar, con aquellos semejantes con los que comparte una experiencia histórica y cultural colectiva y que, en ningún caso, significaría la superioridad de un pueblo sobre otro. No esa idea de nación como valor supremo de los nacionalistas ante el cual todas las otras consideraciones deberían ceder siempre que fuera necesario, ni la raza y la sangre. Pues su sentimiento nacional no era político y tenía que ver con el suelo, el idioma, los recuerdos comunes y las costumbres; su idea central es que la soledad no es vivir solo, sino “vivir entre gente que no entiende lo que uno dice”⁸ y el hombre se define a través de su asociación con los otros.

Según Isaiah Berlin, cuatro son los rasgos que caracterizan el nacionalismo político, al que califica de peligroso. En primer lugar, la convicción de que el carácter del individuo está determinado por la pertenencia al grupo y no puede ser comprendido sin él, de que los valores y propósitos del individuo están definidos por la pertenencia a un territorio, a unas costumbres, a unas leyes, a una lengua o a alguna religión, al parentesco o a las características raciales. En segundo, la comprensión de la nación como un organismo biológico cuyas metas y valores son supremos y, en caso de conflicto con otros valores (intelectuales o religiosos, personales o universales), deben prevalecer, “dado que sólo así la decadencia y la ruina de la nación será evitada”⁹. En tercer lugar, concede valor a lo propio simplemente porque es propio, porque son valores de *mi* nación, de donde he nacido, no porque “conduzcan a la virtud o a la felicidad o a la justicia o a la libertad, o sean ordenados por Dios o la iglesia o el príncipe o el parlamento o alguna otra autoridad universalmente reconocida, o sean buenos o correctos en sí mismos, y por tanto válidos por su propio derecho para

⁷ Berlin, Isaiah: “Nacionalismo bueno y malo. Entrevista de Nathan Gardels con Isaiah Berlin” p.13, *Vuelta*, 183, México, Febrero de 1992.

⁸ *Ibidem* p.15.

⁹ Berlin, Isaiah: “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, *Op. Cit.* p.424.

todos los hombres en una situación dada”¹⁰. Y por último, en caso de que las necesidades del organismo nacional al que pertenece sean incompatibles con las de otro organismo, el individuo se ve comprometido a participar en el doblegamiento del contrario, por la fuerza, si fuese necesario.

El nacionalismo proclama una supremacía del “nosotros” frente al “yo”, en completa contradicción con los presupuestos liberales defendidos por Isaiah Berlin y con lo que él considera principio regulador de la civilización occidental, esto es, la concepción de origen kantiano (común a protestantes, judíos, musulmanes y ateos) de que los hombres son “fines en sí mismos” y, en consecuencia, tienen la capacidad de elegir qué hacer y qué ser, por más restringidas que sean sus circunstancias. Porque “todas las categorías, los conceptos, a partir de los cuales pensamos y actuamos recíprocamente –la bondad, la maldad, la integridad y la falta de la misma, y el hecho de atribuirle una dignidad u honor a los demás, y el reconocer que no debemos insultarlos o explotarlos–, el racimo entero de ideas como la honestidad, la pureza de motivos... todas estas nociones con las que pensamos en los demás y en nosotros mismos, a partir de las cuales se pondera la conducta y se adoptan los propósitos, todo eso carece de sentido a menos que consideremos a los seres humanos capaces de tratar de alcanzar sus objetivos por ellos mismos, a través de acciones deliberadas de elección...”¹¹.

¿Será posible entonces distinguir entre el nacionalismo bueno y el nacionalismo malo?, podríamos preguntarle a Isaiah Berlin. ¿Dónde está la frontera entre uno y otro? ¿Qué es lo que hace posible que un nacionalismo bueno se transforme en uno malo? O mejor, tal y como le formula Nathan Gardels, “¿qué transforma la aspiración de autodeterminación cultural en agresión nacionalista?”.

Teniendo como punto de partida Alemania, Isaiah Berlin insiste en que el infligir una herida sobre el sentimiento colectivo de una sociedad, o al-

¹⁰ Ibídem p.425.

¹¹ Carta de **Isaiah Berlin** a **George Kennan**, reproducida en *Letras Libres*, 29, págs. 28-31. Madrid. Diciembre 2002 y en **Isaiah Berlin**, *Sobre la libertad*, Edición de **Henry Hardy** pp.377-385, Alianza Ensayo, Madrid, 2004.

gunos de sus líderes espirituales, constituye la condición necesaria para el nacimiento del nacionalismo. Luis XIV, por ejemplo, habría sido el principal responsable de los orígenes del nacionalismo alemán en el siglo XVII, así como los estereotipos (esos “sustitutos del conocimiento real”) franceses acerca de los alemanes, considerados como “unos patanes cerveceros, provincianos, sencillos, ligeramente cómicos, alfabetizados pero escasamente dotados”¹², ante los que reaccionó, en particular, el movimiento pietista con una autoafirmación exacerbada y, con posterioridad, en el siglo XIX los alemanes en general transformándose en feroces nacionalistas contra Napoleón.

Algo parecido ocurriría con los rusos en el siglo XIX, tratados por Occidente como una horda de bárbaros, y con los chinos después de las guerras del opio, y con Italia y Polonia. Y en nuestros días, con la respuesta nacionalista de georgianos, armenios, uzbekos o azerbaiyanos a las persecuciones de Stalin o con la balcanización de pequeñas naciones o culturas llenas de orgullo nacional, envidias y odios azuzados por demagogos de índole diversa. Pero también con otras culturas o naciones que no han sufrido persecuciones tan acusadas, o ni siquiera las han sufrido, pero siguen sin encontrar un marco de referencia político adecuado que canalice sus ansias de autodeterminación cultural: “España tiene a los vascos y a los catalanes; Reino Unido, a los norirlandeses; Canadá, a los quebequenses; Bélgica, a los flamencos; Israel, a los árabes...”¹³. Y, por último, Asia y África y sus repúblicas de dictadores escudados tras la bandera nacionalista.

Siendo condición necesaria, las heridas infligidas por una nación a otra nación o a alguno de sus líderes espirituales no siempre desembocan en el nacionalismo. En el ensayo “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, Isaiah Berlin expone que, además, la nación ofendida debe contar con un grupo o clase de personas, unos líderes culturales o *intelligentsia* consciente, que constituyan un foco de lealtad o autoidentificación y que se encarguen, en tanto que miembros más sensibles, de articular una imagen de esa sociedad como nación, crear un foco interior de resistencia y di-

¹² Gardels, Nathan. Op. Cit. p.14.

¹³ Ibídem, p.15

rigir la restauración de la imagen nacional, “aunque sea un embrión, en virtud de algún factor, o factores, de unificación general –lenguaje, origen étnico, una historia común... (real o imaginaria)– ideas o sentimientos que están relativamente articulados en las mentes de los mejor educados y social e históricamente más preocupados (...) aunque no estén articulados, y hasta ausentes, en la conciencia del grueso de la población (...), particularmente si se las enfrenta a algún enemigo común, ya sea dentro del Estado o fuera de él –una iglesia o un Estado de detractores extranjeros”¹⁴.

Es una incógnita lo que hubiese dicho Isaiah Berlin respecto a esos renovados nacionalismos españoles (catalán y vasco, principalmente, pero también el gallego de los últimos años) que, articulados en torno a movimientos políticos autonómicos o independentistas de minorías sociales que llevan gobernando en las Comunidades Autónomas desde el inicio de la democracia, han conseguido que el discurso y la acción política en torno a la “nación”, el autogobierno o el mayor o menor grado de autonomía, sean las únicas ideas con valor político.

A pesar de la distancia y de los distintos momentos históricos, cabría aplicarles lo que dijo respecto al nacionalismo clásico. Hablaría, por ejemplo, para referirse a ellos, de una nueva máscara nacionalista, de un nuevo camino por el que, desde las instituciones del Estado (parlamentos y gobiernos autónomos que legislan y actúan exclusivamente en función de la “construcción nacional”) se dinamita el Estado y la idea de nación española. Pues los nacionalistas han conseguido lo que Mill y sus discípulos llamarían la *tiranía de la opinión y sentimiento prevalecientes* y se han impuesto hasta tal punto que, hoy en día, en España no hay ninguna formación política, nacionalista o no, que se defina o se presente ideológicamente al margen de los nacionalismos. También podría decir que en aras de la “libertad de la nación” (ese *Freedom Catalonia* que es posible observar, por ejemplo, en manifestaciones deportivas internacionales), la soberanía nacional o la independencia, el nacionalismo (tanto clásico como el renovado) está dispuesto a aceptar, si es necesario, un mal gobierno, mientras enarbole la bandera de la soberanía y la independencia. Pues en su deseo

¹⁴ Berlin, Isaiah: “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, Op. Cit. pp.429-430.

de reafirmar la personalidad de los de su grupo de pertenencia, de su nación, le basta con que el gobernante sea alguien o algo que pueda representarse como propio, algo que le pertenece y a lo que pertenece, dice Isaiah Berlin en "Dos conceptos de libertad". Deja de lado otros valores políticos –léanse fraternidad, justicia, libertad, igualdad, equidad– en aras de colmar el "ansia profunda de posición y comprensión (...) y el sujeto a emancipar ya no es el individuo sino la *totalidad social* [la nación] y entonces puede ocurrir que los hombres proclamen, al tiempo que se someten a la autoridad de oligarcas y dictadores", que esto de alguna manera los libera¹⁵.

De esta concepción de la nación (cuya existencia depende de factores lingüísticos, religiosos, históricos o geográficos a los que se les otorga un valor de significación añadido), convertida en nueva fuente de legitimidad, se derivan dos tensiones básicas, como señala Roberto García Alonso¹⁶: la tensión individuo-comunidad, al quedar el individuo supeditado a la comunidad o grupo, y la tensión universal-particular, pues frente a la modernidad de la Ilustración y sus ideales universalistas, que lo reducían todo a un mínimo común denominador, el nacionalismo abogará por la particularidad extrema y la confrontación de singularidades.

Isaiah Berlin fue muy consciente de que el nacionalismo era un fenómeno emergente en distintos lugares del Globo e iba a ser el impulso ideológico de muchos sucesos acontecidos a lo largo del siglo XX: de los movimientos de liberación nacional y de los movimientos independentistas de muchas regiones. Simpatizó con el escritor radical Herzen, que criticaba esa nueva forma de sacrificio por la que los seres humanos eran ofrecidos vivos en los altares de abstracciones como la nación, la iglesia, el partido, el progreso o las fuerzas de la historia, porque para él las situaciones concretas eran más importantes que las aspiraciones a la perfección, y los hombres comunes y corrientes, que despreciaban por igual el fascismo y el comunismo, más importantes que los héroes y "meter a la gente a la fuerza en los uniformes im-

¹⁵ "Dos conceptos de libertad", en *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, pp.241-243, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000.

¹⁶ **García Alonso, Roberto**: "El nacionalismo para Isaiah Berlin"; *Socius. Revista Ciencias Jurídicas y Sociales*. Año I, número I. Enero 2007.

pecables que exigen planes en los que se cree dogmáticamente es casi siempre un camino que lleva a la inhumanidad”¹⁷. Señaló los peligros del racionalismo ilustrado y del romanticismo, a veces ciegos a la verdadera naturaleza de los hombres y en su obra *Los orígenes del Romanticismo* intentó comprender cómo había sido que la fe ilustrada en principios morales universales se había transformado en la exaltación romántica de todo lo que era irracional en la naturaleza humana. Como Herder y Vico, Isaiah Berlin rechazó la idea de la Ilustración de que el hombre, en cualquier país y en cualquier época, tenía valores idénticos, pero trabajó y se empeñó en rescatar lo que tenía de positivo esta visión. La idea de perfección ideal o la aspiración a la utopía no formaba parte de sus categorías de conocimiento, pues las personas estamos condenadas a elegir y cualquier elección implica también una pérdida irreparable.

En tanto que sionista, no fue contrario a los movimientos de liberación nacional –“el nacionalismo moderno debe entenderse como una reacción mundial a la necesidad natural y profunda de los esclavos recién liberados, los descolonizados, un fenómeno imprevisto en la sociedad eurocéntrica del siglo XIX”¹⁸–, que por otra parte, sólo contempló como propios de los países de África y Asia que habían sido antiguas colonias, y se esforzó en no confundir la lucha contra el opresor colonial con la lucha por la libertad, que era otra cosa. Denunció el peligro de los nacionalismos políticos, pero abogó por una intercomunicación de culturas, porque lo que hace humanos a los hombres está presente en todas ellas, y una pluralidad cultural que nada tenía que ver con el relativismo cultural ni con el multiculturalismo, en especial el derivado de los programas de estudio de algunas universidades norteamericanas.

Ensalzó como valor de la tradición británica la libertad relativa frente a obsesiones políticas, raciales y religiosas, pues “nada es más destructivo que la feliz noción de infalibilidad de uno, o de su nación, que le permite destruir a otros con la conciencia tranquila porque está haciendo el tra-

¹⁷ Berlin, Isaiah: *El fuste torcido de la humanidad (Capítulo de historia de las ideas)*, p. 63. Península, Barcelona, 2002.

¹⁸ *Ibidem*, p.393.

bajo de Dios (la Inquisición española o los ayatolás) o de la raza (Hitler) o de la historia (Lenin, Stalin)”¹⁹. Valoró el pluralismo en tanto que negación de la existencia de un único patrón valorativo por encima de todas las culturas, caracteres y actos. Para Isaiah Berlin, el pluralismo significaba el reconocimiento de que los hombres pueden perseguir fines distintos y, a pesar de ello, “ser plenamente racionales, hombres completos, capaces de entenderse entre ellos y simpatizar y extraer luz unos de otros, lo mismo que lo obtenemos leyendo a Platón o las novelas del Japón medieval, que son mundos, puntos de vista, muy alejados del nuestro”²⁰. En tanto que liberal, su objetivo fundamental no era la consecución de ninguna perfección, sino el reconocimiento del conflicto y de la diferencia y la aspiración a que los seres humanos no se hicieran demasiado daño entre ellos, “dando a cada grupo humano espacio suficiente para alcanzar sus propios fines particulares, únicos, idiosincrásicos, sin interferir demasiado en los fines de otros”²¹. Sin carismas ni pasiones, sin gritos de guerra que inspiren a los hombres al martirio o a las hazañas heroicas por un ideal.

Dadas las críticas al nacionalismo político, cabe preguntarse sobre el tipo de relación que estableció Isaiah Berlin con el sionismo, ese especial nacionalismo heredero del romanticismo. El punto de partida, inspirado en el nacionalismo cultural de Herder, no puede ser otro más que su convencimiento de que entre las necesidades básicas de los hombres figura la de pertenecer a un grupo, a una tradición que conforma su desarrollo emotivo y físico tanto como sus ideas. Así, el judaísmo y, en particular, el sionismo, colmaron esa necesidad de pertenencia, pero para Berlin, pertenecer fue algo más que la sola posesión de una tierra o la formación de un Estado: la condición necesaria para ser entendido.

No hay, entre los escritos principales de Isaiah Berlin, ninguno dedicado al sionismo. Sin embargo, en no pocas ocasiones aborda la cuestión judía, solapada entre otros ensayos, como en el dedicado a Marx²², o di-

¹⁹ Berlin, Isaiah: “Notas para una conferencia futura”, Op. Cit.

²⁰ Ibídem, p.51.

²¹ Ibídem, p.99.

²² Berlin, Isaiah: *Karl Marx*, Alianza, Madrid, 1973.

rectamente, como en los dedicados a la identidad judía, reunidos en torno al volumen *Trois essais sur la condition juive*²³. Sin embargo, se proclamó sionista y apoyó la creación del Estado de Israel. En el año 1934 visitó Palestina por primera vez y se encontró con Gershom Scholem. Enviado por el Gobierno británico, trabajó para que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial, a pesar de ser consciente de que el *Foreign Office* era cautivo de la opinión árabe, y viajó a Israel cuando británicos y judíos estaban en lucha. En el año 1939 tuvo lugar el primer encuentro con Weizman, al que lo uniría una duradera amistad, pero cuando el ya primer presidente del Estado de Israel le hizo la oferta de que fuera jefe del Estado Mayor, Berlin la rechazó, del mismo modo que rehusó asumir la dirección del Ministerio de Exteriores israelí que le propuso Ben Gurion. En el año 1948 escribió a Weizman dejando claro que, aunque siempre sería sionista, no iba a unir su destino al del nuevo Estado. Como ha dicho su biógrafo, Michael Ignatieff, el sionista de toda la vida descubrió que no había lugar para él en Sión.

¿Qué tipo de sionismo defendía Isaiah Berlin? No mantuvo una posición monolítica y única al respecto. Su actitud y su análisis evolucionaron a lo largo de su vida, al calor de la evolución del propio sionismo, de la creación del Estado de Israel y de los acontecimientos políticos después de su creación. Como ha señalado su biógrafo, a Isaiah Berlin se le notaban las marcas del exilio (de Riga a Petrogrado y de ahí a Londres), que “permanecieron en él, leves pero visibles, durante toda su vida: de manera abstracta, en el respeto que le merecía la necesidad de pertenecer; políticamente, en su sionismo; moralmente, en su fascinación por las figuras marginales, rechazadas o airadas de la historia del siglo XIX”²⁴. Veía Palestina a través de metáforas muy inglesas y se resistió a la visión de Palestina como una tierra sin gente para un pueblo sin tierra.

El sionismo de Isaiah Berlin tuvo en sus inicios un marcado sentido de pertenencia y de familia, pues su madre lo era, pero después de conocer a Abraham Stern, fundador de uno de los grupos clandestinos más radicales

²³ Berlin, Isaiah: *Trois essais sur la condition juive*, Calmann-Lévy, France, 1973.

²⁴ Ignatieff, Michael: *Isaiah Berlin. Su vida*, p.52. Madrid, Taurus, 1999.

contra el mandato británico en Palestina, empezó a decantarse por lo que podría definirse como un sionismo liberal. Se identificó con el precursor del sionismo y comunista Mosses Hess, por su independencia de criterio y su integridad intelectual, por no querer introducir a la fuerza los hechos en ningún modelo social o sistema de conocimiento, y le dedicó uno de los ensayos sobre la condición judía. En él subraya que para Hess, la nacionalidad es un fenómeno real y las naciones son el producto de un crecimiento histórico natural, como las familias o los tipos físicos. Por esta razón, a pesar de que, como esa especie de profeta hebraico que era Marx, predicaba la primacía de los fenómenos económicos sobre los políticos y la emancipación del proletariado asalariado, Hess se diferenció de aquél al concluir que la condición de los judíos en la Europa moderna era imposible de resolver mediante la receta liberal de la asimilación.

Isaiah Berlin defendía la existencia del Estado de Israel como condición necesaria para la libertad judía. Según esta concepción, el Estado de Israel permitiría a los judíos huir de los estereotipos y de su historia, ya que los judíos tenían que gozar del mismo derecho que los demás a elegir la asimilación, la emigración, la separación o cualquier otra opción, tal y como esgrimirá en respuesta al artículo en que Arthur Koestler afirmaba que los judíos de la Diáspora sólo tenían dos alternativas, la asimilación plena o la emigración a Israel.

Más liberal que sionista, Isaiah Berlin “negaba que hubiera una sola manera de vivir una vida judía [y que] ... Era una forma de tiranía intelectual el suponer que una de esas alternativas tenía que ser la indicada para todo el mundo. [porque] Si las exigencias de la religión y la tradición prevalecían por encima del derecho del individuo a elegir su vida, los judíos no harían sino sustituir la esclavitud impuesta por los gentiles por la esclavitud autoimpuesta por la comunidad”²⁵.

Una actitud que lo distanció del sionismo de Ben Gurion, pero, salvando las distancias, lo acercó a la visión de Yeshayahu Leibowitz (1903-1994), al que había conocido de joven, en Riga y al que, con posterioridad, calificó

²⁵ *Ibidem*, pp.251-252.

como “la conciencia de Israel”: “He seguido con admiración los puntos de vista y las acciones de Yeshayahu Leibowitz, y lo que me ha hecho tan profunda impresión es la inquebrantable moral y la posición política que ha sostenido durante tantos años, a pesar de las presiones recibidas de quienes le insistían para que fuese sensible, realista y no cediera ante el enemigo, no fuese contra la corriente de la sabiduría convencional. Pero él resistió las presiones y no bajó la guardia (...). Yeshayahu Leibowitz es seguramente uno de los grandes valores morales de Israel (...). Afortunada la sociedad que tiene hombres así que hablan en nombre de ella”²⁶.

En los ensayos reunidos su emblemático *Judaism, Human Values, and the Jewish State*²⁷, Yeshayahu Leibowitz, sionista convencido y judío ortodoxo que se identificaba con el judaísmo de la *Halajáh* (ley judía), creía en la autodeterminación nacional del pueblo judío y en su derecho a ser soberano en su propia tierra, pero se negaba a ver el Estado de Israel como la realización mesiánica de ningún designio divino: “No tenemos derecho a vincular la emergencia del Estado de Israel al concepto religioso de redención mesiánica, con su idea de regeneración religiosa del mundo o, como mínimo, del pueblo judío. No hay justificación para envolver este acontecimiento histórico-político con un aura de santidad”²⁸. Y lo decía porque no quería que la religión se convirtiese en un instrumento político al servicio de la burocracia gubernamental. Insistía en la función instrumental del Estado y la política y advertía de que la santificación de algo secular como el Estado, además de ser una forma de idolatría, era algo moralmente pernicioso, puesto que en la defensa de sus intereses sería posible justificar cualquier tipo de acción. Distinguía de una forma muy estricta entre lo moral y lo religioso, afirmaba que no hay una moralidad o una forma de hacer política específica judía, ni una especial concepción de la sociedad judía y que no hay separación entre judíos y no judíos, sino entre individuos entre sí, algo que debía de ser muy del gusto de Isaiah Berlin. La controversia entre judíos y no judíos era sólo una cuestión rela-

²⁶ **Leibowitz, Yeshayahu:** *Judaism, Human Values, and the Jewish State*, translated by Eliezer Goldman (Cambridge: Harvard University Press, 1995)

²⁷ **Leibowitz, Yeshayahu:** Op. Cit.

²⁸ *Ibídem* p.175.

cionada con el servicio a Dios, que Leibowitz contemplaba a través de la observancia de la Toráh y las *mitzvot* (preceptos). Por todo ello, Yeshayahu Leibowitz apoyó a los objetores que rechazaron servir en el ejército israelí en los territorios ocupados después de 1987.

Aunque no se consideraba un judío creyente, Isaiah Berlin consideraba que, en el caso de que hubiera observancia, ésta tenía que ser todo lo auténtica, tradicional y próxima a la fe antigua como fuera posible. El judaísmo aparece como el marco de referencia intelectual y sentimental en el que se inscribe y al que pertenece. Habla de los judíos como hombres impregnados de historia, con un sentido de continuidad entre el pasado (cuando tenían un país propio y colonias en África del Norte y Asia) y el presente, que habiéndose iniciado en la emancipación ilustrada se extiende hasta la formación del Estado de Israel. Y lo que más le importa de todos aquellos personajes a los que analiza es su situación de judíos emancipados, su pertenencia a una minoría que aspira a identificarse con la mayoría (“los judíos de Occidente, los elementos más conmovedores puesto que, sin ser sostenidos por la rigurosa disciplina de su fe, se encontraron frente a un mundo nuevo y poco acogedor; lleno de maravillas, pero también de peligros; donde el menor paso en falso podía ser fatal... en el que la ignorancia, la angustia, la ambición, el peligro, la esperanza y la alarma eran los alimentos de la imaginación”²⁹, algo imposible, después de la experiencia de la Shoah, pues “lo trágico de la condición de los judíos era que no tenían ante ellos ninguna elección verdadera”³⁰).

El sionismo de Isaiah Berlin procede de una necesidad, no sentimental ni intelectual, no ideal, sino real: la de los judíos de poseer un lugar al que acudir, un lugar en el que “puedan ser agradables y desagradables, comunistas, liberales, conservadores... e incluso puedan preconizar el fascismo (...) sin que ello sea motivo de inquietud trágica ni desespero para los judíos en su conjunto, como lo fue en otra época”³¹. Estado, pues, como la

²⁹ Berlin, Isaiah: “Benjamin Disraeli, Karl Marx, et la recherche d’une identité” p.19, en *Trois essais sur la condition juive*, Calman-Lévy, France, 1973.

³⁰ Berlin, Isaiah: “Les Juifs: de la servitude à l’émancipation”; en *Op.cit.*, p.191.

³¹ *Ibidem*, p.200.

satisfacción de una necesidad no inventada en función de una antigua herida inflingida, sino real, después de la muerte de los seis millones de judíos. Una opción que poco tiene que ver con la de aquellos nacionalismos a los que criticaba por más que hubieran adquirido un poder inesperado.

En cuanto a su biografía, cabe decir que en los últimos años de su vida se mostró un poco perplejo en relación a sus sueños sionistas, se posicionó a favor de dos Estados y se alineó con la organización Shalom Ajshav, organización fundada en 1978 y vinculada a la izquierda israelí que aboga por el reconocimiento del derecho de los palestinos a tener un Estado independiente.

INNOVACIÓN Y POLÍTICAS PÚBLICAS: UNA PERSPECTIVA DESDE LA EMPRESA

(Seis premisas para la innovación)

INTRODUCCIÓN

A finales de 1981, el mundo asistía expectante a lo que parecía ser el jaque mate final de la industria electrónica e informática japonesa a sus competidores europeos y norteamericanos. El entonces todopoderoso MITI (Ministry of International Trade and Industry) ponía en marcha una iniciativa destinada a liderar el desarrollo de la quinta generación de ordenadores. El éxito de esta iniciativa debía suponer la hegemonía japonesa en el ámbito de la informática por al menos una década.

Diez años y 50.000 millones de yenes después, la iniciativa de la quinta generación era un completo fracaso. En vez de los poderosos ordenadores inteligentes capaces de entender el lenguaje humano preconizados por el MITI, los escritorios de todo el mundo disponían de un simple ordenador personal que se comunicaba con el usuario mediante ventanas gráficas y clics de ratón.

El David de la innovación empresarial había vencido al Goliat de la innovación estatal planificada.

Salvador Aragón es director general de Innovación, IE Business School.

INNOVACIÓN, INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO

Este artículo pretende aportar una perspectiva empresarial a la reflexión que debe generarse en torno a las políticas públicas de innovación. Sin un conocimiento claro de qué supone la innovación dentro de las organizaciones, cuáles son sus distintas modalidades y qué catalizadores e inhibidores aparecen en su desarrollo, va a ser muy difícil diseñar políticas que estimulen el proceso innovador.

Una reflexión de estas características parte de precisar el propio concepto de innovación. En la empresa, innovar implica llevar al mercado, sea de forma directa o indirecta, una nueva forma de satisfacer una necesidad del mismo. Este vínculo tan estrecho con el mercado diferencia en sus fundamentos la innovación empresarial de la investigación y desarrollo (I+D).

Esta radical orientación hacia el mercado permite clarificar las diferencias entre dos conceptos que a menudo se confunden: la innovación y la invención. Mientras que la invención hace referencia a la mera generación de ideas susceptibles de ser trasladadas al mercado, la innovación plantea el desarrollo real de dichas ideas y su presentación ante el mercado que debe evaluar finalmente su idoneidad.

Esta diferencia puede ser ilustrada mediante un ejemplo que invita al lector a regresar a su época de estudiante de primaria. Ante la cuestión de quién inventó la bombilla eléctrica no me cabe duda de que muchos responderán sin dudar: Thomas Alva Edison.

Sin embargo, la bombilla eléctrica incandescente fue desarrollada de forma más o menos independiente por 22 inventores previos a Edison. El gran logro del inventor estadounidense fue identificar los atributos claves para el éxito de la bombilla eléctrica, y a lo largo de cuatro años trabajar en el desarrollo de un modelo que satisficiera dichos atributos. El resultado final de dicho proceso fue la bombilla comercial. Hablando en propiedad, los precursores de Edison inventaron la bombilla, Edison innovó sobre la idea de la bombilla eléctrica.

Esta precisión semántica pone de manifiesto la diferencia que debe existir entre las políticas que apuntan hacia la innovación y las que atienden al proceso de invención, que tradicionalmente se conocen como políticas de I+D.

Así, como primera premisa, la innovación empresarial supone llevar al mercado una nueva forma de satisfacer al mismo, a través de un nuevo producto, de un canal, de un proceso o incluso de un modelo de negocio completo. Por lo tanto, las políticas de innovación son distintas de las políticas de I+D.

Tras esta precisión conceptual, quiero caracterizar algunos de los rasgos que distinguen a la innovación empresarial así como sus implicaciones en los diseños de políticas públicas. De hecho, para cada uno de estos rasgos el lector podrá encontrar ecos de las perspectivas académica y gerencial en su caracterización, así como una recomendación derivada para la acción política.

LA INNOVACIÓN COMO IMPERATIVO COMPETITIVO

Es sorprendente constatar cómo la mayor parte de la presencia en medios de la innovación se concentra de forma muy importante en su impacto macroeconómico. De forma reiterada puede disfrutarse de valoraciones sobre cómo la innovación incide sobre la competitividad de un país o región.

Cuando aparece la dimensión más “microeconómica” de la innovación, el foco de los medios suele iluminar dos zonas. La primera nos ofrece todo un río de datos sobre las inversiones y recursos dedicados a I+D+i (investigación, desarrollo e innovación) en nuestras empresas. La segunda se acerca más al día a día empresarial comentando la aparición de nuevos productos o servicios, calificados de innovadores.

Sin embargo, en raras ocasiones pueden hallarse noticias sobre la relevancia de la innovación en la estrategia competitiva de las compañías. De hecho, cuando se analiza dicha relevancia queda patente que sea cual sea

la estrategia competitiva seleccionada, la innovación está jugando un papel cada vez más destacado.

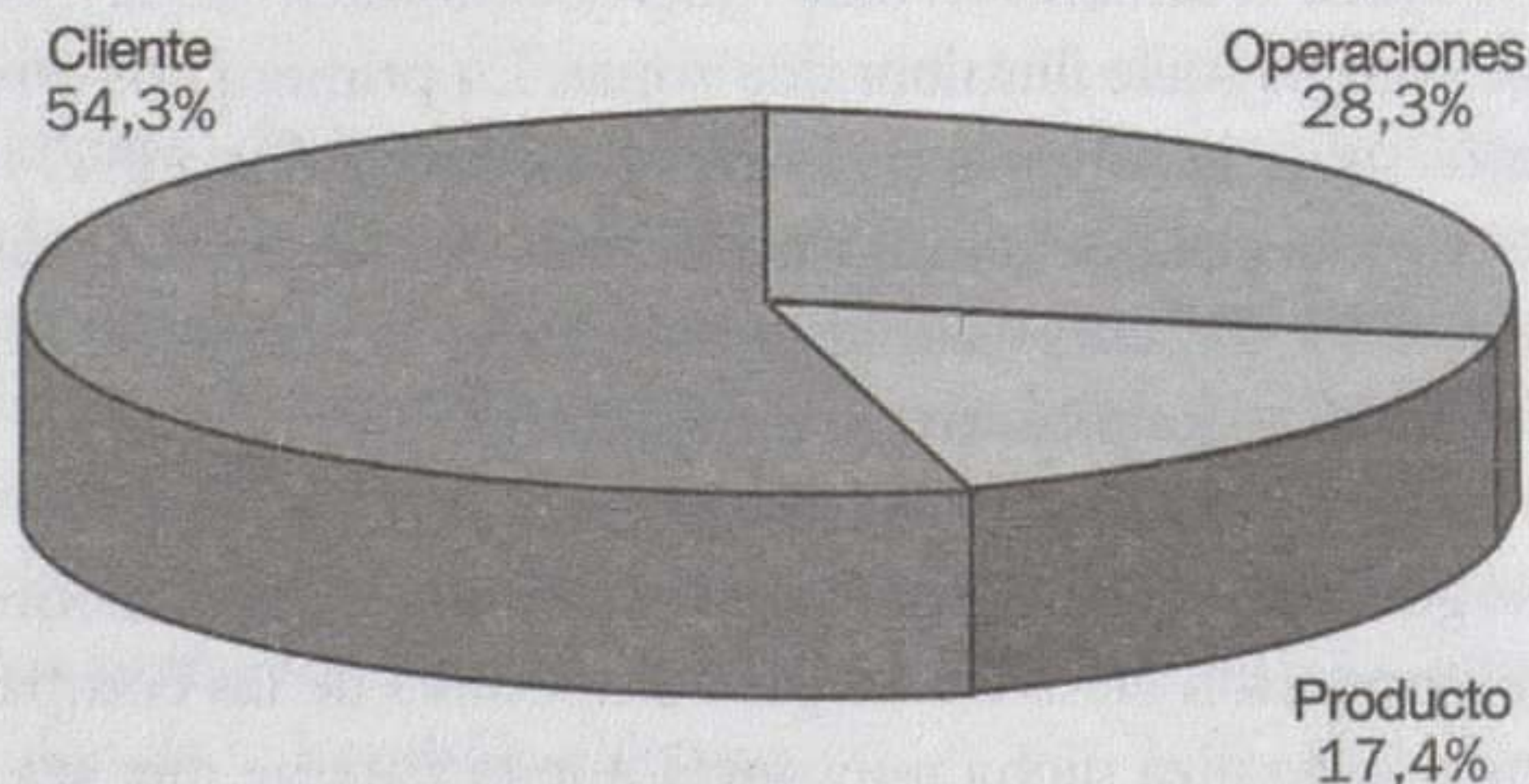
Para probar esta afirmación debe comenzarse por identificar las estrategias competitivas básicas. Una empresa moderna puede generar ventajas competitivas sostenibles a través de tres vías: la excelencia en operaciones, la excelencia en producto/servicio o la excelencia en la relación con el cliente.

La excelencia en operaciones es la opción seleccionada por casi un 29% de las empresas españolas. En este caso, la clave del éxito empresarial se centra en la excelencia de los procesos internos de la compañía que se traducen en mejores costes o calidad de servicio.

Para la empresa que apuesta por la excelencia operativa, la innovación en procesos es clave, traduciéndose en el logro de una mayor eficiencia y eficacia. El ejemplo español paradigmático de esta aproximación es el Grupo Inditex, que ha combinado la excelencia en los procesos de diseño y distribución.

La segunda de las opciones, la excelencia en producto o servicio, es la base competitiva de algo más del 17% de las compañías españolas. Para estas empresas su capacidad para ofertar al mercado productos o servicios claramente diferenciados de sus competidores es crítica. Y para desarrollar dicha capacidad, la innovación en productos es su arma más poderosa.

FIGURA 1: **Estrategias competitivas en la empresa española (Fuente: IMRC)**



Otro ejemplo a nivel mundial de esta relación lo encontramos en el Grupo Cosentino localizado en Macael (Almería). A través de una decidida apuesta por la innovación en producto, este grupo pudo desarrollar una superficie de cuarzo mejorada –que comercializa bajo la denominación de Silestone–, que le ha permitido posicionarse como líder global en superficies pétreas para encimeras de cocina.

La tercera de las opciones –excelencia en cliente–, es la seleccionada por más del 50% de las compañías españolas. Su puesta en práctica implica construir un contacto con el cliente de una forma más cercana que los competidores. Dicha construcción se apoya ante todo en la innovación en entrega, que profundiza de forma simultánea tanto los aspectos tangibles de la relación con el cliente (canales, tiempo y calidad de servicio) como los intangibles (atributos emocionales).

En este caso podemos encontrar una excelente muestra en la banca española. Una entidad como Bankinter se ha destacado por desarrollar una visión multicanal del contacto financiero, a la vez que jugaba con atributos emocionales como la modernidad para captar, segmentar y fidelizar a sus clientes.

Este breve repaso del impacto de la innovación en las estrategias competitivas ilustra la segunda de las premisas que deben guiar el desarrollo de políticas públicas: la innovación es un imperativo competitivo para la empresa española con independencia de la estrategia competitiva que haya seleccionado. Ello implica que las políticas de innovación forman parte de cualquier política de mejora de la competitividad.

Esta afirmación se apoya en la propia definición de ventaja competitiva como factor favorable sostenible en el tiempo. Las ventajas competitivas tienden a erosionarse progresivamente y la innovación es el único proceso que puede garantizar su actualización.

Una premisa de esta naturaleza implica de forma directa que toda política de incentivo de la competitividad empresarial –de forma independiente al modelo productivo subyacente–, pasa por el fomento de la innovación empresarial.

LA INNOVACIÓN COMO REALIDAD PLURAL

Hace tan sólo cinco años, la estrategia empresarial al uso tan sólo distinguía entre innovación en productos e innovación en procesos. Hoy la realidad percibida es mucho más rica, y se asume que la empresa puede construir su cartera de innovación dando cabida a cuatro modalidades diferenciadas: innovación en paradigma, procesos, oferta y entrega.

La primera de dichas modalidades es la innovación en paradigma. Esta modalidad supone una visión radicalmente nueva de un mercado y del modelo de negocio que permite competir en él. Dada la magnitud de la transformación requerida, se trata de una innovación muy poco frecuente pero cuyos retornos para la empresa pueden ser espectaculares en caso de éxito.

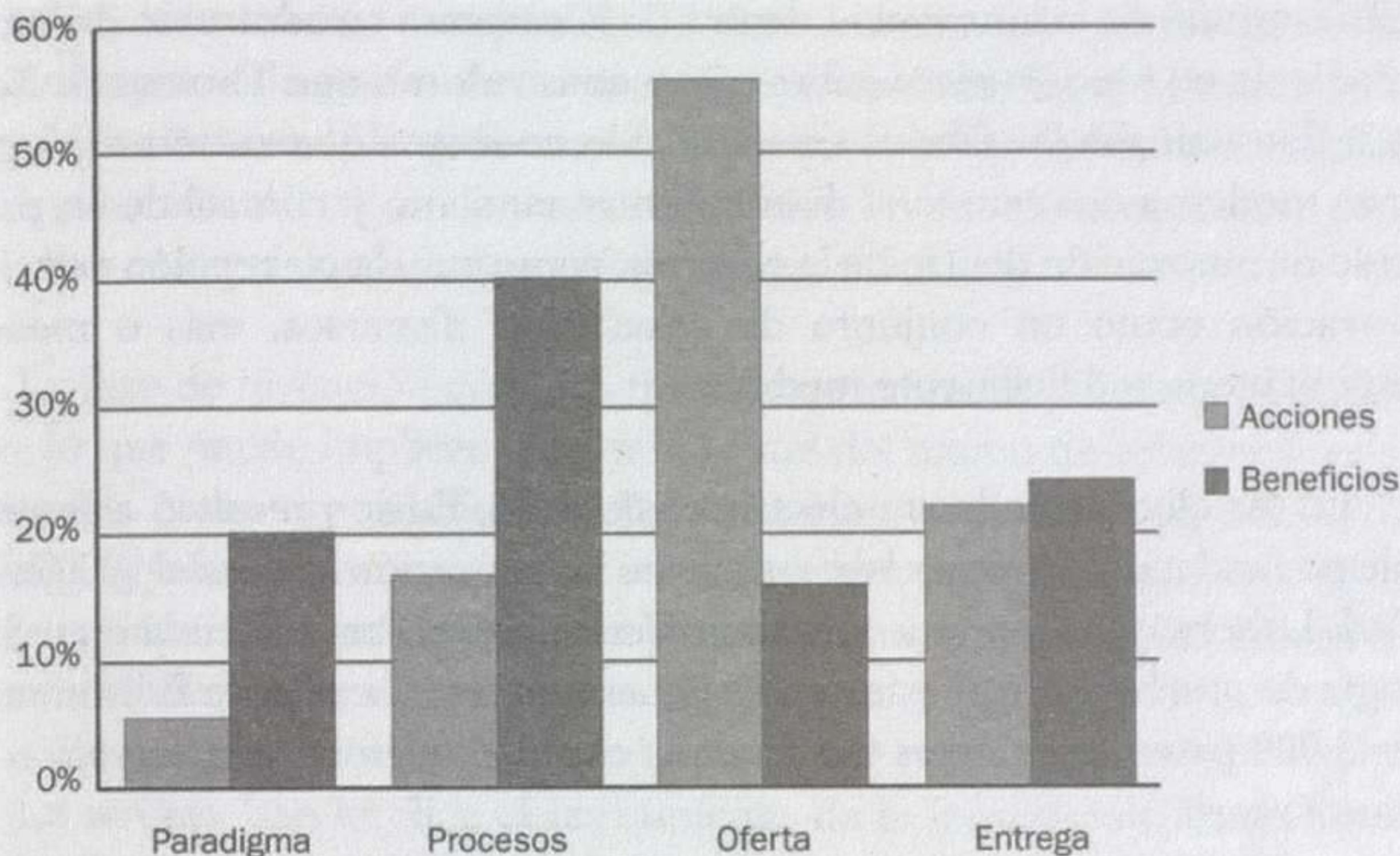
Un ejemplo reciente de este tipo de innovación lo constituyen las líneas aéreas de bajo coste, que fueron capaces de diferenciar entre pasajeros que buscaban tan sólo ser transportados frente a otros que aspiraban a viajar de la forma más confortable. Así mismo, fueron capaces de modificar el modelo de ingresos de una aerolínea introduciendo el concepto de viajero subvencionado por administraciones o asociaciones locales.

La innovación en procesos incide en cómo pueden ser mejorados los procesos de la compañía, tanto aquellos orientados directamente al negocio como aquellos de mero soporte. En la empresa moderna es el segundo tipo de innovación más frecuente, y ofrece unos retornos considerables en el corto plazo.

El tipo de innovación más frecuente es la innovación en oferta. De forma muy simple, esta innovación puede asociarse a la tradicional innovación en productos y servicios. Pese a ser ampliamente utilizada, su retorno es relativamente bajo frente a otras modalidades de innovación.

Finalmente, la innovación en entrega valora cómo se hacen llegar y se comunican las ofertas al mercado, y también cómo se sienten los clientes cuando interactúan tanto con la organización como con sus productos y servicios.

FIGURA 2: Tipos de innovación y beneficios esperados (Fuente: Doblin Inc.)



De esta realidad surge la tercera premisa que debe guiar las políticas públicas de innovación: la innovación es una realidad plural y cada empresa determina una cartera de innovación específica que responde a su propio posicionamiento competitivo. Esta premisa implica que las políticas públicas deben considerar los distintos tipos de innovación que la empresa puede desarrollar de forma específica, y excluye las políticas simplistas que a menudo se han focalizado únicamente en la innovación en producto/servicio.

Esta visión lleva a cuestionar algunas de las premisas universalmente aceptadas en torno a los incentivos públicos a la innovación. El caso más claro corresponde a la innovación en entrega, que se apoya de forma clara en actividades de posicionamiento de marca que hasta ahora eran contempladas como actividades y costes de marketing, y que pasarían a ser vistas como inversiones en innovación.

LA INNOVACIÓN COMO PROCESO EMPRESARIAL

El desarrollo de la innovación dentro de la empresa ha adolecido de la carencia de un modelo claro sobre cómo construir eso que Thomas A. Edison denominaba “la fábrica de ideas”. Un concepto que en terminología más moderna nos remite al diseño, funcionamiento y control de un proceso de innovación dentro de la empresa, superando la percepción de la innovación como un conjunto de desarrollos dispersos, más o menos espontáneos, y difícilmente medibles.

En los albores de la era eléctrica, año 1876, Edison resolvió este problema fundando el primer laboratorio de investigación industrial, el Menlo Park Laboratory. Con una aproximación de trabajo basada en la metodología de prueba y error, este centro generó durante la vida de Edison más de 3.000 patentes en áreas tan diversas como el teléfono, el telégrafo o el cine sonoro.

Pese a su éxito en el desarrollo industrial, el modelo Edison ha mostrado sus limitaciones en la generación de innovaciones en el ámbito de los servicios y de nuevos modelos de negocio. La causa es relativamente sencilla, la innovación localizada en ámbitos muy restringidos dentro de la compañía deja de hacer uso del talento y creatividad que existen en el resto de la organización. Y no puede olvidarse que en nuestros días, el 60% de las ideas que se convierten en innovaciones exitosas tienen su origen en los propios empleados, de cualquier tipo, que trabajan dentro la empresa.

De hecho, la perspectiva contemporánea nos dice que “la fábrica de ideas” debe ser la organización en su conjunto, y no sólo una unidad específica. Esta creatividad debe ser canalizada mediante un proceso de innovación que cumpla tres funciones: el filtrado de ideas, el desarrollo de innovaciones, y el reconocimiento y recompensa a las mismas.

El desarrollo de las políticas públicas de innovación debe tener en cuenta este carácter del proceso. De hecho, una segunda premisa para su diseño debería ser la de considerar la innovación como un proceso organizativo.

De acuerdo con buena parte de la práctica de más éxito, el proceso organizativo de innovación se articula en cuatro fases: descubrimiento, invención, lanzamiento y extensión. El descubrimiento implica desarrollar una comprensión profunda del área de oportunidad. En el ejemplo de la bombilla eléctrica, Edison fue capaz de prever la necesidad del mercado de la iluminación eléctrica, a la vez que identificó los tres elementos clave para su éxito comercial: coste, duración y luminosidad.

La fase de invención conlleva traducir necesidades y deseos en acciones, lo que puede implicar un cambio total del marco de referencia existente. Un caso muy significativo de este cambio es el del Guggenheim de Bilbao, que ha hecho uso de un concepto aparentemente estático, el de museo, para dinamizar la transformación de una antigua ciudad industrial en una ciudad de servicios.

La tercera fase implica el lanzamiento de la innovación. Para ello es muy relevante no esperar hasta la depuración total de la innovación, sino que es preferible el lanzamiento al mercado de un primer prototipo con el conjunto básico de especificaciones. Un ejemplo clásico de este tipo de lanzamiento lo aporta la industria del *software*, con una dinámica muy depurada de versiones de prueba, también conocidas como “versiones Beta”.

Finalmente, la extensión nos debe permitir ampliar el concepto en el que se basa la innovación, con el fin último de evitar ser imitados. Todos los que han seguido la evolución del iPod de Apple hasta el iPhone han asistido a una extensión del producto básico que, con periodicidad anual, nos volvía a sorprender con nuevas características aún más apetecibles.

La visión de la innovación como un proceso abre una nueva línea de reflexión en torno a las métricas de medición del proceso de innovación, y a la evaluación de las políticas públicas que lo estimulen.

Por tanto, la cuarta premisa nos enseña que la innovación es un proceso organizativo articulado en cuatro fases. El diseño de las políticas públicas debe considerar este hecho en términos de identificación de puntos de actuación, así como de evaluación del éxito de dichas políticas.

LA INNOVACIÓN COMO PROCESO EN EL MERCADO

En pocas ocasiones se plantea cuál es el papel real del mercado en la innovación. Tanto desde el mundo académico como desde el empresarial se asume que un sistema de libre mercado permite la aparición de innovaciones, como nuevas formas de satisfacer novedosas o viejas necesidades, sin profundizar en qué aporta el propio mercado a la innovación.

Sin embargo, al identificar dicho papel es posible descubrir y validar la importancia de elementos que reducen la capacidad innovadora de la economía. Pese a la discreción de su actuación, la mano invisible del mercado es especialmente relevante a la hora de innovar.

Para poder calibrar dicha relevancia es muy útil el método de contraste. El análisis de las sociedades donde el libre mercado está fuertemente limitado o es inexistente permite percibir los ingredientes que el mercado aporta a la innovación y que en estos casos no están presentes.

El primer ingrediente es la simple posibilidad de emprender. El sistema de libre mercado ofrece al emprendedor con una idea novedosa la posibilidad de introducirla en la competencia económica de una forma libre. Esta mera posibilidad abre la puerta a que emprendedores con ideas muy diversas exploren nuevas formas de satisfacer el mercado, y que aparezcan innovaciones en productos, servicios, modelos de negocio y prestación al cliente.

La opción de desarrollar una empresa que introduzca un nuevo producto o servicio al mercado está severamente coartada en los mercados monopolísticos. Esta limitación hace que los beneficiarios del monopolio carezcan de incentivos para la innovación, al no tener que preocuparse por competidores con ideas novedosas. Un ejemplo cercano confirma esta relación, la liberalización en las dos últimas décadas del mercado de las telecomunicaciones en Europa occidental ha multiplicado por cinco la tasa de innovación en este sector.

El segundo elemento del mercado que favorece la innovación es que incentiva la toma de riesgos a través del premio del enriquecimiento. En otras palabras, la dinámica de libre mercado favorece la desigualdad positiva que premia a los innovadores. Una desigualdad que nace tanto de la valentía para asumir los riesgos inherentes a la innovación como el valor que pueden obtener aquellos que descubren nuevas formas de satisfacer al mercado.

La relevancia de incentivos que compensen la toma de riesgos ha quedado patente en el fracaso del sistema soviético en la generación de innovaciones. En dicho sistema, una planificación centralizada pretendía identificar las necesidades del mercado y determinaba las cuotas de producción. El resultado era la ausencia casi total de nuevas ideas que compitiesen entre sí y el estancamiento del proceso de innovación.

Los ejemplos de esta parálisis son numerosos. La economía soviética no fue capaz de prever la aparición del ordenador personal. Su visión del mercado del automóvil jamás permitió el desarrollo de gamas de vehículos no convencionales como los todoterrenos urbanos, y, en términos artísticos, cualquier expresión no oficial fue brutalmente coartada.

Este doble efecto de la posibilidad de emprender y de obtener un premio asociado a la innovación, tan estrechamente vinculados al libre mercado, es básico para el florecimiento de la innovación y constituye la quinta premisa. Por todo ello, las políticas que conduzcan a mercados más abiertos favorecen de forma clara la innovación empresarial.

LA INNOVACIÓN COMO INTERSECCIÓN

Pocas experiencias resultan tan estimulantes como el contemplar la cúpula del Duomo en Florencia diseñada por el genio de Brunelleschi. Esta visión ilustra uno de los periodos donde la creatividad humana alcanzó sus cotas más altas: la Florencia del Renacimiento.

En esta ciudad italiana el nuevo hombre del Renacimiento asistió a una explosión de nuevas ideas sobre la sociedad y la ciencia, sobre el arte y la

belleza y sobre la economía y la empresa. Todas ellas profundamente entrelazadas en un espacio común compartido por individuos de muy distinta procedencia e intereses, pero que compartían entre sí conocimientos, inquietudes y, ante todo, una misión.

Dentro del mundo académico, la causa de dicha eclosión de innovación ha sido bautizada como “Efecto Médici”, en homenaje a la familia que regía los destinos de Florencia en aquella época. Bajo su mecenazgo, la nueva concepción política elaborada por Maquiavelo impulsó una visión de la arquitectura como “medio de comunicación de masas” que fue asumida por Brunelleschi y posteriormente Miguel Ángel. En paralelo, la apuesta por la ciencia, tanto básica como aplicada, es ejemplificada por Leonardo. Y por último, la financiación de todas estas iniciativas impulsa el nacimiento de la contabilidad moderna, generalizando el uso de la partida doble desarrollada poco antes por Luca Pacioli.

El “Efecto Médici” apunta a que el origen de la innovación se encuentra en la intersección de ideas y tendencias que aportan una nueva luz sobre las necesidades del mercado. De igual forma que la Florencia del Cinquecento fue capaz de crear una nueva forma de expresión como resultado del cruce entre la política y el arte, la empresa contemporánea debe interseccionar tendencias sociales y tecnológicas en la propuesta de sus innovaciones.

Desde una aproximación más rigurosa, una intersección es un lugar donde se encuentran diferentes personas, disciplinas, sensibilidades y culturas, haciendo posible la aparición de nuevas líneas de pensamiento que se traducen en una visión alternativa tanto de las oportunidades que ofrece un mercado como de las vías para aprovecharlas.

La realidad cotidiana está llena del efecto de estas intersecciones en el mundo empresarial. No deja de sorprender que buena parte de la excelencia de la cocina de Ferrán Adriá surja de la combinación entre los ingredientes tradicionales y la física de bajas temperaturas. O que Arsys, la empresa española líder en dominios y alojamientos web, tenga como fundadores a un musicólogo y a un físico.

En este sentido, la reflexión académica más reciente centra su atención en la intersección entre las tendencias sociales y tecnológicas dominantes. Las innovaciones con mayor probabilidad de éxito se están produciendo en aquellos espacios delimitados por el cruce de tendencias sociales consolidadas (cambios demográficos, búsqueda de seguridad y evasión ante una creciente incertidumbre, globalización económica, etc.) y tendencias tecnológicas (digitalización, acceso ubicuo, etc.)

Por tanto, la sexta premisa nos dice que la innovación es el resultado de la intersección entre tendencias de naturaleza social y tecnológica. Las políticas públicas deben fomentar el aprovechamiento de dichas intersecciones.

Desde la perspectiva de las políticas públicas este hecho aporta una visión alternativa para la evaluación de incentivos a la innovación. Bajo esta perspectiva, los incentivos deben concentrarse en aquellos proyectos y actuaciones que se localizan en alguna de estas intersecciones sociedad-tecnología. En lugar de intentar crear una nueva ola, como planteaban las iniciativas del MITI con las que se iniciaba este artículo, la clave está en “surfear” las intersecciones de las olas ya existentes.



RdL

NUEVA EDICIÓN DIGITAL

REVISTA DE

libros

DE LA FUNDACIÓN CAJA MADRID

GRATIS PARA SUSCRIPTORES DE LA EDICIÓN IMPRESA

SI AÚN NO ES SUSCRIPTOR DE REVISTA DE LIBROS,
SUSCRÍBASE A LA EDICIÓN IMPRESA Y LE REGALAMOS
LA EDICIÓN DIGITAL

SI ADEMÁS SE SUSCRIBE POR DOS AÑOS, OBTENDRÁ
EL FACSIMIL DIGITAL RDL, UNA RÉPLICA EXACTA DE LA EDICIÓN IMPRESA

puede suscribirse por

correo: Rafael Calvo 42, 2º esc. izda - 28010 Madrid

teléfono: 913 194 833 fax: 913 195 264

e-mail: suscripciones@revistadelibros.com

informacion@revistadelibros.com

www.revistadelibros.com





La ciudad en la cima

Viaje por la historia y la cultura popular de Estados Unidos

MARTÍN ALONSO

Editorial Tébar, Madrid, 2008

Reseñar un libro sobre Estados Unidos escrito por un español, que conoce y quiere a la gran nación americana, es para mí un motivo de especial alegría. Porque, digámoslo claramente, no son muchos los españoles que conocen Estados Unidos con la profundidad de Martín Alonso. Y aún son menos los que escriben un libro tan bien documentado y tan lleno de cariño hacia Estados Unidos como este *La ciudad en la cima*.

Estados Unidos y España son dos países que, en el principio, estaban llamados a ser amigos y a ser aliados. El hecho de que Estados Unidos naciera de una rebelión contra Inglaterra, potencia que, en el siglo XVIII, competía con España por la hegemonía mundial, debería haber sido el origen de una alianza firme y duradera. Y así empezó siéndolo en los primeros pasos de la gran nación americana.

Más difícil es saber cuándo se torció la que estaba llamada a ser una sólida amistad. Es verdad que el 98, con la guerra entre España y Estados Unidos, por la cuestión de Cuba y Filipinas, ensombreció la relación. Pero se me hace muy difícil aceptar que el antiamericanismo de grandes sectores de la política y de la intelectualidad española de hoy tenga algo que ver con aquella lamentable guerra que España perdió con Estados Unidos. Más bien creo que ese antiamericanismo de casi toda nuestra izquierda, de alguna parte de nuestra derecha y de la in-

mensa mayoría de los intelectuales españoles de hoy tiene su origen, como tantas anomalías de nuestra vida política e intelectual, en el franquismo. Y en su correlato, el antifranquismo.

Hay que tener en cuenta que el régimen de Franco tenía en sus orígenes un objetivo irrenunciable: que España no volviera a caer en los errores a que, según él, le había llevado la democracia liberal. De ahí el rechazo frontal a todo lo que significara eso: libertad y democracia. Y de ahí las exaltadas proclamas que, desde dentro del régimen, se sucedían contra países como el Reino Unido o los Estados Unidos, a los que se consideraba, y con razón, los mejores modelos de esa democracia liberal que había que evitar.

Al mismo tiempo, la oposición antifranquista, en la que la hegemonía del Partido Comunista era indiscutible, cultivaba y practicaba un antiamericanismo radical. En parte por oponerse al régimen de Franco, que en 1953 había suscrito los primeros acuerdos con los Estados Unidos de Eisenhower. Y en parte, también, por sus compromisos con la Unión Soviética en plena Guerra Fría.

De manera que, cuando llegó la hora de la normalización democrática, en la Transición, la oposición antifranquista era, al mismo tiempo, muy antiamericana. Es verdad que los partidos de centro y de derecha en los años de la Transición

sí se manifestaban como atlantistas y partidarios de estrechar lazos con los Estados Unidos, pero, quizás por el temor a ser tachados de franquistas, procuraban que su atlantismo fuera relativamente moderado.

En los inicios del largo periodo de gobierno de Felipe González pareció que el tradicional antiamericanismo de la izquierda –al menos, el de los socialistas– podría atemperarse. Quizás como recuerdo de los mensajes que, en 1961, el viejo Indalecio Prieto envió al joven presidente Kennedy asegurándole que su Partido, el PSOE, era un firme partidario de los principios de la Carta Atlántica. Pero, como hace poco nos recordaba Carlos Rodríguez Braun en su artículo en *Expansión*, poco después de la llegada al gobierno de Felipe González, Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno en 1985, cuando nos visitó el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, para no saludarlo, organizó un viaje oficial a Hungría donde sí saludó calurosamente al presidente de la Hungría comunista y liberticida.

El atlantismo, trufado de radical anticomunismo, de Indalecio Prieto y de gran parte del PSOE histórico perdió la batalla frente al antiamericanismo que siempre sostuvo el Partido Comunista. Y el resultado es que hoy tenemos una izquierda inequívocamente hostil a los Estados Unidos. Es así. Y la imagen de Rodríguez Zapatero, sentado al paso de la bandera del país que más ha hecho por la libertad en la Historia, es más esclarecedora que todos los discursos.

Por eso, como he apuntado al principio, para mí, que soy una convencida del papel fundamental que representa Estados Unidos en la defensa de la libertad en el mundo, es un placer dedicar estas líneas a este magnífico libro, escrito por un español que conoce y quiere a los Estados Unidos.

El libro lleva un título y un subtítulo que están llenos de significado. “La ciudad en la cima” es

la “City upon a Hill” del sermón que el puritano John Winthrop pronunció en 1630 al llegar a las costas de Nueva Inglaterra. Un sermón lleno de contenido religioso y moral que los americanos han considerado siempre como la declaración de principios en que debe basarse su nación, a imagen de la ciudad en la cima de la que habló Jesucristo en el Sermón de la Montaña, para que sea modelo para todos los pueblos de la Tierra. Y el subtítulo, “Viaje por la historia y la cultura popular de Estados Unidos”, también anuncia lo que es el libro: un recorrido personal del autor por ese país que admira y que conoce de una manera intensa y especial. Porque el libro además de contener unos espléndidos análisis históricos y culturales de Estados Unidos, es también la expresión de los sentimientos más personales del autor hacia ese país. Y es ese carácter subjetivo y apasionado, unido –eso sí– a una erudición y a un aparato bibliográfico muy completos, lo que hace del libro un testimonio valioso. Muy valioso, en el caso de un español.

El libro tiene 10 capítulos y un epílogo. Los cinco primeros capítulos son cinco brillantísimos estudios sobre algunos personajes e instituciones fundamentales de Estados Unidos. Y cuando digo fundamentales quiero decir que están en la base de lo que ha sido y es ese gran país. Esos cinco pilares de Estados Unidos a los que presta su atención y dedica su estudio Martín Alonso son: Alexander Hamilton, Abraham Lincoln, el sistema de partidos –con especial atención a la historia del Partido Republicano–, el papel esencial del cristianismo en Estados Unidos y el lugar que ocupan las Fuerzas Armadas en Estados Unidos.

Estos cinco capítulos son una lectura imprescindible para todo el que quiera conocer Estados Unidos. Porque, si existen prejuicios políticos que están en el origen del sentimiento antiamericano de muchos españoles, otra causa de esa animadversión, sin duda, es el desconocimiento que en España existe

acerca de la historia, la geografía y la cultura de ese país.

El primer capítulo nos proporciona un magnífico retrato de Alexander Hamilton al que presenta como “el primer proponente de un Estado federal y de un ejército permanente, el primer constitucionalista, el creador del Tesoro y del sistema fiscal y financiero de Estados Unidos”.

Después tenemos un vibrante capítulo dedicado al que llama “el mejor hombre de la historia de América”, Abraham Lincoln, del que dice que “murió para que su nación pudiera vivir”. Porque no hay que olvidar que la gran nación americana tuvo que pasar por el infierno de una Guerra Civil en la que murieron más de medio millón de americanos. Una guerra que ganó el republicano y abolicionista Lincoln frente a los demócratas del Sur, partidarios de mantener la esclavitud. No hay que olvidar ese dato que la inmensa mayoría de los anti-americanos de salón que tenemos en España desconoce.

El análisis del sistema de partidos en Estados Unidos que hace Martín Alonso proporciona muchísima información. Presta especial atención a la historia del Partido Republicano y así conocemos que, además de haber sido el partido abolicionista, las republicanas fueron la punta de lanza del movimiento sufragista: la primera mujer elegida al Congreso fue republicana, la primera alcaldesa de la historia fue republicana, hasta 1935 todos los congresistas afroamericanos fueron republicanos, el primer Gobernador hispano fue republicano (Romualdo Pacheco en 1875 en California), la Ley de los Derechos Civiles es de 1957, con Eisenhower de Presidente, y la Ley de Derechos Civiles de 1964 fue aprobada con la práctica totalidad de los votos republicanos y con muchos demócratas votando en contra de su propia Administración, la de Johnson. Son cosas que hay que saber frente a los tópicos.

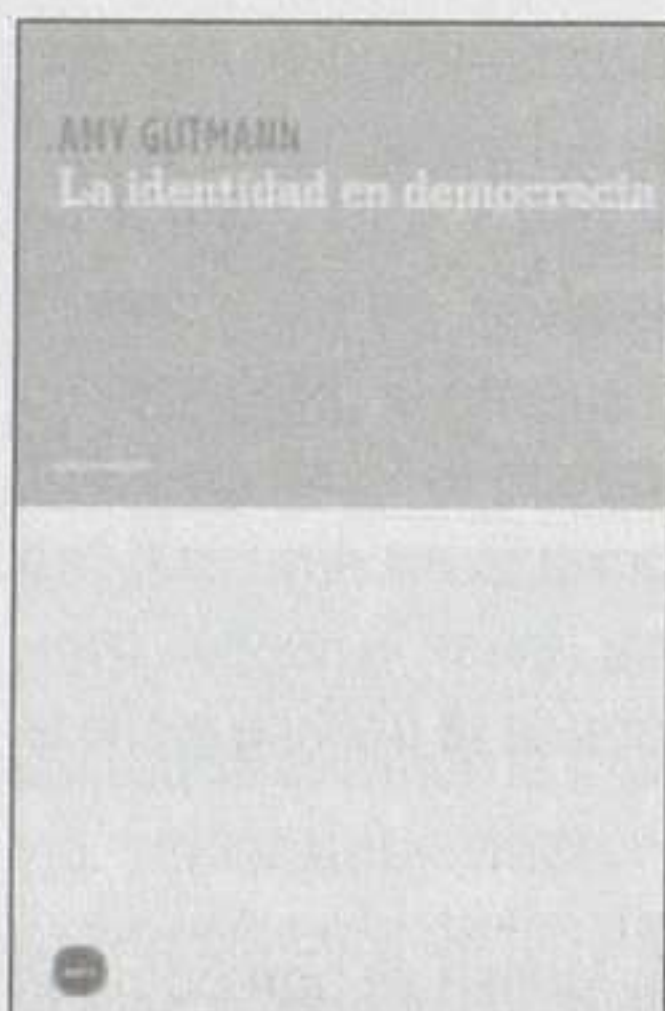
El capítulo dedicado al cristianismo en América es un magnífico análisis del papel de la religión en Estados Unidos, el único país creado en torno a las ideas de igualdad de los hombres ante Dios. Un país que suscitó el profundísimo juicio de Tocqueville, cuando lo visitó en 1831 y escribió su *La democracia en América*: “no puede haber democracia donde la religión coincide con la política, ni donde la política rechaza la religión”.

Al leer el libro de Martín Alonso se aprende que las Fuerzas Armadas no existen para la Constitución de los Estados Unidos, porque los padres de la Nación desconfiaban de los ejércitos que podían ser instrumentos al servicio de monarcas absolutos o de intereses de determinadas clases. Y, sin embargo, hoy las Fuerzas Armadas son más populares, como institución, que la Presidencia, el Congreso o la Judicatura.

Los cinco capítulos siguientes están dictados más por los sentimientos y las experiencias personales de Martín Alonso que por un afán académico. Es especialmente emocionante el dedicado a los héroes muertos en estos últimos años “para que –como dijo Lincoln en su inmortal Discurso de Gettysburg en 1863– el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perezca en esta tierra”. Entre estos héroes incluye el autor a los ciudadanos que lograron, gracias a su lucha en el interior de la cabina, que uno de los aviones secuestrados el 11-S se estrellara en un descampado de Pennsylvania y no impactara contra ningún objetivo civil o militar.

La ciudad en la cima es uno de los mejores caminos españoles para acercarse a la historia y a la idiosincrasia de Estados Unidos. Un país que deberíamos conocer mejor y del que deberíamos estar más cerca para luchar junto a él por un mundo cada vez más libre y más abierto.

Esperanza **AGUIRRE GIL DE BIEDMA**



La identidad en democracia

AMY GUTMANN

Ed. Katz, Buenos Aires, 2008, 308 págs

Para las democracias liberales occidentales el individuo es el fundamento y sujeto último de derechos y de obligaciones. Por tanto no se puede hablar de derechos de grupo, sino de una manifestación de la iniciativa privada como es el asociacionismo, que puede tener vocación de visibilidad en la esfera pública.

Pero para la autora, cuando las personas se agrupan, pueden hacerlo por diversas razones. Así, tenemos los grupos de interés, que se caracterizan por la instrumentalización de su acción concertada con la finalidad de dar cumplimiento a una agenda política, económica o de otro tipo. Cuando las personas se reúnen en virtud de unos rasgos concretos, estaríamos ante grupos identitarios. Esta distinción no implica que sean categorías contrapuestas. Al contrario, los grupos identitarios suelen contar con diversos objetivos a los que dar satisfacción en la esfera pública, desde reivindicaciones étnicas a demandas culturales.

Esto pone de manifiesto que los grupos identitarios, si bien no son la fuente última de valor en democracia porque es un papel que recae sobre el individuo, sí gozan de una enorme importancia. *La identidad en democracia* considera la adscripción identitaria como la base de la identificación mutua. Pero en un momento en que el debate sobre el multiculturalismo desciende hacia el relati-

vismo cultural y moral, hay que subrayar que en una democracia la identidad grupal no puede ser más importante para la convivencia que los derechos del individuo.

Prosperan críticas de intelectuales que ponen el acento en la legitimación grupal, antes que en regímenes liberales y de derechos, y que para ello se amparan en la consideración de una base involuntaria de pertenencia de las personas a las democracias. Es necesario, a juicio de Gutmann, solventar ese déficit de legitimidad mediante diversos ejes de actuación como la moralización de las democracias o la búsqueda de la igualdad material. De esta forma, en vez de considerar que las democracias abiertas y plurales son un sistema superior al de regímenes que no garantizan los derechos individuales, se introduce una fuerte carga valorativa en los mecanismos democráticos, que en principio deberían ser meramente procedimentales, para convertirlos en una ideología marco.

La identidad en democracia analiza las distintas clases de grupos identitarios, tomando en consideración los distintos temas éticos que caracterizan a cada uno. Los grupos identitarios pueden ser culturales, voluntarios, de adscripción y religiosos. Para la autora, los grupos culturales son los más comunes, y constan básicamente de aquellos que defienden un modo de vida distinto del mayori-

tario. Sus reivindicaciones están fundamentadas en su identidad diferenciada. Por ejemplo, Gutmann considera a vascos y catalanes como dos grupos culturales distintos del resto de españoles, con plena legitimación para reivindicar un modo de vida diferente.

Más allá de esta cuestión totalmente desenfocada, la autora se ve compelida a establecer alguna cláusula de cierre que permita compatibilizar la existencia de estos grupos culturales en el seno de regímenes individualistas, habida cuenta de su vigencia durante varias décadas. Para ello recurre a señalar el peligro que supone dar una soberanía absoluta a un grupo cultural con la única finalidad de preservar su identidad.

No todas las prácticas culturales son equivalentes para la moral, ni todas merecen sobrevivir. Que la esclavitud sea una práctica de determinada cultura durante tres milenios no implica que sea buena. Ante la posible injusticia que pueden imponer los miembros dominantes, es necesario introducir una oposición externa a los límites internos que imperen en este tipo de grupos identitarios. Hay que suprimir los costes de salida de un grupo tiránico. Esta respuesta sigue la línea de Kymlicka cuando señala que ningún grupo puede dominar a otro, o a sus propios miembros, con el pretexto del ejercicio de su derecho como minoría. Esto se traduce en la necesaria garantía de igualdad entre grupos, y de libertad e igualdad dentro de éstos.

Es, en el fondo, una crítica matizada, pero demoladora para todos aquellos multiculturalistas que de hecho no hacen más que preconizar la igualdad entre normas grupales y aquellas que son democráticas. Si la democracia admite excepciones y se admiten los territorios o los colectivos exentos de la aplicación de la ley, se inicia el camino a la feudalización de la sociedad y los débiles dentro de sus comunidades quedan sujetos a la ar-

bitrariedad y el despotismo de pequeños soberanos. Porque no todas las culturas merecen correr la misma suerte. Éticamente, no son iguales entre sí.

El segundo de los exponentes de la concertación identitaria es el grupo voluntario, que persigue fines instrumentales y otorga apoyo mutuo. A nadie se escapa que algunos de estos colectivos pueden resultar discriminatorios en su acceso o en sus fines. Surge la pregunta entonces acerca de cuál debe ser el papel del Estado en relación con estos grupos si entendemos que impera el derecho a la libertad de expresión y de asociación. En este caso, a juicio de Gutmann el Estado sólo debe tolerarlos, sin darles más apoyo.

Los grupos voluntarios, en ejercicio de su derecho de autoorganización pueden ejercer la potestad de exclusión, pero si de este mecanismo se hace una afirmación constante de la identidad, quizá se incurra en vulneraciones de la igualdad de oportunidades que puede alcanzar a la propia igualdad civil. En este punto Gutmann hace recaer un enorme peso sobre una cuestión que ella orienta desde un punto de vista intervencionista y que se podría solucionar más adecuadamente mediante el recurso a la legislación, ya que en ocasiones la exclusión sobrepasa la autoorganización y desemboca en el delito.

El tercero de los grupos de identidad es el basado en la adscripción, esto es, las características fuera del alcance de elección de las personas, como su sexo o su raza. La identificación por adscripción parte de una condición que normalmente no puede ser modificada, pero con una asociación voluntaria que profundiza en este rasgo concreto y definitorio de forma deliberada y estratégica. La autora advierte del riesgo de vincular identidad e interés y de perpetuar la idea de que algunas características arbitrarias de los individuos son moralmente relevantes (el color de

la piel, una determinada enfermedad hereditaria, el hecho de nacer mujer...).

El último tipo de grupo de identidad relevante es el religioso que, pese a ser fundamental para muchas personas, no pueden sustentar ninguna ley a juicio de la autora, ya que verdades privadas no pueden ser defendidas públicamente, y en última instancia, la fe moral tiene el mismo valor que la religiosa. Habida cuenta de algunas manifestaciones de la fe, que son antidemocráticas, asevera Gutmann, la identidad religiosa es un peligro para la democracia si se presenta por sí sola. Es necesario el libre debate de argumentos, religiosos o no, para su aportación y combinación en foros deliberativos.

Lo que *La identidad en democracia* parece obviar es la importancia de un acervo de espiritualidad que contribuya a la formación del sustrato cultural de las sociedades abiertas. Sin una fe pública, nos encontraríamos ante sociedades asépticas y deshumanizadas, donde estaría proscrito cualquier atisbo de trascendencia. Sí hay que resaltar en cambio, el criterio de reciprocidad que Gutmann subraya como condición esencial para aceptar la identidad religiosa. Es por ello que los argumentos religiosos dejarán de ser aceptados cuando no respeten los Derechos Fundamentales.

Para finalizar, la autora extrae como conclusión que no se puede dar a los grupos de identidad ningún tipo de soberanía o poder político sin considerar cómo tratan a los individuos, y sin evaluar los fines que tratan de perseguir. Pero en el fondo, y como reconoce a lo largo de la obra, los grupos identitarios son un medio para atemperar el libre mer-

cado. Por tanto, se refiere a ellos como algo más que un simple esfuerzo de acción concertada para conseguir visibilidad pública y notoriedad por parte de los individuos o para conseguir apoyo mutuo.

Subyace un concepto de autonomía individual vacío, formal y atomizado, así como de tolerancia entendida como una cuestión de visibilidad, inclusión y reparto del poder político. Lógicamente, una obra así defiende la priorización de políticas de reconocimiento como medio para dar relevancia a la autenticidad interna. En un momento en el que los destinos de muchos grupos dentro de las democracias están en manos de nacionalistas, extremistas religiosos y populistas, es necesario articular una respuesta adecuada que dé cabida a diversos rasgos identitarios, pero nunca a costa de sustituir al individuo como fundamento último de la democracia.

Las argumentaciones incluyen referencias a las obras más importantes del debate actual sobre identidad, tolerancia y teorías de la democracia, pero siempre desde un punto de vista comunitarista y cercano al multiculturalismo. Se trata de un libro especialmente interesante para conocer el punto de vista de una corriente intelectual que defendía medidas de reconocimiento que ya han demostrado su obsolescencia y no han generado más que relativismo y espacios exentos del cumplimiento de la ley, pero que empieza a buscar una salida viable a las mismas más allá de su intervencionismo moral y político. En España el Gobierno debería empezar a plantearse el mismo ejercicio de honestidad intelectual.

Mario RAMOS VERA



La Cuba que fue, es y será

Cuba: La batalla de las ideas

CARLOS ALBERTO MONTANER

Firmas Press (Miami). 352 págs. 2008.

Las dictaduras de cualquier signo son siempre nocivas para el país que las sufre. Y uno de los mayores males que causan es la expulsión de su tierra –si es que antes no han logrado asesinarles o encerrarles por largas temporadas en prisión– de buena parte de las mentes más lúcidas del lugar. El 8 de septiembre de 1961 un jovencísimo –no había cumplido los 18 años– Carlos Alberto Montaner conseguía escapar de Cuba tras haberse fugado de una cárcel en la que fue encerrado por oponerse a la vía comunista elegida por Fidel Castro. Marchaba al exilio con el convencimiento de un pronto retorno, seguro de que la pesadilla totalitaria terminaría pronto. Vana esperanza, una de las pocas ocasiones en que su análisis resultó erróneo. Casi medio siglo después sigue luchando de forma pacífica por la libertad de la isla desde Madrid, Miami y otros lugares donde muchas personas gozan de un privilegio que les está vetado a los cubanos: escuchar alguna de sus conferencias o leer sus magníficos textos.

Montaner no es sólo uno de los más destacados miembros de la oposición a la dictadura castrista en el exilio. Es también uno de los principales intelectuales de habla española en la actualidad y un destacado activista por la causa de la libertad en todo el mundo. Sin embargo, en *Cuba: La batalla de las ideas* se centra exclusivamente en su país. Esta obra es un volumen recopilatorio donde re-

coge artículos, conferencias y papeles varios escritos por él durante los últimos años. En todos ellos muestra su extraordinaria lucidez y su visión realista del pasado, presente y futuro de la mayor de las Antillas.

Comienza este libro, no podía ser de otro modo, con un capítulo autobiográfico en el que narra cómo vivió la primera etapa de Castro en el poder. Nos cuenta su adhesión inicial a la revolución y el temprano desencanto que tanto él como muchos otros sienten en cuanto se ve que ésta deriva, por deseo del ahora anciano tirano, hacia un régimen comunista y explica de forma clara este proceso. Pero las miradas y las reflexiones en torno al pasado no terminan ahí en este libro. Hay espacio, por ejemplo, para largos textos explicativos sobre la figura de José Martí y cómo ésta ha sido utilizada y falseada por el actual régimen de La Habana. Montaner nos muestra que el “Apóstol” de Cuba soñaba con una república inspirada en el modelo norteamericano y era un firme defensor del liberalismo y, por tanto, de la empresa privada y las libertades individuales.

También hay lugar para explicar las largas y complicadas relaciones entre Cuba y Estados Unidos, no sólo en el presente o desde la llegada al poder de Fidel Castro. Hacia atrás, llega mucho más lejos, hasta la Revolución Americana y cómo la Perla del Caribe jugó un

papel fundamental en la estrategia española de apoyo a las trece colonias. Y hacia delante, mirando al futuro, también analiza el papel que los vecinos del Norte jugarán ante la muerte de Fidel Castro. Está convencido de que no se volverá a cometer el error, tantas veces repetido por Washington, de apoyar a un nuevo *our son of a bitch* que intente imponer una dictadura de derechas o un modelo "a lo china" con un comunismo amigable con los estadounidenses. La apuesta de Montaner es por un apoyo norteamericano a una transición pacífica que lleve por fin la democracia a la Isla. De hecho, el autor asegura que esta salida, que además es la única moralmente aceptable y la que necesitan los habitantes de la Isla, es la que más favorece los intereses de EE.UU. al impedir que se produzcan nuevas oleadas de cubanos intentando llegar a Florida.

Pero el análisis de cómo será el postcastrismo y la posible transición a la democracia no se queda en eso. Carlos Alberto Montaner analiza el papel que tendrán los distintos protagonistas de la realidad cubana, desde los miembros de las distintas generaciones de la cúpula del Partido Comunista Cubano a los disidentes del interior, pasando por el exilio y los cubanos de a pie que sufren el régimen día a día.

Resulta especialmente interesante la disección que hace del Partido Comunista Cu-

bano, al que describe como un órgano que en realidad apenas ostenta poder, pues éste ha sido monopolizado por los hermanos Castro. Muchos de sus dirigentes ya no creen en el sistema que sufre su país desde hace medio siglo y son los primeros interesados en una transición pacífica, que sería la única vía que les permitiría mantener su estatus económico y el de sus familias. Pone Montaner el ejemplo de los comunistas de Europa del Este y Central, que en muchos casos se reciclaron en socialdemócratas e incluso consiguieron en ocasiones volver al poder sin caer en nuevas tentaciones totalitarias. Nos advierte el autor, eso sí, de que si en las filas del partido único ganan las tesis de los inmovilistas el futuro es impredecible y no se debe descartar un baño de sangre no deseado por nadie.

Cuba: La batalla de las ideas es una obra imprescindible para entender el pasado, presente y posible futuro de un país que sufre la más larga dictadura de todo su continente. Su lectura es además una oportunidad perfecta para volver a disfrutar tanto del análisis riguroso como de la prosa clara y de lectura amena que caracterizan a Carlos Alberto Montaner. O para descubrir a tan brillante autor si por algún motivo nunca antes se ha acercado uno a su obra literaria y periodística.

Antonio **CHINCHETRU**



La sociedad china en el año de la rata

China y sus libertades. Un dilema para el siglo XXI

JAVIER CREMADES

Editorial Espasa Calpe. Madrid, 2008. 1ª Edición. 220 pp.

El libro del abogado Javier Cremades, justo en el año en que se celebraron los Juegos Olímpicos en el gigante asiático, suscitó opiniones encontradas desde su aparición. A partir de antiguas relaciones personales y profesionales con el gigante asiático, como especialista en derecho internacional, representante en España de varias compañías chinas e "introducción" de varias empresas españolas en aquel país, Cremades nos brinda un libro de carácter divulgativo que contribuye a paliar el relativo desconocimiento que existe en España sobre la sociedad china contemporánea.

La región asiática posee la economía más dinámica del Planeta; crecer y desarrollarse resulta un imperativo para no quedarse rezagado. Los chinos aceptaron el reto de la globalización y compiten asumiendo sus reglas de juego. China forma parte, de manera cada vez más activa, de la sociedad globalizada y hasta ahora ha sido capaz de asimilar el acervo tecnológico occidental, sin perder la ancestral fisonomía de su muy especial cultura, así como de mantener un régimen de partido único. La reforma china del vetusto sistema socioeconómico de corte estalinista hacia uno de mercado capitalista en una sociedad cada vez más moderna, ha servido para fundamentar la pertinencia de las palancas monetario-mercantiles y, en especial, el papel del mercado como estimu-

lante por antonomasia del crecimiento económico. La otra cara de la moneda la representa el Partido Comunista, heredero del legado totalitario de Mao, el cual impone férreos límites a la libertad de expresión, de información, de asociación y de culto, entre otras, a sus propios ciudadanos.

China, con una población de 1.400 millones de habitantes, tiene una de las economías más dinámicas y de más rápido crecimiento en el mundo; ya rebasó a los Tigres del Sudeste Asiático, a Japón, a la Unión Europea y está en segundo lugar mundial, sólo por detrás de Estados Unidos. Es un caso digno de estudio porque a pesar de mantener un sistema de gobierno socialista, cuenta con grandes empresas privadas así como con elites adineradas. Esto último refleja que en China la riqueza se halla polarizada, pues a pesar de implementar un Estado de bienestar, no ha logrado nivelar sus estándares sociales de manera eficiente, lo cual contradice el "espíritu social" que dice defender el Partido Comunista.

En el otro extremo se encuentran la sistemática violación de la libertad de expresión, la libertad de culto y la libertad política. En China, como régimen socio-económico dual donde los derechos económicos no se complementan con los derechos civiles y políticos, se reproducen como plagas sociales el

tráfico de influencias, las malversaciones, la participación en redes de tráfico, el nepotismo, la evasión de impuestos, las construcciones ilegales, la desviación de fondos del presupuesto, el establecimiento de negocios ilícitos, todo lo cual se encuentra entre las más habituales formas de prácticas corruptoras. Asimismo ocurren otras formas de delitos y violaciones ilegales, como la elaboración, distribución y venta de drogas, junto a la prostitución, el juego y las actividades criminales. A este azote se une la tortura, el trabajo infantil, el creciente secuestro y comercio de mujeres y niños y el contrabando interno e internacional de personas, dentro de una larga lista de violaciones de los derechos humanos.

Intentando explicar esta dicotomía, Cremades señala que para comprender a China es necesario asumir que es un país que marcha a la misma velocidad de Occidente en algunos aspectos, aunque no proviene del mismo punto de partida ni necesariamente se encamina al mismo destino. Con respecto a esta ambigüedad, el autor señala que el propio ejemplo chino desmiente el tópico de que la apertura y el fomento del mercado suponen la antesala hacia un sistema de libertades. Según él, "en China no hay una fuerte demanda popular por grandes libertades. El chino ha crecido en un concepto de lo colectivo, en el que la libertad individual no es el centro de la vida".

Cremades atribuye esta inhibición *congénita* del pueblo chino a factores asociados al predominio del culto de religiones ancestrales como el budismo y el confucianismo, entre otras, las cuales ponen el acento en el colectivo social y no en el individuo. En Occidente creemos una verdad universal que la libertad es el bien máspreciado que tiene el hombre, sin importar el medio geográfico donde desenvuelva su actividad vital. Empero, lo que nos plantea Cremades es que esto resulta discu-

tible para la sociedad china, ya que es una construcción filosófica occidental no compartida por China, donde no existe una tradición democrática y la percepción de los derechos es más colectivista, contraponiéndose así al enfoque occidental de libertades individuales. A pesar de todo, cabría preguntarse dos cosas: entonces, ¿cómo los chinos que emigran a las sociedades de Occidente logran hacer uso del sistema de libertades –no sólo económicas, sino también civiles predominante en nuestros países? (Basta entrar en un cibercafé chino en la calle de Leganitos en Madrid para ver a jóvenes chinos conectados a Google, a YouTube, a MySpace, etc., atiborrándose de toda la información disponible en la red)–. Y la segunda pregunta, ¿cómo los chinos de Hong Kong y los de Taiwán, así como los coreanos del sur y los japoneses, entre otros pueblos del extremo Oriente que comparten un patrimonio cultural y religioso muy similar, y que viven en democracia, son felices ejerciendo a plenitud sus derechos civiles y políticos, logrando así una combinación armónica entre realización colectiva e individual?

China cuenta con un amplio mosaico opositor, aunque clandestino, que es espiado y perseguido sistemáticamente por el Gobierno. Existe una elite intelectual de artistas y académicos, que trabaja en inmensos centros de investigación, sobre todo de ciencias sociales en las universidades chinas. Sin embargo, algunos expertos sostienen que últimamente un segmento de esta elite intelectual, así como algunos personajes de los medios de comunicación y la comunidad artística, han cambiado su tradicional postura a favor de la democratización del Gobierno hacia una más moderada. Esta postura alude a China como un ejemplo de crecimiento económico apoyado por un Estado centralista social, que ha logrado tener un éxito excepcional en la expansión industrial y busca mejorar la equidad en las fami-

lias chinas por medio del pleno empleo y del desarrollo regional.

Según estos expertos, existen grupos opositores que consideran que China no debe iniciar en este momento un proceso de democratización que podría poner en peligro el fuerte crecimiento industrial y comercial, porque, además, se vería perjudicada la población. De acuerdo con estos analistas, para los chinos la experiencia de la Perestroika y de la Glasnost, en la otrora URSS, resulta aleccionadora, y no quieren correr la misma suerte que sus vecinos: la profunda crisis político-social que se desencadenó posteriormente en la Rusia libre.

Este enfoque, compartido por diversos grupos opositores, empalma con la posición del Gobierno chino, el cual, atendiendo a la diversidad étnica, la vastedad territorial y, sobre todo, a la preservación del liderazgo político incontestable del Partido Comunista, considera que resulta indispensable un régimen centralista que conserve intacto su poder sobre el enorme conjunto de la población, a la que pretenden mantener ignorante de sus derechos. Este factor les facilita la cohesión territorial y les evita sufrir desmembramientos y separatismos como le ocurrió a la Unión Soviética en su proceso de disolución. Estos y otros factores son los que maneja Cremades en *China y sus libertades* para que en España puedan comprender mejor los procesos de apertura que allí han tenido lugar, así como sus limitaciones. Según expuso públicamente el autor, “los cambios rumbo a los derechos humanos serán lentos y difíciles por el propio carácter chino, por la cultura china y por el sistema actual que tienen ellos. No hay que esperar una evolución como la que se puede producir con el fin de una dictadura de un país occidental, por ejemplo”.

Precisamente la capacidad de los dirigentes chinos para fomentar y preservar un régimen

ambivalente, que combina apertura económica con represión de los derechos civiles y políticos, es el fenómeno que despierta más interés en las sociedades de Occidente, por cuanto el ejemplo chino se reproduce casi al calco en Vietnam: partido único comunista dirigiendo una economía de mercado, pero sin libertades de otro tipo. Incluso, en Cuba, tras la cesión de poder del dictador Castro a su hermano Raúl, muchos se preguntaban si lo que éste guarda en su agenda económica es un paquete de reformas “a la china” presto a desplegarse tras la muerte de aquél.

El desmontaje gradual del llamado “modelo maoísta”, desde 1979, fue posible por haberse iniciado las “cuatro modernizaciones” a partir de la agricultura y, en general, por la autonomía conferida al sector económico individual o privado. Esto debería servirles de enseñanza a los gobernantes cubanos, pues confirma una vez más que un sistema económico que sólo consigue administrar la pobreza resulta incapaz de generar y distribuir riqueza. No obstante, ya hemos visto que las libertades económicas en China no se integran con las políticas y las libertades civiles, en lo cual interviene también el hecho –de acuerdo con Cremades– de que la tradición autoritaria está unida en China a un legado de más de dos mil años, y que el país acumula una vida cultural y aldeana de miles de años, donde la estructura y la tradición familiar desempeñan importantes papeles.

En el terreno económico y social, resulta cuando menos asombrosa la erradicación de la pobreza en la magnitud y en el tiempo que la experiencia china ha logrado. Los inmigrantes de las zonas rurales suponen una mano de obra esencial para el desarrollo de los centros urbanos en crecimiento. Ofertan trabajo manual barato y, casi siempre, sin seguridad social, lo que se traduce en menores costos para las empresas. Se em-

plean, en su mayoría, en el sector privado y no en el público, "reservado" para los habitantes locales.

Por otra parte, el poderoso crecimiento de la economía ocurre de modo desigual. China cuenta con amplias regiones campesinas con costumbres milenarias, así como con zonas urbanas que representan la modernidad más radical, tales como Hong Kong, Shanghai o Beijing. Las aéreas costeras, y fundamentalmente las provincias sureñas, presentan un dinamismo que contrasta con el secular atraso de las regiones del centro y oeste del país.

También pesa de modo negativo que los avances económicos hayan venido acompañados, en lo social, de una corrupción que, en la práctica, abarca todas las esferas de la sociedad, incluyendo la política. Esto es consecuencia lógica del establecimiento de una economía de mercado dentro de un régimen de partido único que impide el despliegue y el libre ejercicio del resto de las libertades propias de una democracia. La libertad individual es la base, tanto del sistema democrático de organización política como del sistema de mercado de organización económica, pues la democracia es la que mejor propicia el crecimiento económico auto-sostenido.

En resumen, el libro de Cremades resulta un útil instrumento de divulgación a la hora de aproximarse a la realidad china contemporánea, sobre todo para los legos en el país asiático. A pesar de las peculiaridades de su ancestral cultura, del basamento filosófico de sus religiones y de su enorme peso poblacional, económico y geopolítico en el mundo actual, mantenemos el criterio de que teniendo en cuenta otras sociedades democráticas del extremo Oriente, incluso territorios que pertenecen a la propia China, tales especificidades no resultan suficientes para explicar y admitir de buen grado un régimen autoritario que permite y auspicia violaciones de los derechos humanos amparándose en sus éxitos en el proceso de modernización capitalista.

No se puede mejorar la calidad de vida de un pueblo si éste se ve privado de sus derechos civiles, incluido el derecho de asociación que les permita a los chinos escoger entre opciones políticas, el derecho a la libertad religiosa, a expresarse libremente, a informarse libremente y a tener medios de comunicación de diversa orientación ideológica abiertos sin ninguna restricción. Así como sus derechos políticos, entre ellos, el de elecciones libres. Estos principios son esenciales y no pueden soslayarse.

Enrique COLLAZO



Una tentación totalitaria. Educación para la Ciudadanía

JESÚS TRILLO-FIGUEROA

Editorial Eunsa, Primera edición, Pamplona, 2008. 216 págs.

Jesús Trillo-Figueroa se ha revelado como un prolífico debedor de las tesis y planteamientos intervencionistas que subyacen en la *intelligentsia* radical de lo que se viene denominando como 'nueva izquierda'. Se trata de la variopinta corriente intelectual, con ínfulas científicas y académicas, en la que han mutado el marxismo y socialismo originarios tras su felizmente malograda contrastación con la realidad.

La plétora de corrientes postmarxistas popularizadas al calor de la revolución de mayo de 1968 se ha ido canalizando en una ideología radical de pulsión totalitaria que ha encontrado en el actual Gobierno socialista español su perfecto aliado. Así, con José Luis Rodríguez Zapatero, España hoy se erige en el esperado banco de pruebas de las más descabelladas teorías, que van concretándose en leyes sin consenso y de más que dudosa constitucionalidad.

A la obra que nos ocupa, *Una tentación totalitaria. Educación para la Ciudadanía*, le preceden *La ideología invisible* (Ed. Libros Libres, 2006) y *Una revolución silenciosa. La política sexual del feminismo socialista* (Ed. Libros Libres, 2007). Títulos complementarios, en los que el autor ahonda en el peligroso espíritu que alienta el germen de la última Ley Orgánica de Educación de 2006, que impone la asignatura objeto de este ensayo.

Bajo presupuestos formales que apelan a valores positivos como la 'participación democrática', el 'civismo', el 'estudio de los derechos humanos' o la 'libertad', la asignatura Educación para la Ciudadanía conforma una reedición de la Formación del Espíritu Nacional franquista, esta vez como una suerte de catecismo del buen socialista. A las claras, pretende el adoctrinamiento político y moral de los escolares, obviando, entre otros, el artículo 27.3 de la Constitución Española, en el que se garantiza el derecho de los padres a la educación de sus hijos conforme a sus principios morales y religiosos.

Desde la fase de educación Primaria hasta la de Bachillerato, pasando por Secundaria, los escolares españoles ya atienden y son evaluados sobre unos contenidos doctrinarios que pretenden una moral autónoma como la única posible, en la que -contradiendo la esencia del anterior postulado-, el más rancio estatismo se erige en autoridad, fruto de un laicamente sacralizado consenso deliberativo como suprema fuente de legitimidad moral.

Los contenidos que incluyen los libros de texto de la nueva asignatura ofrecen una cosmovisión antiteísta -preferentemente Cristofóbica- y antioccidental. Se muestran descaradamente partidistas, plagados de tópicos aberrantes (sirva de ejemplo el Papeles FAES N° 56, 19/10/2007, *El Catecismo del buen*

socialista), donde la denominada ideología de género, como advierte Trillo-Figueroa, cobra especial relevancia.

En *Una tentación totalitaria* se ahonda en los presupuestos ideológicos de los que bebe Educación para la Ciudadanía, una materia imposible sin presentar una ética de apariencia “universal y neutral”, cuyo referente es el derecho vigente como “la única fuente de criterio ético objetivo”. Por tanto, concluye Trillo-Figueroa, su único referente es “la ideología del poder”. El derecho consensuado supone la única moral y ética posible.

Propagandistas de la materia como Gregorio Peces-Barba han perpetrado los cimientos de una asignatura en la que, como destaca Trillo-Figueroa, “el criterio ético y moral que deben asumir los jóvenes españoles es el resultante del ordenamiento jurídico”. Por tanto, la verdad no es otra que “la verdad que defina el derecho vigente”.

Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Michel Foucault son las figuras que Trillo-Figueroa identifica como principales anclajes intelectuales de la materia. Los dos primeros, al negar la existencia de un “orden natural susceptible de ser conocido”, propician una nueva ética en la que “el aspecto subjetivo de la conducta humana se basará en la autonomía moral”. El aspecto objetivo, el normativo, tan sólo puede provenir del Estado, que se hace eco de la ética pública (constructivista) fruto de “la decisión artificial de los hombres de crear el orden o constituir relaciones”. Las normas que regulan la nueva asignatura no ocultan esta visión, y declaran como objetivos de los escolares la “autonomía y toma de conciencia de los propios pensamientos, valores y sentimientos y acciones”.

Foucault aporta la carga de profundidad de la micropolítica marxista con su ‘ciudadanía ideológica’ (“concepción de la democracia y el

liberalismo fundada sobre el contrato social y el estatismo”) frente a la ‘ciudadanía civil’ (“fundada en la tradición de la sociedad civil y la libertad individual”). Y el ideólogo por excelencia del socialismo español, Philip Pettit, nos trae su concepto de libertad pareja al de ‘ciudadanía’, donde las leyes crean la libertad –fundamentalmente entendida como “no dominación”.

Como indica Pettit, la libertad entendida como ‘no dominación’ “exige que nadie sea capaz de interferir arbitrariamente en las decisiones de la persona libre”. Ahora bien, como destaca Trillo-Figueroa, Pettit admite una “interferencia legítima” que sólo puede ejercer el Estado para asegurar “los intereses comunes de los ciudadanos”. Para el autor no se trata de otra cosa que de “rancio marxismo estatal y totalitario”, porque es el Estado quien define y otorga la libertad, transponiendo la tesis de la lucha de clases “al ámbito de todas las relaciones humanas”.

Bajo estas premisas se pretendería construir una “ciudadanía ideológica” que anule cualquier diferencia (sexual, interpersonal...) mediante la coacción del Estado. Una intromisión que los propagadores de Educación para la Ciudadanía consideran legítima al procurar la ‘no dominación’ de los ciudadanos en todas las esferas de su vida. Así, no extraña que el autor del libro califique la nueva asignatura como “la mayor tentación totalitaria que el poder político ha tenido en nuestro país desde 1975”.

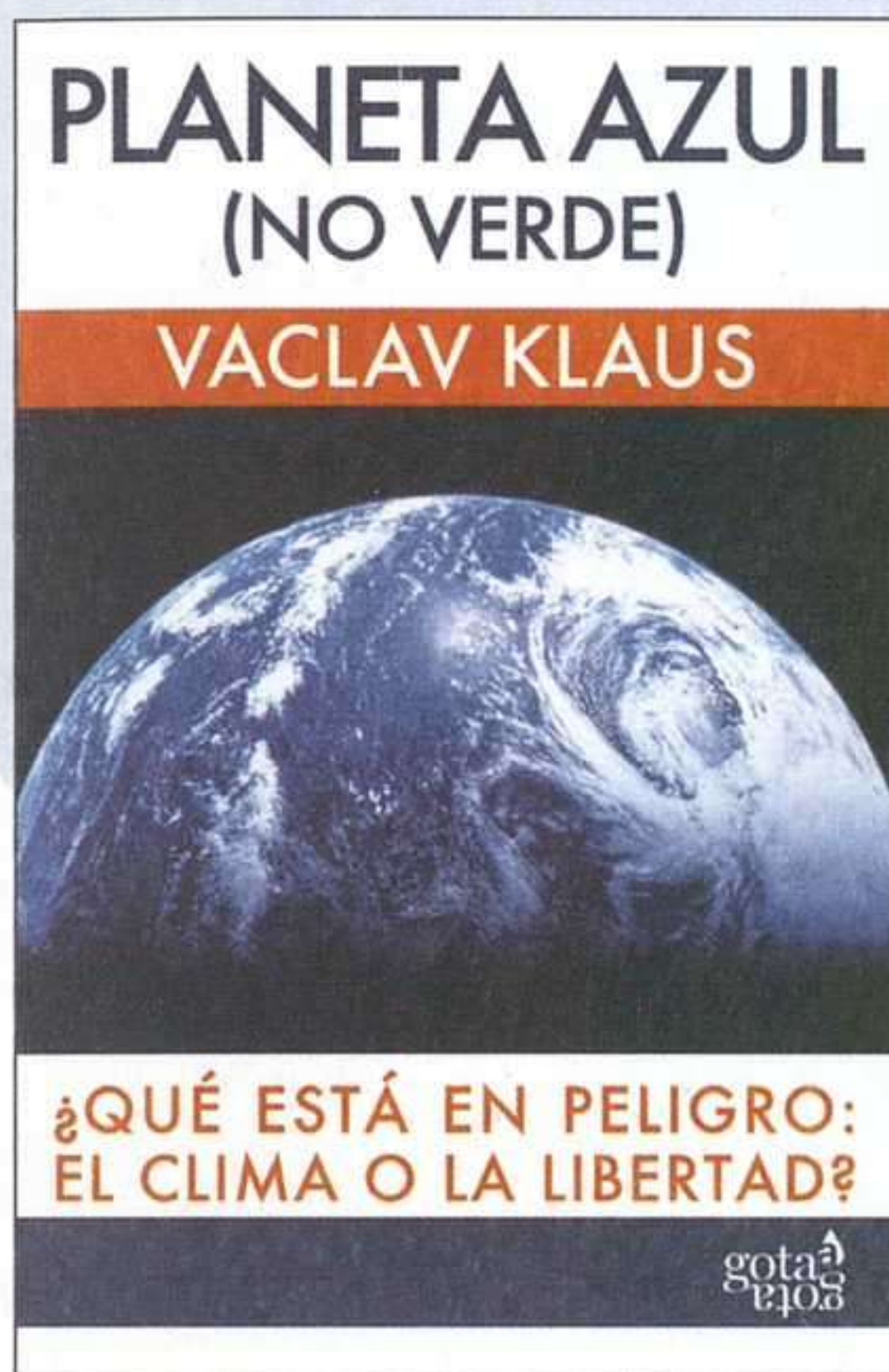
Por último, Trillo-Figueroa hace especial hincapié en la denominada ideología de género. A juicio del autor, se trata una de las principales corrientes, si no la principal, que alienta y justifica esta nueva asignatura. Trillo-Figueroa expone cómo esta ideología, nacida al calor del freudo-marxismo enarbolado por el feminismo socialista, sustituye la lucha de clases por la de sexos y, en consecuencia, aboga por la su-

presión de la diferencia sexual en la que el 'patriarcado' habría basado la dominación de la mujer mediante la asignación de una serie de roles culturales que conforman el 'género'.

Este feminismo radical e igualitario trata de abolir la diferencia sexual -mero accidente biológico sin ninguna consecuencia-, y alienta una nueva y liberadora sexualidad a la carta.

Y ahí debe estar el Estado, según este 'feminismo', para procurar la 'no dominación' en la familia y el matrimonio y sentar las bases de una educación "sexo-afectiva" liberadora, que fomente la diversidad.

Miguel GIL



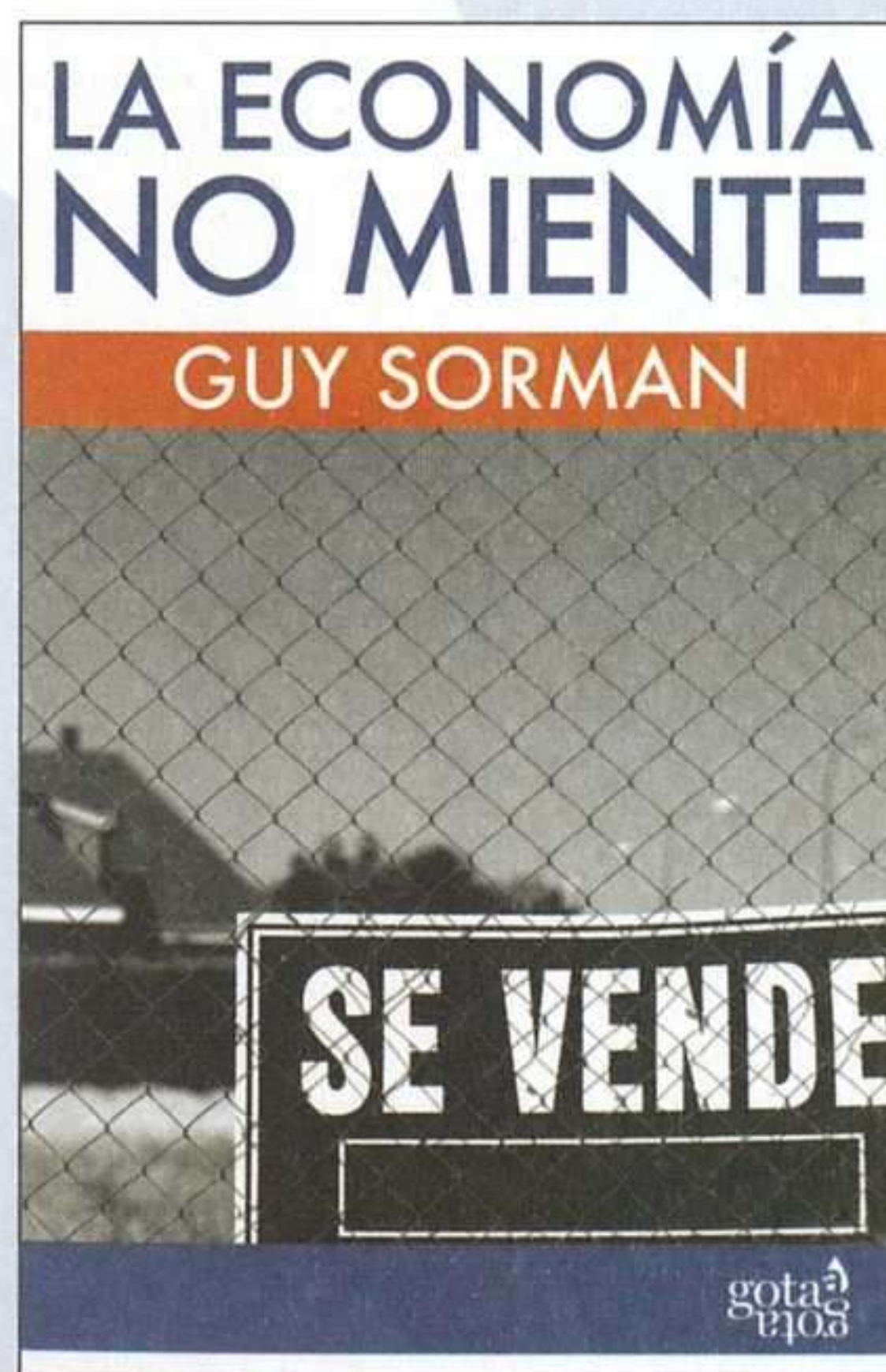
PLANETA AZUL (NO VERDE)

¿Qué está en peligro,
el clima o la libertad?

Václav Klaus

20 €

“La teoría del calentamiento global y la hipótesis sobre sus causas, masivamente difundida hoy en día, puede que sea una teoría mala, puede también que sea una teoría sin valor, pero en todo caso es una teoría muy peligrosa”, concluye Václav Klaus en *Planeta azul (no verde)*. ¿Por qué?, se pregunta. Entre otras cosas, responde, porque “como nos ha mostrado el comunismo, las ambiciones humanas megalómanas, la falta de modestia y de humildad siempre terminan mal”.



LA ECONOMÍA NO MIENTE

Guy Sorman

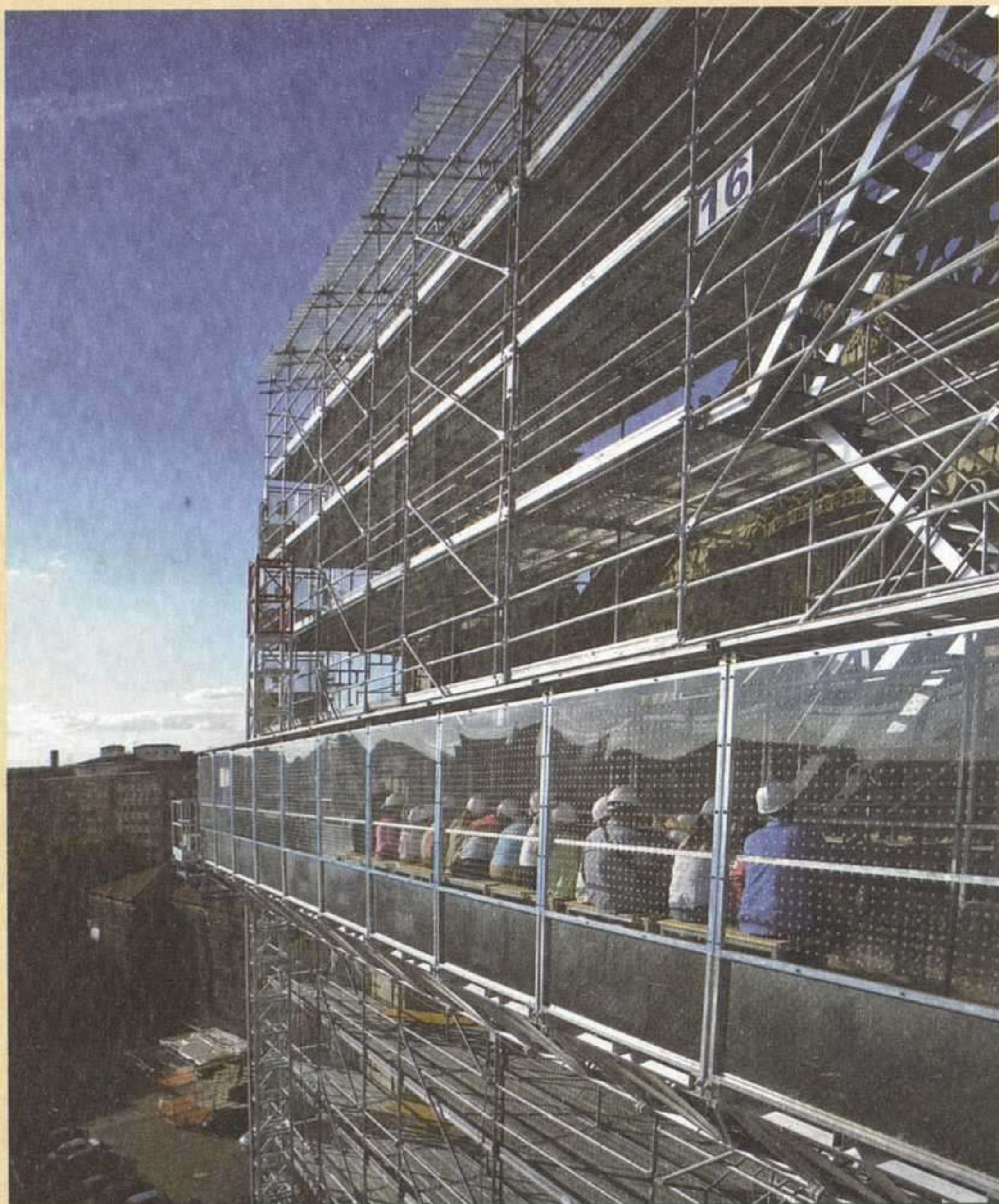
23 €

La economía no miente. Éste es un dato objetivo. Es, además, el título de este libro en el que Guy Sorman argumenta por qué “sólo hay una economía acertada: la que funciona”. Ésa es la economía liberal, la economía de mercado; es decir, la que impulsa el crecimiento con competencia, instituciones sólidas, libre comercio, moneda estable, innovación, formación y un Estado del bienestar eficiente. La economía socialista se hundió porque “en el socialismo el Estado hace como que paga a los trabajadores y éstos hacen como que trabajan”.

Programa de Conservación del Patrimonio Histórico Español

La Fundación Caja Madrid dedica una parte principal de su actividad y recursos a la **conservación del patrimonio Histórico**. Este programa ha destinado hasta 2007 **más de 152 millones de euros**.

Las actuaciones en este ámbito se dirigen principalmente a la restauración de monumentos promoviendo un **método basado en el rigor científico de la intervención** y en la difusión como parte del proyecto de conservación.



Plataforma móvil. Fachada de la
Iglesia de San Pablo en Valladolid.
Súbete.

Abierto de martes a domingo. Lunes cerrado.
Para información y concertar una visita:
Tel. 983 351 366
proyectocultural@restauracionsanpablo.com

Con la colaboración de la Junta de Castilla y León

www.fundacioncajamadrid.es
Plaza San Martín, 1. 28013 MADRID

